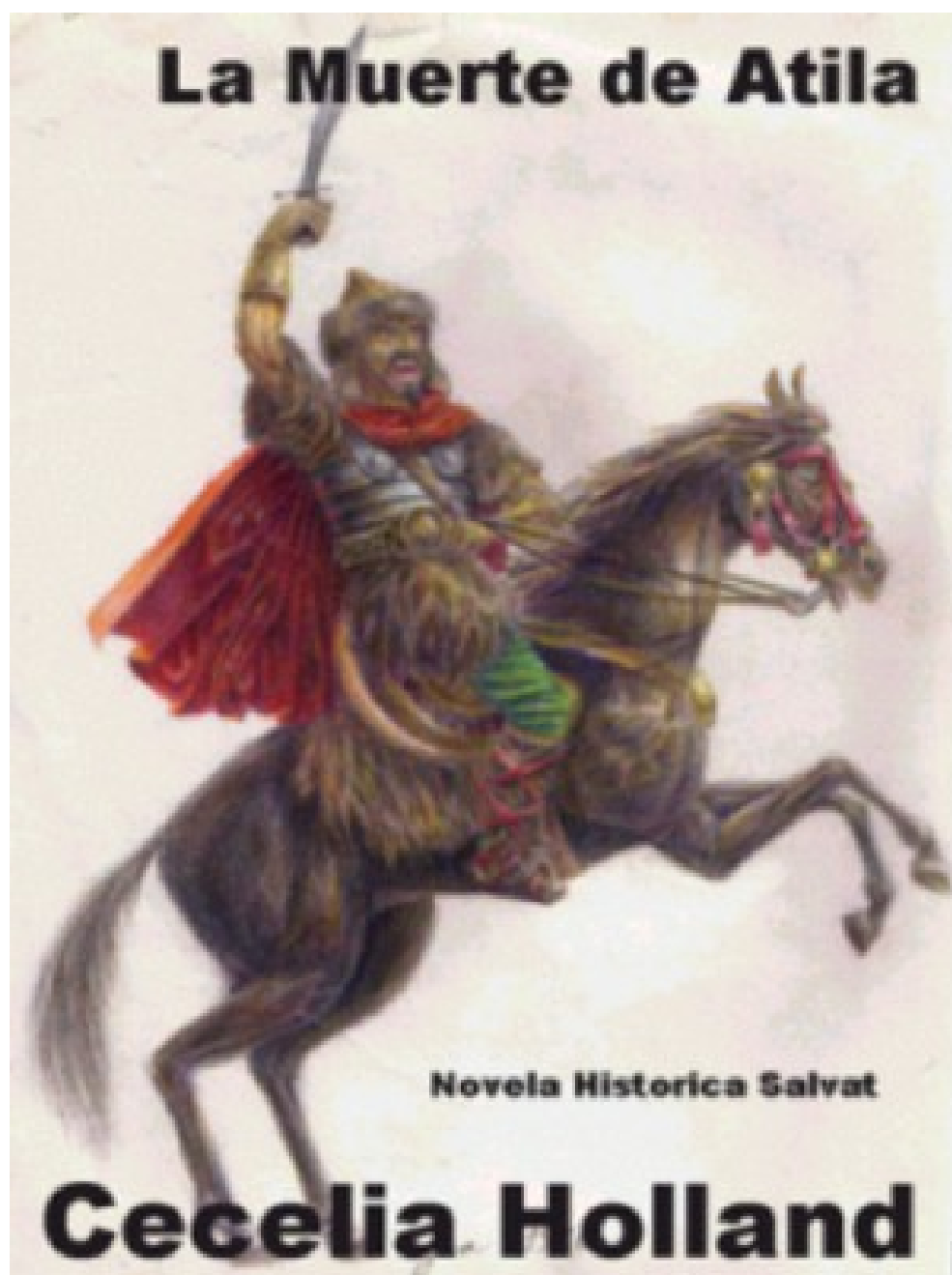


La Muerte de Atila

Cecelia Holland



SALVAT NOVELA HISTORICA

Diseño de cubierta: Ferran Cartes
Montse Plass Traducción: Rafael Lassaletta
Traducción cedida por Editorial Edaf, S.A.
Título original: The death of Attila

Para Bobby

(c) 1995 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)
(c) 1973 Cecelia Holland
(c) 1991 Editorial Edaf, S.A.

ISBN:84-345-9042-5 (Obra completa)
ISBN:84-345-9067-O (Volumen 24) Depósito Legal: B-494-1995
Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Enero 1995 Printed in Spain - Impreso en España

Contraportada

En el turbulento siglo V los Hunos, surgidos de las estepas asiáticas, asolan las posesiones romanas con ayuda de los godos. Salvando las barreras de la raza y las costumbres, en un intento de cimentar la amistad, entre el joven hijo de un jefe germano, y Tács, un típico soldado huno, participan de un extraño y conmovedor vínculo... hasta que la muerte de Atila provoca la hecatombe:

la débil alianza entre los pueblos se destruye y se convierte en una guerra brutal.

Cecelia Holland (1943) muestra en esta su séptima novela, y quizá la más brillante, lo precario que es el orden social y el caos que provoca la desintegración de un mundo conocido y estructurado. Su notable capacidad para captar situaciones y sugerir los sucesos de una época remota la ha hecho merecedora del favor de la crítica y de sus muchos lectores.

I

Antes de que llegaran al río, los caballos se habían acostumbrado al cadáver; pero Tacs no. Hacia, desde luego, el frío suficiente, salvo al mediodía, como para que la carne muerta apenas

oliera, y, además, Tacs lo había envuelto bien, utilizando su propio manto y el del muerto, para que no pudieran atraparlo los espíritus.

Aun así, por la noche, cuando Tacs acampaba, Marag perturbaba su sueño.

En la mañana del día sexto tras la muerte de Marag, cuando hacía ya cuatro días que habían dejado atrás las montañas, avistó el río. Tacs llevaba el caballo gris con la cuerda larga, para que pudiera pastar mientras avanzaba, pero al divisar el brillo del agua en la distancia sacudió la cuerda y tiró de las riendas de su poney negro; inmóvil, respiró dos veces profundamente, contemplando la línea ondulada de árboles que marcaba la orilla del río. La vista del río sobrecogió a Tacs todavía más que si hubiera encontrado a algún hombre de su pueblo. En los últimos cuatro meses el único xiung nu (Los xiung nu eran una tribu seminómada de prototurcos y protomongoles a los que se ha identificado con los hunos (N. del T)) al que había visto era Marag, y ahora, por la noche, lo veía demasiado.

Estimuló al poney con los talones y dio un tirón a la cuerda del caballo gris.

Con la cuerda que unía los dos caballos balanceándose, prosiguió el descenso por la pendiente. El río se ocultó tras la colina siguiente, pues aunque la estepa parecía plana, en realidad formaba largas olas de un horizonte a otro. Ahora, en mitad del otoño, la llanura estaba endurecida y tostada. La hierba seca crujía bajo los cascos del poney negro. Los pájaros oscuros de manchas blancas, los ratones marrones y los conejos aparecían y desaparecían entre las zonas de hierba baja y los tallos de la alta. Todo olía a polvo y sequedad.

El caballo gris se detuvo para rascarse el lomo con los dientes. Tacs siguió adelante, moviendo los ojos constantemente. Sabía que estando el río tan próximo caminaba bajo la protección del qaghan (También se escribe kaghan o kagan. y es el jefe de una tribu. (N. del T)), pero el hábito de observar era en él muy poderoso, y en esa llanura vivían también los germanos, además de los xiung nu.

Tacs había visto que los soldados romanos eran sobre todo germanos, y no podía descubrir ninguna diferencia entre los germanos romanos y aquellos que servían al qaghan. Todos eran unos perros. El poney llegó al extremo de la cuerda tensa del caballo gris y Tacs casi se cae de su silla. Dio un tirón a la cuerda y el caballo emprendió un trote para ponerse a su altura. Con respiraciones breves, el poney negro subió la pendiente siguiente y quedaron expuestos al rugido del viento.

El río no parecía más cercano desde allí, pero ahora Tacs podía ver el puente romano que lo cruzaba, bastante hacia el este. Mientras los dos caballos seguían avanzando, conduciéndole lentamente de nuevo a la llanura, pensó con inquietud en otras maneras de cruzar el río. Éste corría por allí con rapidez, profundo entre las traicioneras orillas, y, como el otoño estaba ya avanzado, el agua se encontraría helada.

No podía cruzarlo a nado y el vado más cercano estaba a varios días de camino.

Sabía que el puente estaba defendido por germanos, probablemente por gépidos. (Los gépidos fueron un antiguo pueblo germánico que a mediados del siglo V d. de C. formaron parte del imperio de Atila. (N. del T)).

Había sido Ardarico, rey de los gépidos, el que los alejó a él y a Marag del ejército en Italia, por cuya causa se habían quedado atrás cuando el qaghan se retiró repentinamente. Como consecuencia de aquello, Marag había muerto. Tacs no estaba seguro de si aquella muerte exigía venganza; tendría que hablar de ello con un chamán.

El fuerte viento levantó un remolino de polvo tan alto como un hombre y se deslizó rozando el suelo por la cresta de la siguiente ondulación, llevándose con él hojas muertas y trozos de ramas. El camino lo llevaba aproximadamente hacia el puente, y Tacs lo siguió. No tenía más elección; si se dirigía más al norte para buscar un vado o un puente sin guardar, tendría que pasar por lo menos otras dos noches con Marag.

Durante el resto de ese día cabalgó directamente hacia el río. En el arco azul del cielo apareció un águila que estuvo dando varias vueltas alrededor de él, esperando quizás a que abandonara el cadáver. Tacs se preguntó si no debería hacer una plataforma funeraria en la que dejar a Marag, pues estaba ya dentro de los límites que el qaghan había declarado como suyos, por lo que podían servirle adecuadamente al muerto. Toda la primera parte de la tarde estuvo discutiendo el tema consigo mismo, ya que los tabúes y el ritual de su pueblo exigían la presencia de tres testigos para enterrar a un guerrero. Poco a poco fue dándose cuenta de que, de todas formas, no podía dejar allí a Marag, pues no era verdaderamente una tierra de los xiung nu, por lo

que empezó a pensar en la forma de cazar ranas para comer nada más llegar al río. La rana era uno de sus animales totémicos, y comer su carne le daría agilidad.

A última hora de la tarde llegó a un desgastado camino que conducía a través de la llanura hasta el puente. Se dio la vuelta para seguirlo y golpeó con los talones las costillas del poney negro. Al principio, éste se limitó a echar hacia atrás las orejas y dar un bufido. Tacs le golpeó con mayor fuerza y el poney se puso de manos; después le golpeó la oreja con la mano abierta y el animal, de mala gana, inició un trote vivo, arrastrando detrás al caballo de Marag.

Llegaron a la vista del puente y, a través de los árboles de la otra orilla, Tacs vio un campamento con una hoguera y una línea de caballos atados a estacas. Tenían que ser germanos; ningún xiung nu ataría un caballo con toda la ancha llanura para pastar. Los hombres del campamento lo vieron casi al mismo tiempo y se precipitaron a cerrar el puente. Eran media docena y lo hicieron a pie, corriendo.

Tacs tiró de las riendas. Los germanos bajaron la barra de madera que cerraba el puente y se quedaron de pie, observándole y hablando entre ellos. Casi todos iban armados con un arco, pero uno o dos incluso tenían espada, como los romanos.

-Avanza -le gritó uno de ellos, en germano.

Tacs miró a ambos lados y no vio ninguna otra manera de cruzar el río. Tiró de la cuerda hasta que la cabeza del caballo de Marag le tocaba casi el muslo y comenzó a avanzar.

El poney negro olió a los germanos, levantó la cabeza y relinchó. Como respuesta a ese relincho chillón, al otro lado del río los caballos de los germanos se agitaron, tiraron de la cuerda que les sujetaba a la estaca y gimieron. Tacs dio una patada al poney para que avanzara. Éste echó las orejas hacia atrás y Tacs le palmeó el cuello. Le había enseñado a odiar a los germanos. Los del puente le estaban esperando, y uno de ellos avanzó hacia él.

-¿Quién eres?

-Un xiung nu -contestó Tacs en lengua germánica, con rigidez-. Me dirijo a Hungvar. El qaghan es mi jefe.

-Eso es lo que dices tú -contestó el germano-. ¿Pero cómo sabemos que no eres un espía enviado por el emperador?

Siempre decían lo mismo. Era un truco de los germanos para que se quedara allí, quizás incluso para obligarle a dar la vuelta y seguir río arriba. Tacs reprimió la cólera. Los germanos se estaban riendo de él, podía ver sus dientes en medio de sus barbas rubias.

-Soy un hombre del qaghan. Mi nombre es Tacs, el nombre de mi padre era Resak, el de mi hermano es Ras, pertenecemos al clan de la rana de los mishni xiung nu y nuestra...

-¿Qué es eso? -preguntó entonces otro germano dirigiéndose hacia el caballo de Marag.

-No lo toques -le gritó Tacs.

El jefe de los germanos enarcó las cejas, pobladas y de color claro. Sus labios rojos se curvaron en una sonrisa suave como la de una mujer.

-¿Qué llevas en ese fardo? ¿Algo que no quieres que veamos?

Con sus hombres agrupándose tras él, agarró la cuerda que sujetaba a Marag sobre el caballo.

Inclinándose hacia el lomo del caballo gris, Tacs sujetó al germano por la muñeca.

-No. ¡No lo...!

El germano le golpeó con el puño. Le sujetaron por detrás derribándole de la silla. El poney negro se encabritó y un germano lo sujetó por la brida; el poney golpeó con las patas delanteras, relinchando con fuerza, y el germano cayó hacia atrás. El animal se dio la vuelta y galopó hacia la llanura, alejándose del puente.

Tacs dejó escapar un grito. De pie sobre el suelo estaba indefenso. Dejó caer su peso sobre los brazos que le sujetaban, pero los germanos lo tenían bien agarrado; eran mucho más grandes que él.

-No le matéis todavía -gritó el jefe-. Veamos lo que lleva hacia Hungvar.

Con un cuchillo cortó la cuerda y quitó la envoltura de Marag, por lo que el cadáver se deslizó hacia abajo y cayó en el suelo polvoriento.

Ultrajado, Tacs lanzó un gemido entre dientes. Los germanos retrocedieron y Marag, cubierto de polvo, quedó tendido a los pies de Tacs. De su cuerpo se filtraba un olor agrio. Uno de los germanos, espantado, gritó un encantamiento. El que sujetaba a Tacs lo soltó y se alejó de él; el jefe tenía el rostro descompuesto y se lamía los labios.

Tacs se arrodilló junto a Marag y volvió a envolverlo con los mantos. El contacto con Marag le atemorizaba, y el olor hacia que se le revoliera el estómago, pero no podía soportar verlo yacer allí, cubierto de polvo en medio de los germanos.

Envolvió los mantos cuidadosamente alrededor de Marag, desde los pies hacia arriba, metió dentro cuidadosamente los brazos rígidos y echó sobre el rostro los gruesos pliegues de piel de oso. La visión del rostro de Marag, aunque estuviera rígido y distorsionado, le volvió a recordar que se encontraba solo y que su amigo estaba muerto, por lo que se enderezó, se golpeó el cuerpo con los puños y lanzó un gemido por la pena y la soledad.

Con los rostros tan blancos como el suero, los germanos habían retrocedido, aunque seguían rodeándolo. Tacs cogió en brazos a Marag. El cuerpo había quedado congelado en la forma que había adoptado mientras estuvo tumbado sobre el lomo del caballo gris. Había sido difícil levantarlo, pero fácil volverlo a colocar sobre la silla del caballo. La cuerda estaba en dos trozos sobre el camino. Los germanos se merecían toda la mala suerte que les atrajera el hecho de haber cortado una cuerda. Con un nudo, Tacs volvió a unir la cuerda y ató rápidamente el cuerpo.

Tomando de la riendas el caballo de Marag, retrocedió, alejándose del puente, y silbó para llamar al poney.

Cuando hubo dado unos cien pasos por el camino, el caballo llegó trotando junto a él. El polvo le había irritado los ojos, por lo que tenía los bordes rojizos y como arenosos. Corrió hasta el caballo gris y le olisqueó el morro. Tacs recogió las riendas, que llevaba arrastrando, y montó en él.

Al ver que daba la vuelta y se dirigía hacia ellos, los germanos se apartaron del puente, abriéndose a los dos lados junto al río. Tacs puso al animal a paso largo.

El caballo de Marag, que iba atado muy corto, dio a su lado una docena de pasos al trote e inició un galope medio. Apareció ante ellos la barra del puente y Tacs notó que el poney comenzaba a espantarse y tensaba las patas sobre el tronco. Media zancada por delante del caballo gris, el poney saltó fácilmente la barra. Cruzaron el resto del puente al galope y llegaron a la llanura del otro lado, donde Tacs se desvió bruscamente para seguir el curso del río, pero sólo imprimió un ritmo más lento a los caballos cuando dejó de ver el puente y los germanos quedaron muy atrás.

No pudo encontrar ranas: todas habían muerto durante el invierno. En la oscuridad, acurrucado junto a la pequeña fogata, luchó toda la noche contra el sueño, con la piel de la espalda hormigueándole sobre la columna, picándole todo el cuerpo al menor sonido que escuchara a su espalda. Dentro de sus envolturas, Marag yacía sumisamente al otro extremo del fuego; los caballos dormían y pastaban alternativamente a la orilla del río. Por la falta de sueño, a Tacs le ardían los ojos.

En una ocasión se quedó dormido y despertó justo antes de caerse en el fuego.

Al amanecer cabalgó hacia el norte, siguiendo las suaves curvas del río. Había pasado tantos meses solo y alejado del abrigo de su pueblo que ahora el río le parecía un amigo. Escuchaba la voz del agua; hasta llegó a cantarle en una o dos ocasiones. Ahora que el sol brillaba en el cielo no se sentía ya cansado. Encima de su cabeza el cielo brillaba con ese azul que los romanos pintaban en las paredes de sus casas. Una vez Marag y él habían pasado la noche en una casa abandonada de las colinas, en Italia, al sur de la ciudad, y estuvieron mirando las pinturas de las paredes la mitad de la noche. Iluminándose con antorchas, habían recorrido toda la casa, discutiendo entre ellos, y encontrado todas las pinturas. Las personas pintadas en las paredes parecían extrañamente vivas, pero en absoluto reales. Marag se había negado tenazmente a admitir que se tratara de pinturas de demonios.

Tacs comenzó a organizar mentalmente los recuerdos del viaje, como si fuera algo terminado, para poder contárselo a los amigos cuando estuviera a salvo entre ellos. La familia de Marag tendría que conocer todo lo que tuviera importancia.

El poney negro seguía un trote uniforme, con las riendas sueltas sobre el cuello.

Tacs se quitó las plumas y guijarros que llevaba en sus largos cabellos negros y los peinó con los dedos. Por la sombra que él mismo proyectaba, se dio cuenta de que le había crecido el pelo.

A finales del verano tenía los cabellos mucho más cortos, cuando Marag y él regresaron al campamento del qaghan esperando encontrar miles de hombres, pero encontraron sólo las fogatas apagadas y el polvo arrastrado por el viento. Al principio habían esperado alcanzarles; apresurándose tras el ejército, Marag y él habían matado un caballo y casi terminan con otro, pero

el qaghan se movía todavía con mayor rapidez, les llevaba una delantera de un mes y nadie les esperaba.

Metió los guijarros en la bolsa que llevaba en el cinto y trenzó de nuevo las plumas en su pelo. El río se deslizaba en una oquedad de la llanura y las orillas se convertían en un pantano semicongelado: dos cigüeñas que habían iniciado tarde la migración batieron sus largas alas elevándose lentamente en el aire, y desaparecieron de su vista. La tierra se desmenuzaba bajo los cascos del caballo y estuvo a punto de resbalar. El sonido del río cambió y se hizo más calmo.

Había sentido la estela del ejército desaparecido de forma muy parecida a como sentía ahora el río murmurando y lamiendo la orilla a su lado; mientras lo siguiera, estaría a salvo. Se habían mantenido cerca del camino que siguió el ejército para salir de Italia, aunque la caza había desaparecido y sus caballos se hubieran comido la hierba. Pero en los pasos altos de las montañas, azotados por la nieve y el viento ululante, habían perdido el rastro. Dos días más tarde, uno de los caballos resbaló y cayó por un precipicio; a la mañana siguiente Marag estaba enfermo. A media tarde había empeorado y no podía cabalgar. Acamparon al abrigo de un risco. Los dos sabían que Marag estaría muerto por la mañana. Marag habló de la muerte y pidió a Tacs que se lo comunicara a su padre. Poco después del amanecer, Tacs ató el cadáver a la silla de montar y se puso en marcha. Por la tarde mató una cabra blanca, aunque tuvo que subir por un campo nevado para alcanzarla, y comió crudos el corazón y la lengua.

En un mes nevaría en esa llanura, pero antes de eso habría regresado a casa.

Mantenia los ojos en movimiento, por si había más germanos patrullando su lado del río. A última hora de la tarde, muy lejos, vio tres carretas tiradas por bueyes y seguidas por un grupo de cuatro o cinco caballos: una familia que se dirigía hacia el sur desde Hungvar para pasar el invierno. Los hombres que llevaban los caballos tiraron de las riendas para observarle. Tacs levantó una mano como saludo y los dos jinetes levantaron el brazo derecho como respuesta. El haberlos visto, y esa breve comunicación, le llenó de una sensación de triunfo. Había regresado a casa.

Serpenteando, con la orilla acercándose y alejándose de la linde de árboles, el río les conducía, y Tacs cantó una canción en la que contaba cómo había seguido el rastro del qaghan para salir de Italia.

El poney negro trotaba sin detenerse. Estaba tan oscuro, que Tacs apenas podía ver el camino. El frío profundo de la noche se le clavaba como si estuviera hecho de agujas. Por delante, en la cumbre de la colina, la luz se reflejaba en los altos muros de la empalizada del qaghan. En el lado oeste del río, sobre la colina más baja, había más luces, pero Tacs pensó que debía tratarse del campamento del rey de los gépidos. El poney se movía sin vacilaciones, con el morro apuntando con precisión hacia la empalizada.

El viento del norte había estado creciendo toda la tarde; Tacs pudo ver cómo agitaba ahora las ramas desnudas del roble situado junto a la puerta de la empalizada, y cuando el caballo le llevó hasta la última cuesta del camino, pudo oír las ramas entrecrocándose. El pelo de su nuca se agitó y se le puso de punta. Rápidamente miró a su espalda, pero en la oscuridad sólo pudo ver las luces al otro lado del río. Volvió el rostro hacia la zona de luces que tenía ante él, en la colina del qaghan. Tenía que haberse vuelto loco para seguir avanzando durante la noche; hubiera debido detenerse y esperar a la mañana.

El caballo gris corría a paso largo a su lado. El viento frío sopló en una ráfaga y ululó a su alrededor, empujándole hacia adelante; sobre el lomo del caballo gris, el cadáver envuelto se agitó y Tacs murmuró en voz baja. En otro tiempo había conocido una magia contra los muertos, pero lo había olvidado todo, salvo algunos fragmentos del encantamiento. Y aunque por sí solas las palabras no sirvieran de nada, de todas maneras había seguido repitiéndolas.

El poney le condujo directamente debajo del roble, rodeó una esquina y se detuvo ante la puerta grande de la empalizada. Tacs tomó una inspiración profunda.

El viento gimió y le habló atropelladamente; las ramas flacas del roble se frotaban sobre su cabeza. La puerta estaba cerrada, desde luego, y a una hora tan tardía nunca le dejarían entrar. Pero no podía quedarse allí fuera, a campo abierto, en la oscuridad. Se inclinó hacia un lado y golpeó la puerta con el puño.

-Dejadme entrar. ¡Eh, dejadme entrar!

Podría ir a uno de los campamentos de la llanura, alrededor de la empalizada, pero en la oscuridad podría ir a parar a uno germano; y sabía que ahora no podía enfrentarse a un germano. Nadie respondió a su llamada, y golpeó la puerta; estaba hecha de leños cortados longitudinalmente, y la corteza que les quedaba ahogaba su llamada.

-Vete -le respondió una voz desde lo alto de la empalizada-. Ya ha oscurecido y la puerta se cierra al anochecer. Vete.

-¡Yaya! -gritó Tacs, aliviado-. Soy Tacs. Déjame entrar.

Empujó la puerta hacia el frente, presionando con ambas manos, como si deseara abrirse paso a través de la madera.

Sobre la empalizada, Yaya lanzó un juramento con voz de pánico. Tacs miró por encima del hombro al caballo gris. Brillaba con una extraña irradiación clara.

El viento y la oscuridad le golpeaban, como si se rieran a su alrededor, lleno de demonios. Al contacto con ellos se le puso carne de gallina. Querían el cuerpo de Marag para comérselo. El poney bailaba sobre sus cascos, con las orejas estiradas hacia atrás, y Tacs le palmeó el cuello.

-Tacs ha muerto en Italia -contestó Yaya al otro lado de la puerta-. ¿Eres verdaderamente su espíritu, o tomas su voz para engañarme y hacerme salir?

-No estoy muerto. Soy yo, Tacs, vivo, no un demonio, ¡Yaya, por favor, déjame entrar!

-Es su voz -dijo otro hombre-. Yaya, si abres la puerta, te chupará la sangre.

Dijo tu nombre.

-Y también pronunció el tuyo, Monidiak -intervino Tacs con un grito-. Dejadme entrar. Aquí fuera hay demonios que si son de verdad. ¿Me vais a entregar a ellos? -añadió sin mencionar el cadáver de Marag, pues sabía que si lo hacía nunca le dejarían entrar-. Yaya, por favor...

-¡No! -respondió Monidiak con un aullido-. Es un demonio., no... no...

Algo pesado cayó contra la puerta al tiempo que se escuchaban sonidos de lucha.

También se oyeron otros pasos que venían a la carrera. Tacs golpeó la puerta con los puños, para que no se olvidaran de él. Le rodeaban la oscuridad y el viento, y éste estaba cargado de voces lo mismo que un río. Se abrió una pequeña rendija en la puerta y el caballo negro empujó, logrando abrirse paso a través de ella, arrastrando con ello al caballo gris que venía detrás. Tacs agarró entonces por la crin al poney y lo hizo a un lado para dejar que cerraran de un portazo. Estaba rodeado por hombres armados de lanzas y arcos. Tacs levantó las manos.

-Soy yo, Tacs. ¿Es que no lo veis? Y además, si fuera un demonio, no conseguiríais matarme. El muerto está ahí, detrás de vosotros. ¡Yaya!

De un salto se bajó del poney y corrió hacia Yaya con los brazos abiertos; éste gritó algo y corrió hacia él. Tacs estaba tan contento que apenas podía respirar.

Los demás se arremolinaron junto a él, riendo, abrazando a Tacs y a Yaya, a los dos, haciendo bromas sobre los demonios y el viento que chirriaba y golpeaba la puerta, sacudiéndola sobre sus goznes de cuero.

-¿Ese es Marag? -gritó Monidiak con voz firme.

Las voces y risas se acallaron. Tacs se volvió hacia él. Monidiak se encontraba de pie, junto al lomo del caballo gris, poniendo una mano sobre el cadáver envuelto.

-Murió en la nieve, cuando regresábamos -dijo Tacs. La pena le embargó y se echó a llorar.

-Cerdos -gritó una mujer desde una ventana del segundo piso del patio de las mujeres-. Hijos de serpientes y de demonios. ¿Es que no vais a dejar dormir a nadie?

Todos se chistaron unos a otros, riendo.

-Vamos -dijo Monidiak con suavidad-. Entremos para hablar de todo esto.

Que la puerta se guarde ella sola. ¿Ése es tu poney?, si -se contestó a sí mismo al tiempo que le palmeaba en las ancas-. Puede cuidarse él solo. Llevemos dentro a Marag, para ponerlo a salvo de los demonios. Espera a que el qaghan se entere de esto.

Pacientemente, Ardarico dijo:

-Seguirán los mismos problemas, qaghan. Antes de que podamos tener esperanzas de tomar Italia deberemos solucionar esos problemas que causaron el fracaso del último verano.

-¡Bah! -contestó el qaghan haciendo un gesto con una mano, como si arrojara algo. Dejó caer la cabeza contra el alto respaldo de la silla-. No es importante.

-Qaghan, no veo como...

-El último verano fracasamos porque nos dieron mucho dinero para que fracasáramos. La próxima vez quizá no aceptemos el dinero.

Ardarico puso las manos estiradas boca abajo en la mesa, delante de él.

-Qaghan, el ejército se estaba muriendo de hambre. Muriendo por la peste.

No pudimos encontrar un camino hacia el sur a través de las montañas y los pantanos. No había caza ni hierba, ni modo de encontrar suministros. Italia es un país traicionero. Si Constancio dice la verdad, los propios romanos necesitaron muchos años para conquistarla. Y la próxima vez probablemente no cogeremos a Aecio sin preparar.

La expresión del qaghan no cambiaba nunca. Por un momento se quedó mirando fijamente a Ardarico, y éste, que sabía que Atila odiaba a quienes no eran capaces de aguantarle la mirada, se la devolvió, aunque no le gustaba hacerlo y además le parecía poco educado. Descansó el peso sobre los codos, puestos en la mesa de roble pulido que había entre ellos dos. En cualquier caso no volverían a avanzar hasta la primavera, cuando se limpiaran los pasos de los Alpes, por lo que podrían pasar un largo invierno discutiendo, calientes en aquella pequeña habitación con el fuego, los altos cántaros de hidromiel y el vino del tributo romano, y las pieles que acolchaban los bancos de madera. Ardarico se enorgulleció de su propia paciencia.

-Excúsame -dijo de pronto el qaghan-. ¡Scottas!

Se abrió la puerta que estaba a la derecha de la silla del qaghan, y por ella entró Scottas e hizo una reverencia. Era el segundo hombre al mando de la guardia del qaghan y siempre se encontraba allí de centinela. Atila dejó caer el peso sobre una nalga y habló a Scottas en voz baja, con el cuerpo ladeado hacia el otro hombre. Ardarico lanzó sólo una mirada a Scottas, y educadamente miró hacia otra parte. Como todos los hunos, incluido Atila, Scottas era bajo de estatura y redondeado, en forma de barril, y feo, y también como todos los hunos, excepto Atila, era fatalmente estúpido. Ardarico, que era un gépido, era alto y de fuerte constitución, poseía un cabello rubio abundante y una barba que llevaba pulcramente peinada, e incluso perfumada en algunas ocasiones.

Por la puerta situada a la izquierda del trono entró un esclavo que añadió más leña al fuego. Ardarico se dio la vuelta, quedándose de cara al gran hogar de ladrillo que había tenido a su espalda. Ordinariamente, para una conferencia como aquella, debería haber estado presente Edeco, así como los otros hunos y gépidos que el qaghan creyera estaban al tanto del tema, pero Edeco se encontraba cumpliendo una misión en Constantinopla y no había cerca de Hungrar nadie más de rango suficiente.

-Rey -dijo el qaghan, y al momento Ardarico se dio la vuelta-, hasta esta mañana estaba de acuerdo contigo. Parecía una estupidez volver a atacar Italia tan pronto; pero ahora no estoy tan seguro -añadió haciendo un gesto hacia la puerta; Scottas se dirigió a ella y salió-. ¿Te acuerdas de Tacs?

Ardarico frunció el ceño. El nombre le resultaba familiar, pero no podía situarlo correctamente... era un nombre huno que su mente relacionaba con Italia.

-Qaghan, ya sabes que mi memoria para los nombres...

Se abrió la puerta y Tacs entró por ella cojeando. Ardarico lo recordó inmediatamente. Tacs era todavía más bajo que el huno medio y tenía las piernas encorvadas por alguna enfermedad, por lo que apenas podía andar. En Italia había servido como explorador... Ardarico, que le había ordenado algunos reconocimientos, lo había encontrado útil varias veces. Evitó su mirada, pero por el rabillo del ojo estudió con curiosidad al pequeño huno. Había dado por supuesto que Tacs había muerto, pues se quedó atrás en Italia con otro hombre cuyo nombre había olvidado.

Más de una docena de hunos quedó atrás al irse el ejército. Ninguno había regresado.

El cabello negro y lacio de Tacs le colgaba más abajo de los omoplatos y estaba enmarañado con plumas, bayas y piedras, y su túnica, que olía mal, era una piel mugrienta cuyo origen no podía ya distinguirse. El qaghan se inclinó sobre el brazo de su sillón para hablarle. Era el mismo Tacs. Ardarico se preguntó cómo era posible que estuviera vivo; quizá los romanos le

habían capturado y lo habían devuelto como un favor a Atila. Era posible, porque el comandante romano, Aecio, y Atila eran viejos amigos.

-Rey -dijo Atila-. Ardarico. Acuérdate de Tacs -añadió tomándolo por el hombro y sacudiéndolo-. Anoche casi no le dejan entrar porque temían que fuera un demonio.

El qaghan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; Tacs sonrió y fijó los estrechos ojos en Ardarico. Este no pudo ver qué tenía de gracioso lo que Atila acababa de decir, pero sonrió cortésmente.

-Cuando nos retiramos de Italia -dijo el qaghan-, Tacs y su amigo Marag cabalgaban hacia el sur, y no al norte con nosotros. Pasó más de un mes antes de que descubrieran que nos habíamos ido, y para entonces las legiones del emperador estaban merodeando de nuevo, vándalos y godos. Odian a los xiung nu. Marag murió, pero Tacs logró regresar.

Ardarico miró a Tacs.

-Admirable -dijo. Pero seguramente era mentira.

-Conoce Italia -añadió Atila, inclinándose hacia adelante para coger su copa de madera de hiedra, que tenía sobre la mesa, y el pequeño huno que estaba a su lado giró la cabeza y se quedó mirando, audaz como un perro-. Ha vivido en Italia, de la caza, durante la temporada mala de otoño, y conoce el país más al sur de Aquilea. Sabe cuáles son los pantanos impenetrables para grupos grandes de hombres, cuáles son los pasos más seguros y dónde puede encontrarse la mejor hierba.

-¡Ah! -exclamó Ardarico, entendiendo por fin-. ¿Hasta dónde llegó por el sur?

-Pregúntale, habla germano.

El qaghan bebió de la copa y se reclinó hacia atrás, poniendo un pie en el borde de la silla, con la bota ancha de cuero sobre la piel africana de color blanco y negro.

-Llegué hasta el mar -respondió Tacs, y después sonrió, como si Ardarico fuera un niño al que hubiera que estimular. Su mal acento estropeaba su manera de hablar germano.

-El mar rodea toda Italia -intervino Ardarico con impaciencia-. ¿A qué ciudad llegaste? ¿Spoletto? ¿Narnia?

-No conozco ciudades. Fui hasta un lugar desde el que podía ver África.

El qaghan le dio un golpe a Tacs en la nuca.

-Se excedió en el cumplimiento de sus instrucciones. Les dije que fueran a Roma, ¿no lo recuerdas?

-Así lo hicimos -replicó Tacs.

-Se excedió mucho -intervino Ardarico, manteniendo el nivel de su voz-.

Incluyendo la posibilidad, no hay ningún lugar de Italia desde donde pueda verse África.

Tacs se encogió de hombros.

-Fui al sur hasta donde había agua de sal, miró por encima de ella y vi tierra.

Pensó que debía tratarse de África -en lugar de la palabra germana que significa sal, utilizó una palabra de los xiung nu con terminación germana. Dándose la vuelta para mirar por encima del hombro, le preguntó a Atila-: ¿Puedo sentarme?, me duelen las piernas.

-Siéntate, ranita.

El huno se subió a la mesa por el lado contrario adonde estaba Ardarico y se sentó sobre las piernas envueltas.

-El río de sal se llamaba Mesina.

Ardarico tomó aliento y lo retuvo. Ese hombre estaba mintiendo, todos ellos mentían, ladrones, mentirosos y sabandijas perezosas, todos los hunos, menos el qaghan.

Es el estrecho de mar que hay entre Italia y Sicilia.

-Pensó que era África -contestó el huno, encogiéndose de hombros y mirando a Atila, que le sonrió, con una sonrisa pacífica y secreta, como la de un padre a su hijo favorito. Ardarico se aclaró la garganta. Tenía la mente llena de contradicciones; se levantó y fue hasta la mesa, debajo de la ventana; donde aguardaban los cántaros de hidromiel, cerveza y vino. Para llegar allí atravesó la zona iluminada por la luz del sol que entraba por la ventana, deteniéndose un momento para contemplar el patio que había tras el palacio, en donde jugaban los hijos del qaghan. Vio en su mente cómo los meses del largo y plácido invierno quedaban en nada, y previó otra campaña en Italia, otro ataque a Roma, el verano lleno de muertos y de incendios. Pero el pequeño huno estaba mintiendo. Nadie podía sobrevivir tanto tiempo en un país hostil, profundizar tanto en un terreno

desconocido... un goda quizá lo lograra, pues había pueblos godos en Italia, pero no un huno, que era un extraño para todos ellos. Se sirvió una copa de vino rojo romano y volvió con ella hasta la mesa.

-Te preguntabas por qué había tomado esa decisión -le explicó Atila-. Tacs tiene el conocimiento que necesitarás para elaborar un plan de ataque. Tú tienes buen arte para hacer esos planes. Si os pongo juntos... así -dijo uniendo los dedos en un nudo, agarrándose las manos y sonriendo-. Tacs estará a tu disposición siempre que desees hablar con él. Cuando regrese Edeco de la Nueva Roma (Se refiere, evidentemente, a Constantinopla. (N. del T)) te reunirás también con él. Pero Edeco no regresará en algún tiempo.

-Estoy a tus órdenes, qaghan -dijo Ardarico.

El qaghan miró a Tacs.

-Puedes irte, ranita. Te veré entre los hombres de mi guardia cuando hayas descansado.

Tacs se bajó de la mesa.

-Sí, Atila -contestó dirigiéndose a la puerta, y Scottas, el centinela, que había estado en el salón todo el tiempo, salió con él.

El qaghan se levantó de su asiento. En los últimos años había engordado algo; a veces, Ardarico creía ver un tono grisáceo bajo la bronceada piel amarillenta, y una ligera e indefinida sensación de alarma se agitaba en él. El qaghan caminó lentamente alrededor de la pequeña sala y se detuvo ante el fuego, extendiendo las manos para recibir su calor.

-Tacs debe tener una magia muy poderosa para escapar de los enemigos -dijo finalmente Atila-. ¿Crees que es cierto lo que dice, que Marag y él llegaron tan lejos hacia el sur?

-Tendré que pensar en ello, qaghan.

-Qué viaje tan extraño... tan lleno de historias. Parece imposible. Pero le creo.

No miente. ¿Cómo, si no, estaría aquí ahora de no haber sucedido lo que él dice?

-Ciertamente, qaghan.

Ardarico se había preguntado siempre que a qué se debería la fama de reticentes que tenían los hunos; por el tono de la voz del qaghan sabía que Atila había decidido ya que Tacs estaba diciendo la verdad, y que hablaba simplemente para llenar el silencio mientras pensaba.

-Ya antes había notado en él esa magia. Una vez, mientras atacábamos la Galia...

-el qaghan se dio la vuelta lentamente, para calentarse el cuerpo. La luz brillaba en los escasos pelos de su barba, con el dedo índice se rascó el bulto que tenía por nariz-. No creo que la sacara de su padre. Resak era un pobre hombre que no alcanzaba éxito en nada. Pero el hermano de Resak era un buen chamán, casi todos los días hablaba lenguas incomprensibles. Quizá Tacs aprendiera de él esa magia. También su hermano es afortunado.

-¡Eh! -exclamó Ardarico precavidamente.

La puerta situada detrás del trono se había abierto y entraron por ella dos de los hijos de qaghan: Ellac, el mayor, y Dengazich, hijo de una princesa goda, y, sin embargo, tan feo como si fuera huno a su sangre entera. Ardarico odiaba a los hijos del qaghan, pero se sintió complacido de verlos, pues eso significaba que Atila le despediría pronto. Oír el qaghan hablar de cosa como la magia le resultaba agotador; sabía por experiencia que era capaz de pasarse toda la mañana hablando de cosas extrañas; seleccionar las respuestas era lo mismo que fatigarse tratando de entender una lengua extranjera. Los dos jóvenes hunos se detuvieron detrás del trono y se apoyaron en él, esperando a que su padre les prestara atención.

Ardarico guardó silencio. Por la ventana del patio les llegó un grito y el alboroto de un salvaje juego infantil; los tres hunos giraron la cabeza para mirar en esa dirección.

-Tacs no es especialmente listo -dijo Atila sin apartar los ojos de la ventana-.

Pero no hace falta ser muy listo para tener magia. A menudo he pensado que la magia es más fuerte en aquellos que no son tan listos. Supongo que podríamos engañarle para que nos revele lo que sabe, pero no quiero hacerlo. Me complace que uno de los pocos hombres que quedan de ese clan y tótem siga poseyendo hoy en día una magia poderosa.

Ellac, corto de estatura y con cara de buey, se quedó mirando fijamente a su padre, pero Dengazich giró la cabeza para mirar a Ardarico, audazmente, con sus ojos redondeados de goda.

-La magia de cada hombre es su posesión -comentó Ardarico, que se sentía obligado a decir algo, pero Dengazich le sonrió afectadamente. Furioso, Ardarico añadió:- Qaghan, permíteme que te deje a solas con tus hijos.

-Si -contestó Atila. El sarcasmo hizo más aguda su voz-. Con los herederos de mi cuerpo.

Se había vuelto a colocar de cara al fuego, con la cabeza inclinada. Por la ventana entraban los ruidos que hacían los niños al jugar. Ardarico hizo su reverencia con las palmas de las manos unidas y se marchó. Incluso al qaghan le desagradaban sus hijos mayores. En el corredor, lejos de sus ojos, Ardarico quitó de su rostro la máscara de cortesía y ordenó al primer esclavo que encontró que le trajera el caballo a los escalones del pórtico.

Los hunos creían que un ciervo blanco les había conducido hacia el oeste, pero Ardarico no pensaba así, pues un ciervo blanco era un signo del señor Jesucristo, y los hunos ni siquiera eran cristianos. Unos años antes, un pastor huno había encontrado una vieja espada semienterrada en la estepa al norte de Hungvar, y Atila había hecho con ella una elaborada exhibición, llamándola la espada del dios de la Guerra, inventando historias sobre cómo había llegado hasta allí, y lo que significaba aquel descubrimiento. Pero cuando Ardarico se quedó a solas con el qaghan, éste se burló de la espada y de la historia; sólo los tontos creían en ella.

Los relatos que contaba el padre de Ardarico sobre la llegada de los hunos eran más sencillos. Al principio sólo estaban los germanos al norte del río y los romanos al sur, viviendo todos en paz y comerciando unos con otros. Pero una mañana el horizonte oriental ennegreció por los pueblos que llegaban de aquella dirección:

los ostrogodos, los visigodos y los alanos que huían de los hunos; y después los propios hunos, empujando ante ellos a todos los pueblos de la llanura que huían como si estuvieran ante una tormenta de fuego. Algunos lograron escapar al país de los romanos, pero la mayoría de los germanos presentó combate y se vio obligada a pagar tributo a los reyes hunos, que en aquel tiempo eran muchos, seis u ocho, y ninguno tan poderoso como lo era ahora el qaghan Atila, que dominaba sobre la mitad del mundo.

Ardarico montó su caballo ante el palacio de madera del qaghan y cruzó el patio delantero hasta llegar a la puerta. Entre los hunos que se amontonaban al lado de la puerta abierta estaba Tacs, bebiendo de una jarra. Junto a otros miembros de la guardia de palacio, estaba sentado al pie del puesto de la puerta, calentándose al sol. Ardarico desvió el caballo hacia la izquierda para incorporarse a la corriente de gente que cruzaba la puerta para salir; Tacs le vio, pero miró precipitadamente en otra dirección.

En aquella estación los comerciantes montaban todos los días un mercado en el patio situado delante de la Plaza de las Mujeres. Pero ahora carros y hombres con bultos sobre la espalda salían de la empalizada para dirigirse a los pueblos de los alrededores. Ardarico tuvo que tirar de las riendas de su caballo blanco para no arrollar a un hombre vestido con túnica rayada y gorra roja que conducía a unos esclavos porteadores de fardos de paño. Algunos decían que los partos comerciaban en algo más que en telas: opio, hachís y otras porquerías que pasaban de contrabando entre las capas de seda.

Mas allá de la puerta, la tierra apisonada del camino se dividía en tres direcciones: una hacia cada lado y la tercera por el centro, bajando en línea recta la colina hacia el vado del río. Las dos orillas del río estaban cubiertas por matorrales densos. Los hijos de los hunos jugaban en él y en el polvo que había bajo el enorme roble que crecía fuera de la puerta. El parto de la túnica de rayas rojas y amarillas llamó a sus esclavos con una lengua vibrante y chasqueante y los dirigió hacia el pueblo huno situado al norte de la empalizada. Ardarico tomó el camino central que conducía hasta el río.

Cuando Hungvar había sido sólo un lugar de mercado en un cruce de caminos, antes de que el qaghan construyera allí la empalizada, los caminos se habían curvado como arcos para evitar el pantano. Pero el qaghan había mandado rellenar las zonas húmedas y hundidas con rocas, polvo y restos de madera, y ahora el camino era firme incluso con el barro de primavera. Además, ahora, con el frío, el pantano se había encogido, alejándose del camino por ambos lados; el hielo cubría la hierba. Las voces de los niños que jugaban en los árboles a lo largo del río sonaban risueñas. En las ramas desnudas parecían al principio nidos invernales de ardillas, hasta que se movían.

Cuatro o cinco hunos montados a caballo cruzaban en fila el río por la zona del vado. En la superficie ondulada del agua, su reflejo se agitaba. Ardarico aminoró el trote del caballo para dejarles pasar; los hunos subieron hasta la orilla y pusieron los caballos a un trote rápido. El jefe levantó una mano hacia Ardarico y éste movió el brazo como respuesta. Aunque había visto a

muchos hunos, nunca podía distinguir a uno de otro. Al cruzar el río, cabalgó por la orilla del pantano hasta su pueblo, situado en la colina al otro lado de la zona pantanosa, frente a la colina del qaghan.

El caballo blanco le llevó al último trozo de camino, entre las dos orillas, como una puerta en miniatura por donde las idas y venidas de su pueblo habían formado el camino en una repisa de la colina. Como le sucedía siempre, la primera vista de su pueblo le llenó de orgullo. Las casas cubrían la zona alta en filas rectas, cada una con su propio jardín; hasta el último trozo de tierra estaba vallado y utilizado. Una pintura brillante cubría los marcos de madera tallada de las ventanas y las jambas de las puertas, los aleros de los tejados, los pequeños porches, recortados tan elaboradamente que parecían de encaje.

Cabalgó hasta el pueblo y se dirigió a su propia casa. La charla de las mujeres que fabricaban cerveza llegó hasta él. Imaginó las tinajas burbujeantes llenas de cerveza, empastadas de levadura por los bordes, y los cotilleos que iban y venían por encima de las paletas, que movían lentamente. Los niños del pueblo jugaban en la calle al escondite: niños rubios de tez clara. Posiblemente los niños hunos le parecían siempre tan sucios por su piel y cabello. Tenían la piel del color de la cerveza, ámbar oscuro. Giró una esquina con el caballo y ascendió hasta la puerta de su empalizada. Era más pequeña que la del qaghan, mucho más pequeña, desde luego, y no tenía Plaza de las Mujeres, pero estaba bien hecha y mucho más decorada por dentro y por fuera. Ardarico la había vuelto a amueblar totalmente con lo que se había traído del ataque a Italia.

Delante del palacio se erguía una estatua que había encontrado en una villa de las afueras de Milán: un cuerpo hecho de mármol blanco sin el menor fallo, cuyo tamaño era la mitad del natural. En el viaje se había roto el brazo derecho, que tenía estirado, por la altura del codo. Ardarico desmontó y colgó las riendas al hombro del muchacho. La puerta del palacio se abrió inmediatamente y Dietric, su único hijo, salió de ella y bajó los escalones.

-¿Dónde has estado? -preguntó Dietric-. Gundhar y Eidimir llevan aquí desde antes del mediodía. Dijiste que vendrías a casa para la cena.

-El qaghan me necesitaba -respondió Ardarico con una mueca. Gundhar y Eidimir llevaban casi un año disputando por diez yaguas de crías y sesenta ovejas-.

¿Todavía están aquí?

-No quieren irse -respondió Dietric. Sus cabellos blanqueados por el sol eran del color del sebo; en sus delgadas mejillas la seda de su primera barba era más rojiza que rubia. Más alto que Ardarico, era esbelto, pero carecía de la sustancia del padre-. Ninguno de ellos será el primero en irse -añadió, y se dirigió a coger el caballo de Ardarico.

El rey subió los escalones. Al llegar a la puerta del palacio se volvió y se quedó observando cómo llevaba Dietric el caballo al establo. Algunos de los servidores caminaban por el patio del palacio; aunque pasaron a escasos metros de su hijo, Dietric no les saludó, ni ellos a él. Ardarico se dio la vuelta y penetró en el calor ruidoso del palacio.

Los dos centinelas se encontraban por el lado interior de la puerta, comiendo sentados en el suelo. Al entrar Ardarico se pusieron en pie y le saludaron. Ardarico les devolvió el saludo. El interior de su palacio estaba compuesto por una sala grande, tres veces más larga que ancha, en cuyo centro estaba el hogar, hecho con losetas de roca, y un lugar elevado para dormir. Pensaba dividir algún día aquel espacio en habitaciones más pequeñas, como las del palacio del qaghan, pues sabía que lo había hecho así copiando los palacios de los romanos.

Se dirigió hacia su alto sillón, situado en el extremo occidental de la sala, debajo de una ventana. Rodeados por sus testigos y parientes, Gundhar y Eidimir le esperaban; volvieron los rostros hacia él y se adelantaron, ansiosos. Se elevó entre ellos una excitada charla.

-Bien -exclamó Ardarico. Se subió al alto asiento y se sentó bajo el dosel de madera que se había traído de Italia. Por la ventana abierta que tenía detrás entraba un aire que le enfriaba la nuca. Vio a Dietric entrar por la puerta delantera y le hizo una señal.

Dietric caminó despacio entre los dos grupos de testigos y se sentó en una pequeña banqueta junto a la rodilla izquierda de Ardarico. Eidimir esperó a que terminara de sentarse; sus ojos se movieron con rapidez de Dietric a Ardarico y levantó la barbilla.

-Mi señor Ardarico, nos prometiste que juzgarías hoy el litigio entre Gundhar y yo. Como ya sabes...

Ardarico puso un codo en el brazo recubierto de cuero del sillón y apoyó la barbilla en el puño. Había estado escuchando los argumentos de uno y otro desde la muerte del tío cuyo

estúpido legado había causado el problema, y desde el principio había decidido que no existía posibilidad de hacer justicia. Ambos merecían igualmente la herencia. Apenas importaba lo que él dijera o hiciera, pues el perdedor acudiría inmediatamente al qaghan, y entonces sería un huno el que tomara la verdadera decisión. Para impedir eso, Ardarico llevaba meses retrasando la cuestión.

Eidimir, delgado y viejo, con una barba blanca que le llegaba a la cintura, terminó su versión de la historia y levantó los brazos buscando la aprobación de sus testigos. Todos asintieron y gritaron que estaban de acuerdo. Ruborizado, Gundhar se adelantó con las manos extendidas. Clavó los ojos maliciosamente en Eidimir y los subió después hacia Ardarico.

-Mi señor rey, gran hijo de Risimir, el más excelente de los hombres...

Dietric anudaba el borde de su ancha manga de color azul. El discurso de Gundhar, cargado de frases, fluía como la mala música. Fuera, junto a la ventana abierta, dos mujeres empezaron a hablar, compartiendo un cotilleo: por lo visto una joven se estaba encontrando con un joven por la noche en el almacén, mientras el marido hacia guardia en el salón de Ardarico. Dietric fijó la vista en la pared más próxima, dedicado evidentemente a escuchar a las mujeres. Ardarico se echó hacia atrás y cerró la ventana.

Mañana tendría que reunirse con Tacs. Llevaría con él a Dietric. A éste eso le gustaba, pues los hunos le fascinaban. Además podría extraer una lección moral, una buena enseñanza. Podrían llevar al poblado huno otro grupo de piezas de ganado. Los gépidos tenían que ocuparse de suministrar carne a los hunos, quienes se consideraban demasiado superiores para criar su propio ganado. Quizá fuera culpa suya que Dietric tuviera tan escaso interés por los asuntos del reino; si comprometía más a su hijo en esos temas, quizá se aficionara.

Gundhar dejó de hablar y sus testigos aplaudieron, asintieron y expresaron ruidosamente que él tenía la razón y que su reivindicación era apropiada y justa. Ardarico volvió a pensar en el problema que tenía ante él. Le miraban expectantes.

También Dietric esperaba, girando el cuerpo hacia Ardarico desde las caderas. El rey abrió la boca y, de repente, se le ocurrió la solución. La inspiración repentina le sorprendió y tuvo que toser para dar tiempo a que le salieran las palabras.

-Eidimir... Gundhar. Hace ya un año que he escuchado este caso, y me parece que cada uno de vosotros puede reivindicar cierta y honorablemente la herencia.

Veo, por tanto, que la única decisión justa consiste en dividir el ganado a partes iguales entre vosotros. Esa es mi decisión. Haréis la división en la jornada siguiente al Día de Dios, y mi hijo Dietric, aquí presente, vigilará la operación.

Aquello era honesto, pues Dietric era al menos competente con el ganado. Eidimir y Gundhar se quedaron en pie con la boca abierta, asombrados. Ardarico golpeó impacientemente el sillón con el dedo índice. Le parecía que la decisión era clara y justa, y esperaba que la aplaudieran, en lugar de quedarse allí con la boca abierta. Rompieron al unísono a oponer ruidosamente sus objeciones, se miraron el uno al otro, y avanzaron hacia el alto sillón. Ardarico levantó una mano y, desganadamente, apagaron sus voces.

-Esa es mi decisión. Aceptadla. E iros de aquí. No quiero oír nada más.

Los dos hombres retrocedieron caminando hacia atrás, se miraron el uno al otro, y después fijaron la vista en Ardarico. Con una voz aguda, Eidimir gritó:

-Muy bien. Entonces iré con mis quejas a otra parte. El qaghan se enterará de esto.

-Y yo digo lo mismo -exclamó Gundhar-. Llevaremos el asunto al qaghan para que haga justicia.

Fijó en Ardarico una mirada avinagrada y realizó una reverencia con rigidez; salieron de la sala rodeados cada uno por sus testigos, pasando junto a las mujeres que traían las hogazas de pan para la cena.

Ardarico lanzó un juramento y dijo:

-No hay ya manera de hacer felices a los hombres.

-Pensó que era justo -intervino Dietric-, pero a ellos quizá les pareciera...

-Son codiciosos -respondió Ardarico.

No tenían respeto por él, por su propio rey, ni mostraban humildad ante las decisiones de éste. Sintió calor y picor, como si la insatisfacción de los litigantes le hubiera transmitido a él un sarpullido.

-Ve a traerme algo de comer -le dijo finalmente a su hijo.

III

Antes del amanecer, Dietric salió acompañado de otros hombres para reunir en los pastos de abajo el ganado para los hunos. Durante la noche había nevado un poco, y sobre el suelo blanco el ganado rojizo se asemejaba a una tela infantil con dibujos de animales. Dietric ordenó a dos hombres que cabalgaran hasta la zona de arriba y, acompañado por los demás, recorrió los flancos para coger a los que quedaran apartados. Después de la nevada hacía mucho más frío; el viento penetraba en el capote de piel de oveja y le hacía tiritar.

Sabía que no debía sentirse tan excitado ante la perspectiva de ir al poblado huno, pero nunca había estado allí y sólo conocía a otro gépido que hubiera ido.

El sol se levantó y le calentó un poco, por lo que se quitó los guantes, se sopló las manos y se las frotó sobre la parte delantera de la capa para calentarlas, moviendo los dedos de los pies dentro de las botas para evitar que se le congelaran los pies. Arriba, en la ladera que había entre ellos y el vado del río, le esperaba su padre montando el caballo blanco. Rápidamente, Dietric se puso los guantes para que su padre no le gritara como si fuera un niño todavía, al haberle sorprendido haciendo algo mal.

Ardarico le estaba saludando. Dietric soltó las riendas y apartó del rebaño su caballo negro castrado. Mientras subía la ladera hacia Ardarico, volvió a mirar el rebaño, complacido: las cabezas de ganado estaban gordas, casi todas tenían dos años y eran fuertes, había valido la pena el trabajo que se habían tomado con ellas.

Tiró de las riendas al llegar junto a su padre y le saludó.

-Deberías haberme esperado -le dijo Ardarico-. Aquí no te necesitan realmente.

-Lo siento -respondió Dietric, dándose cuenta de que empezaba a sonrojarse; eso le molestó e hizo que se sonrojase todavía más. Le ardían el cuello y la frente como si estuviera bajo un fuerte sol.

-Escucha lo que he de decirte. Cuando veamos al huno, no digas nada. Sobre todo no hagas ninguna de tus estúpidas preguntas. Se sienten ofendidos fácilmente y no quiero insultarle. Si me desobedeces, te enviaré una temporada con los caballos.

-Muy bien -respondió Dietric.

-Sé cuidadoso con lo que hagas si vamos a su cabaña. Tienen muchas costumbres absurdas, pero algunas de ellas se las toman muy en serio. No mires a ninguna de sus mujeres o hijas. No saques el cuchillo ni para cortarte las uñas. No les enseñes la planta del pie. Si alguien te ofrece comida, recházala. Volverá a ofrecértela y entonces puedes aceptarla.

-Te había entendido que no podía hablar -le cortó Dietric.

-No seas maleducado conmigo o te quedas aquí.

-De acuerdo, padre.

-No comas ni bebas nada que no sepas lo que es. Cuando te hable, mirale a los ojos.

-De acuerdo, padre.

-Les encanta el ritual -añadió Ardarico. Mientras hablaban, habían llegado al río, donde los pastores cruzaban el ganado, bien apiñado, por un vado de poca profundidad. Llevando detrás a Dietric, Ardarico cabalgó tras el pastor más próximo, uno de los más ancianos, quien sonrió e hizo una señal de asentimiento cuando Ardarico le saludó.

-Mi rey, cayó un poco de nieve anoche.

Ardarico miró hacia el cielo, entrecerrando los ojos.

-Y más que caerá. Pasado mañana habrá nevado hasta la altura de los aleros de nuestras casas.

-Pues bueno es entonces que llevemos estos novillos cruzando el río. A saber lo que harían si no tuvieran carne cuando lleguen las buenas nevadas.

Al hablar de los hunos, hizo un gesto en dirección al poblado de éstos. Como si eso hubiera sido una señal, los tres empezaron a avanzar, metiéndose en el vado detrás del ganado. Las reses más adelantadas estaban girando ya hacia el este, tomando la dirección de la colina del qaghan.

Ardarico y el pastor siguieron hablando con solemnidad del clima, los rebaños, el heno almacenado y los terneros que esperaban que nacieran. Dietric tomó una inspiración profunda, y el aire estaba tan frío que le supo a agua helada. La empalizada se elevaba contra el telón del cielo pizarroso, detrás del triste bosquecillo de sauces que había en la orilla del pantano. Al sur de la empalizada el suelo ascendía bruscamente formando un corto risco. Los pastores guiaban el ganado para que pasara por debajo de ese terraplén. El poblado huno estaba en el otro extremo de la colina; no lo verían hasta dejar atrás la empalizada. El terraplén formaba una especie de límite que a Dietric le habían prohibido traspasar desde que fue lo bastante mayor para montar a caballo.

La cabeza del rebaño había dado un giro brusco para evitar una franja pantanosa y avanzaba paralelamente al terraplén. Ardarico extendió una mano hacia Dietric.

-Ahora lleva cuidado -le dijo con voz cortante.

Sorprendido, el hijo intentó ver algo, pero en principio no había nada, salvo el ganado y la distante empalizada, aunque al fijarse vio una fila de hunos que bajaban por entre la muralla de la empalizada y el borde del terraplén. Sus piernas cortas y curvas apretaban los costados combados de sus caballos. Llevaban el pelo decorado con plumas, piedras brillantes y metal, y algunos llevaban túnicas guarnecidas con hebras de oro. Al verlos, Dietric comprendió lo desgarrado que se sentía sobre su caballo, a pesar de los años que había trabajado duramente; se sintió lleno de envidia por la manera en que los hunos montaban a caballo.

-Ese es mi huno -dijo Ardarico-. El tercero contando por delante.

El huno se parecía a todos los demás, salvo por el hecho de que su caballo era más pequeño que los otros.

-Tacs -gritó Ardarico.

El huno levantó un brazo y el caballo lo sacó de la fila. Los otros hunos se detuvieron mientras Tacs descendía a galope medio la breve cuesta dirigiéndose hacia Ardarico. El rebaño siguió avanzando lentamente entre Ardarico y la fila de jinetes inmóviles, por lo que Tacs tuvo que desviarse para evitarlo. Los pastores de Ardarico empujaron el ganado hacia el terraplén para detenerlo.

Uno de los hunos de la colina lanzó un grito, y a Dietric, inexplicablemente, se le puso de punta el pelo de la nuca. Como un pájaro cuando abandona una rama alta, el huno sacó el caballo de la línea y galopó hacia el rebaño. En su pelo negro brilló una pluma roja. Los hombres de Ardarico se retiraron rápidamente. El huno llevaba una lanza adornada en la mitad de su longitud con colas de ardilla; la levantó por encima de la cabeza, la sacudió y volvió a lanzar el salvaje grito. Metiéndose en mitad del rebaño, espantó hacia el río a la mitad posterior de éste.

Dietric desvió el caballo y acudió a reunir de nuevo las reses asustadas. Dio un grito a los otros gépidos para que le ayudaran; vio que el huno de la pluma roja apartaba a un buey moteado de los demás. El ganado mugió asustado. Otros jinetes galoparon alrededor de Dietric y se volvió para llamarlos.

Pero eran hunos, no gépidos, y tiró de las riendas. Los hunos pasaron velozmente junto a él, volviendo a reunir las reses en un rebaño. Cabalgando al galope, Dietric volvió junto a su padre. Miró por encima del hombro y vio al huno de la pluma roja que con la lanza golpeaba los costados del buey moteado. Finalmente, el animal se dio la vuelta y se apartó del rebaño levantando el hocico.

El huno le siguió, inclinándose para golpearle una y otra vez. Al lado de su padre, Dietric sujetaba las riendas firmemente; el huno que se llamaba Tacs ya había llegado y estaba al otro lado de Ardarico. Dietric lo estudió un instante, tímidamente. Tacs observaba al huno que perseguía al buey moteado por la llanura.

Todos los hunos se parecían mucho. Sus rostros amarillos, de ojos hundidos, no mostraban expresión alguna. Dietric se dio la vuelta para mirar hacia el buey moteado.

Éste giraba a corta distancia del rebaño, cerca de un árbol seco, y el huno desvió el caballo para encontrarse con él. Su cuerpo se movía fluidamente con el caballo; sólo la pluma roja indicaba que se estaba moviendo abruptamente. El buey embistió, dirigiendo los cuernos amenazadoramente hacia el caballo del huno. El jinete le aguijoneó con la lanza, y el buey se movió pesadamente y volvió a escapar. inclinándose desde el caballo, el huno metió la lanza en el vientre del animal.

El novillo mugió de dolor, se tambaleó y Dietric pensó por un momento que iba a caer. Al hijo del rey gépido le daba saltos el corazón por la piedad que sentía hacia el animal, y por el

horror. El huno le pinchaba los costados con la punta de la lanza, y el buey volvía a levantarse y a escapar. De los cortes de los costados brotaba sangre. El huno le obligaba a correr terriblemente. Las entrañas largas y sonrosadas se le salían por el vientre abierto y se le enredaban en las patas traseras, lo que le hizo tropezar y caer.

Ardarico gruñó. Dietric se mordió el interior de las mejillas. ¿Por qué no lo mataban? Tirando con fuerza de las riendas para entrar en un galope retenido y no sobrepasar así al buey, el huno se esforzaba para no matarlo. Tropezando con sus propias tripas, el animal se iba debilitando a través de la llanura, dejando el camino manchado con sangre y trozos de tripa. Los suaves tejidos sonrosados se habían vuelto negros por la suciedad. Cayó de rodillas, hundió el morro en el suelo y de las ventanas de la nariz brotó sangre. Dietric se dio cuenta de que estaba aferrado al pomo de la silla, reteniendo la respiración. El huno rodeó con el caballo al buey, como un cuervo vigilando la carroña. El buey cayó de lado, agitó las patas y quedó inerte. Al lado de Dietric, Ardarico dejó escapar el aliento en un largo suspiro.

Se volvió hacia el huno y, furioso, le preguntó:

-¿Por qué hace eso tu gente?

-Porque ya no se nos permite cazar -contestó, redondeando ligeramente sus ojos oblicuos. Movié los hombros como si se quitara una carga de ellos y después las pequeñas ranuras de sus ojos miraron hacia otra parte-. ¿Quieres que hablemos aquí?

-No -respondió Ardarico con voz cortante-. Hace demasiado frío.

Tacs se encogió de hombros.

-Mi aul estará lleno de gente. Podemos sentarnos en el pórtico del palacio, en la empalizada.

No hizo ningún movimiento que Dietric pudiera ver, pero de inmediato su poney negro giró, dirigiéndose hacia la muralla de la empalizada.

-No vamos al poblado -comentó Dietric.

-No -dijo Ardarico, emprendiendo la marcha detrás de Tacs.

Por la decepción que sintió Dietric se quedó quieto un momento. El huno subía la pendiente a trote rápido, seguido de Ardarico a escasos pasos; los otros hunos conducían el ganado, rodeando el terraplén, hacia el poblado. El buey muerto yacía en la llanura como una masa sangrante e informe. Desde el poblado huno se aproximaba un grupo de mujeres que llevaban cestas y cuchillos, para cortar el cuerpo.

Dietric golpeó las costillas del caballo con los talones y galopó detrás de su padre.

Empezó a pensar en alguna excusa para volver a casa sin tener que permanecer sentado durante toda una aburrida sesión de charla militar. Pero, al acercarse más a su padre, vio, por la mirada del rostro de Ardarico, que no debía hablar, y, por tanto, tuvo que seguir cabalgando, furioso, al lado de su padre, hasta la empalizada donde había estado ya antes en una docena de ocasiones, atar su caballo a los demás, y entrar a pie hasta el amplio porche techado que se extendía por la parte frontal y una parte lateral del palacio del qaghan. Tacs les condujo al otro extremo del porche, al abrigo del viento, y todos se sentaron. Ardarico empezó enseguida a hacerle preguntas sobre los caminos que cruzaban un pantano del norte de Italia.

El huno respondía lentamente, como si estuviera viendo el lugar mentalmente.

Dietric lo estudió con curiosidad durante un rato. El huno llevaba pintado en la frente un símbolo rojo y negro; parecía una pala que cruzara un bastón. En las dos mejillas llevaba las cicatrices profundas que, según le había contado Ardarico, los hunos marcaban en sus hijos al nacer, para enseñarles a soportar el dolor antes incluso de probar la leche. A Dietric eso siempre le había parecido interesante, como un bautizo a la inversa.

El suelo del pórtico se agitó bajo su cuerpo y miró a su alrededor. Otro huno se acercaba a ellos llevando un recipiente de arcilla con carbones encendidos y una jarra de vino. El huno dejó el brasero entre ellos, sonrió y se marchó sin esperar a que le dieran las gracias. Dietric estiró el cuello para verle marcharse, sintiéndose sorprendido. De una trenza de sus cabellos negros colgaba una pluma roja:

era el mismo hombre que había matado al buey.

-¿Te acercaste a Roma? -preguntó Ardarico-. ¿Cuánto?

-Pasamos allí dos días. Había grandes cruces de caminos y teníamos que averiguar el tráfico que pasaba por ellos.

-¿Dos días? ¿Entrasteis en la ciudad?

-¿Dentro? -preguntó a su vez Tacs con aire sorprendido-. No... ¿Cómo íbamos a hacerlo? Había soldados en las murallas, por todas partes, también en los caminos, como ya te dije. Por eso sólo podíamos viajar de noche. Pero más al sur de allí no tuvimos ya problemas.

Ardarico soltó un gruñido. Como todos los hunos, Tacs tenía una memoria excelente para los accidentes del terreno, y durante toda la larga mañana el explorador respondió a todas las preguntas de Ardarico, pacientemente; y con provecho.

Ardarico no sabía si el huno estaría cansado, pero él sí lo estaba, y quería dejarlo por ese día. Miró hacia el patio. Bajo el porche, dos perros gruñían por un hueso, casi directamente debajo de donde estaba él. Golpeó el suelo con el tacón para espantarlos. El pensar en Roma devolvió su atención al huno.

-¿Qué viste de Roma?

-Murallas -contestó Tacs, encogiéndose de hombros-. Era como Sirmio Mitro (Antigua población de la zona septentrional de Yugoslavia. Plaza fronteriza importante en las luchas contra los bárbaros de los siglos V, en la Panonia inferior romana, y llegó a ser capital de la Panonia Segunda. Fue arrasada en la época de las invasiones. Se corresponde a la actual Sremskavica, al Oeste de Belgrado. (N. del T)), pero más antigua.

Ardarico ardía de rabia. Aquel huno estúpido era incapaz de ver la diferencia que existía entre una fortaleza provincial y Roma. Antes de que dijera nada, Dietric rompió a reír, tras haber estado en silencio toda la mañana. Ardarico le miró.

-¿De qué te ríes?

-Hablas de Roma como si fuera un lugar -respondió el hijo-. Como Hungvar.

-¡Como Hungvar! Roma es veinte veces más grande.

-Claro -añadió Dietric-. La mitad del mundo es Roma. Todo o es Roma o no es Roma, ¿no es así? Todo lo que queremos es Roma -la voz le falló-. Como el cielo, ¿no?

En el silencio que siguió a esos comentarios, Ardarico pudo oír cómo los perros gemían y gruñían debajo del porche. Tacs, con los ojos fijos en Dietric, estiraba entre los dedos un trozo de cuero crudo trenzado. Dos jinetes pasaron por el patio, hablando. Dentro del palacio se escuchó un portazo.

-Entiendo que pensaras así sobre Roma -dijo por fin Ardarico-. Es una idea atractiva. Pero no es cierta. Roma es una ciudad, un lugar real, como Sirmio o Hungvar, salvo por el hecho de que es el centro del mundo. Todo lo bueno procede de Roma.

Ahora fue Tacs quien se echó a reír. Ardarico sintió que la nuca le ardía y se le tensaba.

-¡Es cierto! ¿Por qué os reis los dos de mí?

-Lo único que viene de Roma son tributos para pagar a los germanos para que alimenten a los xiung -respondió Tacs-. Roma es como todas las ciudades, sin sitio para cazar ni para dejar que pasten los caballos, y con el agua guardada en jarras, por lo que se pone mala.

Dietric se tiró de la barbilla e intervino:

-Hay cosas más importantes que éstas.

-Si -aceptó Tacs-. Pero tampoco ninguna de ellas viene de Roma.

-Las leyes vienen de Roma -le replicó Dietric-. Los libros sobre Cristo vienen de Roma y... -se detuvo y miró a Ardarico-. ¿Qué más?

-No te molestes -le dijo el padre-. Los hunos no tienen sensibilidad para esas cosas.

Tacs se echó a reír de nuevo. Ardarico se mordió los labios. Enrojecido hasta la línea del pelo, Dietric intervino:

-¿Te estás riendo de nosotros?

-¿Cómo puedes decir que los libros de Cristo vienen de Roma cuando fueron los romanos los que trataron de convertir a Cristo en un árbol?

Dietric permaneció inmóvil un momento. Finalmente, volvió los ojos azules hacia Ardarico, y lentamente los volvió a fijar en Tacs.

-¿Cómo dices?

-No soy cristiano, y sé muy poco de ese tótem. Los romanos trataron de convertir a Cristo en un árbol porque su magia era poderosa. Por eso, los romanos eran sus enemigos y deben serlo los vuestros. ¿No es por eso que lleváis ese tótem?

Ardarico se frotó el rostro con el dorso de la mano. Se sentía igual que cuando el qaghan hablaba de magia. Nunca antes había oído a un huno hablar de Cristo.

Tacs se acomodó sobre los talones y se colocó el cuero crudo trenzado alrededor de la muñeca.

-Además, todos los monjes que vienen aquí de la Nueva Roma y también los de Roma con sus enemigos, se matan unos a otros. ¿No es así?

-La Nueva Roma forma parte de Roma -contestó Ardarico, furioso-. No entiendes nada.

-Tú nunca has visto Roma -replicó Tacs-. ¿Qué puedes saber? -preguntó sonriendo y enseñando los dientes como un perro.

Ardarico se mordió la lengua. De pronto, pensó que Tacs estaba jugando con él. Le sudaban las palmas de las manos y el corazón le latía furiosamente en el pecho. Conocía el significado de la marca roja y negra que llevaba el huno en la frente; era un signo de luto. Quizá los cristianos hubieran matado en Italia al amigo del huno. Quizá Tacs culpaba a Ardarico de la muerte de su amigo.

-Si fuéramos todos romanos habría paz y todo el mundo sería rico -intervino Dietric-. ¿No deberíamos esforzarnos por ser romanos?

-¿Por qué? -preguntó Tacs.

-Porque entonces habría paz.

-Jamás oi tal cosa -exclamó Tacs encogiéndose de hombros-. El Flautista dice...

El Flautista! -gritó Ardarico-. Un chamán perezoso recubierto de pinturas... ¿a quién le importa lo que diga?

-Dice que a los romanos no les queda magia desde que los visigodos saquearon la ciudad. El Flautista lo sabe todo.

Por qué le llamas el Flautista? -preguntó Dietric.

-Porque toca una flauta -respondió el huno mirándole con precaución.

-Por el cielo -exclamó Ardarico-. Dietric tiene razón, en cierta manera; Roma es una manera de hablar de lo que es excelente y de lo que se desea en el mundo -añadió, disponiéndose a irse y alejarse de aquello.

-Bueno -insistió Tacs-, sea como sea, a Roma no le queda ya poder, todos los demonios y espíritus se han ido y los romanos se llevaron sus tótems a Rávena.

Creía que de lo que hablábamos era de la forma de conquistar a Roma.

-Merecemos Roma tanto como cualquiera -dijo Ardarico tocando en el hombro a Dietric-. Vamos, deberíamos regresar. Tacs, ¿estarás aquí cuando vuelva a necesitarte?

-Claro -respondió el huno enseñándole otra vez la sonrisa llena de dientes.

IV

Tacs compartía un aul en la parte nordeste del campamento xiung con su madre, su hermano y las esposas de su hermano. Mas no se encontraba cómodo allí, porque era soltero y porque su hermano era lo bastante rico como para mantener tres esposas; en medio de todos, y bajo la presión del trabajo, nadie le prestaba atención, y no tenía una esposa que atendiera a sus necesidades. Por eso pasaba la mayor parte del día en la empalizada del qaghan con sus amigos, o en el aul de su amigo Yaya, el hermano pequeño de Marag.

Yaya tenía una esposa, Ummake, pero solía estar enferma y, por tanto, nadie ordenaba a los amigos que mantuvieran las ropas limpias, y a ellos mismos limpios y alimentados. Pasaban las noches contándose mentiras e historias, y emborrachándose con una infusión que hacían con la hierba de flores blancas a la que los xiung daban el nombre de Hermano Blanco.

También otros jóvenes solteros de la guardia de palacio se reunían siempre que podían en el aul de Yaya. Desde mucho antes del ataque a Italia se habían convertido en una molestia para la vecindad; como no había nadie que les alimentara, les resultaba necesario robar, y desde luego nadie les arrebataba la ropa, o les hacía mantener limpios el aul y el establo del caballo, a lo que

había que añadir que eran bastante laxos por lo que se refería a la observación de los tabúes. La esposa de Yaya se había cansado de mantener el orden y ahora, junto con ellos, contaba historias, robaba comida y bebía Hermano Blanco; eso cuando no estaba acostada en la parte trasera del aul tosiendo y escupiendo sangre.

Después de que Tacs trajera de regreso a Marag, Yaya se fue a vivir al aul de su abuela para el funeral, y no regresó hasta el primer día en que Tacs habló con el rey Ardarico. El primer signo de su regreso fue ver el caballo pinto de Yaya en el corral situado tras el aul. Dejó suelto en el mismo el poney negro y dio la vuelta al aul hasta llegar a la puerta.

El aul, hecho de pieles atadas a una estructura de palos en forma de bóveda, se combaba pesadamente por un lado. Tacs se detuvo y pasó los dedos por las pieles hundidas. Podía sentir los palos rotos de la estructura por donde presionaban hacia el exterior. Si no los arreglaban antes de la primera nevada fuerte, el aul se les caería sobre sus cabezas. Llegó hasta la puerta y penetró en una oscuridad de humo Colorado llena de gente a la que sólo podía ver a medias.

-¿Yaya?

-Aquí -contestó su amigo-. Te vi hablando con el rey gépido.

Tacs pasó por encima de dos personas tumbadas en el suelo junto al fuego. Sentándose al lado de Yaya, se soltó los cordones de las botas y se las quitó. En la oscuridad, detrás de él, escuchó una tos baja y áspera: Ummake volvía a estar enferma.

-Habló con Ardarico porque me lo ordenó Atila -contestó Tacs-. ¿Te crees que me gusta? ¿Qué ha dicho tu padre sobre la venganza?

-Consultaron a un chamán -contestó Yaya, con un tono de disgusto en su voz-.

La venganza no es necesaria.

Monidiak se inclinó sobre el fuego y tendió una jarra a Tacs.

-¿Quién era el joven que iba con el rey Ardarico?

-Creo que era su hijo. Pero no me lo dijo. -La jarra estaba llena a medias de infusión; la bebió a sorbos, paladeando su dulzura con la lengua-. ¿Hay algo de comida?

Yaya recogió la jarra y contestó:

-Ummake estaba demasiado enferma para ir por carne y nadie se molestó en traernos nada.

-No fue culpa mía -gritó Ummake desde la parte trasera del aul. En la oscuridad, Yaya se deslizó hacia ella y le habló suavemente.

-Monidiak -dijo Tacs-. ¿Qué hay del buey moteado que mataste?

-Tuve que dárselo a mi madre -contestó el aludido, cuyo hermoso rostro redondeado, bajo la luz del fuego, adoptaba el color del cobre; sus ojos centellearon-.

Pero no te preocupes. Siempre hemos comido en estas ocasiones.

Tacs volvió a coger la jarra y bebió varios sorbos de infusión. Sentía un zumbido en la cabeza. El calor fue extendiéndose lentamente por el vientre y subiéndole por el pecho. Se echó hacia atrás para ver a Yaya en la parte trasera del aul.

-Ummake, ¿quieres Hermano Blanco?

-No -respondió ésta con una voz débil, casi ahogada-. Gracias, Tacs.

Tacs volvió a sentarse erguido. Yaya y Monidiak se miraban el uno al otro, frunciendo el ceño.

-Hay un lugar en donde podemos encontrar carne sin que nuestra gente se enfade con nosotros -dijo Monidiak-. Ya sabéis cuál es.

Yaya sacudió la cabeza. Arrastrándose, se acercó más al fuego.

-¿Y qué pasa si nos cogen?

-¡Bah! -exclamó Monidiak-. ¿Y qué pasa si morimos esta noche mientras dormimos?

-Que entonces no necesitaremos carne.

-Monidiak -intervino Tacs-. ¿Quieres que les robemos a los germanos?

-Exactamente.

Bryak, que estaba al otro lado del fuego, se aproximó a ellos.

-Oí lo que decías. ¿Necesitáis ayuda?

-Con cuatro nos bastamos. Pero si Yaya tiene miedo... -replicó Monidiak.

-Iré -anunció Yaya-, pero si nos descubren, el qaghan se enterará, y sabéis lo que puede hacernos.

Monidiak se encogió de hombros.

-Será mejor que quedarnos aquí sentados emborrachándonos con el estómago vacío -dijo sonriendo mientras cogía la jarra.

La nieve empezó a caer mientras cabalgaba a lo largo del río, más allá del campamento germano. Por los copos, pequeños y punzantes, Tacs sabía que sería una tormenta fuerte. Se caló el gorro de piel hasta las orejas y acercó el poney negro al caballo pinto de Yaya. Este último miró a su alrededor; sus ojos y los extremos del bigote estaban ya cubiertos de nieve. Tacs le sonrió.

-Al menos no dejaremos huellas.

Yaya gruñó y se volvió hacia Monidiak, que cabalgaba al otro lado del primero.

-Fue tu idea. Podríamos haber pedido un poco de carne de la cocina del qag- han. O le podríamos haber robado algo a mi padre. O haber esperado hasta mañana. ¿Y si nos perdemos en la nieve?

Bryak soltó una risotada corta, como un ladrido agudo de perro. Él y Monidiak empezaron a insultar a Yaya por lo precavido que se mostraba. Tacs miró alrededor.

Estaban cruzando el borde del pantano y los caballos avanzaban a pasos cortos sobre el suelo desigual y quebradizo. Por delante, hacia arriba, podía ver las edificaciones de la parte alta de la colina en la que acampaban los gépidos. Ir más allá de ese punto les estaba prohibido a los xiung nu, salvo con el consentimiento del qaghan. Desde luego que habían cabalgado por aquel terreno docenas de veces, pero ninguno de ellos lo conocía bien. Monidiak, que era primo de Edeco, el jefe de la guardia del qaghan, le había hecho a éste recados con frecuencia, y afirmaba conocer dónde tenían los gépidos el almacén del campamento. La nieve le cayó a Tacs directamente en la cara. Tenía las mejillas rígidas por el frío.

En fila de a uno se pusieron a cruzar el vado. Tras la primera ráfaga furiosa de nieve, la tormenta pareció calmarse un poco, por lo que Tacs podía ver con mayor profundidad en la llanura. Reteniendo un poco el caballo, dejó que Yaya le alcanzara, y cuando estuvo emparejado con él desengachó la jarra del cinturón de Yaya y la sostuvo en alto. Yaya asintió y la empujó hacia él. Tacs tomó un trago largo y se la pasó a Bryak.

Monidiak, que iba delante de ellos, desvió el caballo para que siguiera el curso del río y se asentó en la silla, frunciendo el ceño. Yaya le cogió la jarra a Tacs.

-¿Lo ves? -susurró-. Lo ha olvidado. Nos dirige y se ha perdido.

-No -le respondió Tacs, al tiempo que se quitaba la nieve de los hombros de su capa nueva, que le había ganado a Monidiak a los dados. La madre de éste se había pasado la mitad de la estación llenándola de dibujos con cuentas y hebras rojas y negras. Tacs deseó haberse puesto la capa usada con toda aquella nieve.

Miró hacia el cielo con aire infeliz.

-¡Hey, venid aquí! -dijo Monidiak con voz seca, como la de Edeco cuando daba órdenes. Se acercaron a él, colocando los caballos con las cabezas juntas y las espaldas al viento.

-Hacia el norte hay un bosquecillo de sauces -dijo Monidiak-. Yaya y Tacs deben ir hasta él. El bosque está a lo largo del río, al borde los pastos de los gépidos. Quizá con esta tormenta hayan reunido allí sus rebaños, en la curva del río, para que estén algo abrigados.

-Habrán guardias -intervino Yaya.

-Claro, no soy estúpido. Bryak y yo iremos al norte del bosque; encontradnos un novillo y dejadnos los guardias a nosotros.

-¿Y por qué hemos de esperar dos de nosotros en el bosque? -preguntó Tacs-.

Necesitaréis ayuda.

-Marchad -intervino Yaya, bebiendo de nuevo de la jarra-. Os matarán a todos.

Monidiak tiró de las riendas.

-Es mi incursión y lo haré a mi manera. Con esta tormenta resulta más seguro ir por parejas, eso es todo. Id al bosque de sauces. Y tú, Bryak, ven conmigo.

Se marcharon a medio galope. La nieve les envolvió. Tacs miró hacia el río para orientarse y apretó con las pantorrillas el vientre del poney negro. Los caballos les llevaron al trote; Yaya le pasó la jarra.

-Monidiak no tiene ningún plan -dijo Tacs.

-No deberíamos haber venido -fue la respuesta de Yaya-. Siempre me llamas cobarde y, sin embargo, siempre tengo razón.

-No siempre -contestó Tacs quitándose la nieve de los hombros. Monidiak era de mente rápida y tendría tiempo suficiente para pensar, cabalgando entre las reses. Entrecerró los ojos mirando hacia el frente, entre la nieve, buscando algún indicio del bosque de sauces.

V

Dietric extendió las manos sobre el fuego. Dentro de la cabaña de techo inclinado hacia el calor suficiente para quitarse la capa, pero los dedos y los pies seguían entumecidos. Los otros pastores se amontonaban a su alrededor, empujándole. Se hablaban unos a otros por encima de su cabeza; pero ninguno le hablaba a él, salvo para excusarse por haberle golpeado.

Al primer signo de nieve había salido a los pastos, para ayudarles; lo hacía siempre así, aunque no se lo pidieran. Al principio sólo les estorbaba, y lo habían soportado con suficiente paciencia, pero ahora les era útil en su tedioso y difícil trabajo.

El más viejo de los pastores se sentó en cuclillas delante del fuego y estiró los dedos hacia él. Dietric se aclaró la garganta, ensayando mentalmente lo que iba a decir.

-¿Cuánto piensa que durará la nieve?

El anciano le miró rápidamente, y enseguida apartó los ojos. Dietric miró al fuego.

-Quizá dos días. Esta noche será más fuerte -respondió el pastor, mirando de nuevo a Dietric y frotándose las manos vigorosamente para calentarlas.

Dietric se apartó del fuego para dejar a otro hombre sitio para que se calentara.

A veces jugaba con ellos a ser el hijo del rey, y les mandaba cosas para ver cómo reaccionaban. De pie en el alero de la cabaña, observó cómo el anciano aplaudía y se soplaba las manos, acercándolas casi hasta las llamas. Deseaba que ellos le admiraran, aunque a él le aburrían. Preferían a Ardarico; y éste apenas sabía en qué estación se separaban y asignaban los terneros.

Más allá de la cabaña, los pastos abrigados del interior de la curva del río estaban ocultos por la nieve que caía. Las reses más cercanas se encontraban bajo un árbol, con la espalda al viento y los cuerpos apiñados. Los dedos se le estaban descongelando por fin, y uno de los pastores se sentó a su lado y calladamente le ofreció un poco de cerveza. Dietric sonrió, y el pastor le devolvió la sonrisa y le dio una palmada en el brazo, como una madre. Dietric le volvió la espalda a la nieve.

El ganado se estaba moviendo. Con una tormenta como ésta, a veces, las reses se movían, buscando un abrigo mejor. Pero se levantó alarmado cuando los animales iniciaron un trote.

-Hey.

Los pastores se dieron la vuelta, le vieron y le gritaron. Dietric dio un paso fuera de la cabaña, hacia su caballo, pero el pastor más próximo le detuvo.

-No, con esta tormenta te perderás. No irán muy lejos. Podremos reunirlos después del temporal -le dijo, volviendo a meterlo en la cabaña.

-¿Pero por qué habrán hecho eso? -preguntó Dietric-. Debe haber sucedido algo que las ha asustado.

Los pastores se encogieron de hombros y siguieron pasándose la cerveza sin preocuparse, charlando y contándose historias sobre sus esposas y otras mujeres.

A Dietric siempre le inquietaba esa conversación; Ardarico nunca permitía esas palabras en su presencia. Pero, sumidos en la conversación, los pastores le ignoraron. Cuando los ojos de los hombres se encontraban con los suyos, apartaba la mirada rápidamente. Contempló el cielo. Si se iba ahora llegaría al poblado al anochecer, siguiendo el río todo el tiempo para no perderse. Se apartó del fuego y se puso los mitones.

Cogió el caballo y cabalgó en la tormenta. Al principio su alto percherón protestó por meterse en la nieve, pero Dietric lo apartó de los otros caballos y le hizo avanzar unos cien metros

a través del paisaje grisáceo y apagado en dirección al establo; el caballo entendió adónde iban y alargó la zancada. De momento la tormenta sólo había dejado unos centímetros de nieve, que volaba en remolinos sobre el suelo congelado. Desvió el caballo para mantener el río a su mano derecha mientras avanzaba.

Al cabalgar pensó en el alboroto repentino del ganado. Conque algo -el viento, incluso los copos de nieve punzantes- asustase a una de las reses, todas se desbocarían sólo para mantenerse juntas. El pastor tenía razón, desde luego, y volverían a reunir las por la mañana cuando cesara de nevar. Cabalgó entre los árboles, donde el viento amainaba y la nieve era más profunda, y de pronto tiró de las riendas.

Los vio en el mismo momento en que los hunos le veían; eran dos, inclinados sobre un novillo muerto, despiezándolo. Dietric pensó que estaban robando una de sus reses y que habían provocado la estampida del ganado. Le pareció que su corazón había dejado de latir. Miró directamente al más cercano de los hunos; era Tacs.

Tiró de las riendas y cabalgó hacia ellos, antes de que pudieran atacarle.

-Esperad -dijo-. Escuchadme.

Los dos hunos arremetieron contra él. Uno cogió a su caballo por las riendas; el otro, Tacs, con una magnífica capa cubierta de nieve, habló rápidamente en su propia lengua y gritó algo. Por detrás de Dietric respondieron unos gritos..., había más hunos, en los árboles. Sabía que lo matarían por haberlos sorprendido robando, y por eso dijo:

-Si hacéis lo que estáis pensando, tendréis graves problemas, pero si me escucháis quizá encontremos una manera de salir de esto.

Tacs volvió el rostro hacia él.

-¿Qué quieres decir? -miró hacia el otro hombre y le dijo algo; su voz era aguda.

Dietric miró al otro hombre y el cuerpo se le puso rígido, pues en la mano derecha llevaba ya un largo cuchillo de carnicero, cubierto de sangre.

-¿Qué has querido decir? -volvió a preguntar Tacs tirándole de la pierna.

-Sabes lo que sucederá si me matáis -contestó Dietric-. Sabes quién soy...

quién es mi padre -sus labios se habían vuelto rígidos por el miedo y el frío y apenas podía dar forma a las palabras-. Estas reses también son mías. Os venderé el novillo.

Otro hombre apareció junto a Tacs, le habló en huno y miró a Dietric.

-Aquí soy el jefe, habla conmigo.

Era el huno de la pluma roja. Dietric repitió lo que ya había dicho. No podía dejar de mirar al huno que tenía a su izquierda, el que sostenía ante él el largo cuchillo, con la hoja apuntando a su pecho. Todos eran adultos, guerreros, y matar no les resultaba tan grave como a él se lo parecía.

-Sí, tienes razón -dijo el jefe-. Nos meteremos en muchos problemas si te matamos y nos descubren. Pero si te dejamos libre le dirás a tu padre que hemos robado un novillo, y el qaghan nos castigará.

-Si me dais algo a cambio del novillo, habréis pagado por él -replicó Dietric.

Miró a Tacs, que estaba detrás del jefe, deseando ver en su rostro algo benigno.

Pero Tacs se limitaba a fruncir el ceño al huno que tenía delante, evidentemente preocupado. A Tacs era a quien había reconocido.

El jefe dio un bufido. Habló con Tacs; el tercer huno, el del cuchillo, trató de hablar, pero los otros dos le mandaron callar al unísono. Tacs se encogió de hombros. Volviéndose hacia Dietric, el jefe dijo:

-¿Qué aceptarías a cambio del novillo?

-Algo valioso -contestó Dietric. Les miró de arriba abajo, asustado, para ver si encontraba algo bueno-. Su capa.

Los dos le miraron ceñudos, y el del cuchillo se echó a reír. El jefe miró a Tacs por encima del hombro; hablaron un poco, y el jefe se volvió hacia Dietric.

-Es demasiado.

Dietric pensó que el jefe estaba disfrutando con ello, y se preguntó si eso significaría que estaba a salvo. Algo relajado, empezó a codiciar la capa.

-¿Cuál es el precio de un novillo?

-Tu vida -respondió tranquilamente el jefe-. Te daremos la capa por el novillo si a cambio nos das algo de oro.

-No -intervino Tacs-. Yo le daré oro, pero no le entregues mi capa.

-No tenemos oro -contestó el jefe-. No aquí.

Tacs se abrigó los hombros con la capa; lentamente comenzó a quitarse los broches.

-Os daré un emperador por la capa; y el novillo -dijo Dietric.

El huno del cuchillo se volvió abruptamente y se dirigió al novillo. Se inclinó sobre él y siguió despiezándolo, que era lo que estaba haciendo cuando apareció Dietric.

-Sólo un emperador -repitió Dietric. Solamente tenía uno; se lo había dado su padre como amuleto-. Tendré que llevárselo a la empalizada.

Tacs se adelantó sosteniendo la capa doblada entre los brazos. El jefe retrocedió y se apartó.

-Ya estamos confiando demasiado -dijo acudiendo a ayudar a cortar la carne.

Tacs sostuvo la capa en alto. Inclinandose, Dietric la cogió de las manos del huno; los dedos delgados de éste acariciaron la capa en el momento de soltarla.

-Te daré el emperador de oro junto a la empalizada. ¿Estás allí a menudo?

-Si cuando vengas te doy oro, ¿me devolverás la capa?

Tacs se frotó los brazos; sin la capa parecía más pequeño, casi frágil. Dietric pensó que tenía frío y se congelaría, y estuvo a punto de devolvérsela. Enderezándose, agarró las riendas del caballo y lo giró precipitadamente.

-Quizá -era una capa tan hermosa y ningún gépido tenía una como ésa-. Adiós.

Desapareció bajo los árboles, siguiendo el río. No le siguieron. Al cabalgar, metió la capa del huno debajo de su capa de piel de oveja, para que la nieve no la estropeará. Apenas podía creer lo que había sucedido; tenía la sensación de haber estado fuera de su cuerpo, observando, mientras todo sucedía abajo. De no haber hablado le habrían matado. Ahora comenzó a temblar. Por delante, el río entraba en la llanura y se alejaba de los árboles. La nieve caía con mayor espesor y resultaba más húmeda y punzante con el viento. Pensó en Ardarico, en lo que diría probablemente, y preparó los argumentos de su respuesta.

El qaghan ordenó a Dengazich, el hijo que había tenido con una princesa de los ostrogodos, que juzgara el asunto de Gundhar y Eidimir, y el primer día después de la tormenta de nieve Ardarico y Dietric fueron al palacio del qaghan para oír la decisión. Todos sabían que el juicio era de Atila, no de Dengazich, quien, tal como decía Ardarico, sólo era un poco mayor que Dietric, y no tan listo.

La nieve había seguido cayendo dos días más desde el trato de Dietric con los hunos, y Hungvar estaba cubierta de nieve hasta las cinchas del caballo de Dietric.

Salvo donde el tráfico constante había abierto caminos profundos, era imposible saber lo que habría debajo, si llanura, pantano o el propio río, solidificado por la congelación. El viento había batido la nieve en fantásticas corrientes, creando crestas como de gallo, y crines de caballo. Pero, por la mañana, el viento había amainado y un frío seco barría Hungvar.

Dietric llevaba puesta la capa del huno, aunque sabía que eso enfadaría a Ardarico. Le había contado a su padre la historia completa, sin mencionar que Tacs era uno de los hunos; Ardarico se había enfadado, amenazando con arrojar la capa al fuego, pero Dietric discutió pacientemente con él hasta que su padre le dejó tranquilo. Acolchada y revestida de piel, le daba mucho más calor que la suya de piel de oveja, pero, aun así, en la breve cabalgada hasta el palacio, el frío seguía llegando a su cuerpo.

El aire terso y el azul ardiente del cielo le animaron. Ascendieron por el camino hasta la puerta de la empalizada. Media docena de mujeres hunas barrían la nieve del camino delante de la puerta, utilizando para ello haces de ramitas atadas. Dietric les sonrió, pero sólo una de ellas le devolvió la sonrisa.

Los juicios del qaghan se celebraban siempre en el extremo occidental del pórtico. Hoy había varios juicios, y la multitud se apiñaba en el área abierta entre el Pórtico y la muralla de la empalizada, todos dando patadas en el suelo y golpeándose los brazos para calentarse. En el porche había tres de los hijos del qaghan y su secretario romano, Constancio, sentados y envueltos en pieles, por lo que sólo podían ver su frente y ojos. Dentro de la empalizada la nieve había sido acumulada en grandes montones al lado de la muralla. Dietric escuchó los gritos y risas de los niños en otra parte; por el ruido se imaginó que estaban deslizándose en trineos.

Por un momento recordó su niñez.

Ardarico desmontó y un esclavo acudió a recoger su caballo y el de Dietric.

Caminaron junto a la multitud que esperaba los juicios. Como si su llegada fuera una señal, un guardia huno se adelantó con el estandarte de cola de caballo de qaghan y lo plantó sobre un montón de nieve que había delante del porche. Las largas colas negras de caballo brillaban bajo la luz del sol como si hubieran sido cepilladas. Uno de los cuatro hombres sentados en el porche se levantó, se adelantó y comenzó a hablar en huno.

-Es Ellac -dijo Ardarico-, el heredero del qaghan.

Dietric asintió. Ya había visto antes a Ellac; era un verdadero huno, de cara plana y arrogante. Pocas de las personas que estaban allí escuchando entendían lo que decía; sobre todo eran germanos, y raramente se molestaban éstos en aprender la lengua de los hunos. Dietric miró a su alrededor, detrás de la multitud, a la puerta, donde solían estar los guardias de palacio.

Había allí cuatro o cinco, sentados en el suelo de un abrigo sin tejado hecho con nieve. Dietric entrecerró los ojos, tratando de ver sus rostros, pero no lo logró.

Ahora Ellac hablaba en germano dirimiendo un juicio entre dos germanos que no eran de la misma tribu, el tipo de casos que sólo el qaghan podía arreglar.

-Deja de agitarte -dijo Ardarico.

Dietric permaneció erguido y trató de concentrarse en Ellac. Cuando el juicio se hubo dirimido, Ardarico quiso entrar en palacio para quejarse de que los hunos hubieran robado un novillo. La tarde anterior, Dietric y él habían salido cuando la nieve dejó de caer y encontraron los restos del animal descuartizado, congelados y duros como piedra sobre la nieve ensangrentada. Rodeando el bosque de sauces, Ardarico admitió por fin que la acción de Dietric había sido la adecuada. Fue entonces cuando le dijo a Dietric que podía quedarse con la capa del huno.

-El qaghan lo desea y así se hará -pronunció Ellac barriendo a la multitud con la mirada y retrocediendo.

Entonces se adelantó Dengazich, envuelto totalmente en una delgada piel negra, más alto y delgado que un huno completo. Al principio habló en huno, desde luego.

Dietric comenzó a apoyar el peso de su cuerpo primero en un pie y luego en otro, mientras cubría el patio con la mirada. De la Plaza de las Mujeres salía un pequeño grupo llevando cestas: la colada. No, las cestas estaban vacías. Dietric se preguntó que adónde irían, y frunció el ceño. Se volvió para ver cómo salían por la puerta, y Ardarico le dio un codazo en el costado, por lo que Dietric gruñó y los que estaban a su alrededor se volvieron a mirarle. Dietric estaba bien erguido, pero con el raballo del ojo siguió al grupo de las cestas.

Poco antes de que llegaran a la puerta, que durante el día estaba abierta, como siempre, entró un huno montado en un poney negro. Era Tacs. Dietric no pudo evitar una sonrisa; pero enseguida volvió a mirar al frente, a Dengazich.

Éste pronunció por fin unas palabras hunas que Dietric sabía que significaban el final del discurso, y sin detenerse volvió a hablar en germano. Gundhar, Eidimir y sus testigos estaban allí, en la parte delantera de la multitud; se agitaban al oír sus nombres, y Ardarico se adelantó unos pasos. Dietric comprendió que ahora el propio Ardarico era un suplicante en el caso. Frunció el ceño porque eso no le gustaba; prefería pensar en su padre como en un rey, sin reyes por encima de él. Pero desde luego el qaghan estaba por encima de todo el mundo. Miró hacia atrás y vio el poney negro que estaba sujeto ante el abrigo de nieve que utilizaban los guardias.

-Y por tanto -decía Dengazich en un germano claro y excelente- juzgamos que desde ahora Gundhar y Edimir compartan por igual los beneficios y pérdidas de esos rebaños, teniéndolos cada uno en años alternos, y como Gundhar los tuvo todo el año que duró el juicio del rey Ardarico, Eidimir los tendrá el año siguiente.

Es el deseo del qaghan y así se hará.

Ardarico emitió un sonido gutural; sus cejas pálidas se unieron todavía más sobre el puente de la nariz.

-Pero eso fue precisamente lo que dijiste, ¿no es así, padre? -preguntó Dietric, sorprendiéndose de que Ardarico soltara un juramento.

Gundhar y Eidimir regresaban hacia la puerta. También con aspecto afligido.

-Estúpidos -les gritó. Se apartó de la multitud para gritarles; ningún hombre le miró a los ojos ni se detuvo para atenderle-. Si hubierais dejado las cosas tal como yo las juzgué, el resultado habría sido el mismo y no me habríais humillado.

Sois unos codiciosos de mente de ratón y culo de plumas.

Gundhar y Eidimir se marcharon rápidamente, con las cabezas gachas y como si por el viento no oyeran. En el porche, Dengazich reía. Todos miraban a Ardanco, y Dietric se apartó un poco de él, avergonzado. Ardarico lanzó un juramento en voz alta a Dengazich, que se echó a reír de nuevo, y se dirigió hacia el extremo norte del porche, a la entrada del palacio. La risa desapareció como por encanto del rostro de Dengazich, y siguió a Ardarico con sus ojos claros. Algo de su mandíbula y de la línea de su cuerpo ponía nervioso a Dietric. Sabía que Dengazich odiaba a su padre, aunque no supiera la razón. Por un momento, Dietric se quedó esperando para ver si sucedía algo más, pero Ardarico subió los escalones y entró en palacio, y Dengazich volvió a sentarse, hundiendo en un forro de piel negra su largo rostro en el que crecía a medias la barba.

El grueso Constancio se adelantó a emitir un juicio, con su escaso pelo pegado hacia abajo con grasa y la nariz roja por el frío. Dietric se apartó de la multitud y cruzó el patio en dirección hacia el pequeño abrigo de nieve en donde se encontraban los guardias. Todavía estaba allí el poney negro, comiendo de una pila de heno. Al acercarse Dietric, levantó la cabeza, soltó un bufido y se apartó rápidamente hacia un lado; echó hacia atrás los labios enseñando los dientes amarillentos. Dietric se detuvo, alarmado.

En ese momento Tacs sacó la cabeza por la puerta de la cabaña de nieve.

-Ah -dijo con voz incierta-. ¿Qué estás haciendo aquí, hijo de rey?

-Tengo el emperador que te debo -contestó Dietric apartando la mirada del caballo-. ¿Puedo...? ¿Muerde?

-Sí -contestó Tacs saliendo de la cabaña y extendiendo una mano hacia el poney, que echó hacia atrás las orejas y retrocedió, Tacs le dijo algo en huno, con tono colérico. El animal giró y comenzó a trotar alrededor de la cabaña; Tacs adelantó unos pasos y se detuvo. Miró a Dietric por encima del hombro.

-A veces no me escucha. Entra.

Dietric se dirigió a la cabaña, vigilando al poney, y entró por el espacio abierto en la pared. No tenía techo y las paredes, de unos sesenta centímetros de espesor, le llegaban hasta el pecho. Cuando entró Tacs estaban todos apiñados, casi tocándose. Los otros tres hunos se quedaron observándole con la mirada en blanco, a través de unos ojos que eran como ranuras cortadas en la piel de sus rostros. Dietric se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Todos estaban sentados, incluso Tacs, pero él seguía de pie, encima de ellos.

-Siéntate -le dijo Tacs.

Dietric se sentó sobre los talones. No tenía espacio para estirar completamente las piernas. Todos le estaban mirando y él se aclaró la garganta. Sorprendentemente, dentro de la cabaña hacía calor. El aire olía a humo y a algo más, algo dulce. Al momento reconoció a los dos hunos que estaban sentados frente a él: el que sostenía el cuchillo en el bosque de sauces y el que se había nombrado a sí mismo como jefe.

Los dos le miraban toscamente, y uno le dijo algo a Tacs en lengua huno. Este estiró una mano para acariciar la manga de la capa nueva de Dietric.

-Ahora tengo oro -dijo lleno de esperanza-. Te daré tres emperadores y así me podrás devolver mi capa.

El que estaba sentado a la izquierda de Dietric dijo algo en huno. El gépido le miró; no le reconoció, pero sabía que había habido un cuarto hombre entre los sauces, e imaginó que sería ése. Cuando el huno terminó de hablar, Dietric se volvió hacia Tacs.

-Si te devuelvo la capa, mi padre sabrá que fuiste tú el que comercié conmigo.

El huno que había hecho de jefe asintió.

-Eso es lo que dijo Bryak, déjalo, Tacs, puedes conseguir otra capa -ese huno tenía un rostro redondeado, agradable, de sonrisa fácil-. Soy Monidiak. A Tacs ya lo conoces, y éste es Bryak, y ése Yaya.

Bryak, sentado a la izquierda de Dietric, le sonrió. Yaya, que era el que sostenía el cuchillo en el bosque, era un hombre de aspecto agrío, de nariz ancha y plana.

Monidiak añadió:

-Todos participamos en el ataque a los rebaños de tu padre.

-Ah -exclamó Dietric cautelosamente-. Bueno, fue muy inteligente.

-Fue una estupidez -intervino Yaya. Sus ojos estaban tan inyectados en sangre que no se veía la parte blanca. Con la nariz aplastada, le daban un aspecto brutal y tosco. Tenía una jarra en el regazo y bebió de ella-. Todo fue tonto, muy tonto -añadió pasándole la jarra a Bryak.

-Toma -dijo Bryak, pasándole la jarra a Dietric. Miró a Tacs y preguntó algo en huno; enarcó las escasas cejas.

Dietric miró de uno a otro, sorprendido de encontrarlos tan diferentes. Tomó la jarra. En su interior había líquido. Su dulce aroma le llenó la nariz y la boca.

Esperaba que supiera así de dulce, pero era tan amargo que abrió la boca, tosió y escupió el sorbo entre Monidiak y Yaya.

Yaya soltó un bufido y los demás se echaron a reír. Tacs cogió la jarra, bebió algo y se la devolvió.

-Sólo sorbos pequeños. Cuando te has acostumbrado, te sabe bien. Pero al principio a sorbos pequeños.

Dietric llevó el borde de la jarra a los labios. Por un instante no se decidía a beber de nuevo. Incluso el recuerdo del sabor hacía que la garganta se le cerrara y que el estómago se le apretara, pero bebió varias veces. Parecían esperar que lo hiciera, y todos le observaban atentamente, sonriendo. Cuando bajó la jarra y volvieron a reír, era una risa agradable.

Nunca había estado cerca de los hunos tanto tiempo, y encontrarlos amigables le sorprendió. Se obligó a sostenerles la mirada. Los párpados de sus ojos eran absolutamente lisos, sin arrugas ni pliegues, de un extremo a otro. La cabeza le palpitaba. Los ojos de Monidiak flotaban ante él, estrechados por la risa. Asombrado, Dietric tomó una inspiración profunda, y el aire le pareció en la garganta tan palpable como el agua.

-¿Qué es esto? -preguntó contemplando la-jarra que tenía en la mano, e incluso a él mismo le pareció estúpida la forma en que lo dijo. Todos volvieron a reír, y Bryak le dio un empujón amigable.

-El Hermano Blanco -contestó Tacs-. Le quitas las hojas, algunos de los tallos y flores y la raíz y lo hierves en agua. ¿Te gusta? -preguntó tomando la jarra y bebiendo. Sorprendido, Dietric vio que tomaba y tragaba un buen sorbo.

-¿Estoy borracho? -preguntó Dietric. Sentía calor en los brazos y las piernas.

Extendió la derecha, tocó la pared de nieve de la cabaña y el hielo apretujado le calentó las puntas de los dedos.

-¿Está borracho? -preguntó Yaya, imitando la voz de Dietric y dando un bufido.

-No -respondió Monidiak-. No, de verdad. Toma un poco más.

-No -respondió Dietric riendo-. No puedo. Moriría.

-Dejadle -intervino Bryak-. No está acostumbrado. Tacs, mira quién está guardando la puerta.

A cuatro patas. Tacs se arrastró hasta el espacio abierto en la pared de nieve y miro hacia fuera.

-Mira. Aquí viene el Flautista. Me pregunto qué querrá -dijo gritando algo en huno hacia el exterior.

Dietric comenzó a sentir un mayor control de si mismo. El calor de las manos y los brazos se le estaba extendiendo por el cuerpo. Miró a Monidiak y éste sonrió y le dijo:

-Es muy bueno para ti, ¿eh?

-Tú tenias antes una pluma roja.

-Sí. Me gustan las cosas rojas -respondió Monidiak extendiendo la mano hacia Yaya, que bebía de la jarra; Yaya tomó otro sorbo antes de entregarla. Tacs volvió a entrar en la cabaña.

-Haced sitio. Bryak, muévete.

Entre el espacio que ocupaban ellos y la luz del sol apareció un hombre que entró por la abertura de la pared y se acurrucó con todos. Era huno, pero sus ojos eran claros. Llevaba círculos de alambre de oro con pequeñas joyas colgados de unos agujeros en los lóbulos de las orejas, y colgada de una correa alrededor del cuello llevaba una flauta. Tacs se hizo a un lado, sentándose prácticamente encima de Dietric, y el Flautista se acomodó en el espacio que le habían abierto. Monidiak le ofreció la jarra, pero él la rechazó. Dirigió los ojos claros hacia Dietric y dijo algo en huno, sonriendo; era más delgado que los demás, huesudo y anguloso, incluso su sonrisa.

-Es el Flautista -le dijo Tacs a Dietric-. Un chamán muy importante. Pero no habla germano, lo siento. Te gustaría hablar con él. Podría decirte cosas.

-¿Qué cosas?

Pero Tacs se había vuelto de cara al Flautista y hablaba con él en huno. Estaban sentados muy juntos, con las rodillas tocándose. Todo el tiempo que estuvieron hablando, Tacs gesticulaba furiosamente. Sorprendido, Dietric se dio cuenta de que estaban hablando del ataque al rebaño de Ardarico. Poco a poco se dio cuenta de que la palabra que repetían tan a menudo y que le sonaba familiar era el nombre de Ardarico en huno. Los ojos del Flautista pasaron de Tacs a Dietric. Seguía mostrando su media sonrisa. Dietric pensó que parecía enfadado.

-Bebe más del Hermano Blanco -le dijo Bryak en un tono suave-. Te hará sabio.

Dietric tomó la jarra y le dio las gracias. Bryak se echó a reír.

-O haré que dejes de preocuparte -añadió dándose la vuelta.

Dietric bebió un sorbo. Ahora le parecía menos amargo, incluso agradable si lo tomaba en cantidades pequeñas. La cabeza le latía de nuevo, y al mismo tiempo la visión se hacía alternativamente más oscura y más clara. Yaya estaba sentado sobre las nalgas, con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos casi cerrados.

La boca le colgaba abierta. Por un instante, Dietric se sintió disgustado y asustado.

Se preguntó si se pondría así en caso de beber más: pensó en cómo lo vería su padre. Pero Monidiak y Bryak se pasaban la jarra uno a otro sin que se produjera ninguna diferencia. Le hubiera gustado saber lo que estaban diciendo; sus gestos le resultaban tan extraños como las palabras. Las voces eran vivas, y de vez en cuando reían. Como no tenía a nadie con quien hablar se sintió solo, y de pronto somnoliento, y bostezó.

-Dietric -oyó que le decía su padre-. Sal fuera.

El cuerpo le dio un sobresalto y miró por encima del hombro del Flautista.

Ardarico estaba allí, ceñudo. Todos los hunos le miraban, menos el Flautista, que estaba sentado en el suelo, sonriendo; entrechocó una vez las palmas de las manos y las dejó sobre el regazo. Con un arranque de energía, Dietric se puso la capa y salió a enfrentarse a su padre.

-¿Qué estabas haciendo ahí dentro? -gritó Ardarico-. Oh eso... ¿Comiste o bebiste algo?

-No -contestó Dietric. Al estar de pie, fuera del abrigo, se sintió como si hubiera bebido agua. El aire frío le sentaba la cabeza. Ardarico le miraba recelosamente, y Dietric añadió:- No me grites. ¿Por qué estás tan enfadado?

-No te concierne -contestó Ardarico poniéndose en marcha-. Vamos. Volvemos a casa.

A grandes zancadas se dirigió hacia el palacio, donde Dietric vio que aguardaban los caballos. El porche estaba vacío y la multitud que había presenciado los juicios se alejaba en diferentes direcciones por el patio. A un lado de la Plaza de las Mujeres había un grupo de seis asnos cargados con mercancías; los conductores estaban colocando puestos para mostrar lo que vendían.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Dietric.

-El qaghan dice que no puede hacer nada si no sé quién fue el que mató nuestra vaca. ¿Les viste bien como para reconocerles si los ves de nuevo?

-Sí -contestó Dietric con solemnidad.

Ardarico soltó un gruñido. Se formaron dos arrugas profundas entre sus blancas cejas; le quitó al esclavo las riendas de la mano y se volvió hacia su caballo de color crema.

-¿Y de qué servirá eso? Hay miles de hunos en Hungvar. Algunos llegan y se van todos los días.

Dietric no dijo nada. Sabía que debería decirle a su padre toda la verdad. Pero sólo habían robado una res. Recordó que no le había dado a Tacs el emperador de oro y metió la mano en la bolsa del cinto para tocarlo. El oro frío le resultó suave al tacto de las yemas de los dedos. Echando las riendas sobre la cruz del caballo, se subió a su silla.

Ardarico miró a los hombres que estaban montando el bazar en el patio. Dietric puso su caballo junto al de su padre y esperó. Tacs y sus amigos salían en ese momento del refugio de nieve; observados por Dietric, se dirigieron en fila hacia el otro extremo del palacio, hablándose unos a otros por encima del hombro, subieron al pórtico y entraron. Uno de ellos, le pareció que era Yaya, resbaló en el umbral de la puerta.

-Tiene que existir un medio de que entres en su poblado. Quizá veas a alguno de ellos.

Dietric le miró sorprendido.

-¿Sigues pensando en eso? ¿Por qué es tan importante?

Ardarico se tiró furioso del bigote.

-No quiero que haya hunos que puedan decir que me robaron sin ser castigados.

Dándole una patada, puso el caballo al trote hacia la puerta. Dietric le siguió, Pasando junto a los puestos en los que los comerciantes mostraban cristal y azúcar persa, mientras las mujeres del qaghan se reunían para comprar, acompañadas de sus criadas.

-¿Por qué viste al qaghan? -preguntó Tacs, sentándose cómodamente cerca del fuego en mitad del aul del Flautista y buscando el aguamanil más caliente en la piedra plana situada en medio de los carbones.

-No bebas eso que no es para ti. Ni son para tu conocimiento mis visitas al qaghan -le dijo el Flautista apartándole la mano-. Deberías apartarte del hijo del rey Ardarico. Pareció enfadarse mucho cuando le encontró contigo.

El Flautista vertió algo de una jarra pequeña en una más grande y la cerró con un tapón de cera.

-No fui yo junto a él, sino él hacia mi. ¿Y por qué va a importarme lo que piensa el rey Ardarico? No es mi rey. Si no puedo beber de eso, ¿qué puedo beber?

Estoy sediento.

-Coge del palo principal.

Del palo principal que sostenía el aul colgaba una bolsa de piel; Tacs fue hasta ella, quitó el tapón y bebió. Al hacerlo, contempló el aul, admirando los bancos lacados en rojo y cubiertos de pieles, las alfombras tejidas y los ornamentos de plata y oro colocados en las repisas pintadas que había a un lado. El Flautista tenía dos esposas, pero Tacs apenas las veía; siempre que venían visitantes se ocultaban, yendo habitualmente al aul pequeño que tenía él detrás del grande. Era muy rico, incluso para un chamán. Además pertenecía al tótem de Tacs, y hubo un momento en el que Tacs supo que estaba pensando en adoptarlo como pupilo. Ahora el Flautista se dedicaba a mezclar líquidos en un recipiente de cristal. No llevaba túnica, y a través de la piel podían verse los afilados codos y omoplatos.

-Suficiente -exclamó poniendo un tapón de cristal en la jarra y colocándola junto a las otras, en un pequeño banco de madera que había junto a la pared-. Yo me alejaría del hijo de Ardarico porque sólo daño le puede hacer a un xiung.

-Sabe quiénes robaron el novillo del padre y no lo ha dicho, no creo...

El Flautista se dio la vuelta sin levantarse.

-No hay ninguna manera de que podamos hablar con ellos, o ellos con nosotros. Incluso las buenas intenciones sólo pueden perturbarnos. No estoy seguro de que eso suceda también en la otra dirección. Así lo espero. ¿Por qué querías hablar conmigo?

-Ah -exclamó Tacs centrando la mente en el nuevo tema-. Sigue siendo de Ardarico. Ya te dije que el qaghan me ha ordenado que le cuente todo lo que puedo recordar de Italia.

El Flautista asintió.

-He hablado con él en una ocasión, me escuchó y me hizo preguntas acertadas, pero después hablamos un poco de Roma... su hijo estaba allí; fue antes del ataque de Monidiak. Hubo algo que dijo Dietric... -movió las manos delante de él-.

No, espera que recuerde la forma en que lo dijo.

El Flautista le estaba sonriendo. Se sentó con el cuerpo recogido, como si le hubieran dejado allí agarrado por la nuca, con los brazos y piernas recogidos y la columna curvada como una grulla. Se abrió la puerta del aul y entró una de sus esposas llevando carne en un recipiente, desapareciendo después en silencio tras la pantalla pintada que había en la parte posterior.

-Por la manera en que Ardarico y Dietric hablaban de Roma me pregunto cómo pueden querer atacarla. Hablaban de ella como si la amaran.

-Ajá -dijo el Flautista asintiendo. Enlazó sus largos dedos y apoyó la barbilla en los nudillos-. Sigue.

-Eso es todo.

-¿Y qué es lo que te preocupa entonces?

Tacs miró a uno y otro lado, sorprendido.

-Pero... ¿cómo pueden ser hombres del qaghan y amar a Roma? Roma es enemiga del qaghan.

-Una variedad de intenciones puede servir al mismo fin -contestó el Flautista encogiéndose de hombros-. Al fin y al cabo aman tanto a Roma que la quieren para ellos. No dejes que eso te preocupe. El qaghan conoce todas las cosas y trata con ellos adecuadamente.

-Sigue siendo un error -comentó Tacs tozudamente.

-Quizá, pero hablemos ahora de otra cosa.

Su tono de voz alertó a Tacs, que cautelosamente preguntó:

-¿De qué?

-Algunos le han hablado de ti a tu hermano Ras..., y de Bryak, Monidiak y Yaya.

-Nos odian. No quieren hacer lo más mínimo para ayudarnos, si vas a culparnos por...

-No me interrumpas. Entiendo tu situación. Ya le dije a Ras que no puede hacerse nada a menos que alguien cuide de ti, y la esposa de Yaya no lo puede hacer.

No sobrevivirá a este invierno. Ras está de acuerdo conmigo, pero no desea causarte ningún problema. Lo único que dice es que deberías casarte.

-No quiero casarme.

-Si lo hicieras, imagino que sólo serviría para que arrastraras a tu esposa al aul de Yaya. En realidad, no veo una solución sencilla. Pero le dije a Ras que haría lo que pudiera. Lo que, por tanto, te dije es que no debes robar, o pelear o gastar bromas a los que te rodean, ni a los godos... el qaghan está enfadado contigo por el ataque a Ardarico. Por suerte para ti y tus amigos, también le ha divertido.

Tacs dejó caer la cabeza hacia un lado.

-Pero si no podemos robar, ¿cómo vamos a...?

-Podéis conseguir vuestra propia comida y cocinarla, y arreglaros la ropa y cuidar el aul. O puedes volver a vivir con tu hermano y sus esposas, donde a nadie harás desgraciado, salvo a ti mismo. No te lo estoy sugiriendo. Te estoy diciendo lo que vas a hacer. ¿Me entiendes?

-Pero Flautista, tú no...

-Entiendo tu situación perfectamente.

-¿Pero cómo vamos a conseguir comida y cocinarla? Nosotros no...

-Aprenderéis a hacerlo. Cada día, uno de vosotros vendrá aquí a mi aul, y obtendrá carne y cereales para los cinco durante ese día. Aprenderéis a cocinar.

Y tenéis que mantener el aul razonablemente limpio. Limpiaréis vuestro corral...

todos los que os rodean se quejan de la peste. Y tendréis los caballos dentro del corral. Especialmente tu poney.

-No se quedará dentro del vallado.

-Enséñale a que se quede.

-Pero...

-Es tan pequeño que puede entrar en un aul, y lo hace. Y muerde a los niños.

-Ellos le gastan bromas.

-¿Prefieres que siga suelto hasta que alguien lo mate?

-No.

-Y otra cosa, si vas a ignorar los tabúes que impiden lavarse en agua estancada y la costumbre de no lavarse nada, no dejes que otros se enteren.

Mirándose las manos, Tacs murmuró algo. No podía mantener la mirada del Flautista; la vergüenza le quemaba.

-No te preocupes -le dijo el Flautista con un tono de voz más amable-. Me ocuparé de que nadie más os moleste y de que tengáis suficiente de todo para evitar el hambre y el frío. Sería mucho mejor que aprendierais a cuidaros solos, pero por el bien de vuestros vecinos alguien tiene que controlarlos.

-Si -respondió Tacs, todavía con la cabeza gacha.

-Dile a Ummake que cuando se encuentre bien venga a verme.

-¿Para qué?

-No me hagas preguntas.

-¿Podrás conseguir que mejore?

El Flautista soltó un gruñido y su boca, amplia y de labios delgados, se curvo en las comisuras.

-Ya lo he intentado. Y volveré a intentarlo. Ahora vete. Tengo cosas en las que pensar.

Tacs se levantó. El Flautista miraba al vacío a través del aul, con el rostro deformado todavía en una mueca, y los dedos huesudos entrelazados. Tacs sabía que estaba pensando en Ummake. Recogió la capa, abrió la puerta y salió al ventoso día invernal.

VI

En el bazar, los toldos rojos y amarillos aleteaban sobre los puestos de los comerciantes ricos; los pobres estaban sentados en el suelo con las mercancías extendidas delante de ellos, sobre alfombras de paja tejida. Al pasar cabalgando por la puerta, Dietric contempló con curiosidad la doble fila de puestos. Pero Tacs no estaba allí, y Ardarico se impacientaba. Se dio la vuelta para mirar la cabaña de nieve. Estaba vacía, y una pared se encontraba derrumbada. Dietric desmontó y miró por arriba de la puerta, esperando encontrar allí a Tacs de guardia, pero no conocía a ninguno de los dos hunos que estaban sentados en la plataforma, junto al cabrestante de la puerta. No sabía dónde buscar. A lo mejor, Tacs estaba en el poblado huno. O dentro del palacio, de servicio, y Dietric sólo había estado una vez en el palacio. Llevando de las bridas el caballo, caminó lentamente hacia la puerta principal.

Con una lanza apoyada en la muralla, junto a él, el huno de servicio al lado de la puerta se encontraba sentado en cuclillas sobre el porche, trabajando una tira de cuero con la punta de un cuchillo pequeño. Al acercarse Dietric, miró hacia arriba.

No cambió la expresión, y Dietric no lo reconoció, pero el huno se dio la vuelta, abrió la puerta y gritó algo en huno hacia la cámara de entrada. Sin volver a mirar a Dietric, volvió a inclinarse sobre el trozo de cuero.

La puerta se abrió totalmente, y Yaya salió por ella.

-¿Qué quieres? -preguntó con su voz fría.

-Mi padre, el rey Ardarico, me envía en busca de Tacs para que me acompañe a otra reunión -informó mientras pensaba que le resultaba molesto que Yaya apenas hablara germano; todos los hunos lo hablaban.

-¿Adónde..., allí? ¿A tu casa? -preguntó señalando con la barbilla hacia el poblado gépido.

-El qaghan ha ordenado...

-Tacs no va.

-El qaghan ha dicho que debe obedecer las órdenes de mi padre.

Por un momento, Yaya se le quedó mirando fijamente, con las manos entrelazadas, y dijo algo en huno al centinela. Éste dejó el trabajo de cuero y respondió.

Yaya se adelantó hasta el borde del porche.

-Tacs allí -dijo señalando hacia un lado del palacio-. Por allí atrás. Él no irá. Tú escucha -y dándose la vuelta, cruzó la puerta perdiéndose en la cámara de entrada. Dio un portazo tras él.

Dietric condujo el caballo hacia la esquina. El palacio del qaghan era tan grande como la empalizada completa de su padre; un huno habría montado a caballo para rodearlo. Al dar la vuelta a la esquina llegó a un patio en el que crecían tres robles. Bajo la sombra jugaban unos niños con una pelota, pero no veía a Tacs por ninguna parte. Manteniéndose al lado del palacio, alejado de los niños, caminó hacia la parte posterior y dobló la esquina.

Allí, entre la empalizada y la parte posterior del palacio, había una pequeña forja. Podía oír los fuelles, y por encima del fuego se elevaba una delgada columna de humo. Alrededor de la forja había un grupo de hombres y Tacs estaba entre ellos. Dietric se dirigió a paso rápido hacia él, llevando el caballo de las riendas.

El huno se dio la vuelta y le saludó. Dietric levantó el brazo como respuesta.

Dejó caer las riendas y caminó hacia el pequeño grupo de hombres, sonriendo a Tacs.

-Mi padre dice... -de pronto se dio cuenta de que estaba en presencia del qaghan. La garganta se le cerró. Se quedó mirando a los estrechos ojos del qaghan, incapaz de pensar. El qaghan medía exactamente lo mismo que él, pero era ancho, voluminoso, como un roble. Dietric desvió la mirada y se quedó contemplando el suelo.

-Continúa -dijo el qaghan en germano. Dietric levantó la mirada con recelo, vio que todos miraban hacia otra parte y fijó la vista en Atila.

Al lado del qaghan y de Tacs había otros cuatro hunos: un muchacho joven que estaba de pie al lado del qaghan, un germano y dos hunos. Bajo la mirada de Dietric, el qaghan pasó un brazo sobre los hombros del muchacho y éste apoyó afectivamente la mejilla en el costado del qaghan. Resultaba evidente que era uno de los príncipes. Las mejillas del chico eran lisas, carecían de las cicatrices rituales. Quizá los hijos de qaghan no eran tratados tan brutalmente. Pero miró al qaghan y vio en sus mejillas los bordes arrugados y profundos de las cicatrices. De pronto estaba mirando fijamente otra vez los ojos negros y pequeños del qaghan.

-Tacs, éste es el hijo de Ardarico, ¿no es cierto? -preguntó el qaghan.

-Así es, Atila -respondió Tacs.

-Te parece muy poco a tu padre -comentó el qaghan. Después se dirigió hacia el huno que se encargaba de la forja-. ¿Cómo es que no está todavía?

El huno le respondió en su propia lengua. Dietric estiró el cuello para ver. El huno movía los fuelles con una mano, manteniendo un amplio lecho de carbones que brillaban como bayas de invierno. Con la otra mano daba vueltas una y otra vez a una espada encima del fuego. Dietric pensó que si la calentaba mucho se rompería, y quedó complacido de su conocimiento; le hubiera gustado atreverse a expresarlo en voz alta. El huno apartó la espada del fuego y escupió en la hoja.

La saliva desapareció con un siseo, y el forjador levantó la mirada hacia el qaghan.

-Ahora, ¿lo estás viendo?

El germano asintió, con rostro impasible. El qaghan le miró directamente y aquél se movió nerviosamente.

-Estoy mirando, mi qaghan -dijo haciendo una reverencia.

-Muy bien -dijo el qaghan poniendo una mano sobre el hombro del otro huno, que había estado en silencio todo el tiempo, situado entre Atila y Tacs.

Se adelantó hacia la forja, y Dietric se dio cuenta de que aquello era un castigo.

El silencioso huno había robado algo a Hrold el germano. El estómago se le puso tirante. Rápidamente miró al muchacho que estaba al lado del qaghan; apretaba la mejilla contra la capa del padre; sujetaba firmemente con una mano los bordes de la capa. Dietric volvió a mirar la forja. El culpable había extendido el brazo derecho sobre la mesa de roble que tenía delante. Tomando la espada con ambos puños, el herrero huno le cortó la mano. Para ello, necesitó varios golpes. Tras cada tajo el herrero ponía la hoja ardiente sobre la herida. Dietric tosió. Aquel olor le hacía daño en la nariz.

El herrero dio un tajo fuerte y la mano se desprendió y cayó al suelo, a los pies del qaghan. Mientras el herrero limpiaba la espada, el huno permaneció un momento apoyado en la mesa, con la cabeza inclinada y el muñón chamuscado de su brazo estirado sobre la madera. Dietric se santiguó. El huno se enderezó y se volvió hacia el qaghan. Su rostro era del color del polvo; los párpados le aleteaban, como si fuera a desmayarse. Se arrodilló con dificultad en el polvo y bajó la cabeza apoyando la mejilla en la bota de piel del qaghan. Se levantó con lentitud y se marchó, tropezando cada pocos pasos.

El qaghan le habló en huno a su hijo, con voz autoritaria, señalando hacia sus pies. El muchacho se agachó, cogió la mano y echó a correr tras el herido. Dietric giró la cabeza para verlo; el muchacho gritó algo, y el hombre se dio la vuelta y se detuvo. Al llegar junto a él le dio la mano, y cuando el hombre se puso en marcha le acompañó. Dietric se enderezó y encontró los ojos del qaghan mirándole fijamente.

-¿Estás buscando a Tacs?

-Mi padre quiere hablar con él, mi qaghan.

-Ve -dijo señalando a Tacs.

-¿A su campamento? -preguntó Tacs-. Pero... Atila, ¿debo ir a su campamento?

El qaghan miró a su alrededor antes de contestar.

-Sí, si así lo desea. Ah, ya veo -se había vuelto hacia el herrero, y luego giró otra vez hacia Dietric. Ve al cruce de caminos que hay delante de tu campamento y pídele a tu padre que se encuentre allí con él. Hrold, puedes irte.

El muchacho regresaba y el qaghan se volvió hacia él, sonriente, y cuando a la carrera el chico se plantó junto a él extendió una mano para acariciar su mejilla lisa.

-¿Puedes hacer lo que dice él? -preguntó Tacs a Dietric.

-¿El qué?

Se marcharon por donde había llegado Dietric. Éste se desvió para recoger su caballo, que pastaba al sol junto a la muralla de la empalizada. Cogió el emperador que llevaba en el bolsillo, lo frotó entre los dedos pulgar e índice y se lo entregó a Tacs cuando llegó de nuevo a su lado.

-El otro día olvidé darte esto.

-Gracias -contestó Tacs con voz de sorpresa-. Gracias -la moneda desapareció en su túnica de espesa piel gris-. ¿Puedes conseguir que Ardarico haga eso para que yo no tenga que ir a su campamento?

-Piensas que es una trampa, ¿no? -preguntó Dietric rígidamente-. Crees que se lo conté a mi padre y él quiere que vayas allí para capturarte.

-Bueno... -dieron la vuelta a la esquina del palacio y Tacs le miró directamente-. Ya sabes lo que sucede cuando un germano sorprende a un xiung robando algo. Hrold cogió a ese hombre, y el qaghan tuvo que castigarlo de acuerdo con la ley. ¿Qué crees que pasaría si el atrapado fuera yo?

-Si se lo hubiera dicho querría también a los otros, no sólo a ti. Y sabes que conozco sus nombres.

Tacs miró el patio principal; se llevó dos dedos a los labios y silbó.

-Si tú dices que no es una trampa, te creeré. ¿Aunque por qué no ibas a decirselo? -se sentó en el borde del porche llevándose hasta las rodillas los pliegues suaves de las botas-. Pero si tú lo dices, te creeré.

Yaya salió por la puerta a la entrada del palacio y caminó por el porche hasta donde estaba Tacs. Sus pies hacían resonar las planchas de madera del suelo. Tacs miró a su alrededor. Yaya le decía algo y el huno respondía con monosílabos. Cogiendo la lanza de Tacs, Yaya bajó del porche de un salto y rodeó el palacio caminando lentamente para acudir junto al qaghan.

-¿Cuánto tiempo llevas en la guardia del qaghan? -quiso saber Dietric.

-Uno de mis hermanos era guardia, y cuando murió ocupé su lugar -dijo inclinando la cabeza hacia un lado. Miró el caballo de Dietric y le dio la vuelta para contemplarlo mejor-. ¿Es tuyo?

-Si -contestó Dietric-. ¿Qué te parece?

Tacs se inclinó y le pasó una mano por la negra pata delantera. Su poney venía trotando hacia él, llevando la cabeza voluntariamente alta para que no pudieran cogerlo de las riendas. Tacs se levantó, se aproximó a él con precaución y lo montó.

Dietric subió a su silla y se marcharon.

-¿Qué te parece mi caballo? -volvió a preguntarle.

-No deberías montarlo en la nieve -respondió Tacs con una voz en la que podía percibirse un reproche-. Puede quedarse cojo. Pero se curará de esa sobrecaña. Todos los caballos grandes la tienen. No entiendo por qué los caballos germanos son tan grandes.

-Pues me he dado cuenta de que todos los hunos que pueden montan caballos germanos.

-Por eso los xiung ricos tienen más caballos cojos que los xiung pobres -los ojos de Tacs se detuvieron en el caballo de Dietric-. Además, los xiung ricos simplemente tienen más caballos. Me pagaste ese emperador cuando no tenías por qué hacerlo; te haré un favor: si quieres, podemos cambiar de caballo.

-Cambiar de caballo -Dietric se relamió los labios. Se preguntó cómo podría salir de la situación sin ofender a Tacs. Cruzaron la puerta y pasaron bajo el roble del exterior. Una gruesa capa de nieve lo cubría todo, de color azul bajo la sombra, cruzada por miles de senderos hechos por pájaros. Bajaron la colina hacia el vado.

Junto al pantano, donde los sauces daban sombra a la nieve y la mantenían blanda, los niños habían hecho fortines para pelearse con bolas de nieve. Dietric miró a Tacs con incertidumbre.

-Tu espléndido caballito es demasiado bueno para cambiarlo por mi viejo rocín.

¿Cómo iba a ser capaz de aceptarlo?

Tacs le miró y se echó a reír. De pronto, Dietric se dio cuenta de que le estaba gastando una broma. Las orejas le ardían, pero se obligó a sonreír. Tacs tiró de las riendas del poney negro y extendió una mano con la palma hacia arriba.

-Soy un huno pobre con cuatro caballos, dos de los cuales son cojos, y los dos cojos son cruzados. Tus germanos me han convertido en mendigo. Me debes tu caballo. Y si eres bueno, ni siquiera tendré que lograr que aceptes el poney.

Con cara seria, Dietric le replicó:

-Si todos los caballos germanos son cojos, el favor que debo hacerte es no darte otro animal cojo que tengas que alimentar.

La sonrisa de Tacs se extendió de oreja a oreja.

-Ya te lo dije: los xiung ricos tienen muchos caballos cojos. Necesito más caballos cojos para ser rico.

Comenzó a reír antes incluso de dejar de hablar. Dietric acabó riendo con él; entonces Tacs le golpeó ligeramente en el brazo.

-¿Aquél era hijo del qaghan? El muchacho que estaba con él.

-Era Ernach -contestó el huno-. El hermano de Ellac, el heredero del qaghan.

-Es muy guapo, no se parece al qaghan.

Tacs echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Dietric tuvo de pronto la sensación de que Tacs y él eran amigos desde hacía mucho tiempo. Observó las profundas cicatrices del rostro de Tacs.

Ernach no tiene... -el valor le desapareció pronto; empezó a pensar que la pregunta no era apropiada. Pero Tacs estaba observándole y esperando-. Cicatrices. Creía que todos los hunos tienen cicatrices en las mejillas.

-¿Quién? ¿Ernach? -preguntó Tacs, mientras se quedaba mirándole con la cabeza ladeada-. Todavía no es un hombre. Tan sólo es un niño. Te cortan las mejillas cuando te conviertes en un hombre, en una larga ceremonia que dura tres días, y cada uno de los días el chamán te corta. Cuando eres hombre, debes aprender a recibir daño sin devolverlo. O algo así -se llevó una mano a la mejilla-. Te dan Hermano Blanco para que no te duela mucho. Yo grité muy fuerte. A los mayores les gusta eso, les gusta que el chamán haga un buen trabajo. Y luego todos te hacen regalos.

-Ah -exclamó Dietric. Pero lo que en realidad estaba pensando era que cómo resultaba posible que habiendo vivido tan cerca existieran tantos malentendidos.

Al llegar al vado vieron que la nieve había sido barrida y que habían puesto planchas de madera y gravilla sobre el hielo.

-Llevaré a mi padre al cruce de caminos, cerca del pie de nuestra colina.

-Muy bien -replicó Tacs con un asentimiento-. Puede que traiga soldados, pero entonces los veré mucho antes de que puedan capturarme.

-Sé que no llevará soldados.

-De todas formas, quizá vaya un día a tu campamento. Nunca he estado en él.

-Pues yo siempre quise ver tu poblado -respondió Dietric-. Si vienes a mi campamento, ¿podré visitar el tuyo?

Tacs asintió, excitado.

-Claro. Bueno. Podemos ser... compañeros -daba la impresión de que no estaba muy seguro de la palabra; levantó la mirada hacia Dietric-. Si tienes problemas en mi campamento, yo te ayudaré; y lo mismo tú a mí en el tuyo.

-Muy bien -contestó Dietric. Ya habían llegado casi al cruce de caminos. Sobre la colina helada, encima de ellos, la pequeña empalizada de Ardarico parecía una parodia de la del qaghan. Dos gépidos bajaban hacia ellos; miraron con recelo a Tacs, y aunque uno respondió al saludo de Dietric, el otro ni siquiera le prestó atención.

VII

El poblado huno se extendía sin ningún orden a lo largo de las murallas septentrional y occidental de la empalizada del qaghan. Cabalgando con su caballo detrás del poney de Tacs junto al terraplén que marcaba el límite sur del campamento, desde un punto elevado Dietric miró las cabañas redondeadas y las pilas de basura, las capas de carne puesta a secar, los niños, los perros, los caballos sueltos y los adultos dedicados a su trabajo o al ocio, y se preguntó que a cuántos de ellos se habría encontrado antes en los caminos. Tacs azuzó el poney y Dietric le siguió por el terraplén, manteniendo su alto caballo cerca del poney, aunque se sentía ridículo sacándole la cabeza y los hombros a Tacs.

Cuando te encontrabas a su nivel, el poblado parecía tan impenetrable como una espesura de espinos, pues carecía de callejones o caminos. El fuerte hedor del cuero curándose y del estiércol de caballo se mezclaba con los olores provenientes de las cazuelas que se estaban cociendo en todos los fuegos junto a los que pasaban. Dietric dejó que las riendas se les deslizaran entre los dedos. Su caballo se encargaría de seguir al poney; él prefería entregarse a mirar a lo que le rodeaba. Entre las cabañas había corrales hechos de mimbre; en la mayoría de ellos había dos o tres caballos. Las chozas tenían la forma de un cuenco puesto boca abajo, y las puertas de madera, incluso las cubiertas de cuero, estaban pintadas con motivos hunos.

En su poblado, los hombres lo habrían dejado todo al amanecer para trabajar; pero aquí los hombres estaban sentados en el suelo o de pie, incluso tumbados, delante de sus cabañas, sin hacer nada. Todos le miraban. Podía sentir en la nuca sus miradas de curiosidad, y cuando les sostenía la mirada no la apartaban, tal como habría hecho un germano. Se preguntó lo que habría sucedido de no haber ido acompañado por Tacs, y sintió en la piel frío y calor al mismo tiempo.

Tacs lanzó un grito a uno que pasaba y éste le respondió. Cabalgaron a través del poblado. Los perros les ladraban y gruñían, lanzándose a las pezuñas de los caballos. Algunas de las mujeres que vio, las ancianas, hacían pan modelando hogazas planas no más grandes que sus manos. De un palo, delante de una cabaña, colgaba un bebé envuelto en una manta atada con una cuerda. Sus ojos negros siguieron a Dietric sin expresión, como los ojos de los adultos y los niños. En alguna parte alguien tocaba una música extraña, sin tono, en un instrumento que Dietric no reconoció; todo eran punteados de cuerda y gemidos.

-Ho -gritó Tacs, y Dietric miró a su alrededor y ondeó los brazos, mientras el caballo se deslizaba por otro terraplén hacia el poblado inferior. Allí las cabañas estaban bastante más separadas. Los niños colgaban por las rodillas de un árbol pequeño; un muchacho gritó el nombre huno de los germanos y se echó a reír, burlón. Cuando Tacs lanzó un saludo, un hombre sentado delante de una cabaña levantó una mano como respuesta, pero no dijo nada. En el suelo, delante de un fuego, había un montón de pieles de oso. Sobre ellas yacía una persona anciana.

Dietric no sabía si se trataba de un hombre o de una mujer, pero estaba tan encorvada que casi tocaba las rodillas con la barbilla, y sacudía sin objetivo las manos en su regazo, aunque con sus ojos negros siguió a Dietric, sin pestañear.

Tacs tiró de las riendas y extendió una mano para que Dietric se detuviera.

-Presta atención... podrías perderte aquí si no ves por dónde vas. Entra.

Tacs le hizo entrar en una cabaña cuya puerta estaba pintada con marcas rojas y amarillas. Dietric desmontó, buscó algo donde atar las riendas y finalmente las soltó. Tacs cruzó la puerta, y Dietric le siguió doblando las rodillas y la espalda.

Se arrastraron en la calidez interior, iluminada apenas por una pequeña lámpara rojiza. El germano se dio cuenta al instante de que había allí media docena de personas, aunque nadie habló o se movió. Había algo entre la lámpara y él, y se asustó, pero sólo era Tacs, inclinado sobre la lámpara, cuya luz rojiza barría su frente, nariz y pómulos. Dio algo más de fuerza a la lámpara y la puso al lado de Dietric.

-Siéntate aquí -le dijo Tacs tirando de él hacia atrás, y las manos extendidas de Dietric se hundieron en una piel profunda como una cama. Se sentó sobre ella y se esforzó para ajustar los ojos a la luz existente.

-Ya les conoces -dijo haciendo un gesto hacia los lados-. Yaya, Monidiak y Bryak.

De más allá de la lámpara llegó un murmullo general. No le querían allí. Dietric se movió, sintiéndose de pronto deprimido. Había pensado que sería divertido ir allí, y Tacs se había sentido feliz de llevarle. Pero vinieron a su mente historias sobre lo que les sucede a los extranjeros entre los hunos.

En la oscuridad, a su derecha, había una jarra cuyo contorno se perfilaba en la luz rojiza, y una voz baja de huno dijo:

-Toma, bebe algo. ¿Dónde estuviste, Tacs?

Entre el momento en que cogió la jarra y el momento en que llegó a sus labios.

Dietric se dio cuenta de que quien hablaba era una mujer. Tacs se inclinó para responderle.

-Fui al campamento de los gépidos, para ver de nuevo al rey Ardarico. Ah.

Fue muy interesante. Una o dos veces pensé que no regresaría. Dietric, ¿es que te la vas a llevar a casa?

-Ah, lo siento -respondió el germano entregándole la jarra. Sólo había tomado un sorbo, receloso por su sabor amargo, pero lo encontró sorprendentemente agradable, y el calor se extendió por él al tiempo que la luz roja se le hacía más agradable a los ojos.

-Podías habérmelo dicho -le increpó la joven-. Era tu turno para ir al Flautista y tuve que ir yo en tu lugar. Me asusta y me hace muchas preguntas. ¿Qué pasó en el campamento gépido? ¿No irías solo, verdad?

-Me llevó Dietric. Sólo me miraban. Podría contaros lo mucho que me odiaban, y además tienen muchos perros grandes... Dietric, ésta es Ummake, es la esposa de Yaya.

-Hola -contestó Dietric.

-¿Es de verdad muy diferente de nuestro campamento? -preguntó Ummake, que apenas había mirado a Dietric. Éste pensó que la joven le despreciaba, y se echó hacia atrás, apartándose.

-Muy diferente. No habría podido encontrar el camino si hubiera ido solo.

Todas las casas son iguales.

Sorprendido por aquello, Dietric intervino.

-¿Y cómo puedes encontrar el camino aquí? No hay caminos y todo parece puesto al azar.

Ummake se echó a reír y Tacs replicó:

-Es facilísimo encontrar aquí el camino..., sólo tienes que fijarte en las marcas de los auls.

-Facilísimo, claro, si sabes lo que significan -dijo Ummake. Algo suave y cálido tocó la mano de Dietric; esa ligera presión en la oscuridad le dejó casi con la boca abierta. Ummake le había tocado-. Tacs no piensa en esas cosas. ¿Te sientes asustado aquí?

-Aquí no -contestó-, pero fuera si.

-Ah -replicó ella-. No debes tener miedo. Nadie te haría daño aquí. Se metería en muchos problemas. ¿Por qué viniste?

-Siempre había deseado ver vuestro poblado.

La mujer se echó a reír de nuevo y por segunda vez le tocó la mano, pero en la oscuridad rojiza se apartó, y un instante después Dietric oyó que hablaba con Yaya. Se preguntó por el aspecto que tendría; su voz era tranquila, y más profunda que la de una mujer ordinaria. Deseó que le tocara de nuevo, que le volviera a hablar. Pero estaba hablando con Yaya, cuya voz dura y ebria ahogaba la de Ummake. Le sobrevino una cólera irrazonable.

-Toma -le dijo Tacs, pasándole la jarra de Hermano Blanco-. Hazle los honores. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

-No, te lo agradezco.

-Tu padre me dio comida. Toma. Sólo un poco.

Dietric iba a negarse de nuevo, pero recordó lo que le había dicho su padre Sobre las costumbres de los hunos al ofrecer comida; se preguntó si Tacs se sentiría ofendido si se negaba de nuevo. Cogió la rebanada de pan. Estaba caliente y tenía carne encima. Se la metió en la boca y la sangre cayó por su lengua y su garganta.

La carne apenas estaba cocida. La comían semicruda. Se le revolvió el estómago, pero se tragó el bocado; alguien le dio una copa de vino y se la bebió para borrar el sabor dulzón que le había quedado en la boca. Monidiak y Tacs hablaban en huno; Dietric oyó a Tacs decir su nombre, y también creyó oír la palabra Sirmio. Forzó los oídos para ver si podía entender algo más. A su derecha, Ummake reía; su risa era tan baja y rica como su voz, y producía cosquillas en la piel de Dietric. A su izquierda, Tacs volvió a decir su nombre a Monidiak.

-¿Estáis hablando de mí?

Tacs estaba echado hacia atrás, apoyado en los codos, con los pies dirigidos hacia la lámpara roja. Sobre los huesos de su cara esa luz rojiza parecía pintura.

-El qaghan nos envía a Yaya, a mi y a otros a Sirmio, a esperar allí a Edeco...

Edeco es nuestro jefe, el jefe de la guardia, y ha estado en Nueva Roma hablando con el emperador. Vamos a escoltarlo en el camino de vuelta. Lleva con él algunos romanos. Pensé que quizá querías venir con nosotros.

A Dietric el corazón le dio un salto.

-¿A Sirmio? ¿Pero... podré ir? ¿Me dejará el qaghan? -vio en su mente los estrechos ojos oscuros del qaghan, pétreos como los de un águila.

-Claro. ¿Por qué no iba a dejarte? ¿Y tu padre, te dejará él?

-Yo... -no le dejaría, un peso mortal oprimió su pecho-. Se lo pediré -pero Ardarico no le dejaría. Se sintió lleno de un deseo salvaje, como si fuera a morir si no podía ver Sirmio.

-Aunque no te deje, ven de todas formas -intervino Monidiak-. O ni siquiera se lo pidas. Yo hice eso cuando era joven, y al regresar mi padre se lo tomó como una gran broma.

Tacs le dio a Monidiak un golpe en el pecho con la mano abierta.

-Tu padre era Tssa. El de él es Ardarico.

La voz suave y rica de Ummake volvió a sonar a la derecha de Dietric:

-¿Eres un gépido? ¿Cuáles son tus tótems?

-Yo... nosotros., los gépidos ya no tenemos tótem, ahora somos cristianos.

-¿No tótems? -preguntó con el mismo tono que si hubiera oído que no tenían ojos.

Tendría que pedirle permiso a Ardarico para ir a Sirmio, no había forma de evitarlo. Sirmio era romana, en un tiempo fue incluso capital del Imperio; y Tacs había dicho que habría romanos en el grupo al que iban a recibir. Seguramente Ardarico lo consideraría como un honor. Le daría permiso. El qaghan...

La jarra de Hermano Blanco regresó a él, y bebió. En la oscura luz rojiza, los colores se movían ante sus ojos, como remolinos desordenados de color rojo y azul. El nombre de Sirmio resonaba una y otra vez en sus oídos. Tacs y Monidiak reían y hablaban, mientras Yaya le hablaba a Ummake con su voz dura y fea. ¿Cómo podía ella soportarle? De vez en cuando el sonido de la voz de ella, y su alegre risa, le llenaban de deseo. Al instante siguiente pensaba en Sirmio y el deseo se doblaba. Estaba tumbado boca arriba sobre las pieles, pasando las manos ociosamente sobre su suavidad; la risa de Ummake le acariciaba como una piel suave.

En Sirmio seguramente encontraría..., algo. El aroma suave del Hermano Blanco llegó hasta él y la boca se le hizo agua. Bebió lo último que quedaba en la jarra, pero enseguida había otra pasándose entre ellos, llena. Cerró los ojos, mareado y lleno de deseos.

-Dietric -dijo Tacs.

-Sí.

-Te llevaré hasta el límite del campamento. En la oscuridad no encontrarías el camino.

-¿Oscuridad? -preguntó irguiéndose, y preguntándose si se habría quedado dormido-. ¿Es de noche?

Mareado, miró a su alrededor, aunque allí, evidentemente, siempre estaba oscuro.

-Si. Vamos.

Ardarico se enfadaría. Dietric se puso en pie. Olía a carne cociéndose, y Ummake se había ido. Dando tumbos sobre las alfombrillas desiguales del suelo, siguió a Tacs al exterior.

El anochecer daba color todavía al cielo del oeste, pero al este y encima de sus cabezas brillaban las estrellas. El caballo de Dietric estaba todavía delante del aul, arrastrando las riendas. Alrededor de ellos los hunos recogían el equipo y entraban en el aul para pasar la noche. Yaya pasó junto a ellos llevando dos yeguas, una de ellas con un potro pegado a sus talones. Dietric cogió sus riendas.

-Preguntaré a mi padre si os puedo acompañar a Sirmio. Gracias.

-Haremos un buen viaje si vienes -dijo Tacs asintiendo-. Dile que el qaghan lo permite.

Dietric se montó en su caballo, y Tacs fue a coger su poney. Con el anochecer estaba aumentando el viento. A su alrededor, en los auls vecinos, escuchaba a la gente que se reunía para la noche.

-Espera -le dijo Ummake saliendo del aul-. Toma esto, tendrás hambre en el camino -le entregó un trozo de pan. Ahora por fin podía verla. Era tan fea como todos los hunos, de rostro

plano, ojos sin pliegues, con sólo un bulto por nariz. Murmurando algo, tomó el pan y dio la vuelta al caballo, incapaz de mantener su mirada.

Cuando Ardarico cabalgó hasta la empalizada de qaghan, pudo verle enseguida, de pie ante un puesto del pequeño bazar rodeado por Constancio y algunos miembros de la guardia de palacio. A pesar del frío y del fuerte viento, Atila no llevaba capa. Estaban comprando también media docena de sus mujeres, cada una con sus Siervas, pero se mantenían alejadas de él y su grupo. Las mujeres le miraban constantemente por encima del hombro, y hablaban en susurros entre ellas. El qaghan las ignoraba.

Ardarico dejó el caballo con un esclavo y se acercó a pie. El qaghan estaba eligiendo entre una colección de piedras preciosas, y hablando con Constancio sobre el clima. Uno de los guardias era Tacs, que llevaba en el brazo un bulto de pieles; Tacs vio a Ardarico y retrocedió para dejarle sitio junto al qaghan. En ese momento brilló entre las pieles un trozo de oro, el broche de enganche de la capa. Atila levantó una mano y sonrió.

-Viniste en el momento adecuado. Me complace. Mira estas piedras. A Constancio le gustan las rojas. ¿Qué te parece?

-Mi qaghan -dijo Ardarico, y en ese momento, movido por el viento, el borde del toldo le golpeó casi en la oreja, por lo que se apartó, molesto-. Podrías ver estas cosas en tu salón de recepción. ¿Por qué te molestas en salir con este frío?

-Me gusta el frío. Todos los inviernos los paso sentado en el interior, un día tras otro; y engordo. ¿Qué es lo que quieres?

Nada más pronunciar esas palabras se escuchó abrirse una puerta que daba a la Plaza de las Mujeres. Todos se volvieron para mirar en esa dirección y vieron a Kreka, la favorita, con dos esclavas que sostenían sobre ella un parasol orlado y otras cinco doncellas detrás. Al ver al qaghan, Kreka fingió sorpresa y, como deferencia a él, hizo como que se retiraba de nuevo a la Plaza de las Mujeres. Pero el qaghan levantó una mano para que se detuviera y envió a uno de sus guardias dándole permiso para que se quedara.

Kreka era de raza hunas, de corta estatura, gorda y de mediana edad; era la madre de Ellac y Ernach. Llevaba una túnica escarlata que calentaba su piel amarillenta. Cuando el guardia le transmitió el mensaje del qaghan, levantó una mano en un elegante saludo y se encaminó majestuosamente hacia el bazar, apartándose de Atila.

Ardarico miró hacia ella con acritud. Hacía ya tiempo que había dejado de sorprenderse por las mujeres hunas y su crudeza. Carecían de todo lo que parece adecuado a una mujer. Incluso había oído que unas a otras se contaban rumores gruesos y que se complacían en historias de adulterio y otros crímenes. El qaghan le estaba observando; Ardarico bajó la cabeza obedientemente para mirar la bandeja de plata que el comerciante de joyas, un medo, sostenía ante él.

-¿Para qué las deseas, mi qaghan?

-Simplemente me gustan.

Ardarico pasó las yemas de los dedos por las piedras. La superficie de éstas, dura y lisa, arañaba su piel. A la sombra del toldo no captaban la luz y parecían apagadas. El medo estaba de pie al otro lado del mostrador, sonriendo con su cara alargada y morena. Ardarico se daba cuenta de que estaba calculando el dinero del qaghan como si estuviera ya en su mano.

-He encontrado a los hombres que atacaron tu campamento, Ardarico -dijo el qaghan.

-¡Ah! -exclamó Ardarico, irguiéndose interesado.

-Los castigaré y te pagaré la vaca. Los enviaré lejos un tiempo para que aprendan a ser honestos. Al orgullo herido tuyo y de tu hijo sólo puedo ofrecerles el bálsamo de saber que sufrirán más de lo que habéis sufrido vosotros.

Ardarico miró las joyas. Hubiera preferido castigar él mismo a los ladrones, pero temía insistir y que ello ofendiera al qaghan. Sonrió.

-Creo que las esmeraldas son las mejores.

-Tienes un gusto excelente. Eso es también lo que pienso yo.

Atila sacudió brevemente la bandeja de plata y se fue. El grupo se movió con él. Ardarico se quedó, mirando al medo. La cara del comerciante se vino abajo; por un instante estuvo a punto de llamar al qaghan. Ardarico se rió de él y el medo enrojeció.

-Dijo que le gustaban. Pero nunca dijo que las compraría.

El qaghan se había apartado ya del bazar y Ardarico salió corriendo tras él, divertido con la broma de Atila.

En el patio, de camino hacia el palacio, se detuvo y dejó que Tacs, poniéndose de puntillas, le colocara el manto por encima de los hombros, lo que dio tiempo a Ardarico para ponerse a su altura. Constancio, con el cuello lleno de gruesos pliegues, miraba a sus pies con el ceño fruncido. El sol brillante refulgía en su calva.

-Te equivocaste conmigo, Constancio. ¿Para qué iba a gastarme el dinero en joyas? Ellas lo gastarán todo por mi -dijo señalando hacia el puesto, abrochándose el manto por encima de los hombros y soltando una carcajada. Rodeado por los guardias, se puso en marcha de nuevo hacia el palacio.

Ardarico se dio la vuelta para mirar el puesto del comerciante de joyas con miedo.

Estaba rodeado por mujeres. Las voces agudas de éstas se elevaron, peleándose por las joyas. En medio del grupo se sacudía el parasol orlado de Khatun Kreka.

Constancio estaba mirando, formando un amplio círculo con las cejas.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Ardarico.

-Quieren saber cuáles fueron las preferidas del qaghan -contestó Constancio soltando una risita femenina-. El qaghan es un hombre ahorrativo... Nunca gasta de su propio oro si puede utilizar el de otro.

Dicho eso se dio la vuelta y empezó a correr detrás de su amo, recogiendo en una mano los pliegues de la falda.

VIII

Bajo la luz fría y húmeda del amanecer, Dietric temblaba incontrolablemente. A su alrededor los auls estaban cubiertos por una nevada reciente. Sobre el agujero para el humo del aul de Yaya la nieve se había fundido y vuelto a congelar, formando una pequeña bóveda de hielo. Todos parecían estar dormidos todavía, salvo Tacs y Yaya que ensillaban los caballos; Ummake, sentada en una alfombrilla en la puerta del aul, con las manos recogidas en el regazo, y el propio Dietric.

Ardarico sabía dónde se encontraba Dietric nada más echarle en falta. Tacs estaba convencido de que el gápido había escapado con éxito, pero Dietric esperaba ver en cualquier momento a su padre atacando a través del campamento huno y empezando unos problemas que quién sabía cómo podrían terminar. De pronto tuvo una visión en la que los auls cubiertos de nieve eran huevos, la gente estaba metida en el interior y Ardarico rompía las cáscaras y sacaba a los hunos, que todavía no estaban hechos del todo. Se estremeció, deseando no haberse escapado.

Llevaba puesta la piel de oveja por encima de la capa de huno; los otros le habían ayudado a rellenar las botas con paja, a pesar de lo cual el frío le calaba hasta los huesos. El poney negro de Tacs, cubierto de pelo como un perro pastor, estaba delante del aul comiendo nieve, hundido en ella hasta las caderas. Yaya salió del aul con un paquete largo y estrecho y lo lanzó hacia la silla del caballo, ante lo que éste echó hacia atrás las orejas y levantó un casco dispuesto a cocear. Pero Yaya se apartó rápidamente y se dirigió a su propio caballo. Echando vapor con el aliento, Tacs ató bien el paquete detrás de su silla.

Cuando Dietric le pidió permiso a su padre para ir, Ardarico se había negado coléricamente, advirtiéndole además que los hunos querían algo de él, hacerle pagar una deuda. Dietric no creía que eso fuera totalmente falso, pero aunque fuera cierto se negaba a perder la oportunidad de ir a Sirmio, ver romanos, cabalgar con los hunos. Aunque el qaghan se llevara su ejército al combate, eran muy pocos los germanos que cabalgaban realmente junto con los hunos. Estos últimos eran los que solían encargarse de la vanguardia, el reconocimiento y la retaguardia, y los germanos quedaban como cuerpo principal del ejército, utilizado sólo después de que los hunos hubieran hecho todo el trabajo interesante.

Tacs y Yaya montaron. Ummake se levantó de la alfombrilla y avanzó con la barbilla erguida bajo la luz clara. Primero se dirigió a Yaya, y le habló sonriente.

Éste puso una mano brevemente sobre el áspero pelo negro de la mujer. Ella levantó una mano como saludo a Tacs, y cuando él le respondió regresó sobre la nieve hacia donde se encontraba Dietric, levantando los bordes de los pantalones anchos para no mojárselos.

-Dietric -dijo-. Vigílalos por mi... que no los seduzcan.

Sus dientes blancos refulgieron y regresó junto a Yaya un momento antes de entrar en el aul.

Tacs y Yaya partieron uno detrás de otro. Después fue Dietric, preguntándose lo que habría querido decir Ummake. Seguramente era una broma sin significado. Empezaba a darse cuenta de lo diferentes que eran los hunos de los gépidos, y las diferencias le parecieron mágicas e importantes. La luz del amanecer se iba haciendo más fuerte, y los llantos de los niños y los ladridos de los perros rompieron el silencio de la noche. Había ya caminos recién hechos en la nieve junto a las puertas de los auls. Gradualmente, mientras ellos avanzaban, aumentó el ruido en el campamento, hasta que al llegar al límite sur del poblado el alboroto de la gente que hablaba y gritaba, cocinaba, preparaba los caballos e iba a por agua era tan grande como al mediodía, y el poblado se encontraba lleno de hunos.

Al pasar junto al último aul, Tacs se retrasó para colocarse junto a Dietric.

-Ardarico no nos alcanzará, no te preocupes. Ten cuidado con ese caballo, pues si lo fatigas se puede quedar cojo en la nieve.

-Le he estado poniendo compresas en la pata.

-Eso no sirve de mucho hasta que se ha quedado cojo -respondió Tacs frunciendo el ceño-. Pero tampoco le hará daño.

Delante de ellos, esperándoles en un grupo sobre la llanura cubierta de nieve, había una docena de hunos montados en sus caballos. Dietric había esperado que hubiera más, pues creía que un enviado de Constantinopla merecería una escolta mayor. Por delante, Yaya puso su caballo al trote, y los hombres que les esperaban giraron las monturas y partieron abriendo las filas, dejando sobre la nieve un rastro en abanico. El caballo de Dietric comenzó a correr sin que se lo ordenara. A su lado Tacs ajustaba los broches de la parte delantera de la capa, con las riendas sueltas sobre el cuello del poney.

Ahora que se habían puesto en movimiento, Dietric apenas sentía el frío. Ante ellos se abría la ondulada llanura, enterrada ahora por la nieve. Su padre no le había alcanzado y Dietric miró hacia atrás. Habían dejado ya muy lejos la colina del qaghan con su empalizada. Ardarico no podría ya detenerle. Se volvió hacia el frente, sujetó las riendas con firmeza y se echó a reír.

El sol se levantó en el cielo gris, y tras ellos Hungvar se hundió en la distancia y se perdió. Durante un tiempo avanzaron paralelamente con el río. La línea de árboles que había en sus orillas sobresalía en su tono oscuro sobre la llanura blanca y el cielo gris claro. Pero al mediodía también habían dejado atrás el río. Dietric pensó que iban hacia el sur. Con el color de la plata clara, el sol se deslizaba por el cielo, tan débil que podían mirarlo fijamente. Dietric se acordó de los cuentos de la niñez, del gigante y las doncellas de la nieve, las historias del frío profundo y oscuro encerrado tras la calidez del sol. Ahora ya apenas se contaban, pues eran de los tiempos anteriores a que Cristo llegara a los germanos y éstos se hubieran salvado, y nadie quería pensar que habían estado condenados antes de que Cristo llegara a ellos. Al fin y al cabo, quizá fuera eso lo que significaban esas historias:

el frío y la oscuridad de los tiempos anteriores a Cristo.

-¿Cuándo llegaremos a Sirmio? -preguntó a Tacs.

-¿Quién sabe? En tres días; o cuatro.

Dietric había pensado que estaría más lejos. Estudió el perfil de Tacs; el pequeño huno sonreía con los ojos brillantes, evidentemente feliz. Dietric se acordó de que Tacs había regresado solo de Italia, cuando el ejército se fue dejándolo atrás.

por la llanura comprendió por primera vez la razón de que su padre Cabalgando hubiera negado a creerle.

-Cuando estuviste en Italia...

Tacs le miró, y Dietric no encontró ninguna manera de preguntarle lo que quería saber. Se humedeció los labios con la lengua, mirando hacia el frente; los otros hunos cabalgaban en filas abiertas y desiguales, unos hablaban en grupo y otros separados de los demás, en silencio.

-¿No tuviste miedo..., de estar solo? -terminó por fin de preguntarle.

Tacs sacó hacia fuera el labio inferior, como un niño al hacer un puchero.

-No le tengo miedo a nada.

-Lo que quería decir era... ¿No te sentías solo?

Entonces Tacs se negó a mirarle. Dietric buscó alguna manera de compensar el haber dicho que podría haber tenido miedo.

-Yo me habría sentido tan solo que habría muerto. No creo que lo hubiera soportado.

Tacs le miró por el rabillo del ojo; la expresión de su rostro decía que estaba seguro de que Dietric no lo habría soportado. Pero relajó la boca y empezó a sonreír de nuevo.

-No estuve solo hasta el final..., me acompañaba Marag, el hermano de Yaya.

-No lo sabía -respondió Dietric mirando rápidamente a su alrededor, buscando a Yaya.

-Murió en las montañas. Allí todo era más difícil, no las entendíamos, no podíamos encontrar comida y nada estaba en los mismos lugares; además hacía frío y no encontrábamos comida para los caballos.

Yaya estaba reteniendo el caballo, por lo que pudieron alcanzarle. Al llegar junto a él dijo algo rápidamente, en huno, gesticulando hacia atrás. Tacs asintió y le respondió algo. Yaya miró a Dietric como si no le estuviera viendo, pero sus ojos inquietaron de pronto al germano.

-Deberíamos enseñarle a hablar huno -comentó Tacs en germano, apuntando a Dietric con la barbilla.

-¿Por qué? -preguntó Yaya-. Él es amigo ya.

-¿Qué te encoleriza tanto? -preguntó a su vez Tacs abriendo los ojos.

-No enfadado.

-Yaya tiene muy mal genio -le dijo Tacs a Dietric encogiéndose de hombros-.

Y además está preocupado por Ummake.

-¿Quién cuidará de ella? -preguntó Dietric.

-El Flautista. Ella...

-No le digas -exclamó Yaya-. ¡Ummake es mía!

-Nunca pensé... -empezó a decir Dietric, pero Tacs le cortó.

-Déjale en paz. Si no querías que viniera, ¿por qué no dijiste algo antes?

Yaya seguía mirando hacia la llanura. La mandíbula le sobresalía en posición desafiante desde su rostro en forma de fuente.

-No me importa.

Ladeando la cabeza, Tacs se le quedó mirando enigmáticamente. Un momento después intentó hablarle a Yaya en huno, pero éste, en lugar de responder, puso el caballo a galope medio y se alejó de ellos, en dirección a un pequeño grupo que cabalgaba unido por el flanco derecho. Tacs se le quedó mirando con una expresión de anhelo.

-Me gustaría poder montar así -comentó Dietric, complacido de que Yaya se hubiera ido.

-Yaya tiene una gran magia para los caballos.

-Todos los hunos montan bien.

-Sí. somos xiung -respondió Tacs enderezándose y dejando de mirar al grupo.

Dietric sabía que estaba enfadado con Yaya.

-¿Podrías enseñarme?

El pequeño huno se echó hacia atrás en la silla y contempló críticamente a Dietric y su caballo. Volvió a erguirse y respondió:

-No.

Por un momento Dietric fue incapaz de decir nada; las lágrimas le picaban los ojos. Se sentía avergonzado y rechazado.

-Tenias que haberlo aprendido de niño. Antes incluso de haber nacido. Puedo enseñarte, pero eres muy mayor, creo, estás demasiado acostumbrado a caminar, y tu espalda y piernas no están bien. Ya sabes que hay cosas para las que los xiung no valemos, porque no las hemos aprendido de la manera correcta. Por ejemplo cultivar alimentos y formar campamentos excelentes como los vuestros -la voz le vacilaba, como si no estuviera seguro de que hacer tales cosas fuera

digno de un huno-. De todas maneras montas bastante bien para ser un germano. Mucho mejor que tu padre.

-¡Ah! -exclamó Dietric hinchando el pecho-. ¿Lo crees así?

-Pero tienes que ir más unido a tu caballo. Fíjate.

El poney negro saltó hacia el frente al galope, dio una docena de zancadas sobre la nieve, giró y volvió diagonalmente con respecto a sus huellas, lanzando al aire trozos de nieve. Giró de nuevo y se dirigió hacia Dietric, dio una vuelta alrededor del caballo del gépido y volvió a ponerse a su lado al trote.

-¿Lo viste?

Dietric cepilló la nieve que se le había quedado pegada a él y a su caballo.

-¿Qué era lo que tenía que ver?

Tacs arrugó la nariz hacia arriba; estaba tan cómico que Dietric casi se rió de él.

Una oleada de afecto recorrió su interior. Finalmente, Tacs hizo un gesto de desesperación con la mano.

-No puedo explicarlo. A lo mejor si pasas mucho tiempo viéndonos podrás comprender. Todo está en la forma en que vas con el caballo. Este no sabe lo que quieres de él por lo que le haces con las manos y las piernas, sino por la forma en que te sientas sobre él -Tacs colocó una mano sobre la parte más estrecha de la espalda-. Todo sale de aquí, ¿entiendes?

-No, lo siento.

-No sé explicarlo. Obsérvanos. Fíjate en Yaya, que tiene una gran magia para estas cosas. Observa la manera en que montan los germanos, que es muy diferente.

-¿De verdad piensas que Yaya monta mejor que tú?

Tacs le lanzó una mirada solemne, asintiendo; su voz sonó incluso reverente.

-Todos los hombres de esa familia. Marag podía montar cualquier caballo; le amaban. Sabía hablar con ellos. A Yaya le pasa lo mismo. He oído decir que la magia está enterrada en el cráneo de un caballo, en algún lugar de la estepa, y que todos los miembros de esa familia poseerán la magia hasta que el cráneo del caballo se convierta en polvo.

-Entiendo -comentó Dietric con cara seria. Recordó algo que le había mencionado Ardarico-. ¿Dónde está enterrada tu magia?

Tacs giró bruscamente la cabeza, sorprendido.

-¿Cómo?

-Mi padre dijo que tenías... que el qaghan había dicho que tú tenías una magia poderosa.

-Nunca debes hablar de la magia de un hombre cuando estés delante de él.

Eres germano y por tanto no lo sabías. Pero no vuelvas a hacerlo. Ahora si lo sabes. Recuérdalo -la mala educación de Dietric le hizo sacudir la cabeza, pero un instante después volvía a inclinarse hacia él, sonriendo-. La verdad es que no es cierto. No tengo ninguna magia. Pero, por alguna razón, todos lo creen así, y yo dejo que lo crean. Si lo creen serán más amables conmigo. Pero no tengo magia.

-Antes de que Dietric pudiera hablar, uno de los hunos que iban delante lanzó un grito agudo, y todos se volvieron hacia el este. Tacs murmuró algo y comenzó a galopar hacia el que había gritado. Dietric le siguió. Se dio cuenta de que alguien había visto algo hacia el este, pero él no veía nada en la llanura nevada. Trató de utilizar la parte estrecha de su espalda para guiar el caballo, pero no vio que se produjera ninguna diferencia.

Los hunos empezaron a cabalgar todos juntos en apretado grupo, mirando nerviosamente hacia el este. Al fin, Dietric vio la nieve removida por el viento que se elevaba por el horizonte. Unos momentos más tarde vio una columna de jinetes que venía hacia ellos al galope, bajo la nieve lanzada al aire. Tacs le cogió del brazo por debajo del codo.

-Son germanos... gépidos, ¿no? ¿Los conoces?

Dietric parpadeó. Ni siquiera podía contar cuántos jinetes venían. Mientras miraba, el grupo llegó a unos cientos de metros de ellos y se detuvo. Uno de ellos se aproximó. Eran gépidos; llevaban el cabello amarillo en trenzas, y las barbas eran tan largas como las de Ardarico. Dietric no reconoció a ninguno, pero sabía quiénes debían ser: hombres de una comunidad que vivían a lo largo de una hoz del río al sur de Hungvar.

-Vosotros... hunos -gritó el jefe del grupo- ¿Adónde vais? ¿Quién os envía?

Tacs palmeó con urgencia a Dietric en el hombro.

-Dile que vamos en una misión para el qaghan. Deprisa.

-¿Por qué de he...?

Tacs le propinó un pequeño empujón. Dietric se apartó del grupo de hunos y levantó un brazo como saludo al otro gépido.

-Soy Dietric. Hijo del rey Ardarico. Estos hombres y yo vamos en una misión especial a Sirmio, en el nombre del qaghan.

El otro gépido aproximó el caballo. Su rostro largo, quemado por la nieve, tenía un gesto de sorpresa. Echó el cuerpo hacia delante, para mirar el rostro de Dietric.

-¿El hijo del rey? ¿Cómo sé que no me mientes?

-Lo juro por Jesucristo. ¿Por qué te iba a mentir?

El gépido miró más allá de él, hacia los hunos, y asentándose en la silla dirigió de nuevo la mirada a Dietric.

-¿Un asunto del qaghan?

-Así es.

Con un asentimiento, levantó las riendas.

-Asegúrate de que no roben nada. Cuanto más rápido se vayan, más felices nos sentiremos -sentenció dando la vuelta al caballo y volviendo a galope medio junto a los suyos. Al observarle, Dietric se fijó por primera vez en lo rígida que llevaba la espalda, por lo que a cada zancada del caballo daba un bote. Lo que aquel germano le había dicho le dejó un mal sabor de boca. Tiró de las riendas y regresó con los hunos.

Salvo Yaya, todos le aclamaron, y cuando los gépidos se fueron volvieron a aclamarle. Extendían las manos para palmearle y acariciarle como agradecimiento.

Dejándole en medio en una operación envolvente, prosiguieron el camino. Tacs se acercó a Dietric.

-Te creyeron. A nosotros no nos habrían creído, nos habrían dado problemas para obligarnos a luchar. El qaghan... -sacudió la cabeza antes de proseguir-

Estaba muy enfadado por el ataque a la casa de tu padre, ya sabes. Dice que siempre que les hacemos algo así a los germanos, éstos consiguen un poco más de su poder. Se habría enfadado mucho más si hubiéramos tenido líos con los gépidos.

De no haber venido tú con nosotros quizá estaríamos ahora en un lío tremendo.

Los demás hunos hablaban excitadamente, apiñados todavía en un grupo cerrado. Con burlona seriedad, Dietric le dijo:

-A lo mejor es que tengo magia para esas cosas.

-Si la tienes, te será muy útil cuando seas rey. Pero no debes hablar de ello, ni siquiera conmigo.

A lo largo de todo el día, mientras cabalgaban por la interminable llanura nevada, el sol flotó como un fantasma tras las apretadas nubes; la tarde fue pasando y el sol desapareció gradualmente tras unas nubes más pesadas y oscuras que traía el viento del norte. El aire se volvió de pronto más frío. El cielo se oscureció.

Dietric había metido bajo la silla una manta gruesa forrada de lana y empezó a pensar en ella. Pero se negó a ponerse la manta hasta que los hunos sacaran las suyas. Miró hacia arriba, al arco descendente del cielo. El viento silbaba y gemía en sus oídos.

-Nieve -dijo Tacs-. Va a haber tormenta. Espero que no dure mucho.

También parecía preocupado, lo que consoló a Dietric de sus propios miedos.

-¿Dónde pasaremos la noche?

Tacs levantó un hombro y lo dejó caer de nuevo. Levantándose un poco en la silla, gritó hacia adelante en huno. Los otros se habían alejado al trote, en una línea abierta y desigual. A la llamada de Tacs, se dieron la vuelta y volvieron a agruparse. Tacs se abrió sitio en el círculo de caballos, pero Dietric se quedó atrás, inseguro, y el círculo se cerró sin él.

Unidos, los hunos comenzaron a hablar en su propia lengua. Dietric se echó hacia un lado para poder ver a Tacs. La discusión los dividió: algunos gesticulaban hacia el sur y otros señalaban el cielo, hacia el norte y hacia el suelo. Elevaron el tono de las voces. Tacs y algunos otros no decían nada. Yaya era uno de los que quería seguir cabalgando; se inclinó por delante de otro y tiró insistentemente de la manga de Tacs, gritando. Tacs sonrió, pero no le dijo nada, y miró a la cruz de su caballo. Poco a poco, los hunos partidarios de detenerse iban acallando a los otros. Dos

de ellos, que al principio eran partidarios de proseguir, cambiaron abruptamente de lado. En ese momento empezaron a hablar Tacs y los otros; tres de ellos eran partidarios de avanzar, pero Tacs quería quedarse, y de pronto casi todos los hunos se le unieron, dejando en el otro bando sólo a los tres o cuatro que habían hablado hasta el final. Disgustados se callaron, y el círculo de jinetes se deshizo.

Tacs se acercó al trote hasta donde estaba Dietric, le sonrió alegremente y prosiguió. Confuso, Dietric fue tras él. Al principio pensó que Tacs iba a desandar el camino, y se preguntó si no habrían decidido volver a Hungvar a esperar que pasara la tormenta. Pero el poney negro dio un giro. Dietric se puso al lado de Tacs y el animal se inclinó hacia su caballo y lo mantuvo andando en círculos por la zona de nieve pisoteada en la que habían celebrado los hunos su asamblea.

La mitad de los hunos cabalgaba también en círculos por la nieve; los demás se alejaban al trote. Antes de que Tacs y Dietric hubieran completado el tercer círculo, los caballos habían batido una buena cantidad de nieve. Tacs se detuvo.

-Espero que nieve sólo hasta el anochecer -le dijo a Dietric-. No me gustaría que nos enterrara aquí. Busquemos algo que quemar.

Se apartó cruzando el círculo. Antes de que llegaran al otro extremo, Yaya se unió a ellos. Él y Dietric se miraron coléricamente el uno al otro y desviaron la mirada. Tacs no pareció observarlo. Teniendo a Yaya a un lado y a Dietric al otro, los condujo a través de la llanura en dirección a una zona de nieve antigua y de capa gruesa.

Dietric se preguntó que dónde pensaría Tacs encontrar leña en esa llanura carente de rasgos. Con la proximidad de la tormenta, el aire tenía un olor casi amargo. Bajo las nubes, la luz adoptó una tonalidad amarillo sucio. Trazando un amplio círculo, Tacs les llevó hacia el este. De pronto lanzó un grito agudo, parecido a un ladrido, y el poney empezó a correr a paso largo, impulsándose hacia el frente a través de la nieve. Los otros le siguieron y vieron que les llevaba hacia un barranco.

El barranco resultó ser nada más que una grieta en la estepa, nunca más profundo que la altura de un hombre, y estaba tan repleto de arbustos que resultaba impenetrable. Tacs se metió a la fuerza en él y Yaya se abrió camino detrás. Dietric vaciló, temeroso de que Yaya le causara algún daño. Las paredes del barranco se abrían a ambos lados, cercándole e impidiéndole toda posibilidad de escape. Podía escuchar los ruidos que hacía Tacs rompiendo los matorrales más adelante; pero en la oscuridad no podía verlo.

De repente, a un lado del barranco, entre Tacs y Yaya, se escuchó un terrible bufido. Dietric detuvo el caballo. Esperaba que surgiera un oso de los matorrales enmarañados, junto a la pared del barranco, pero Tacs y Yaya lanzaron un alarido de júbilo. Tacs galopó regresando hasta donde estaba Dietric y forzando al poney a subir la pared del barranco.

-¡Yaya! -gritó, soltando enseguida una sarta de palabras en huno. Yaya se bajó del caballo y se metió entre los matorrales. Empuñaba la lanza y acometía con ella las ruidosas ramas negras. El caballo de Dietric comenzó a inquietarse. El bufido estruendoso se redobló.

Yaya lanzó un grito. Del matorral que tenía debajo salió disparado un animal pequeño. Durante un momento Yaya, que tenía la lanza preparada, pudo haberlo matado; sobre sus cortas patas, el animal resbaló en la fuerte pendiente y tuvo que arrastrarse. Pero no lo mató.

-Dietric -gritó-, mátalo -y se echó a reír. El pequeño animal se lanzó hacia Dietric, bufando, con el pelo erizado. El germano fue incapaz de moverse. Creyó ver sus colmillos curvos al descubierto. Su caballo relinchó y se puso de manos; el animal negro se precipitó casi bajo sus cascos, y el caballo giró rápidamente y se desbocó. Dietric saltó del asiento, se agarró un momento y cayó, se golpeó el codo contra una piedra oculta y lanzó un grito. La nieve fría le quemó el rostro. Yaya se rió de él. Dietric se sentó y se limpió la nieve de los ojos. Tacs fue hacia él.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó. Miró a Yaya; cuando volvió a fijarse en Dietric, su cara era inexpresiva-. Tenemos que coger tu caballo.

Pasó junto a Dietric y puso su caballo a paso largo. Riendo, Yaya pasó junto a él. Dietric su puso en pie. La rabia hervía en su interior; por primera vez odiaba a Yaya.

Cuando cogieron el caballo de Dietric regresaron al barranco y recogieron todos los arbustos y madera seca que pudieron encontrar, los ataron formando haces y arrastraron éstos tras los caballos hasta el campamento. Para entonces había oscurecido ya completamente. Los otros

habían hecho una pared de nieve que les abrigara del viento. Encendieron fuego en el interior y cocieron la cena en un recipiente de piel. Mientras el caldo hervía, se sentaron apretados unos contra otros como una camada de cachorros. Apestaba a piel húmeda, sudor y al peculiar olor dulzón de los hunos. La nieve soplaba a través de las llamas y una corriente de pequeños copos blancos se dispersaba con el viento, haciendo que el fuego siseara y chisporroteara al caer sobre él. Pero al abrigo de la pared, con Tacs apretado contra uno de sus hombros y otro huno contra el otro, con hunos delante y detrás de él, Dietric se sintió cómodamente abrigado.

Comieron unas gachas hechas con cereales, nieve fundida y carne seca, y bebieron nieve fundida y la infusión hecha con el Hermano Blanco. Para ahorrar leña, dejaron el fuego bajo. Más allá del pequeño círculo de luz, la vasta oscuridad se sacudía con el viento de la noche. Los caballos se sintieron atraídos por el fuego, se metieron dentro de la pared y dormitaron. Dietric se sentía aturdido por la fatiga. Por dos veces se durmió, despertándose con un sobresalto cuando se le cayó la cabeza hacia adelante. Cuando abrió los ojos la segunda vez alguien hablaba y los demás estaban callados.

En la oscuridad sólo podía ver un ligero perfil de los cuerpos que se amontonaban junto a él; la voz surgía de la oscuridad, y hablaba en huno con la voz típica de un narrador de historias. Entendió algunas palabras, pero no las suficientes para saber de qué trataba la historia..., sólo las palabras que significaban caballo, agua y tormenta. Pero con sus cambios de tono, subidas y bajadas, esa voz le fascinaba y le llenaba de extrañas emociones. Aunque no podía entender la historia, sabía por la voz cuándo hablaba de un momento peligroso, y cuándo el peligro había sido vencido; y cuándo llegaba el final feliz.

Después se produjo un breve silencio. Más allá de la pared que les abrigaba, y del fuego, el viento gritaba en la oscuridad. Dietric creyó haber oído lobos. Levantó la cabeza y forzó los oídos.

-¿Qué estás oyendo? -le preguntó Tacs con suavidad.

-Lobos.

-¿Sólo lobos?

El huno que estaba delante de Dietric miró a su alrededor; era más joven que los otros y tenía una mirada solemne. Preguntándose la edad que tendría, Dietric se olvidó casi de la tormenta.

El pelo se le erizó; levantó de nuevo la cabeza con una sacudida. A su lado, Tacs le preguntó:

-¿Los oyes ahora?

-¿Qué es?

Incluso en medio de los hunos, Dietric se sintió frío y desprotegido. Le resultaba extraño que no lo hubiera oído antes. Era como una risa..., como risas sofocadas de locos, extrañamente suaves en medio del estruendo del viento tormentoso. De pronto se elevó, convirtiéndose en un gemido de mujer.

-¿Qué es? -preguntó poniendo los pies debajo para levantarse, pero como nadie más se levantaba, se dejó caer de nuevo.

Tacs pronunció una palabra en huno y añadió:

-No sé cómo los llaman los germanos. Son los espíritus de los que han muerto por la noche, en la nieve. Lo único que pueden hacer es atraer a la gente hacia la tormenta. Si sales, te congelarás y morirás. Tu espíritu ocuparía el lugar de uno de los que te ha atraído y ese espíritu descansaría para siempre, pero tú tendrías que seguir llamando hasta que encontraras a alguien que ocupara tu lugar.

-¿Pero qué es lo que hicieron?

-Murieron en la nieve, por la noche, solos. Sus espíritus quedaron atrapados por el viento. Como éste se mueve tan rápido no pueden salir de la tormenta, y son sopladados con ella permanentemente, hasta que encuentran a alguien que les saca del viento.

-Sí, ¿pero qué es lo que hicieron? ¿Pecaron? ¿Por qué son castigados así?

Tacs enarcó las cejas y las volvió a bajar.

-Murieron en la nieve, por la noche.

Dietric dejó caer los hombros. La mente se le había quedado paralizada ante la idea de que alguien pudiera ser condenado sólo por un accidente. Siempre había supuesto que sólo los

malos son castigados. Bajando la cabeza entre los hombros, fue metiéndose más entre la humanidad que le rodeaba, alejándose del viento.

IX

A la noche siguiente durmieron en el campamento de una familia xiung que desde las montañas iba en dirección norte, hacia Hungvar. El campamento estaba situado en una colina pedregosa, al borde de un valle que cortaba las montañas en dirección sur, hacia Sirmio; con el nuevo día siguieron por el valle hasta los riscos de la vertiente meridional, y durmieron allí al abrigo de un saliente rocoso.

Al otro día, a última hora de la tarde, llegaron a la alta meseta en la que estaba situada Sirmio. Las montañas, cubiertas de nieve, se erguían como una pared. El río de Sirmio seguía fluyendo a pesar del frío, arrastrando en su curso trozos de nieve y hielo azulado.

El viento había barrido la mayor parte de la nieve de la meseta. Había montones junto a las murallas de la ciudad, pero la nieve estaba sucia por las basuras arrojadas desde ellas. Tacs, que cabalgaba junto a Dietric, le miró. El germano tenía la boca abierta y contemplaba la ciudad con mirada hambrienta. Apartando los ojos para mirar a Tacs, preguntó:

-¿Cuánta gente vive ahí?

-No lo sé -contestó Tacs levantando un hombro-. A lo mejor Edeco lo sabe; si te interesa, se lo preguntaré. Muchos -añadió sonriendo-. ¿Te gusta?

-Parecía tan complacido como si la hubiera construido él solo para enseñársela a Dietric.

-Nunca antes había visto una ciudad de piedra. Solamente Hungvar, que es totalmente distinta.

-Hungvar no es una ciudad -replicó Tacs soltando un gruñido-. Las ciudades son lugares malos.

Llegaron cabalgando hasta la puerta. Como ésta se encontraba abierta, algunos habitantes de la ciudad estaban en el exterior; Tacs sabía que los romanos, cuando les era posible, mantenían cerradas las puertas también durante el día. Se preguntó lo que podría estar haciendo en la nieve la gente de la ciudad. Las montañas de los alrededores le producían respeto e inquietud, pero penetrar en la ciudad le llenaba de infelicidad. Cruzaron a caballo el arco de la puerta y la sombra cayó sobre ellos; más fría que la luz del sol, como un trozo de hierro.

Una vez dentro de las puertas, los xiung tiraron de las riendas y se agruparon formando un círculo, avanzando después con los caballos. Tacs se aseguró de que quedara un espacio para Dietric. De inmediato, se pusieron a hablar todos a la vez. El qaghan les había ordenado que fueran a Sirmio a buscar a Edeco, pero no había designado a ninguno como jefe, y durante el viaje hacia el sur ya habían sufrido por esa causa. Tacs volvió a mirar a Dietric; el muchacho, pálido entre los rostros oscuros de los xiung, miraba fijamente a los hombres que hablaban y con los labios, silenciosamente, formaba palabras xiung.

-Tacs -preguntó Yaya-. ¿Te acuerdas de dónde está el palacio del procónsul?

Tacs se levantó sobre la silla, mirando los alrededores para orientarse.

-Ah. Sí. Más abajo de esta calle hay una plaza con una fuente de niños de piedra, y de ellas salen unas calles. Dos de ellas se dirigen hacia el sur; una, colina arriba; y la otra llana. En la calle llana está el palacio del procónsul.

-Ahí es donde estará Edeco -dijo otro huno-. ¿Nos encontraremos allí con él? ¿Sabe alguien dónde dormiremos?

-En los cuarteles de la guarnición romana -gritó Yaya-. Sé dónde están.

-Vamos, Dietric -dijo Tacs recogiendo las riendas-. Se van a quedar hablando aquí hasta que el sol se ponga -añadió sacando el poney del círculo.

-¿Adónde vamos? -preguntó Dietric. Pero azuzó el caballo para seguir al lado de Tacs y bajaron al paso por la calle, adentrándose en la ciudad.

-A ver qué sucede.

Dietric miró hacia atrás y comentó:

-A lo mejor deberíamos quedarnos con los demás. ¿De verdad dormiremos en el cuartel?

-Si. ¿Pero no quieres ver cómo es la ciudad? Si nos quedamos con ellos, no veremos nada.

-No se parece en nada a lo que yo esperaba -respondió Dietric acomodándose en la silla.

Tacs se echó a reír. Cabalgaban por el centro de la calle, y a ambos lados caminaban los habitantes de Sirmio. Llevaban ropas hechas de paño tejido y zapatos de cuero, y miraban a Tacs y Dietric como si nunca hubieran visto a nadie semejante. A su alrededor había casas hechas de bloques de piedra. Tacs soltó los músculos, tratando de mantener la mente ligera, pues le asustaba no poder ver más allá de unas cuantas decenas de metros.

-Esto es muy cerrado -dijo Dietric-. Todos nos miran y me siento avergonzado. Parezco un bárbaro.

Tacs le miró por el rabillo del ojo, pero no comentó nada. Entraron en otra calle. Delante de ellos, gritando y riendo, los niños jugaban con aros en la calle.

Los cascos de los caballos resonaban en las paredes de piedra, por lo que parecían cuatro caballos en lugar de dos. Al oírlos, los niños dejaron de jugar. Debajo de la mugre y la suciedad, sus rostros eran blancos; tenían la nariz larga y delgada, como la de los germanos.

-Cuidado -dijo Tacs.

-¿De qué? -contestó el muchacho.

Tacs señaló con un gesto a los niños, que les observaban mientras se acercaban, y se puso la capucha de la capa para proteger el cuello y la cabeza. En silencio, y muy atentos, con agilidad de gatos, los niños se habían apartado junto a los muros para dejarles pasar. Tacs simuló no haberlos visto. Mantuvo el poney negro cerca de Dietric, como abrigo. Pasaron junto al primer grupo de niños; más adelante la calle se estrechaba entre unos muros altos cubiertos de vinas.

De pronto los niños comenzaron a gritar y por la espalda cayeron sobre los Jinetes bolas de nieve, piedras y pedazos de teja. Dietric lanzó un grito. Se llevó la mano a una sien, vio que tenía sangre y se volvió colérico para reprenderlos.

Tacs mantenía la vista al frente. Cada paso que daba el caballo a él le golpeaba algo en la espalda. El poney se espantó y coceó, pero Tacs apretó las pantorrillas y lo volvió a controlar. Los niños les perseguían. Dietric les lanzaba furiosos insultos en germano, mas los niños hablaban latín y no sabían una palabra en esa lengua.

Finalmente, llegaron junto a la plaza en la que estaba la fuente de los niños de piedra y el griterío de los de carne y hueso se desvaneció. Una piedra rebotó en el hombro de Tacs y una fruta podrida le pasó rozando y se estrelló en las piedras del pavimento, deshaciéndose.

-¡Mocosos! -exclamó Dietric-. ¿Es que sus padres no los controlan?

-Siempre hacen esto -repuso Tacs-. Sigamos.

-Pero yo soy cristiano, como ellos.

Tacs contestó con un gruñido. La plaza era ancha y soleada, y estaba llena de romanos. En medio estaba la ancha pila de la fuente, y por encima la roca fingida con los tres muchachos de mármol, dos arrodillados y uno de pie, los tres con conchas de mármol en las manos. Por el frío que hacía, no caía agua de las conchas; pero Tacs estuvo allí cuando la fuente funcionaba, y era hermosa. Le hubiera gustado que Dietric la hubiera visto. Los vendedores habían instalado sus puestos por alrededor y bajo las ramas desnudas de los árboles que había en un lado de la plaza. Tacs olió a naranja y manzana y empezó a pensar en la comida.

- ¡Xiung!

-Xiung -contestó Tacs con un grito al tiempo que extendía el brazo. Dietric, que iba tras él, se sobresaltó, y su caballo se espantó dirigiéndose hacia la fuente.

Un hombre montado en un caballo negro se acercaba a ellos por entre la multitud de personas que esperaban frente al puesto del vendedor de naranjas. Una anciana vestida con un chal le lanzó un juramento acompañado de un bastonazo a la espalda, pero Tacs la ignoró. Tiró de las riendas para esperar al otro, que iba vestido con la armadura pesada de un catafracto (Nombre que se daba a los soldados que llevaban una catafracta, armadura hecha generalmente a base de tela sobre la que se cosían láminas de metal, dándoles el aspecto de escamas. Originaria de

Oriente, se introdujo en el ejército romano en el siglo I. (N. del T)) del ejército romano, y cuyo caballo, aunque sólo era una mano más alto que el poney, pesaba muchos más kilos. Giró el caballo de forma que su hombro derecho se uniera al hombro derecho de Tacs y se quitó el casco.

-Arrun, de los xiung khatrigures, la serpiente y la lluvia de primavera.

-Tacs, de los xiung mishni, la rana y el sauce -contestó sacando de la silla una jarra de Hermano Blanco y tendiéndola hacia el otro.

-¿Alguna noticia del qaghan?

-El prospera; y sus enemigos decaen.

Arrun se llevó la jarra a los labios y tomó un trago largo. Después hizo un sonido con los labios juntos.

-Ah. Muy bueno. ¿Quién es? -preguntó señalando hacia Dietric.

-Sólo un germano. ¿Es que en esta provincia están poniendo ahora soldados xiung?

-No, sólo yo soy el desafortunado -contestó con un rostro de huesos gruesos y propenso a la risa. Ahora simplemente sonreía-. Hasta la primavera tengo que ocupar el lugar de un isaurio (No se refiere aquí, evidentemente, a un miembro de la dinastía bizantina de ese nombre, que reinó entre el 717 y el 802, sino a un miembro del pueblo natural de Isauria, en el sur de Turquía, sometida por los romanos, aunque no lograron establecer sobre ella un dominio efectivo. (N. del T.)) al que maté. Se lo merecía, pero mi comandante pensó que sería más listo si me enviaba aquí con el ejército. Todos mis amigos están en Antioquía y yo me he quedado aquí solo. Eres el primer xiung que veo desde que empezaron las nevadas, salvo los enviados a Constantinopla. ¿Estás con ellos?

-El qaghan nos ha enviado para que recibamos a Edeco y le acompañemos a casa.

-¿Venís de la misma Hungvar? -preguntó Arrun enarcando las cejas.

-Somos los guardias del qaghan.

-Uf. Preferiría estar allí y no aquí.

-Yo también. Pero ya que estoy aquí pienso aprovecharme de ello. ¿Podremos encontrar algo que hacer esta noche mi amigo y yo?

-¿Placer? -preguntó Arrun sacando hacia fuera el labio inferior-. En esa calle venden vino, en una casa llamada Fortuna; tienen también juegos de dados, y a veces peleas de gallos y de perros.

-¿Se enfadan cuando un xiung se une a ellos?

Arrun se echó a reír antes de responder:

-Bueno, conmigo solían hacerlo de vez en cuando, pero ya sabes que un xiung sabe abrirse camino entre cinco o seis hombres de ciudad.

-No quiero meterme en una trifulca -contestó Tacs haciendo una mueca-.

Alguien podría resultar muerto. Además, no creo que mi amigo sepa mucho de la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Y qué me dices de mujeres?

-Eso en el pórtico de la iglesia, al anochecer.

-Estupendo -exclamó Tacs escupiéndolo complacido. Ya había estado dos veces en Sirmio sin descubrir dónde se colocaban las prostitutas. Golpeó con el puño al catafracto en el pecho-. Te lo agradezco. Creo que nos quedaremos en tu cuartel. Quizá podamos ir juntos a beber vino, y así les dices que no luchen con nosotros.

-A veces es más divertido luchar que no hacerlo.

Tacs le golpeó de nuevo amistosamente, riendo.

-Si piensas así, deberías volver con el qaghan. ¿Qué lucha vas a encontrar en el ejército romano?

-Con el mismo ejército romano -respondió el catafracto soltando una risotada. Dio la vuelta al caballo con un tirón de las riendas en su grueso cuello, levantó un brazo y se marchó, riendo todavía.

Al mirar a Dietric, Tacs sorprendió en su rostro una mirada de anhelo.

-¿Por qué pareces tan extraño? -le preguntó.

-No es nada -respondió, eliminando todo gesto del rostro-. ¿Quién era?

-preguntó a su vez mientras volvían a ponerse en marcha.

-Un soldado del emperador.

-¿Le conocías de antes? ¿Es de Hungvar?

-Es del clan de la serpiente de los xiung khatrigures -contestó sacudiendo la cabeza-.
Vienen de muy lejos, de mucho más abajo del río Largo, casi del mar.

-No tengo amigos aquí -comentó Dietric con un suspiro.

-¿Qué dices? Yo estoy aquí. ¿Es que no soy tu amigo?

-No eres un gépido.

-¿Y por qué iba a tener que ser gépido para ser tu amigo?

-Lo siento, pero eras tan amigable con ese hombre, a quien no conocías, como lo eres conmigo.

A Tacs no se le ocurrió ninguna respuesta. No entendía lo que quería decir Dietric, o por qué decía tales cosas. El aire de la ciudad lo envenenaba todo. Echó una mirada a su alrededor esperando encontrar algo que enseñar a Dietric y que le hiciera feliz de nuevo.

-Mira allí. ¿No es un santuario de tu antepasado?

Dietric levantó la cabeza. Inclinandose, Tacs cogió las riendas y condujo el caballo al trote por la calle lateral. El santuario era pequeño, pero un pórtico cubierto recorría toda la pared frontal del edificio. A través de las puertas dobles, Tacs pudo ver rostros pintados en las paredes, y en las puertas había cruces. El tejado subía en pendiente, y bajo éste y por el alero del pórtico crecía una vieja parra de color gris plateado cargada de capullos.

-Esto es una iglesia -dijo Dietric.

-El catafracto dijo que por la noche podríamos encontrar mujeres aquí.

Dietric volvió a mirar hacia el suelo, mientras la zona de la garganta y las mejillas se le iba enrojeciendo lentamente. Se aclaró la garganta. Exasperado, Tacs sacudió la cabeza.

-¿Has traído monedas?

-No -respondió Dietric en voz alta-. No pensé en ello.

-Te daré algunas. Sólo aceptan dinero. Una vez Yaya trató de pagar a una con una silla de montar y lo arrojó de su casa desnudo -comentó Tacs echándose a reír al recordar cómo había bajado Yaya por la calle tratando de taparse con las manos-.

Se aseguran de que tienes dinero suficiente antes de hacer nada. Y, sin embargo, una silla vale mucho, y una prostituta sólo cuesta uno o dos cobres. Aunque no dura mucho. A veces tienes que pagarles más para que hagan algo en lugar de quedarse tumbadas boca arriba. Las prostitutas son perezosas. Si encuentras una buena a veces le das más, pero después, para demostrarle que aprecias lo que hace.

El enrojecimiento había desaparecido de las mejillas de Dietric, que miró rápidamente a los ojos de Tacs.

-¿Se enfadará tu padre?

-Sí, probablemente -dijo Dietric. Su voz se relajó de nuevo, y, aliviado, Tacs se acomodó en la silla y dejó colgar las piernas.

-Tu padre es un hombre extraño. Quizá venga Yaya con nosotros, y dos o tres más.

-¿Quieres decir... -la voz de Dietric se rompió en un grito agudo-. ¿Todos nosotros? ¿Al mismo tiempo?

Tacs le miró fijamente, receloso.

-No, de uno en uno, pero... -no añadió nada y se quedó pensativo. Nunca se le había ocurrido que Dietric podía ser virgen. Los caballos les llevaron hasta el final de la calle de la iglesia, hacia el sur-. O quizá podamos ir los dos juntos -añadió tanteándolo.

-Ah -exclamó Dietric aliviado-. Eso será mejor -añadió. Bajó la mirada y el enrojecimiento volvió a subirle por la garganta hasta las mejillas.

-Después de que encontremos a los romanos.

En el cuartel, los xiung fueron acomodados aparte en uno de los tres dormitorios. La habitación era de piedra, salvo una pared de madera que la separaba del resto del cuartel, y el techo, que también era de madera. Cuatro veces más larga que ancha, la habitación tenía sólo una ventana, que recibía la luz indirecta de un patio sombreado. Junto a las paredes, para dormir, había unos duros bancos de madera.

Hasta la cena, los xiung se divirtieron lanzando insultos a través de la pared y por la ventana a los soldados de la guarnición, que no tardaron en devolvérselos.

Pero como los xiung utilizaban su propio lenguaje y los soldados romanos el latín de campamento, ninguno se sintió ofendido. Tacs se sentó en uno de los bancos y estiró las piernas. El establo se encontraba en el otro extremo del complejo, y la larga caminata, llevando su equipaje,

era la causa de que empezara a sentir calambres en las pantorrillas. Cuando se estaba quitando las botas llegó Yaya y se sentó junto a él.

-¿Dónde está tu muchacho? -preguntó Yaya frunciendo los labios.

-¿Dietric? Ahora viene. ¿Por qué estás tan enfadado?

-Se cree que es mejor que nosotros.

-No -replicó Tacs soltando una risotada-. Quiere ser como nosotros. ¿Vamos a comer con los romanos?

-Eso creo. Con los soldados -contestó Yaya, señalando con el hombro hacia el patio que tenían detrás.

-Ah -dijo Tacs dejando caer al suelo las botas y dándose un masaje en los músculos de las piernas con las palmas de las manos. Yaya se inclinó hacia el frente, cogió la pierna derecha de Tacs y empezó a masajearla. Tacs dio un suspiro de alivio-. Creía que íbamos a comer con los verdaderos romanos, los de Nueva Roma. Le había dicho a Dietric...

-No me hables de él.

-Estás equivocado con respecto al gépido. El...

-Te dije que no me hablaras de él -los dedos de Yaya deshicieron el nudo muscular-.

¿Estás bien así?

-Si. Mejor.

Yaya empezó a trabajar la otra pierna. Dietric entró por la puerta que había en el otro extremo de la habitación, llevando al hombro la silla; se detuvo un momento, miró a su alrededor y cuando vio a Tacs se dirigió hacia él. Pero al ver que también estaba Yaya vaciló y finalmente fue a otra parte de la habitación. Tacs permaneció mirando el banco en el que estaba sentado., los soldados que habían estado allí habían cortado signos y dibujos en la madera.

-No debiste traerlo -dijo Yaya-. No deberías tener ninguna relación con él.

Al anoecer, la guarnición completa de romanos salió al patio para recoger la cena, y los hunos tuvieron que esperar a que hubieran terminado. Finalmente, cuando estaba ya oscuro, les llamaron. En mitad del patio, entre dos portaantorchas, había una gran cesta y un caldero de hierro. Un esclavo dio a cada huno un plato igual al que habían utilizado los soldados romanos. En un principio trataron de dirigirse todos al caldero, pero al cabo de un rato, cuando los esclavos empezaron a gritarles y a golpearles con las largas cucharas, entendieron, formaron una cola y pasaron por entre las antorchas.

Dietric se encontraba al principio de la fila y buscó a Tacs para dejarle sitio.

Este se encontraba en mitad del patio, observando; de pronto arrojó el plato y volvió caminando al cuartel, con tanta rapidez que por la cortedad de sus piernas se balanceaba hacia los dos lados.

Dietric se quedó inmóvil por el asombro, hasta que el que iba tras él le empujó y tuvo que seguir avanzando. El esclavo que estaba tras el caldero le sirvió en el plato un cucharón de guiso, y otro esclavo que estaba al lado de la cesta echó un trozo de pan encima del guiso. Un tercero le echó con un cazo una medida de vino en su copa.

Miró después a su alrededor para ver lo que hacían los otros. Casi todos se habían sentado sobre las losetas del patio, comiendo con los dedos, atiborrándose de comida con el plato a escasos centímetros de la cara. La grasa les caía por la barbilla y cubría sus manos. Fuera de la luz de las antorchas, en la ligera oscuridad que reinaba junto a las paredes de los cuarteles, se oían risas: era la guarnición romana que se reía de los hunos.

También se reían de él si se sentaba como ellos y comía de la misma manera.

Se llevó el plato a una zona más oscura. Allí hacía más frío, pero se sentía más seguro, y sentándose con las piernas cruzadas utilizó el pan para llevar la comida desde el plato a la boca y bebió el vino a pequeños sorbos, como un cristiano.

Los hunos terminaron mucho antes que él. Dejaron los platos en el suelo y entraron al cuartel. Maldiciendo, los esclavos recorrieron todo el patio recogiendo los platos y las copas y echándolos al caldero de hierro para lavarlos. Dietric se levantó, llevó el plato hasta el caldero y lo arrojó en él. Uno de los esclavos estaba allí. Dietric le sonrió pero el otro se limitó a mirarlo con acritud.

Cuando entró, vio a la mayoría de los hunos sentados en mitad de la habitación, distraídos con una especie de juego de palmetazos. Poco después de que entrara Dietric algo les hizo reír estruendosamente. Tacs no estaba con ellos, y Dietric fue a sentarse finalmente a un lado,

teniendo a Yaya detrás peinando y trenzando con los dedos el pelo de Tacs. Dietric se sentó al lado de este último.

-Dijiste que iríamos a ver a los romanos.

-Lo haremos -contestó con la cabeza vuelta hacia un lado por la presión de los dedos de Yaya.

-Pero es de noche... estarán todos dormidos.

Por encima de la cabeza de Tacs, Yaya le lanzó una mirada glacial. Dijo una frase en huno de la que Dietric sólo captó la palabra "romano". Tacs le respondió en la misma lengua.

-¿Qué estáis diciendo? No es cortés hablar en otra lengua en presencia de quienes no la entienden.

Yaya escupió y dijo algo con tono duro. Por un momento Tacs quedó sentado tal como estaba, con los brazos cruzados encima de las rodillas levantadas, y estudió a Dietric, sin expresión en su rostro. Suavemente, Dietric se excusó:

-Lo siento.

-Sólo dije que eres un germano, y que a los germanos les encantan los romanos... Yaya quería saber por qué deseabas ir allí.

-No me encantan los romanos. Sólo es curiosidad.

-Quizá tengan vino.

-El vino de la cena era muy malo -contestó Dietric, recordando entonces que Tacs no había cenado-. ¿Por qué te fuiste? Te estaba guardando un sitio en la fila.

Yaya murmuró algo mientras con los dedos convertía diestramente el pelo de Tacs en una trenza apretada. Tacs miró a Dietric y permaneció en silencio. Yaya ató una cinta morada en el extremo de la trenza y palmeó a Tacs en el hombro; Tacs se pasó la mano por el pelo. Yaya había trenzado una madeja de cada lado de la cabeza por encima de las orejas, dejando el pelo largo por atrás.

-Ayya -exclamó Tacs. Miró de nuevo a Dietric y volvió a hablar en germano-.

Nunca me sale bien -sus ojos miraban fijamente a Dietric. Como tenía ya los pies en el suelo, con un impulso hacia el frente se puso en pie-. Vamos ahora a ver a los romanos.

Dietric se mordió el labio inferior. Tacs estaba enfadado con él, y no entendía la razón. Yaya le envió una sonrisa satisfecha desde la sombra de la pared, obviamente complacido. Debió ser por algo que el propio Yaya había dicho. Se levantó para seguir a Tacs, y Yaya se levantó también, encaminándose hacia la puerta en una dirección similar, pero separado de él.

Una vez en el exterior, Yaya y Tacs se detuvieron para discutir sobre si debían llevar o no los caballos, hasta que finalmente Yaya se encogió de hombros y dijo:

-Tienes las piernas doloridas. Yo camino bien -y se puso a andar con unas zancadas tan largas como era capaz de darlas un huno.

Discutiendo todavía, Tacs le siguió. Cruzaron el patio hasta la puerta y salieron a la calle. En la oscuridad, las calles parecían estrechas y peligrosas. Aunque de día hubieran dicho que estaban niveladas, resultaban ahora desiguales y llenas de obstáculos. A Dietric le era difícil caminar, y, sin embargo, los dos hunos no parecían tener problemas para hacerlo. Al dar la vuelta a una esquina llegó hasta el gépido un olor fétido a basura ardiendo. Detrás de las paredes de ambos lados sonaban voces apagadas. Los oídos le dolían de tanto como se esforzaba por escuchar. Uno de los hunos iba tarareando una canción en voz tan baja que no sabía cuál de ellos era. Al salir del estrecho callejón fueron a dar a una plaza en cuyo perímetro ardían antorchas. Dietric inspiró al aire, sorprendido de encontrar un olor suave y cálido.

Estaban casi en primavera; la primera conciencia que tuvo de ello se debió a ese matiz en el aire.

Cruzaron la plaza diagonalmente, dejando atrás la fuente seca. Había soldados romanos, en realidad godos y vándalos, sentados con los cascos en las rodillas en el borde de piedra de la fuente. Yaya dijo algo burlón en huno y los soldados respondieron en el mismo tono, pero en latín.

-¿Por qué no hay romanos en el ejército romano? -preguntó Yaya sin dejar de andar.

-Son demasiado buenos para eso -contestó Dietric-. Dejan ese trabajo a los hombres que no sirven para hacer cosas mejores.

Tacs soltó una risotada y le dijo algo a Yaya. Dietric tuvo la misma sensación que cuando les recordó que era descortés hablar en huno delante de él. Pero antes de reunir valor para protestar, habían cogido una calle que conducía hacia el sur, llena también de antorchas, y se dio

cuenta de que el enorme edificio blanco que tenían ante ellos era la residencia del procónsul. Excitado ante la idea, comenzó a ascender con grandes zancadas los escalones de baja altura. Los dos hunos tuvieron que iniciar un paso parecido a un trote para poder mantenerse a su altura. Llegaron así al pórtico, que estaba abierto, y encontraron en la puerta a dos centinelas vestidos con la armadura romana. Tacs les dijo algo en latín, y éstos se hicieron a un lado para que pudieran pasar.

Entraron en un vestíbulo que era tan amplio como la casa entera de Ardarico; el suelo estaba formado por unos cuadrados brillantes de color blanco y negro, formando un dibujo que era siempre el mismo: tres cuadrados negros y uno blanco, uno blanco y tres negros, repitiéndose uniformemente hasta la pared del otro extremo. Junto a la pared, sobre un pequeño pedestal, había una estatua de oro que representaba a un hombre desnudo. En el otro lado del vestíbulo, sobre otro pedestal, se encontraban la cabeza y los hombros de un hombre de mayor edad, con una rama cubierta de hojas alrededor de la cabeza.

Dietric pensó que debía tratarse de una representación del emperador, pero antes de que pudiera preguntarlo se abrió una puerta y salió por ella un soldado romano; era un oficial de alta graduación, de armadura con incrustaciones de plata y un casco cuyo penacho de plumas oscilaba a un lado y a otro con cada paso que daba.

Tras las piezas que defendían las mejillas, el rostro era el de un vándalo. Al verlos, se detuvo y con voz autoritaria preguntó, primero en latín y luego en germano:

-¿Quién sois? ¿Adónde creéis que vais?

-A ver a los romanos -contestó Tacs en germano, y sonriendo le enseñó los colmillos-. ¿Y adónde vas tú? Qué gorro tan bonito llevas.

Yaya sonrió afectadamente. Al vándalo le llameaban las ventanas de la nariz; alrededor de su boca apareció una línea blanca. Volviéndose hacia atrás, gritó algo en latín, a través de la puerta, pero sin apartar los ojos de Tacs. Este le dio a Yaya un codazo en las costillas, el huno susurró algo y miró rápidamente a Dietric. El vándalo dijo entonces:

-Quiero conocer tu nombre, cerdo.

Tacs empezó a caminar hacia la puerta, pero el vándalo dio un paso largo hacia un lado para impedirle que avanzara, ante lo cual Tacs metió la cabeza entre los hombros y puso la mano en el cinto, cerca de donde tenía el cuchillo. El vándalo se irguió, sacándole al huno la cabeza y los hombros, y con la armadura parecía el doble de ancho. Dietric dio un paso adelante, pero Yaya le detuvo.

-Vuelve atrás, muchachito.

Dietric pudo oír a través de la puerta unas voces fuertes haciendo preguntas, y después el sonido de unos pasos sobre el suelo de baldosas. El vándalo y Tacs estaban caminando en círculos, lentamente, como dos perros que se disponen a pelear, Tacs hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. En la luz que venía de la puerta, entre ellos, se extendió una sombra.

-Tacs -dijo el hombre de la puerta. Se volvió hacia el interior y repitió:-

Es Tacs, Edeco.

El vándalo se relajó. Dejó caer los brazos junto a los costados, miró a través de la puerta y sin decir nada siguió caminando por el corredor. El hombre de la puerta, que era un huno, les llamó, sonriendo, y se hizo a un lado para que pudieran pasar; entraron en una habitación que resultaba brillante por lo iluminada que estaba.

Dietric no había visto nunca una habitación semejante. Comparado con ella, hasta el palacio del qaghan era pobre y carecía de lujos. No había manera de compararlo con esto. Las paredes brillantes estaban cubiertas de escenas que representaban a hombres luchando, y todas las figuras eran ligeramente mayores que las de tamaño natural; una gran cantidad de velas colgaban del techo, metidas en estructuras de metal. En medio de la sala había una larga mesa de madera, cubierta con un paño bordado en rojo y oro. Las fuentes y copas eran de plata cincelada, y en un jarrón puesto en mitad de la mesa había un gran ramo de flores... ¡Flores, en mitad del invierno! Había romanos, sentados en uno de los lados de la mesa, sobre divanes y sillas bajas. Eran romanos auténticos, no los vándalos y godos romanizados de la guarnición..., hombres cuya piel parecía tan fina como el cristal, y que se sentaban con la elegancia de los caballeros.

En el otro lado de la mesa había sentados dos hunos, uno de ellos el que les había dejado entrar, y un hombre más que no pertenecía a esa raza: Orestes, el consejero romano del qaghan. Los esclavos pasaban sin cesar alrededor de la mesa, llevando en las manos altos aguamaniles de

cuello de ganso, y mientras Dietric observaba uno de ellos levantó un aguamanil por encima de una copa y vertió en ella un chorro de vino rojo. Todos le observaban a él y a Tacs, incluso un grupo de criados situado junto a una pared. Dietric bajó la mirada.

-Siéntate, Tacs -dijo uno de los hunos-. ¿Quién es...? Ah, Yaya, claro. Pero....

Cogiéndole de un brazo, Tacs dio a Dietric un tirón que le obligó a adelantarse.

-Este es el hijo de Ardarico, el rey de los gótipos. Dietric. Éste es Edeco -añadió, dándole a Dietric una pequeña sacudida.

Edeco era joven, guapo al modo de algunos hunos de cara redondeada, e iba vestido con una túnica escarlata. Tenía el ceño fruncido.

-Conozco muy bien al rey Ardarico. Tacs, ¿estás al mando de la escolta que me ha enviado el qaghan?

Tacs se hizo sitio en el banco, en el lado de la mesa en el que estaba sentado Edeco; Dietric se sentó junto a él. Un esclavo les trajo copas de plata y las llenó de vino. Yaya se sentó entre Edeco y Tacs. Dietric levantó la copa y, por encima del borde, estudió a los romanos.

Llevaban túnicas tan blancas como la sal, con los dobladillos bordados con hilo de oro, y en las muñecas y dedos unos anillos que al chocar sonaban como campanillas. Incluso olían de modo diferente a como lo hacían los germanos o los hunos; como a jabón, como debían oler todas las cosas ricas y limpias. Y al igual que las prendas, la piel y los rasgos parecían más finos que los de los hunos o germanos. Se sentaban con los pies juntos y las rodillas abiertas bajo la túnica, los brazos cruzados, y aunque giraban la cabeza y de vez en cuando extendían la mano para comer o beber, a Dietric le daba la impresión de que nunca se movían.

Hablaban en latín, que Dietric no entendía, y cuando dejó de hablar el romano que lo estaba haciendo cuando entraron ellos, Edeco les respondió en la misma lengua, pero con una voz que sonaba tan dura como la de Yaya. Parecía impaciente e inquieto, y resultaba evidente que no le gustaba el romano con el que hablaba.

Tacs y Yaya discutían en voz baja sobre la calidad del vino, acerca de si era mejor o peor que el que le habían enviado el año anterior al qaghan los romanos de Nueva Roma. Dietric no conseguía apartar esas voces de sus oídos, y como le distraían se sentía cada vez más irritado.

Cuando Edeco terminó de hablar, uno de los romanos dijo algo con voz descuidada. Hablaba por la nariz, por lo que la voz resultaba desagradable. Otro romano, más joven y con más pelo, frunció el ceño y le habló como si reprobara lo que el otro había dicho.

Dietric, sorprendido, miró a Edeco; ceñudo, el huno miraba fijamente a los romanos, apretando violentamente con las manos la mesa que tenía delante. En voz baja, Tacs le explicó lo que pasaba.

-Ha dicho el romano que no deberíamos comparar a nuestro qaghan, que es un hombre, con su emperador, que es un dios.

Edeco se levantó y habló con voz sofocada por la rabia. El romano de voz nasal empezó a hablar, pero el más joven le puso una mano en el brazo y lo detuvo. Al lado de Dietric, Tacs miraba con aire burlón a Edeco. Éste dio una patada hacia atrás, que derribó la silla, se dio la vuelta sobre los talones y salió de la sala.

-Si su emperador fuera un hombre y un xiung no pagaría oro al qaghan -dijo Tacs. Después miró su copa de vino y se volvió para llamar a un esclavo.

El huno que les había dejado pasar se echó a reír y miró brevemente a los romanos, y Yaya soltó una risita de borracho. Tacs extendió la copa a un esclavo. Uno de los romanos, el más joven, se volvió hacia el banco de los esclavos y llamó a uno de ellos, llamado Vigilas. Un godo que se encontraba sentado en el banco se levantó y se agachó para hablar con él. En el rostro paciente y fatigado del romano se iluminó una sonrisa; sus ojos se volvieron, penetrantes, hacia Tacs.

En el otro extremo de la mesa, por el lado de los hunos, Orestes se inclinó hacia el frente y habló con los romanos, con el rostro arrugado por una sonrisa.

Yaya dio un codazo a Tacs en el brazo que hizo que se le derramara vino de la copa.

-¿Qué están diciendo? -preguntó.

Tacs levantó la cabeza para escuchar y después respondió a su amigo:

-Que si el emperador fuera un xiung, sería Atila -sacudió la cabeza antes de proseguir-. No deberían decir eso... es un insulto al qaghan.

El romano de la voz nasal añadió algo con tono descuidado y levantó la mano.

Orestes sonrió como lo hacía a veces Tacs, enseñando todos los dientes. Contemplarle inquietaba a Dietric: tenía el rostro y las manos de un romano, pero muchas de las maneras de un huno, como si dos almas vivieran en él. Ardarico le había dicho una vez que Orestes había renegado de Cristo y que ahora, en su casa de Hungvar, practicaba ritos monstruosos y desagradables. Tacs siguió informando a su amigo:

-El romano ahora no da importancia a lo que dije y pide que alguien vaya a buscar a Edeco. Que si hemos de volver a Hungvar, deberíamos tratar de mantenernos como amigos -en ese momento levantó la cabeza y habló con Orestes, que le respondió con una palabra-. El nombre de ese romano es Maximino.

Al escuchar su nombre, el romano de la voz nasal miró hacia otro lado. Orestes habló en huno con Tacs y éste se levantó y salió de la sala, evidentemente para conseguir que regresara Edeco. Volviéndose hacia los romanos, con los antebrazos colocados sobre la mesa y la cabeza apoyada en los dedos entrelazados, Orestes dijo algo a través de su eterna sonrisa de burla.

Maximino, el romano de la voz nasal, echó la cabeza hacia atrás, poniéndose colorado, pero el más joven le sujetó firmemente, habló a Orestes con voz suave y al terminar le hizo un cortés reverencia. El godo que estaba sentado entre los romanos gruñó. Orestes se echó hacia atrás; desvió la mirada hacia la puerta. Yaya había estado mirando alternativamente a los romanos y a Orestes, pero entonces fijó la mirada en Dietric.

-¿Entiendes lo que dicen? -preguntó esperanzado a Dietric.

-¿Adónde ha ido Tacs? -preguntó el germano a su vez, haciendo un gesto negativo como respuesta al otro.

Con el rabillo del ojo, vio que el godo Vigilas estaba haciendo de intérprete.

-A por Edeco -respondió Yaya. Y volvió a fijar la mirada en los romanos.

Dietric bebió más vino. Ni Orestes ni el otro huno, sentado ahora entre Ya y a y el extremo de la mesa, miraban a los romanos. En un gesto de impaciencia, Maximino golpeteaba la mesa con las uñas de los dedos. Junto a él, el romano más joven había sacado de la manga una tableta de cera y hacía marcas en ella con una delgada herramienta de oro. Dietric pensó que aquellos hombres habían venido juntos desde muy lejos, pero que no había nada entre ellos salvo el aburrimiento. De repente todas aquellas cosas pasaron por su mente con unos trazos grises irregulares y carentes de significado.

Bebió más vino. El único sonido que se oía era el que producían los pies de los esclavos llevando sin cesar los aguamaniles de vino alrededor de la mesa, y el pequeño golpeteo de las uñas de Maximino sobre la superficie de la mesa. Vigilas se había recostado en el extremo del diván de Maximino, con los hombros inclinados. Era un hombre de mediana edad, de rostro grueso y perspicaz.

Dietric recordó que Tacs había dicho que cuando se fueran de allí irían a buscar una prostituta, y al pensar en ello la boca se le quedó seca. Se preguntaba si iría también Yaya. Estaba seguro de que en ese caso él lo haría mal. A su lado había un esclavo esperando para servirle más vino, y extendió la copa. El sonido del vino al caer en la copa era como el estruendo de una catarata. Dietric se preguntaba si Tacs sabía que era virgen, se acordó de la mirada extraña del huno la primera vez que hablaron de prostitutas y se avergonzó de ser inocente.

Alguien corría por el vestíbulo, acercándose a la sala. Los pasos ligeros traspasaron la puerta y Tacs llegó hasta la mesa. Puso una mano encima de ella, aliviando ligeramente el peso que hasta entonces descansaba sobre las piernas, y habló con Orestes. Este último hizo una señal de asentimiento y dijo algo, divertido, indicándole a Tacs que se fuera con un gesto del dedo índice. Dietric se levantó y Yaya dijo:

-Me quedo. Se está caliente aquí. Y con vino -añadió colocando los codos sobre la mesa-. Dietric, en cambio, siguió a Tacs hasta la puerta.

Una vez en el exterior, Tacs le miró y se echó a reír.

-Edeco ni siquiera me dejó entrar. A través de la puerta dijo que pasaría la noche solo y no vería a los romanos hasta el día siguiente, pero sin guardarles rencor. Eso era lo que tenía que comunicar a Orestes, pero no lo hice. Edeco estaba harto de los romanos y pensé que era mejor que se enteraran. ¿Te acuerdas del camino hasta el santuario?

-Claro -contestó Dietric, mientras cruzaban el corredor hacia la puerta.

La luz de la luna bañaba la plaza de la iglesia, pero el pórtico estaba sumido en las sombras. Las altas dobles puertas estaban cerradas. Tacs y Dietric subieron los amplios escalones hasta el pórtico y el primero se introdujo en él. Dietric podía oír cómo latía la sangre en sus oídos; y a pesar del frío intenso que hacía le sudaban las palmas de las manos. Las prostitutas estaban alineadas a lo largo de la pared del edificio, a la sombra del techo del pórtico, como caballos esperando a ser vendidos. Cuando Tacs y Dietric se aproximaron a ellas empezaron a llamarles con voces suaves y llenas de una femineidad forzada y desagradable. Una de ellas se adelantó de un salto abriéndose la parte delantera del vestido. Estaba tan oscuro que Dietric apenas pudo ver sus pechos blancos. Cogió la mano del muchacho y la apretó contra su carne, pero él, horrorizado, retrocedió impulsivamente.

Tacs dijo algo, y la prostituta le respondió en latín. Dietric apenas podía ver el rostro, sólo el pecho blanco de ella se había dejado intencionadamente fuera del vestido. A Dietric le ardía en la palma de la mano el recuerdo de su pezón.

Ella y Tacs discutieron unos momentos, hasta que con un ligero encogimiento de hombros Tacs pareció ceder. Le hizo un gesto, ella se cerró el vestido y salió del pórtico. Tacs la siguió, y Dietric fue tras él.

-Quiere tres cobres por cada uno. Pero tiene una casa, y cuando hace frío es mejor que el campo.

-Claro -contestó Dietric con voz ronca.

-Déjame ir primero y quédate vigilando fuera. Por si pasa algo. A veces están en relación con ladrones, y cuando te quitas la ropa entran a robarte. No es fácil luchar cuando estás desnudo.

Dietric no contestó nada. Cruzaron la plaza en dirección a una calle estrecha.

Ella iba delante, como si no tuviera nada que ver con ellos. A Dietric su cuerpo le fascinaba. Era todavía más joven que él, demasiado delgada para ser bonita, pero su largo pelo negro, que se balanceaba al caminar, le resultaba perturbador.

Al entrar en la calle ladraron unos perros detrás de una valía, a la izquierda de Dietric. Olía a basura. Algo le rozó la muñeca y se sobresaltó, pero era Tacs que le daba dinero.

-Te lo devolveré. Te lo prometo.

Tacs se echó a reír.

Ella se detuvo delante de la casa que estaba al lado de la de los perros. Era una casa pequeña de piedra, con la puerta de madera. Sobre el dintel había una lámpara encendida. La joven llamó a la puerta y gritó algo en una lengua extraña.

Respondió un hombre con voz adormilada. La joven se hizo a un lado, se volvió y sonrió a los dos hombres; era una sonrisa sin significado ni interés, destinada simplemente a hacerles felices. En la memoria, Dietric seguía viendo los pechos que sobresalían del vestido, de color blanco azulado en la oscuridad. Al abrirse la puerta, apareció en ella un hombre de baja estatura, de cabello negro ensortijado, envuelto en una túnica. Miró a Tacs sin curiosidad y pasó junto a Dietric sin mirarle siquiera, bostezando, para echar un vistazo a la calle. La joven dijo algo, y Tacs se lo comunicó a Dietric.

-Dice que es su hermano.

El hombre sonrió a Dietric y parpadeó. Ella dijo algo más. Bajo la luz de la lámpara, Dietric podía ver su rostros claramente; tenía unos rasgos pequeños y afilados, y una boca sobresaliente. Tacs le respondió y ella entró, seguida por Tacs, que cerró la puerta tras él. Dietric se apoyó en ella y notó que las piernas se le tambaleaban por la excitación.

La voz de la joven sonó brevemente al otro lado de la puerta, y Tacs le contestó.

Se escuchó el sonido de metal sobre metal: el dinero que caía en la copa de ella.

Tacs había dicho que había que pagarle antes de que él... de que ellos hicieran nada. Dietric podía oler el aroma amargo de su sudor. Tras la puerta gimíó la madera. La cama. Lo estaban haciendo. En sus dedos la carne de ella había sido suave; suave y elástica. Apoyó pesadamente el cuerpo contra la puerta, pero estaba bien cerrada.

No pudo escuchar más ruidos, a pesar de que puso en tensión los oídos. Miró a su alrededor y la calle estaba vacía. Observó una luz que brillaba en la valla de al lado y fue hacia allí; era la luz que salía por las rendijas de la ventana de la joven, en el callejón, nada más doblar la esquina. Dietric se apoyó en la esquina y se quedó mirando la casa. ¿Qué estarían haciendo? Lo sabía, su imaginación más desbocada lo sabía, pues había visto cómo lo hacían los perros, el ganado, de vez en cuando incluso las personas. Se deslizó por el muro hasta la ventana y acercó

el ojo a una grieta que había en la contraventana. Lo único que podía ver era la parte anterior de la habitación, iluminada por una lámpara de aceite colocada sobre la mesa, junto a un cuenco de latón. No estaba bien espiar. Era malo y pecaminoso.

Inclinó las rodillas y apretó el oído a la grieta tratando de ver algo más, y de pronto la contraventana se abrió un palmo.

Se echó hacia atrás, convencido de que le verían y le pedirían que la cerrara; notó que la vergüenza calentaba su cuero cabelludo, pero no escuchó ningún grito.

Oyó una respiración fuerte... dos respiraciones. El crujido suave de la paja. La luz de la lámpara se movía en las paredes de la habitación. Se le cerró la garganta y se deslizó hacia un lado, hasta que pudo verles.

Ella estaba en la cama, apoyada en las manos y las rodillas, con la cabeza hacia abajo y su largo pelo negro caído sobre los brazos y los hombros desnudos. La luz brillaba en sus caderas y muslos y en las manos de Tacs, puestas sobre las caderas de ella, con los dedos extendidos, las rodillas entre las de ella, empujando con las caderas y apartando las de ella con las manos para volver a empujar. Dietric apenas podía respirar. El cuerpo de Tacs brillaba por el sudor. Llevó una mano a la mitad de la espalda de la chica y apretó hacia abajo, y ella, obedientemente, bajó los hombros hacia la cama. Tacs levantó la cabeza, abrió la boca, la piel cicatrizada de sus mejillas adoptó un tono dorado, como el de un ídolo, con el cabello cayéndole enmarañado por la espalda. El ruido desapacible de su respiración se hizo más pesado y rápido. Tembloroso, Dietric entrelazó las manos. Él mismo tenía sacudidas como si hubiera penetrado ya a la chica. La túnica le sobresalía por delante como una tienda con un palo. Tacs se estremeció. El ritmo de su respiración se rompió de pronto y cayó hacia adelante, sobre la espalda de ella. Se salió inmediatamente de debajo de él y fue a una esquina de la habitación. Tacs rodó hacia un lado y quedó encogido en la cama, como un perro.

Dietric se apartó de la ventana, sintiéndose de nuevo avergonzado. Empujó la túnica por delante hasta que el palo se hundió, flácido a medias, y se dirigió velozmente hacia la puerta. Escuchó sonidos tras ella, y más monedas cayeron en la copa de la chica. Se abrió la puerta y bajo la luz de la lámpara brilló el rostro de Tacs, legañoso y saciado.

-Entra -le dijo.

Dietric entró en la habitación. Le temblaban las manos, y al echar las monedas en la copa una de ellas cayó al suelo. La chica estaba sentada en la cama, observándole. Fue hacia ella quitándose el cinto, pero se desvió, fue hasta la ventana, la cerró bien y echó el pestillo.

Pálido por el tiempo que había pasado en Nueva Roma, Edeco estaba sentado en la mesa, comiendo. Levantó la vista, hizo un gesto con la mano derecha y Tacs se acercó a él. Al principio parecía más interesado por la carne que tenía entre las manos que por Tacs. Éste llegó junto a la pequeña mesa de mármol y se quedó de pie junto a Edeco, expectante. El jefe de la guardia levantó la vista y dejó la comida. Como siempre, tenía el ceño fruncido.

-La otra noche, al principio, pensé que se habían equivocado al decir tu nombre. Cuando me fui de Hungvar todos estaban muy tristes porque pensaban que Marag y tú habiais muerto. ¿Cómo volviste a casa? Siéntate. Aquí cuecen demasiado la carne, pero al menos es abundante.

-Gracias -dijo Tacs. Buscó en la habitación dónde sentarse. En la penumbra de un hueco aguardaba un esclavo, que salió y colocó una banqueta baja de madera junto a la mesa, enfrente de Edeco. Éste cogió unos trozos de carne y los puso sobre la mesa de mármol, ante Tacs, formando un charco de jugo. El esclavo volvió con un plato, pero Edeco lo despidió con un gesto de impaciencia.

-Vete. Fuera.

El esclavo cruzó la puerta perseguido por la mirada fija de Edeco.

-Hace ya tres meses que me espían. Los hábitos en los que cae un hombre vigilado no son apropiados para un xiung.

Sobre la mesa había una cesta con hogazas de pan planas y circulares, calientes todavía. Tacs partió una por la mitad y con ella formó una especie de presa para el jugo, que había formado un reguero que corría hacia el borde. Todavía no había comido desde que llegaron a Sirmio; aquella mañana habían vuelto a intentar que se pusiera en cola para comer, como si fuera un esclavo.

-Marag murió; regresé a Hungvar en el otoño, antes de que comenzaran las nevadas. Debería haberlo hecho antes. Ahora todos me tratan muy bien, también qaghan. Háblame de Nueva Roma.

-Tú ya has estado allí; háblame de la antigua.

-¿La Ciudad? Nunca traspasamos la puerta.

-Ardarico te mandó allí. ¿La viste?

-Sí. Estuvimos tres días observándola.

-¿Podríamos tomarla? Si los visigodos pudieron, los xiung también. ¿Son muy altas las murallas? ¿Tan grandes como las de Nueva Roma? ¿El puerto es igual de bueno?

Tacs tomó un trozo de carne. Los ricos jugos llenaron su boca. Tragó un poco para poder hablar y contestó a las preguntas que le habían hecho.

-Se extiende entre colinas y pantanos y no hay ningún puerto, sólo un río con zonas pantanosas a ambas orillas. El río puede ser guardado para que no entre en la ciudad alimento de contrabando. No creo que haya mucho que saquear. Los godos se lo debieron llevar todo. He oído búhos en la ciudad por la noche, y los lobos llegan hasta las murallas buscando comida. ¿Por qué tendríamos que tomarla?

-Ah, veo que nunca oíste hablar del anciano. Dice que si tomamos Roma la maldición caerá sobre nosotros y todos moriremos miserablemente, entre gritos.

-¿Qué anciano?

Edeco escupió un trozo de cartílago. Cogiendo la jarra que había en la mesa, al lado de la cesta del pan, vertió más vino en la copa, bebió y la pasó a Tacs.

-El verano pasado, cuando estábamos en Italia, un anciano nos trajo el dinero del tributo de Roma para que regresáramos. Creo que te fuiste un día antes de que llegara. Era un sumo sacerdote, y además del dinero le dio al qaghan un duro discurso sobre Roma y cómo está protegida por los espíritus y el demonio Cristo, con todos sus poderes. Ya sabes que el qaghan siempre es tolerante con los ancianos.

Como todos estábamos enfermos y muriéndonos de hambre, decidió tomar el oro y regresar a casa, pero primero escuchó con mucha paciencia al sumo sacerdote.

A Tacs se le habían quedado fibras de carne entre los dientes. Se dedicó a sacárselas entre la lengua y la uña del pulgar.

-¿Entonces por qué quieres tomar Roma?

-Para demostrar que nuestra magia es más poderosa que la de ellos.

Tacs bebió lo que quedaba de vino y dejó la copa boca abajo.

-No estoy seguro. Es un lugar extraño. Mientras estuve allí me costaba trabajo dormirme. A lo mejor, la magia de los xiung no funciona. Aquello está lleno de espíritus. Puede que el viejo tuviera razón.

-Quizá -replicó Edeco encogiendo un hombro-. El qaghan no le creyó -añadió mirando hacia otro lado, de nuevo con el ceño fruncido. Tacs se limpió en los muslos los dedos manchados de grasa. Sabía que algo preocupaba a Edeco; estuvo a punto de preguntárselo, por simple curiosidad, pero sabía que si era importante acabaría por saberlo.

-¿Volveremos a Hungvar mañana?

-Ah -exclamó Edeco volviendo a mirarle de pronto-. No en unos días. Estos romanos dicen que no seguirán hasta que hayan podido descansar un poco. Y eso que vinimos lentamente. No sé de qué estarán cansados. Posiblemente es falso.

Cómo está el camino hacia el norte?

-Abierto -contestó Tacs-. Pero ya sabes que los ríos se inundan cuando llega la primavera, si esperamos tanto.

-Sólo unos días más -replicó Edeco mirando de nuevo hacia otro lado, como ausente, con el ceño fruncido, y después se volvió hacia Tacs y le miró fijamente.

Tacs le sonrió. Edeco gruñó y bajó los ojos.

-¿Quién manda la guardia del qaghan en mi ausencia?

-Creo que Monidiak.

Edeco asintió y volvió a hundirse en el silencio, mirándose las manos, que tenía sobre la mesa. Tacs comió más pan.

-¿Conoces a Vigilas? -preguntó Edeco.

Tacs sacudió la cabeza.

-Fue a Hungvar en una ocasión, en una embajada del emperador.
 -No lo recuerdo.
 -A lo mejor no estabas allí. Es el intérprete de esta embajada, un godo. Estaba la otra noche.

-Ya me acuerdo -dijo Tacs. Esperaba que Edeco continuara, pero éste se limitó a servirse más vino, a beber y a pasarle la copa por encima de la mesa. En sus ojos se veía la preocupación, en su habitual ceño fruncido.
 -Bueno -dijo Tacs, inseguro; pensaba que debía irse y se puso en pie.
 -Tacs -dijo de pronto Edeco-. ¿Qué es mejor honrar un juramento o mantener la confianza del qaghan?
 -¿Cómo? -preguntó Tacs volviéndose a sentarse.
 Edeco se levantó y paseó alrededor de la mesa. Aunque llevaba puesta un túnica de fino paño rojo, e incluso los brazaletes de oro en los brazos que tanto gustaban a los romanos, llevaba los pantalones hunos y las botas de piel de zorro plateado.
 Se aproximó a la puerta y miró hacia fuera, para asegurarse de que no había nadie escuchando, y después añadió:
 -He jurado no decir nada, pero entonces se producirá algún mal, o más bien quedará sin castigo por no conocerse, y yo habré servido mal al qaghan.
 -¿Qué juramento?
 -A ciertos espíritus de los romanos, pero juramento al fin y al cabo.
 -¿Pero qué es lo que juraste?
 -En aquel momento no sabía lo que iban a decirme. Ya sabes que un hombre es curioso, y que cuando alguien te ofrece algo en secreto te impacientas por saberlo, aunque debieras negarte a ello.

Tacs no tenía ni idea de qué le estaba hablando Edeco. Permaneció sentado y quieto, esperando.
 -Así que voy a tener que romper el juramento, aunque tema que por ello se produzca algo malo. ¿Qué puedo hacer para defenderme?
 -No soy un chamán -contestó Tacs echándose a reír-. Pregúntale al Flautista cuando regresemos a Hungvar.
 -Pero me han dicho muchas veces que sabes ciertas cosas de magia.
 -Habla con el Flautista. ¿A qué espíritus juraste?
 -Al demonio Cristo y alguno de sus ayudantes.
 -Ah -exclamó entonces Tacs frunciendo el ceño-. Entonces puedo preguntar a Dietric. Es cristiano.
 -No. No menciones nada de esto a un germano. Todos son medio romanos.
 Hablaré con el Flautista, pero debes prometer que harás algo por mí. Volverás a Hungvar ahora mismo, por delante de los demás, y le dirás al qaghan que cuando estuve en Nueva Roma me hicieron jurar primero que no revelaría lo que iban a decirme, y después me ofrecieron oro para que asesinara al qaghan.

Tacs se sobresaltó. Edeco le observaba atentamente; unas líneas profundas, que antes no existían, se marcaron en las comisuras de su boca.
 -Acepté y me dieron oro. Temía negarme, porque podrían matarme con cualquier pretexto, pero nunca pensé hacerlo. Debería haberlo devuelto, ¿no?
 -¿Matar al qaghan? -preguntó Tacs tragando saliva-. ¿Quién te lo pidió, ese Vigilas?
 -Él estaba allí, pero fue uno de los consejeros, un castrado llamado Crisafio.
 Debería haberme negado.
 -¿Cómo pueden decir que su emperador es un dios cuando manda una cosa semejante..., robar la magia de todo un pueblo?
 -Dudo que el emperador estuviera al tanto. Y ya sabes que no lo pensaba hacer, rana, déjalo estar. Pero he de informar al qaghan para que los castigue.

Tacs asintió enseguida. Se sentía como si la sombra de una lanza hubiera pasado por encima de él.
 -¿Irás a Hungvar por delante de nosotros y se lo dirás'?
 -Lo haré.

-Debes decirle que nunca pensé hacerlo, que sólo simulé aceptarlo para llevarlos hasta allí y que sean castigados.

-Lo haré, pero déjame que se lo cuente a Dietric. Siente un gran respeto por los romanos y debería saber que son malvados.

-Encontrará alguna excusa y seguirá pensando como antes. ¿Y por qué te has hecho tan amigo de un gépido? Él no te defendería ante su pueblo tal como tú lo defiendes ante mi.

-No digas eso. No le conoces. Me cae bien.

-Es el hijo de Ardarico. Conozco al padre y he trabajado con él desde que murió el mio. Es posible ser listo sin ser bueno, y Ardarico es la prueba.

-Dietric no es como Ardarico -insistió Tacs, tenazmente.

-No importa -dijo Edeco juntando las palmas de las manos-. No se lo digas.

A veces pienso que eres demasiado simple para perder el tiempo contigo.

-Nunca dije que fuera inteligente -contestó Tacs, ofendido.

-Al menos no eres mentiroso.

Sin dejar de mirar a Edeco, Tacs se columpiaba hacia adelante y hacia atrás sobre el banco. El otro se levantó y paseó por la habitación. Todos los muebles eran de madera tallada y estaban pulidos con aceite, y las líneas de las mesas y los bancos hacían que la habitación entera pareciera una sola cosa, equilibrada entre las losetas del suelo y el techo, y las formas de las paredes y ventanas. Estaba llena de aire y luz incluso en invierno, pero, como pasaba con todo lo romano, parecía mejor cuando no había gente dentro. De pronto Tacs deseó dar un salto y derribar los muebles, arrojar desperdicios y basura en las paredes y el suelo. Edeco volvió a sentarse frente a él.

-Lo siento. El simple soy yo por hablarte así. Pero he estado tanto tiempo con los romanos que ya no hay paz en mi mente.

-¿Por qué vas a sentirlo? Todos los demás piensan también que soy estúpido.

-Bah -exclamó Edeco poniendo una mano en el pecho de Tacs y dándole un pequeño empujón-. Vete. No tengo tiempo para enfrentarme a tu orgullo. Pero no cuentes a nadie la razón de tu partida. Y marcha mañana hacia Hungvar.

-¿Puedo llevarme a Dietric conmigo?

-Sí. Sufiría si se quedara solo con nosotros.

Tacs se levantó y salió de la habitación.

X

El qaghan sacó hacia fuera el labio inferior. Estaba sentado en su alto trono, cabizbajo, con el hombro izquierdo levantado y el derecho extendido sobre el brazo del trono. A su derecha estaban sentados sus hijos Ellac y Dengazich. Habían escuchado a Tacs sin decir una sola palabra, y ni una sola vez le habían mirado. Por primera vez Tacs sintió la inquietud de llevar esas noticias.

El silencio se extendió y fue haciéndose pesado y difícil. El qaghan se rascaba ociosamente los pelos duros de la barba, con la mirada fija en Tacs. A éste las piernas comenzaron a dolerle, empezando por los tobillos y extendiéndose a las rodillas y muslos, por lo que descansó el peso del cuerpo sobre las puntas de los dedos, no sabiendo si debía pedir permiso para sentarse. El qaghan le miró fijamente, sonrió y le dijo:

-Siéntate, ranita. No estás hecho para permanecer de pie.

Mirando la pared vacía que tenía enfrente, Dengazich hizo una mueca y rápidamente se irguió. Tacs suspiró y se sentó sobre los talones.

-De modo que Edeco confió en ti porque el juramento que había hecho le turbaba y tú eres amigo de un chamán, el Flautista. ¿Qué le dijiste concerniente al juramento?

Tacs esperaba preguntas sobre el complot. Pero no las tenía preparadas para otras preguntas, y tuvo que pensar para recordarlo. Finalmente se encogió de hombros.

-Nada. Le dije que hablara con el Flautista. No recuerdo haber dicho nada más.

-Bien -dijo el qaghan sonriendo. Su rostro se alisó y miró a sus hijos. Por el rostro de Dengazich pasó una rápida sonrisa, pero el de Ellac no mostró nada.

-¿Cómo parecía Edeco cuando habló del complot para matarme, parecía..., preocupado?

-Naturalmente -contestó Tacs levantando las manos hacia arriba-. Sólo pensar en un asesinato semejante...

-Calla. Prefiero respuestas cortas, ya lo sabes. ¿Parecía tan preocupado por el complot como por el juramento y por el hecho de romperlo?

-Bueno -contestó Tacs-. Él sabía del complot mucho antes que yo -no entendía esas preguntas; estaba impaciente porque el qaghan volviera al tema de la trama y la embajada que llegaba a Hungvar, para que Tacs le contara lo que había pensado para castigarles. Por eso no entendía el interés que tenía el qaghan en Edeco.

Pero el qaghan se echó hacia atrás, relajado, antes de preguntarle:

-¿Trajiste contigo al hijo de Ardarico?

-¿A Dietric? Sí.

-Me complace. Ardarico me ha estado molestando por él, como una vieja.

No deberías habértelo llevado, le había pedido permiso a su padre y se lo había negado.

¿Lo sabías?

-Nunca me lo dijo.

-Pero tú lo sabías.

-Es lo bastante mayor para hacer lo que le plazca, y no lo que su padre quiera.

El qaghan soltó una risotada e hizo un movimiento de cabeza hacia los dos jóvenes sentados al lado de su trono. Cuando pudo controlar la risa añadió:

-No hables así delante de mis hijos. Fíjate en Dengazich... apenas tiene la edad del hijo de Ardarico y le vas a inspirar. Gracias por contarme todo esto. Puedes marcharte. Pero ten en cuenta que Dietric ha regresado junto al hogar familiar -por un instante, al hablar del hogar de Dietric, la voz del qaghan se endureció con un tono de desprecio; pero enseguida había vuelto a sonreír y cambiar el tono-

Ocúpate de que haya un lugar para los romanos y sus servidores cuando lleguen aquí.

Los ojos de Taes se abrieron desmesuradamente.

-Pero Atila, ¿quieres decir que les vas a dejar venir?

-Creo que dar mucho sentido a esa conspiración es dar a los romanos una importancia que no tienen -contestó al tiempo que se frotaba el pecho-. Haz lo que te digo, rana.

-Muy bien, aunque no te entiendo -respondió levantándose, estirando cuidadosamente las piernas y saliendo de la sala.

-¿Por qué dejas que un simple guerrero te hable de esa manera? -preguntó Ellac.

Antes de responder, el qaghan se levantó y se apretó con fuerza un costado.

-Puede hablarme como quiera, pero tú lo harás con respeto. Vete ahora.

Ellac se levantó y se fue. Al otro lado de la sala, sobre la mesa en la que se encontraban las jarras de vino, estaba el amuleto que le habían dado los chamanes.

Atila fue a cogerlo, pero antes hizo un gesto a Dengazich para que se fuera con Ellac. El vientre se le llenó de náusea. Sabía que si podía verter leche con miel sobre el amuleto y beberla antes de que comenzara el dolor no se desmayaría. Pero el dolor se le clavó en el vientre como una puñalada antes de dar otro paso hacia el amuleto, tambaleándose, y caer de rodillas. La oscuridad cubrió sus ojos. Sentía la mente paralizada. Un momento después levantaba la mirada encontrándose con la de Dengazich.

-¿Qué sucede? -gritó éste-. Padre mío, mí qaghan...

Atila se dio cuenta de que estaba de rodillas y de que su hijo le estaba sosteniendo. Irguió el cuerpo, quitando el peso de los brazos de Dengazich, y pesadamente se puso en pie. Fue hasta la mesa a buscar el amuleto y la leche con miel. El hijo le siguió, como un halcón a una liebre.

-¿Qué te ha pasado? Te he visto caer. ¿Qué te ha pasado? -Resbalé -respondió Atila. El amuleto estaba en una pequeña caja de piedra oriental opaca. La abrió y arrojó el amuleto en la copa-. ¿Dónde está Ellac?

-Se ha ido. Salió antes de que... cayeras.

El qaghan bebió. La leche endulzada de yegua disfrazó el sabor del amuleto.

El dolor volvió a punzarle el vientre, pero mucho más suavemente, y fue desapareciendo.

-¿Te había pasado antes? -quiso saber Dengazich.

-Sólo resbalé -contestó Atila llenando la copa de nuevo. Cuando comenzaron los dolores incluso sospechó, en su pánico, que Dengazich le había maldecido. Ahora entendía ya mejor los ataques y no vigilaba a sus hijos, pero aun así le parecía peligrosos que éstos conocieran su debilidad. Volvió junto al trono y se sentó. El hijo permaneció dando vueltas ante él, inquisitivo, hasta que se dejó caer sobre los talones y miró a Atila.

-Ellac no lo sabe. ¿Qué dicen de esto los chamanes?

-Resbalé -repitió Atila-. Si vuelves a hablar de esto, conmigo o con cualquier otro, me enteraré y sufrirás las consecuencias -bebió la leche a sorbos pequeños-. ¿Dudas de mí?

Dengazich le miró con sus ojos de godo, como los de un lince. Los de Atila eran redondeados. Repentinamente, el muchacho se dejó caer hacia adelante, poeniéndose sobre las manos y las rodillas, y tocó el suelo con la frente.

-Mi qaghan -se puso en pie y salió corriendo de la sala.

Atila bebió más leche. Los ataques de dolor le debilitaban, y cada vez tardaba más tiempo en recuperarse. En dos ocasiones había vomitado sangre. Eso le asustaba, y luego le avergonzaba tener miedo. Se sentó con los músculos sueltos, queriendo que su cuerpo recuperara las fuerzas.

Todos los chamanes estaban de acuerdo en que se trataba de un hechizo antiguo.

Contra el qaghan se podían hacer muchos encantamientos, pues tenía muchos enemigos, y ahora la fuerza de Atila estaba desapareciendo, conforme envejecía, por lo que los encantamientos pesaban sobre él. Eso habían dicho todos los chamanes.

Dos de ellos -uno el Flautista, cuya magia era antigua y fuerte y poseía varios demonios- habían dicho que había algo más, y Atila estaba de acuerdo, que determinados hechizos lanzados contra los xiung cuando los animales se convirtieron en hombres florecían ahora, y evidentemente esos hechizos afectaban de manera especial al qaghan.

Aunque él no lo hubiera hecho, había oído miles de veces la historia de cómo los xiung habían seguido al ciervo blanco a través de los pantanos de Europa, y cómo habían cubierto las llanuras, hordas de guerreros, cada clan con su propio rey, y con las mujeres, niños, hombres jóvenes y ancianos, tan numerosos entonces como lo son ahora los francos o los ostrogodos. Desde entonces les había sucedido algo. Poco a poco los xiung iban decayendo. La enfermedad que había dejado igual a los germanos mataba a los xiung, y sus mujeres tenían hijos que vivían uno o dos años y morían. Los hombres jóvenes iban a los ataques por sorpresa, a las guerras, se unían a los ejércitos romanos, y morían, o se casaban con las mujeres de los germanos, y sus hijos eran germanos, no xiung.

Dengazich no era xiung, sino germano, lo mismo que Ardarico, y la cabeza de Ellac era obtusa. De todos sus hijos, sólo Ernach tenía corazón o habilidad para mandar, y Ernach no recibiría las cicatrices hasta mediados del siguiente invierno.

Ninguno de los hijos de Atila conocía los encantamientos que hay que decir sobre el cadáver del padre. Debería habérselos enseñado, y ellos los deberían haber aprendido, si los hubiera pronunciado todos los años en la estación en que murió Mundzuk, pero hacía ya diez años que Atila no los pronunciaba; desde el año en que mató a Bleda, su hermano e hijo mayor de Mundzuk.

En la misma estación en que debería haber rezado por el espíritu de su padre, los tótems y clanes de los xiung se acostumbraron a reunirse y celebrar kuriltais (Una especie de asamblea nacional o general. (N. del T)) para el funcionamiento de la magia de la caza, tras lo cual salían a cazar para tener carne para el invierno; pero hacía ya muchos años que no se celebraba esa "gran cacería". Los xiung se sentaban ociosos en el campamento a esperar que los germanos les llevaran la comida, y nadie recordaba ya los rituales de la reunión; además, los hombres que poseían la magia de la caza estaban muriendo sin dejar hijos. Nadie recordaba las canciones y

rituales para proteger los rebaños y ganados, pues eran ya muy pocos los xiung que seguían teniéndolos, eran los germanos los que los atendían; ahora eran los rebaños de los germanos.

Atila no era su nombre de nacimiento, ni tampoco el nombre oculto que recibió cuando le hicieron las cicatrices; le habían dado ese nombre como un regalo porque había unido a su pueblo y lo había hecho poderoso por encima de los otros.

Pero ahora pensaba que, poco después de su muerte, los xiung desaparecerían.

El dolor anidaba en su vientre, suave por la leche con miel, y con un esfuerzo de voluntad logró que su mente dejara de considerar esas cosas.

Dietric se quedó con Tacs en el pórtico de la empalizada del qaghan después de que hubiera oscurecido. En el momento en que escapó con los hunos jamás pensó que tendría que enfrentarse de nuevo a Ardarico. Habló de esto con Tacs, y éste le tranquilizó.

-Estará tan contento de que hayas regresado que chillará un poco y te despedirá para que pienses a solas en el mal que has hecho. Te preocupas demasiado.

-No conoces a mi padre.

-Pues no vuelvas. Quédate con nosotros.

Dietric soltó un gruñido. Se sentó apoyando la espalda en la pared. Monidiak, Bryak y Tacs estaban jugando con palos, punzándose y golpeándose unos a otros con cada movimiento, y sus voces se elevaban como las de las mujeres cuando discuten. Dietric les observaba, deseando que fuera verdad que podía quedarse con ellos. La vida de los hunos parecía mucho más fácil que la suya.

En ningún momento le dio Tacs a Dietric la menor razón para abandonar Sirmio tan de repente. Por la mañana, antes de ir a ver a Edeco, había hablado de buscar una pelea de gallos, explicándole a Dietric con gran precisión la manera de elegir el gallo por el que debía apostar. A mediodía visitó a Edeco, y a media tarde él y Dietric cabalgaban de regreso a Hungvar.

El viaje de vuelta había sido más duro, cabalgando de noche y de día. Sólo habían comido unos puñados de cereal seco, y bebido nieve fundida con Hermano Blanco. Casi todo el tiempo que permaneció despierto había estado borracho. En su memoria, el viaje no era más que una irradiación de la nieve y el cielo, recortado a veces por los ángulos negros de un árbol.

Ahora el pensar en su padre hacía que el recuerdo de la cabalgada de regreso le llenara de una cálida sensación de triunfo. Observando de qué manera reordenaba Tacs los palos, trató de pensar alguna forma casual de mencionar la cabalgada.

-Tacs, ¿por qué volvimos tan de repente? -preguntó Dietric.

Tacs le miró, sonrió y se volvió hacia Monidiak.

-Es el mejor jinete de los germanos. Ni siquiera una vez me pidió que fuéramos mas despacio.

Monidiak y Bryak se echaron a reír y se inclinaron para tocar a Dietric en el brazo. El germano bajó la mirada, complacido, no sintiéndose capaz de mirarles a los ojos. Se preguntaba si Tacs les habría contado el motivo de que se fueran de Sirmio. Miró hacia la puerta. El sol había desaparecido, pero todavía quedaba luz en el cielo. En ese momento entraba a pie por la puerta un grupo de mujeres, en fila de a una, transportando cestas de nieve con la que enfriar el vino de Klatun Kreka. Los guardias hunos aguardaron junto a la puerta a que entrara la última mujer para poder cerrarla. Contra el fondo del cielo cada vez más oscuro, las ramas abiertas y rígidas del roble se estiraban como si formaran una red.

-Bueno -dijo Dietric-. Creo que debo marcharme.

-Quédate con nosotros -le dijo Tacs mirándole por encima del hombro-. Nada te obliga a regresar.

-Ya eres un hombre, Dietric, no un niño -intervino Monidiak-. Vente a vivir con nosotros.

-Me gustaría -trató de imaginarse a sí mismo viviendo con los hunos, pero no lo consiguió-. He de volver. Mañana vendré a verte, Tacs. A lo mejor.

Se inclinó y palmeó a Tacs en el hombro. Recogiendo su capa de huno de la barandilla del pórtico, dobló la esquina del palacio para ir a recoger su caballo.

Tras él, Monidiak gritó a los guardias que dejaran la puerta abierta hasta que saliera.

Con la puesta del sol, el aire se había vuelto frío. Cruzó la puerta montado, enfiló el camino desierto hasta el vado y cruzó el río. El viento de la noche barrió la llanura cubierta de nieve y le dio en la cara; el aire se había enriquecido con el olor al inminente deshielo. Cabalgó junto a la orilla

del río, escuchando los árboles que gemían con el viento. Todos los demás estaban ya en el interior, para pasar la noche.

El viaje de vuelta desde Sirmio permanecía en su mente e iba creciendo al pensar en él. Una noche, cuando se detuvieron a descansar, Tacs le contó cómo Marag y él habían cruzado los Alpes desde Italia con una fuerte ventisca otoñal. Al hablar de la muerte de Marag, la voz de Tacs se llenó de un deseo desesperanzado. De modo que también los hunos morían en la nieve, y sobrevivir a un viaje semejante era sin duda un signo de fuerza. Cuando la casa de su padre, en la colina, empezó a aumentar de tamaño, Dietric se aferró a esos recuerdos como si fueran una especie de armadura; no importaba lo que dijera su padre, pues él sabía más.

Sin embargo, entró en la empalizada por la pequeña puerta trasera, que sabía cómo forzar, llevó el caballo al establo y se quedó allí hasta estar seguro de que todos andarían atareados con la cena. Si conseguía llegar a la parte superior, donde dormía, y pasar la noche sin que nadie le viera, Ardarico parecería tonto enfureciéndose con él. Los olores y sonidos familiares de la casa parecieron actuar sobre él. De pronto tuvo la impresión de que el viaje a Sirmio había sucedido muchos años antes, y a otra persona. De la ciudad sólo recordaba detalles entremezclados.

Abriendo la puerta del establo, miró a través del enfangado patio hacia el vestíbulo. La luz de las antorchas se filtraba a través de las grietas de las contraventanas, y podía oír las risas y la charla de los que estaban dentro. Además podía oler la carne y el pan; incluso la cerveza. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Ésa era la vida real y auténtica; la de los hunos era como un fantasma. Se dirigió hacia la parte posterior del vestíbulo, donde había una ventana por la que podría curiosear.

-¡Quieto ahí... perro! ¡Párate!

Dietric se detuvo. Los brazos se le habían puesto de carne de gallina; tenía la boca seca. Ardarico salió del abrigo del vestíbulo, agitando los puños al final de los brazos y con la barbilla sacada hacia fuera.

-¿Dónde has estado? -gritó Ardarico, dando una zancada con cada frase-

¿Adónde fuiste, si te había ordenado... ordenado, que no fueras con ellos?

-Por favor -empezó a decir Dietric, mirando a su alrededor para saber quién podía estar escuchando-. Por favor...

-Por favor -repitió Ardarico-. Por favor -volvió a decir precipitándose sobre Dietric y dándole un puñetazo en una oreja-. ¡Por favor! -con el otro puño le golpeó en la otra-. ¡Por favor!

-Padre... -empezó a decir Dietric levantando los antebrazos para protegerse.

Los puños enormes de Ardarico volaban a su alrededor, machacando sus brazos y rebotándole en la parte superior de la cabeza. Dietric se inclinó, tratando de apartarse. Las lágrimas de la humillación bajaban por su rostro. Pensó en salir corriendo, pero en lugar de eso se irguió y golpeó a su padre en el rostro.

La piel de los nudillos se le abrió; sintió el brazo entumecido en el codo. Ardarico se tambaleó hacia atrás, ondeando los brazos, y cayó en la nieve inmundada y sucia. Sorprendido, Dietric se echó a reír.

Ardarico se levantó y se lanzó contra él. Dietric se dio la vuelta y corrió. Los pies le resbalaron en el fango y le fue difícil mantener el equilibrio. Un peso gigantesco le golpeó la espalda. Cayó boca abajo sobre la nieve medio derretida y se deslizó por el suelo, con Ardarico sobre su espalda. Cuando se detuvo, su padre se levantó de un salto, le sujetó por los brazos y lo puso en pie.

-Golpear a mi, te voy a... -dijo Ardarico pegándole en los hombros-

Golpear a tu pobre padre... ruega a Dios que te perdone, perro malvado...

Dietric dobló los brazos por encima de la cabeza y permaneció acurrucado mientras Ardarico le pegaba. Poco a poco fue dándose cuenta de que la mitad de la población de la empalizada le estaba viendo y riéndose; las ventanas de la empalizada estaban llenas de rostros. Pero no se sentía ya avergonzado; esperó pacientemente a que Ardarico se cansara o aburriera y dejara de pegarle, y al final la fuerza de los golpes disminuyó.

-Pide perdón -le gritó el padre.

-Lo siento -dijo sacudiéndose la parte delantera de la capa para quitar la nieve apelmazada que la cubría-. ¿Pero de qué sirve ahora?

Ardarico le miraba fijamente, y su ancho pecho se hinchaba con la respiración forzada.

-¿Fuiste a Sirmio? ¿Qué hiciste allí?

-Entremos -contestó Dietric-. Tengo frío.

Ardarico le cogió por el brazo.

-Te lo mereces, eres un canalla desobediente, un hijo indigno -dijo rodeando a Dietric en un abrazo que le hizo daño-. El Señor castiga a aquel a quien ama.

Su voz se rompió; sorprendido, Dietric sintió en la mejilla el beso torpe y húmedo de su padre.

Ras, el hermano de Tacs, tenía una docena de yeguas en la llanura occidental de Hungvar, y todas las noches iba él mismo a traerlas para ordeñarlas. Un día después de su regreso, Tacs fue a los pastos por sus caballos, que había dejado al cuidado del hermano. Ya había recorrido la mitad del camino cuando oyó un grito a su espalda; era Ras, que galopaba hacia él. Tenía seis años más que Tacs, era el único hermano que le quedaba con vida y, aunque nunca se habían sentido muy cerca el uno del otro, a Tacs le gustaba hablar con Ras, pues éste tenía muchas ideas extrañas e interesantes.

Ras se acercó al galope en su caballo negro y al llegar junto a él lo puso al paso. Era alto y de rostro alargado, pareciéndose más a la madre que a su padre Resak, que era del tipo de Tacs.

-No sabía que hubieras vuelto de Sirmio, hermano.

-Volví a ver. Edeco me envió por delante de los otros.

Los dos hermanos siguieron cabalgando al paso, uno al lado del otro. Ras llevaba enrollada al hombro la cuerda para las yeguas. Tacs siempre le había admirado más de lo que estaba dispuesto a reconocer ante sí mismo; Ras era muy rico y contaba con el respeto de todos los hombres importantes. Mientras cabalgaban, Tacs no dejaba de observar a Ras por el rabillo del ojo.

-¿Qué había digno de ver en Sirmio? -preguntó Ras bruscamente.

-Sólo lo que hay siempre en esos sitios -contestó Tacs encogiendo un hombro-.

Muchos edificios, personas, las cosas que hacen los romanos. Conocí a un xiung que estaba al servicio del emperador, vi la casa del procónsul, estuve con una prostituta, siempre las mismas cosas.

-Debes tener cuidado con las prostitutas. Podrían robarte.

-El amigo que iba conmigo se quedó de guardia.

-¿Ese Yaya? -preguntó mirándole fijamente-. No vale nada.

-No... Dietric, el hijo del rey de los gépidos.

-¿El rey de los gépidos, Ardarico? Creía que tu amigo era Yaya.

-Lo es, pero Dietric es mi amigo íntimo. Como lo era Marag.

Ras volvió a mirar al frente. Pasaron bajo las ramas de los árboles que marcaban los límites del pasto. En las ramas grises y sin hojas podían verse ya gruesos brotes, dispuestos a abrirse. La nieve se extendía ya sólo en algunas zonas sombreadas, llena de hoyos y acuosa.

-Todavía siguen hablando de eso, de cómo llevaste el cadáver de Marag a su familia para que pudieran enterrarlo. Su padre me trajo tres potros, sal y hierro; se echó a llorar y juró que eres un gran hombre.

Tacs no dijo nada, pero se preguntó que por qué el padre de Marag llevaría esos útiles regalos a Ras en lugar de dárselos a él, salvo por el hecho, claro está, de que Ras era el jefe de la familia de Tacs. Le sorprendió notar la admiración de Ras en su voz; se aclaró la garganta y miró hacia otra parte. La llanura se hundía ante ellos hasta llegar al torrente congelado, y volvía a subir por el otro lado. Cientos de caballos pastaban en el barro marrón que habían hecho sus cascos con la nieve. Casi todos se movían lentamente en la llanura hacia los lugares en donde los recogerían sus dueños. Los caballos de Ras le estaban esperando ya bajo un roble muerto, con las cabezas juntas, poniendo la cola hacia el viento incesante; de los costados colgaban mechones de pelo nuevo.

-Así que Dietric es ahora tu amigo íntimo. Habría que pensar eso cuidadosamente. Esa yegua negra tuya es mala. Nunca está con los demás. ¿La ves? Ayer la encontré más allá del torrente; en el barranco.

Tacs estiró el cuello para mirar entre los caballos que recorrían lentamente la llanura. Cuando no la vio, se llevó los dedos a la boca y silbó. El poney negro levantó la cabeza, y, entre los caballos de Ras, la yegua alazana y el castrado gris que pertenecían a Tacs comenzaron a caminar hacia él, abriéndose camino a empujones entre los otros animales.

Ras fue a atar los suyos con la cuerda. Los de Tacs venían hacia él con la cabeza baja y las crines largas y enmarañadas flotando al viento. La yegua negra apareció junto a los árboles; se detuvo un momento, levantó la cabeza al viento y Tacs volvió a silbar. El poney negro relinchó. Con la cabeza alta; la yegua galopó hacia ellos sobre la mezcla de nieve y barro. Aunque iba cargada con un potro, corría con un paso cómodo que a Tacs le gustaba observar. Pensó que se alejaba buscando un lugar seguro donde tener su cría. Como el poney, era de pura raza xiung; el poney era hijo suyo. Se detuvo junto a la yegua alazana y le mordisqueó el cuello; la alazana le lanzó una coz. Los tres caballos se acercaron despaciosamente a él, hasta tocar con los morros el del poney negro.

Tacs desmontó y ató a los tres juntos por el cuello, hablándoles tranquilamente y palmeándolos. La yegua negra le lamió las manos; los tres le olisquearon entre la ropa, buscando los regalos que a veces les llevaba. Cuando hubo quitado de las crines los enredos, frotó los pelos largos de los costados. La barriga de la yegua negra tenía un bulto que Tacs pensó que debía ser el talón del potro; lo tocó y pronunció un encantamiento para que el parto fuera rápido. Al terminar, miró fijamente a los ojos a la yegua. Los ojos de los caballos no eran como los humanos, había en ellos algo frío y poco amigable. Con todos los caballos atados a la cuerda, Ras regresó, Tacs montó en el poney y volvieron a casa una al lado del otro.

-Así que el hijo del rey de los gépidos es tu amigo. Un germano y un xiung.

Eso es muy extraño.

-Todos dicen que no debería ser su amigo.

-¿Eso dicen? Quizá tengan razón. No sabría decirlo. Me resulta extraño, yo no tengo amigos que no sean xiung. En realidad no tengo amigos que no sean exactamente como yo, con hijos pequeños, varias esposas y las mismas ideas. Para mí, tú eres tan extraño como un gépido.

-¿Cómo? -a Tacs le complacía pensar que su hermano le consideraba extraño.

Pasaron bajo las ramas de los árboles, cargadas de brotes, y emprendieron la pequeña ascensión hacia la empalizada del qaghan. Hacia el norte podían ver el campamento gépido, con sus casas de maderos recortados, y hacia el sur la casa de Orestes y el baño romano de piedra.

-Mis amigos y yo -siguió diciendo Ras- nos sentimos a menudo en desacuerdo con el qaghan y lo que hace, pero le obedecemos porque es la manera correcta de actuar. No entiendo por qué un hombre joven como tú, sin responsabilidades, está tan apegado a Hungvar, aceptando órdenes y desperdiciando la juventud. Si estuviera en tu lugar, saldría a ver lo que puede hacerse en el mundo, a buscar aventuras. Pero tú te quedas aquí a emborracharte, gastar bromas estúpidas y meterte en problemas. Siempre has sido frívolo; hasta el Flautista está de acuerdo conmigo en eso, a pesar de que te quiere mucho.

-¿Qué aventuras podría encontrar si me voy solo? - preguntó Tacs con aire enfadado-. Si mis amigos no están conmigo, ¿qué diversión hay?

El rostro alargado de Ras se volvía todavía más largo cuando se ponía a pensar.

-No lo sé. Pero lo descubriría si estuviera en tu lugar. Hay tantas cosas que hacer que tú no haces.

-¿Qué debería hacer? ¿Qué es lo que has hecho tú?

Estaban llegando al vado del río. Estaba lleno de gente. Gépidos que regresaban a su campamento, xiungs que iban a la empalizada, comerciantes que se movían en ambas direcciones. Ras y Tacs se hicieron a un lado a esperar que la multitud menguara lo suficiente para cruzar el río con sus caballos.

-No me hagas caso -dijo Ras-. No sé lo que pienso, todo es simple ensoñación.

-¿Por qué lo dijiste entonces?

Ras movió los hombros, irritado.

-¿Qué está planeando el qaghan? ¿Sabes si quiere atacar Roma otra vez?

En el vado, el tráfico cesó momentáneamente y lo cruzaron, dispersando un rebaño de cabras con las que un muchacho gépido intentaba cruzar el río.

-Sí -respondió Tacs. No estaba seguro de que debiera contar eso, pero no veía modo de evitarlo-. Por supuesto que sí.

Ras levantó la cabeza. Llevaba el pelo largo y sin trenza a un lado, cubriéndole la oreja, pues había perdido la mitad inferior de ésta en una pelea cuando era más joven.

-A veces pienso que viviríamos más cómodamente si nos gobernara un hombre de menos categoría..., como en otros tiempos, cuando no había sólo un jefe.

sino muchos.

Tacs se puso rígido; por la presión de las piernas, el poney empezó a trotar, y tuvo que tirar de las riendas. Cuando se volvió otra vez hacia Ras, su hermano le estaba mirando pensativamente. Taes apartó la mirada.

-¿Sabes por qué dije eso?

-Porque eres estúpido -contestó Tacs-. Todavía más estúpido que yo. Deberías amar al qaghan.

-Quizá. Pero escúchame. Un xiung -porque somos xiung creemos en ciertas cosas- con el poder de nuestros antepasados, el antiguo modo de vida, otras varias creencias complicadas. Si un hombre cree en algo más ya no es un xiung. ¿Pero qué es entonces?

-¿Qué quieres decir? Mi madre era xiung, y mi padre también. ¿Qué voy a ser yo, un romano? ¿Un germano? -Tacs sacudió la cabeza-. Una yegua no tiene terneros. ¿Qué es lo que quieres decir?

Ras le sonrió, con mucha amabilidad.

-¿Te he molestado?

-Sí -contestó Tacs-. No deberías hablar del qaghan a la ligera. No se lo dirías a él si estuviera aquí.

Rodearon la base de la colina del qaghan, dirigiéndose al campamento xiung.

Llegaron hasta ellos los olores espesos de los fuegos en los que se cocinaba la cena.

En el cielo los colores del atardecer se estaban tornando grises.

-¿Por qué hiciste eso? -preguntó Ras-. Lo de traer el cadáver de Marag. No debió ser fácil.

-¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Entraron en la zona de auls; Tacs tuvo que tirar de las riendas para seguir a la cordada de caballos de su hermano. No podía imaginar que alguien dijera las cosas que su hermano había dejado sobreentender acerca del qaghan. Era como si Ras hubiera hablado contra el propio Tacs. Cabalgó detrás de su hermano hacia el centro del campamento, pensando las respuestas duras que le daría cuando Ras le permitiera abrirse.

Al llegar al lugar en el que tenían que separarse, Ras le lanzó un grito y le saludó. Tacs dejó caer la cuerda y, rodeando los caballos, fue hacia su hermano.

La garganta le dolía con las cosas inteligentes que había pensado decirle.

-Ven a compartir la comida con nosotros -dijo Ras-. Has estado fuera y deberíamos verte más.

-Yaya...

-Ven -insistió Ras, sonriendo; tocó a Tacs en el brazo-. Tendrás la oportunidad de decirme lo que piensas de mí.

Tacs no pudo evitar sonreír, y asintió.

-Si tenéis comida suficiente.

-Siempre la tenemos -contestó Ras, reemprendiendo el camino hacia su aul, con las yeguas trotando tras él; más lejos, Taes vio a la esposa más joven de su hermano, esperándole con una jarra de agua para verterla sobre sus manos cuando desmontara.

XI

Varios días más tarde, los romanos llegaron a Hungvar. A nadie le estaba permitido saludarles, salvo a los hombres encargados de vigilarles, pero de todas formas acudieron muchos xiung curiosos que simulaban pasar simplemente por allí. Entre ellos estaba Dietric; después de que Tacs hubiera visto a los romanos y fuera despedido, se encontraron y acudieron juntos al campamento xiung.

Ummake había vuelto a caer enferma, según Tacs, lo bastante enferma como para morir, y el Flautista iba a hacerle una cura aquella tarde. Dietric y Tacs fueron al aul del chamán. Había por

allí un pequeño grupo de personas que miraban con curiosidad a través de la puerta siempre que se abría ésta. Tacs dijo que el Flautista quería que le ayudara. Eso parecía enorgullecerle. Al principio Dietric no quiso entrar, pues no sabía cómo reaccionaría el chamán ante un visitante inesperado, pero Tacs tiró de él y le hizo entrar.

Se sentaron en mitad del aul; el chamán trabajaba en la parte trasera y lo veían de perfil. Les ignoró. Dietric miró a su alrededor, asombrado. Entre los germanos no había visto nunca una casa tan rica como ésta. Desde que dejó la casa romana de Sirmio, nunca había visto nada tan hermoso.

-Ummake ha estado enferma toda la vida -dijo Tacs; reposó el peso sobre las nalgas y con las puntas de los dedos acarició el dibujo de la alfombra-. La madre comió serpiente antes de que ella naciera y por eso a la hija que llevaba dentro la sangre se le volvió totalmente fría. Flautista, ¿de dónde es esto?

-Nueva Roma.

-¿Y por qué la sangre fría le hace toser sangre? -preguntó Dietric-. ¿Crees realmente que es por eso que está enferma?

-Ciertamente -contestó Tacs, escupiendo para darle el énfasis apropiado a su afirmación. El Flautista le lanzó una mirada de reproche y rápidamente Tacs frotó el escupitajo blanco que había quedado en la lanilla de la alfombra-. Todo el mundo sabe que toser sangre es una señal de frialdad.

Dietric observó al chamán, que ponía bayas sobre una piedra plana. Estaban los tres solos en el aul; Tacs le había dicho que el chamán estaba casado, pero Dietric no había visto a su esposa. El aul estaba oscuro, y en silencio total salvo por el ruido que hacía al moler las bayas. En la oscuridad, más allá de la luz de las pequeñas lámparas de aceite, brillaba el oro, en los bancos lacados, en el palo del aul, en los cientos de pequeñas jarritas colocadas por todas partes, llenas de hierbas y medicinas. Hasta el aire tenía un olor exótico.

-Una vez estuve en Nueva Roma -comentó Tacs. Con la mano siguió el dibujo rojo oscuro de la alfombra. moviéndola en círculos lentos por encima del negro-.

Allí orinan en cacharros de oro. Hasta los perros llevan oro allí.

-Si ellos no fueran ricos nosotros nos moriríamos de hambre -intervino el Flautista-. Estéte callado y déjame pensar.

Tacs colocó las manos sobre los muslos, con los dedos enroscados, y permaneció absolutamente inmóvil. Dietric le miró, divertido. El chamán puso un cuenco encima de la alfombra y echó en él las bayas machacadas. Tomó una jarra de las muchas que tenía a su lado, vertió un poco de polvo en la palma de la mano, colocó ésta encima del cuenco, a un brazo de altura, y dejó caer el polvo sobre el cuenco lentamente. Dietric admiró la habilidad de aquel hombre. Ardarico había dicho una vez que algunos hunos tenían un refinamiento y una comprensión que los elevaba por encima de las gentes comunes de su pueblo.

El Flautista bajó las manos y se quedó quieto, con la mirada puesta en el cuenco, sin pestañear. Un silencio perfecto le rodeaba, como un escudo. La luz de la lámpara resaltaba los pequeños guijarros blancos que llevaba en su pelo grasiento; por el esfuerzo que estaba haciendo le sobresalían los tendones del cuello. Todo resultaba excelente, pero carente de significado, y Dietric admiró la astucia del chamán. Se sentía más sabio que Tacs, pues era evidente que éste lo creía todo.

Un momento más tarde la mezcla del cuenco empezó a soltar humo.

A Dietric se le erizó el pelo de los antebrazos. El Flautista ni siquiera había tocado el cuenco no lo había movido ni le había hablado; sólo sus ojos permanecían fijos en él, y de la superficie cristalina del líquido se elevó una delgada columna de humo. A Dietric se le secó la lengua; le resultaba difícil tragar. Tenía miedo de hablar. Miró por el rabillo del ojo a Tacs, que no se había movido en absoluto.

aunque ahora sonreía por las comisuras de los labios.

-¡Ho! -exclamó el Flautista. Dietric dio un salto. El Flautista se puso en pie, desenroscándose en el aire como si fuera una serpiente. moviendo la cabeza y aleteando con las manos desde las muñecas.

-Venid conmigo ahora. Tacs. lleva las matracas, la vara emplumada y aquel brasero. Ten cuidado que está caliente. Dile a tu amigo que se quede detrás de ti y que no respire el aire que me rodea.

Recogió el cuenco, que soltaba vapor, y salió por la puerta del aul. Tacs cogió las dos matracas de calabaza y una vara larga de la que colgaban plumas de águila teñidas. Dietric fue a coger el brasero, para pasárselo, pero Tacs le dio un golpe en el brazo.

-No. Déjame hacerlo a mí, es importante realizarlo todo exactamente tal como él dice -y cogió el brasero y salió, seguido de Dietric, con las manos vacías.

La multitud que había fuera del aul se había doblado. Los niños se ocultaban detrás de los padres y un perro delgado y gris gimió y se alejó cuando salió el Flautista. Para estar a principios de la primavera, hacía un calor inusual. La brillante luz del sol confundió a Dietric y le hizo parpadear.

El chamán condujo a Tacs y Dietric en fila por en medio de la gente hasta el pequeño aul que había detrás, adonde Yaya había llevado a Ummake cuando enfermó. La gente les siguió. Dietric oyó que alguien decía en huno:

-Estará hecho para el atardecer.

E inmediatamente otro empezó a discutir.

Sosteniendo delante de él el cuenco del vapor, el Flautista empezó a cantar y la multitud se calló. Dietric pensó que el Flautista era todavía un hombre joven -desde luego más joven que Ardarico-, pero la voz con la que cantaba temblaba y silbaba como la de un anciano. Lo que decía eran en parte palabras hunas, y en parte unos sonidos sibilantes extraños y suaves. Dietric hubiera querido pensar que eran cosas sin sentido; no quería creer otra cosa, pero el cuenco exhalaba nubes de vapor y podía oler el fuerte olor ardiente de lo que había en el interior, sin que lo hubiera tocado ningún fuego, en el cuenco que el Flautista sostenía con las manos. Finalmente, el chamán golpeó dos veces el suelo con el pie izquierdo y entró en el aul pequeño.

Tacs iba a seguirle, pero antes de que llegara a la puerta el Flautista se volvió y le detuvo. Cogiendo la vara emplumada se volvió hacia la multitud y gritando en huno, por lo que Dietric no pudo entenderlo, la levantó sobre la cabeza y la clavó en el suelo como si se tratara de una lanza.

La multitud soltó un suspiro y el Flautista entró en el aul. Tacs cambió el peso del cuerpo sobre el otro pie; Dietric sabía que estaba pensando si debía seguirlo, e inmediatamente el chamán lo llamó desde la cabaña.

-Entra, necesito el brasero.

Tacs cruzó la puerta, y Dietric lo hizo tras él. El aul era mucho más pequeño que el otro. Las paredes estaban llenas de pieles amontonadas, raros cacharros de arcilla, palos decorados con plumas, trozos de concha, de cuerno y de madera, además de bayas. No había muebles. Aunque no se veía ningún fuego hacía mucho calor; Dietric olió un humo rancio. Ummake estaba acostada boca arriba en el suelo, en mitad del aul. Tocaba con la cabeza la pared del fondo, y los pies le llegaban casi hasta la puerta. Detrás de ella estaba sentado su marido Yaya, en la oscuridad.

Ni un solo momento apartaba la mirada del Flautista.

Ummake respiraba por la boca; lentamente y con dificultad. Incluso desde donde estaba Dietric se dio cuenta de que su piel era áspera y estaba escamosa y llena de manchas. Inclínándose sobre ella, el Flautista acercó el oído a sus labios y escuchó. Con la mano izquierda indicó a Tacs y Dietric que se echaran hacia atrás.

Tacs se sentó colocando las plantas del pie sobre el suelo y acercando las rodillas al pecho, con el brasero y las maracas delante. La única luz procedía del agujero para el humo que había en la parte superior de la cabaña, que estaba abierto, aunque el aul estaba tan caliente que resultaba incómodo. El Flautista cogió el brasero y lo colocó al lado de la cabeza de Ummake.

-Cerrad el agujero del techo -ordenó.

Tacs se levantó de un salto, buscó la pértiga, la encontró apoyada en la pared y con el extremo en forma de gancho maniobró la cubierta para tapar el agujero.

La oscuridad y el calor húmedo se cerraron rodeando a los presentes. Dietric parpadeó, pero poco a poco sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Tenía los oídos en tensión, lo que le permitió oír que los otros se movían hacia atrás y adelante y que el Flautista murmuraba, mientras Tacs dejaba la pértiga. Alguien se aclaró la garganta.

Cuando Dietric pudo ver de nuevo lo que sucedía, el Flautista estaba echando carbones encendidos del cuenco al brasero con una cuchara metálica de mango largo. La colgó después del palo que sostenía el aul y Dietric pudo ver que tenía la forma de una serpiente con la boca abierta y los colmillos arqueados, para impedir que se salieran los carbones. Estos desprendían un débil

brillo rojizo; gracias a esa luz. Dietric pudo ver el rostro de Yaya, rígido como una máscara de madera, y se dio cuenta de que tenía miedo por su esposa. Dietric no lo había considerado capaz de tal cosa.

Con el brasero lleno de carbones encendidos, el Flautista se colocó junto a la cabeza de la enferma. Puso sobre el brasero el cuenco de medicina hirviendo, procurando no apagar los carbones. Con un gesto de la mano, pidió a Tacs que se acercara y abanicara el fuego, manteniendo los carbones al rojo. Al principio Tacs utilizó las manos, pero enseguida el Flautista, buscando en el suelo, le encontró un trozo de corteza pintada con símbolos, que Tacs utilizó como abanico.

El Flautista se sentó sobre los talones y permaneció observando impasible a Ummake. Con cada movimiento, el abanico de corteza producía un suave sonido de aleteo y el vapor era lanzado sobre el rostro de la mujer. Dietric sintió cómo el aire se movía lentamente llegando hasta sus mejillas. Los carbones del brasero brillaban con un color rojizo-naranja oscuro. La medicina empezó a burbujear. De su superficie surgían torrentes de vapor que ondeaban en el aire impulsados por los movimientos del abanico de corteza. El sudor goteaba por el rostro de Dietric.

El Flautista cogió las matracas en las manos y empezó a sacudirías.

Dietric deseó estar lejos de allí. El vapor le taponaba la nariz y parecía penetrar por detrás de los ojos, llegando hasta su mente. El sudor le corría por la piel y tenía las ropas empapadas. El aire, caliente y espeso, era imposible de respirar, por lo que para que entrara el aire tenía que forzar los pulmones. Las luces bailaban ante sus ojos. El hombre que estaba inclinado sobre el brasero, abanicando los carbones, le parecía una criatura del infierno, horrible y encorvada por sus pecados.

Sacudiendo las matracas con las manos, el Flautista oscilaba hacia adelante y atrás, con los ojos clavados en el rostro de la enferma. Los labios se le contorsionaban y parecía que tuviera la cabeza suelta, moviéndola arriba y abajo. Los sonidos de las matracas llenaban los oídos de Dietric; secos y sibilantes, como pitidos de serpiente. Vio en el aire unas formas curvas y sinuosas que se desenroscaban lánguidamente hacia el techo. Cada golpe del abanico parecía más fuerte que el anterior, cada ruido de las matracas era más fuerte, hasta que ocupó por completo sus oídos. El aire era demasiado espeso para entrar en los pulmones. Sobre un charco de sudor yacía la forma del cuerpo de Ummake, dos dedos más ancho que su cuerpo real. Tras ella, Yaya se balanceaba salvajemente, sacudiendo la cabeza.

De un salto el Flautista se puso en pie y se abalanzó hacia Ummake, abarcándola con las rodillas. Las matracas salieron volando a través del aul. Bajó la cabeza hacia la de Ummake y apretó la boca contra la de ella. Dietric lanzó un grito, no muy fuerte. Quería mirar hacia otro lado, pero la escena mantenía sus ojos clavados. Al principio creyó que el Flautista iba a meterse por la boca de la enferma y arrastrarse por su garganta. Pero el chamán estaba suspendido sobre Ummake como un demonio. El cuerpo de ésta permanecía enjaulado dentro de las piernas y los brazos extendidos de él; estaban unidos por las bocas, como si crecieran juntos desde los labios. Sólo observar esa perversidad era ya un pecado. El corazón le latía a Dietric violentamente. El silbido del abanico de corteza y la respiración forzada de los tres hunos le hería dentro de la mente. El Flautista se estaba levantando, subiéndolo con él a Ummake. Sin separar la boca de la del chamán la mujer llegó casi a sentarse, pero finalmente la soltó dejando que cayera de nuevo y, dando la vuelta, escupió algo en la palma de la mano.

A Dietric le pareció que se movía y trataba de escapar; lo que había en la palma de la mano del Flautista era un gusano sangriento, tan largo como el dedo de un hombre. El Flautista echó el gusano en el cuenco de la medicina y se elevó una gran nube de humo, la medicina espumeó por el borde del cuenco y rebosó, chisporroteando, los lados calientes del brasero. Tacs se echó hacia atrás. Con movimientos cortos y convulsivos, el chamán cerró el brasero, hizo señas a Tacs para que abriera el agujero del humo y metió en un frasco el último resto de medicina que quedaba en el cuenco.

Miró a Dietric, quien rápidamente bajó los ojos, aunque volvió a mirar al Flautista casi enseguida. El chamán le miraba sin parpadear. El germano murmuró algo, se levantó y salió al exterior. Se sentía enfermo y borracho. Al sentir el aire frío del exterior del aul sobre su cuerpo calentado y ropas empapadas, se puso a temblar y sintió náuseas. La gente le observaba en silencio. El Flautista salió tras él y se marchó.

Dietric le siguió, fascinado, alrededor de la curva que formaba el aul en el que vivía el chamán. Al ver la puerta se detuvo, temeroso de ir más lejos. El Flautista le miró por encima del hombro, se inclinó y entró en el aul. Dietric suspiró. Se sentía debilitado, pero la esperanza saltaba en su mente. Empezó a ver cómo lo podía haber hecho: en el labio inferior del Flautista había una hinchazón, como si se hubiera mordido allí para extraer la sangre.

Pero al día siguiente, cuando fue a ver a Tacs, Ummake estaba sentada en el aul de Yaya contando mentiras con los otros y comiendo carne hervida. Dietric se sentó frente a ella, asombrado; cuando ella le vio, Dietric balbuceó un saludo, y apenas logró sostener la mirada de la joven. Enseguida se dio cuenta de que estaba débil -las manos le temblaban y estaba apoyada en un marco de madera-, pero el color le brillaba en las mejillas y los ojos refulgían salud.

-Ummake, me alegro de verte feliz de nuevo -le dijo, pues no sabía cómo se decía en huno "estar bien".

Los ojos brillantes de ella se ensancharon con buen humor.

-Me hace feliz que me hables en la lengua de mi madre, Dietric.

Tacs fue hacia él con una jarra de Hermano Blanco. Por un momento estuvieron sentados sin hablar, pasándose la bebida del uno al otro. Finalmente, Tacs dijo:

-Los romanos siguen acampados en la llanura, ¿los has visto?

Dietric asintió. Todos sabían que el qaghan se había negado a ver a los romanos, o incluso a dejarlos entrar en la empalizada.

-Mi padre fue allí anoche.

-Ah. ¿Y por qué no fuiste con él?

-No me lo pidió -respondió Dietric apoyándose sobre un codo-. Creo que se supone que nadie debe saberlo. El qaghan lo enviaría para tomar acuerdos secretos -añadió mirando por encima del hombro a Ummake; Yaya estaba a su lado, alimentándola con trocitos de carne que le daba con los dedos-. ¿Qué le dará Yaya al Flautista por el pequeño espectáculo de ayer?

-Le ha prometido la mitad de los potros que tengan sus yeguas esta primavera.

Dietric se echó a reír. El Hermano Blanco, al fluir por su cuerpo, le calentaba y relajaba.

-No me extraña que el Flautista sea rico.

-Es un chamán muy importante -contestó Tacs-. Ya viste cómo succionó el mal de Ummake.

Dietric le entregó la jarra. Tenía la boca llena del sabor dulce del té.

-Vi cómo montaba un gran espectáculo de curación y que después escupía algo sangriento. ¿Curó eso a Ummake?

-Mírala... está mejor ahora, ¿no? Claro que la curó. Ya viste lo que sacó de ella... esa cosa sangrante.

-Tacs -dijo Dietric, mirando a su alrededor para ver si escuchaba alguien más-. ¿Cómo sabes que el Flautista no tenía eso en la boca todo el tiempo?

Tacs agitó la jarra para levantar los sedimentos y bebió. Se limpió la boca con el antebrazo.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando pienso en ello me parece que escupió algo que había tenido todo el tiempo en la boca. Más tarde le vi un corte en el labio. Quizá se lo mordiera para cubrir de sangre lo que ya tenía... a lo mejor un trocito de cuerda. No me parece que saliera de Ummake.

Tacs le observaba oblicuamente. Su reacción asombró a Dietric, que esperaba incredulidad o cólera.

-Curó a Ummake succionándole la cosa mala que tenía. Lo viste. Y ahora ella se está poniendo mejor.

-Pero estoy convencido de que lo que escupió era un fraude.

-Mira -dijo agachándose para coger un puñado de pastelillos rellenos de fruta-.

Come algo. No te entiendo. Ummake está bien, ¿no es así? Los hizo la madre de Monidiak, son muy buenos.

Dietric mordió uno de los pasteles; sólo daban para dos bocados. Dentro de la corteza caliente había una crema espesa de manzana.

-Todavía no está bien -le resultaba frustrante saber que era tan listo como el Flautista, y, sin embargo, no ser capaz de convencer a Tacs de ello. Terminó ese pastel y cogió otro.

-Lo estará.

-A lo mejor se habría puesto bien siguiendo el curso normal de las cosas -contestó, pero al pensar en ello le asaltaron dudas; Ummake había estado muy enferma. Sacudió la cabeza-. Estoy seguro de que el Flautista es un fraude.

-Tiene un gran poder. A lo mejor, tal como tú dices, la cosa sangrienta que escupió no procedía de Ummake. Pero representaba lo que tenía que salir de ella, y, ahora que ha desaparecido. Ummake está bien. Eso no es fraude, es real. Ninguno de nosotros podía curarla, pero él lo hizo. Te preocupas por las cosas porque no las entiendes, y es una tontería. Los pastelillos son buenos, ¿verdad?

-Deliciosos -contestó Dietric masticando.

XII

El qaghan abrió las ventanas y se inclinó hacia fuera para tomar el aire. Más allá de la muralla de su empalizada, el roble estaba cubierto de brotes de color verde claro que se abrían al baño cálido de la luz del sol, girando y girando bajo el viento de la primavera. Podía oler el árbol, la hierba nueva y el río; los olores le llenaban de una energía infantil. Eso le divirtió: pensar en sí mismo como en un potro, y con el grueso vientre comprimido por el alféizar de la ventana y la cabeza y los hombros metidos forzosamente entre el marco, se echó a reír estrepitosamente.

La puerta que tenía detrás se abrió y escuchó el sonido de unas sandalias sobre el suelo de madera. Era Constancio.

-Mi qaghan.

-Hoy no -dijo Atila, apoyado todavía en la ventana-. Tengo la mente en otros asuntos. Ese día iba a ir Ardario para describirle sus planes de un nuevo asalto a Roma. Atila cerró los ojos e inspiró el viento de la primavera.

-Mi qaghan -insistió Constancio tenazmente-. Te ruego que escuches mi opinión.

El qaghan abrió los ojos. Allí fuera, en la llanura, escondido tras la colina de los gépidos, estaba el campamento romano. Ya llevaban allí cinco días, y todas las mañanas enviaban un mensajero a pedir audiencia; el día anterior el mensajero había acudido dos veces. Atila se irguió y se dio la vuelta, volviendo a la sala.

-Te escucho.

Redondo y grueso, Constancio llevaba como siempre una túnica de un immaculado algodón blanco con el dobladillo azul y verde. A pesar de que hacía ya diez años que vivía con los xiung, seguía vistiendo túnicas romanas que cada seis meses le traía una caravana desde Italia. Se aclaró la garganta, miró a su alrededor y fue hacia la silla sin respaldo que había al lado del trono.

-¿Puedo sentarme, mi qaghan?

-Siéntate.

Constancio se dejó caer cuidadosamente sobre la silla, recogiendo el dobladillo de la túnica para que no se manchara de polvo. Atila cruzó la sala hasta el trono.

Constancio se rascó la nariz.

-¿Y bien, Constancio?

-Sí -dijo con un suspiro-. Mi qaghan, no puedes tener a los romanos esperando ahí mucho más tiempo, si no quieres que regresen a Nueva Roma. Eso daría al emperador la oportunidad para dejar de enviarte el regalo anual.

-Podemos forzarle a que lo renueve.

-Sólo si desviamos energía y tiempo de la campaña de Italia. Ni puedes mantener como pretexto de la cólera el que ellos trataran de sobornar a Edeco para matarte, pues...

-Difícilmente se le puede considerar un pretexto. Nadie puede oír hablar con mente ecuaníme del intento de acabar con su vida.

Constancio giró en la silla para ponerse de cara al trono, inclinando hacia un lado sus cortas piernas.

-Mi qaghan, todo el mundo sabe ya que Edeco envió por delante a un jinete que te contara lo que había sucedido en Nueva Roma, que tú sabías lo del soborno mucho antes de que llegaran los romanos, y, sin embargo, hiciste preparativos para ellos y les permitiste acampar cerca de Hungvar. Mi qaghan, la gente pensará que eres un tirano arbitrario de mentalidad estrecha.

-Lo soy -contestó Atila-. Y me gusta serlo -pero Constancio tenía razón; el juego contaba con limitaciones-. Puedo permitirles... ¿Sí?

Edeco acababa de entrar en la habitación con la lanza en la mano.

-Atila, el rey Ardarico aguarda para verte.

-Que espere.

Edeco asintió; sus ojos permanecieron en Atila un poco más de lo necesario antes de darse la vuelta y salir. Atila se asentó en el trono, cruzando las manos sobre el vientre.

-Constancio, tráeme una copa de leche.

-Mi qaghan -dijo Constancio levantándose del asiento y cruzando la sala hasta la mesa.

La noche anterior, los romanos habían enviado un mensajero en secreto a Ardarico para conducirlo al campamento romano, donde se había quedado casi hasta el amanecer. Al volver a su casa era más rico, por los pequeños regalos y el oro que llevaba con él. Edeco lo había descubierto. Siempre había la posibilidad de que Ardarico no se hubiera dejado seducir, y desde luego no había que olvidar que Edeco odiaba a Ardarico. Con su paso lento, Constancio cruzó la habitación con la copa de madera de hiedra en una mano y otra copa en la otra. Le dio una a Atila y se sentó a beber su vino.

El qaghan bebió un poco de leche y dejó la copa con cuidado en el brazo del sillón del trono.

-Constancio, cuando el mensajero romano llegue hoy dile que los enviados romanos pueden venir a Hungvar... mira que se les proporcionen cuatro habitaciones en la parte trasera del palacio, las que dan a la muralla de la empalizada.

Constancio se le quedó mirando antes de responder:

-Son demasiados para estar cómodos en esas habitaciones, mi qaghan. Los romanos son veinte, y las habitaciones muy pequeñas.

-No deseo que estén cómodos -contestó Atila con un gruñido.

-Y las habitaciones están utilizadas..., guardamos la leña en ellas.

-Quita la leña.

-¿Dónde la pondré, mi qaghan? ¿Qué sucede si la dejo fuera y llueve? Con tantos hombres importantes que han llegado a Hungvar no hay habitaciones en el interior.

-¿Dónde sugieres que pongamos a los romanos?

Constancio se puso en pie.

-En la casa vacía que hay detrás de la Plaza de las Mujeres, mi qaghan. Además eso significa menos honor que si se instalan dentro del palacio mismo. Haré que los esclavos la preparen enseguida.

-Constancio.

Cuando había recorrido medio camino ya hacia la puerta, se detuvo y se dio la vuelta con la cara sonriente.

-Pon la leña en la casa vacía que hay tras la Plaza de las Mujeres, y a los romanos en las cuatro habitaciones de la parte posterior del palacio.

La sonrisa de Constancio se volvió rígida.

-Mi qaghan -dijo encaminándose a paso vivo hacia la puerta; cuando él salió entró Edeco.

Atila bebió la leche. Su estado de ánimo era sombrío. Los romanos podían estar deseosos de ocupar el edificio vacío de la Plaza, para poder entrar y salir sin ser vistos. Podía ser idea de Constancio, pero Atila no creía que fuera así; la petición se había producido demasiado pronto tras la visita de Ardarico a los romanos.

-Atila -dijo Edeco.

-Deja de atosigarme, Edeco. Si no quieres que empiece a atosigarte yo a ti.
Cierra la puerta y entra.

Edeco cerró la puerta tras él y fue a colocarse delante del trono. Atila terminó la leche y dejó la copa.

-¿Sigue yendo Tacs en compañía del hijo de Ardarico?

-Así es. Todos los días.

-Dile que venga a verme. Y dile a Ardarico que hoy no le recibiré, que vuelva a su casa y espere a que le llame. ¿Está Tacs dentro de la empalizada?

-Sí, mi qaghan. Está de guardia en la puerta.

-Ve por él.

-Enseguida, Atila.

Nada más irse Edeco, Atila puso los pies en la mesa que tenía ante él. Sentía curiosidad: quería escuchar el plan de Ardarico, y aunque el rey gépido hubiera prestado oídos a los romanos, no le costaría dar la vuelta a la situación. Pero le divertía encontrar una manera de asustarle. Sería interesante ver cómo se comportaba un Ardarico atemorizado. Atila volvió a coger la copa y cruzó la habitación para ponerse más leche, contento consigo mismo.

-A Tacs le han ordenado que me diga que te informe que el qaghan sabe de tu visita de la última noche a los romanos, y que se enterará si vuelves a ir.

Ardarico se sobresaltó ante las palabras de su hijo. Para ocultarlo, volvió la cabeza hacia el mapa que tenía extendido en la mesa ante él. Le temblaban las rodillas y se sentó pesadamente.

-Padre -le dijo Dietric tocando a Ardarico en el brazo; su voz era mucho más juvenil que antes-. ¿Va algo mal?

-Sí -contestó Ardarico-. ¿Le dijiste algo... cualquier cosa...? ¿Sabías que yo había...?

-¡No! Padre, no dije nada a nadie, no habría dicho nada que te pudiera perjudicar.

Ardarico sabía por su voz que estaba mintiendo, y furioso le golpeó con la mano abierta.

-Déjame. No quiero verte en todo el día.

-Por favor, padre.

También Dietric estaba asustado, lo que hizo que Ardarico sintiera una punzada de satisfacción.

-Ya ves lo que nos ha traído tu amistad con ese sucio huno. ¡Márchate! ¡Fuera!

Dietric salió precipitadamente de la habitación. Respirando forzosamente, Ardarico se quedó contemplando la puerta. La rabia que sentía contra Dietric le dio fuerzas unos momentos. Volvió la mirada hacia el mapa. Pero el miedo volvió a subir como una marea. Organizó todas sus defensas... les había dicho muy poco a los romanos, había escuchado lo que decían sin comentar nada... le habían lisonjeado a modo de cebo, pero no había pecado. No realmente.

Poco a poco, los sonidos distantes de la casa fueron penetrando en el torbellino de su mente. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, en la pequeña habitación.

La habían construido esa misma primavera; de las planchas recientes colgaban astillas largas y planas, y olía a savia. Esa misma mañana, cuando qaghan se negó a recibirle, debió haber comprendido que había sucedido algo. Se levantó de su asiento, pero no tenía ningún lugar adonde ir, y volvió a sentarse.

En el exterior había alguien cortando madera. Pasaba gente junto a su ventana, charlando; sonó un golpe en la puerta y, tras no responder, escuchó unos pasos que se alejaban precipitadamente. Unos gansos cacarearon. Dentro, en la habitación, se estaba tranquilo. Miró el borde del mapa, sujeto con clavijas a la mesa.

Todo aquel trabajo duro y paciente para nada. Hacer planes cuidadosamente, recoger información, sopesar las decisiones... se preguntó lo que le haría el qaghan.

Y, sin embargo, no había hecho nada. Había aceptado los regalos, dándoles muy poco a cambio... la descripción de la empalizada y sus edificaciones las podían haber obtenido de cualquiera, un comerciante, otro visitante, cualquiera. Le habían preguntado otras cosas, especialmente acerca de las relaciones del qaghan con otros reyes germanos, pero sobre eso Ardarico apenas sabía nada. Edeco había aceptado un soborno para hacer mucho más, y allí estaba ahora, volviendo a dirigir la guardia del qaghan, mandando en la antecámara de la sala del trono. Era injusto, cruel. Si hubiera sido un huno le habrían tratado mejor.

Pasó toda la tarde sentado en la habitación mirando el mapa; durante la cena apenas pudo tragar bocado. Se fue a la cama enseguida, pero no pudo dormir, por lo que cuando llegó el amanecer y todos saltaron de la cama para ir a trabajar, él se quedó bajo las mantas, quejándose, simulando estar enfermo, en la oscuridad donde nadie podría ver lo asustado que estaba.

A media mañana llegó un mensajero de qaghan y tuvo que ponerse la ropa y bajar la escalera para ir a oírle. El qaghan deseaba verle enseguida. El mensajero tenía que volver con él. Era uno de los guardias, un huno alto de mejillas redondeadas a quien Ardarico había visto en compañía de Tacs. Pidió que le trajeran cerveza y fue a la habitación nueva para recoger los mapas y trozos de tiza y de carbón.

Por unos momentos, mientras recogía los mapas de la pared, pensó en negarse a ir... ordenar a su pueblo que tomara sus pertenencias y abandonar Hungvar. Mientras enrollaba los mapas y los ataba, saboreó esa posibilidad: la sorpresa segura del qaghan, su rabia por el desafío de Ardarico, y desde luego su admiración secreta. Pero sabía que sería peligroso no ir; Atila tenía cientos de guerreros ociosos deseosos de sangre. Todo su pueblo sufriría. Cogió los mapas bajo el brazo y salió al vestíbulo.

Dietric estaba allí, hablando con el mensajero. Al acercarse lo suficiente para oírles, Ardarico se dio cuenta de que su hijo hablaba en huno, deteniéndose de vez en cuando, pero conversando realmente con un huno en su propia lengua. Al ver a Ardarico, Dietric retrocedió, y el mensajero se levantó sonriendo amigablemente.

-Tu cerveza es excelente, rey Ardarico. ¿Te ayudo a llevar algo?

-No, gracias.

-¿Puedo ir, padre?

-No -contestó Ardarico sin mirarle; siguiendo al mensajero, cruzó la puerta de salida del vestíbulo.

El semental blanco le esperaba con la silla y las bridas de cuero rojo que el año anterior se había traído de la campaña de Italia. El caballo del mensajero estaba a unos pasos del de Ardarico, pero se acercó al semental y le sostuvo las bridas mientras Ardarico montaba. Dietric había salido con ellos y, mientras subía a la silla, Ardarico le dio los mapas. El huno fue a coger su caballo y Dietric le devolvió los mapas a su padre.

-Monidiak es siempre muy cortés.

-¿Hablas huno?

-Un poco -contestó Dietric echándose hacia atrás. Levantando las riendas.

Ardarico se dirigió hacia la puerta.

Durante el camino hasta la empalizada del qaghan, Monidiak no le dijo nada.

Ardarico ordenó mentalmente sus argumentos. No tenía sentido negar que había ido a visitar a los romanos. Si el qaghan buscaba en su casa, encontraría el oro y la tela, las joyas romanas, el hermoso crucifijo de plata. Diría que había hecho lo mismo que Edeco, lo que Edeco decía haber hecho: escuchar y aceptar los sobornos para descubrir, en beneficio del qaghan, lo que pensaban los romanos. Pero tenía las manos frías, sentía frío en las mejillas, y sabía que no le creerían.

En la plaza de la empalizada Monidiak volvió a sujetar el caballo. Los centinelas de la puerta se apartaron y le dejaron entrar sin decirle una palabra. Caminó por el corredor hasta la escalera y dio los mapas al otro para sujetarse a la barandilla y subir al segundo piso del palacio.

Edeco estaba sentado en la antecámara con los pies apoyados en la pared, arrojando huesos de dátil por la ventana y discutiendo con Constancio en latín. Ardanco cerró la puerta tras él y el jefe de la guardia se puso perezosamente en pie.

Por el momento, el odio que sentía Ardarico hacia Edeco amortiguó su miedo.

Miró fijamente a los ojos al huno y soltó las palabras con dureza.

-El qaghan ha enviado a buscarme.

-Sí. Parece que eres un hombre ocupado, viajando de aquí para allá -las ventanas de la nariz de Edeco se encendieron-. ¿Qué es eso? ¿Qué llevas?

-Nada que debas saber. Dile al qaghan que estoy aquí.

Edeco tomó una inspiración profunda. Volvió la cabeza y escupió un hueso de dátil por la ventana, juntó las manos y entró por la puerta que tenía a su espalda.

Ardarico le oyó hablar al qaghan en huno; por primera vez deseó conocer esa lengua. Oyó la respuesta que dio Atila con voz profunda y agradable. Edeco regresó a la antecámara.

-Entra -le dijo.

Ardarico fue hacia un lado y cogió un dátil del cuenco que había en la mesa.

Reventándolo en la boca, cruzó la puerta que le conducía a la sala del trono.

Al cerrar la puerta detrás de él, todo su orgullo se vino abajo. No podía mantener la mirada del qaghan. Una vergonzosa cobardía le poseyó. Sólo podía ver las botas de Atila, la piel gruesa bajo los cordones de cuero, apoyadas en el borde de la mesa. Desenrollando los mapas, extendió el primero de ellos sobre la mesa; sabía que no iba a utilizarse, pero era suyo.

-¿Qué me traes hoy, Ardarico? Déjame ver -le dijo el qaghan en tono natural.

Bajó las botas, se puso en pie y caminó hasta el lado de la mesa que ocupaba Ardarico-. Ah. Has utilizado el mapa romano. Estupendo. Explícame la notación.

Ardarico levantó los ojos para encontrarse con los del qaghan. Con los rostros separados por unas decenas de centímetros, Atila le sonrió. Ardarico sentía la boca pegajosa por el dátil que había comido; cuando empezó a hablar, apenas podía mover los labios. Tradujo los símbolos que había utilizado en el mapa, señalando cada uno de ellos.

Atila sólo hizo algunos comentarios. Cada vez que Ardarico le miraba, sonreía.

Se inclinaron juntos sobre los mapas y el gépido empezó a esbozar su plan para el asalto. El qaghan estaba de muy buen humor, lo que podía verse en su rostro.

En una ocasión se permitió una pequeña broma. Poco a poco, Ardarico se fue dando cuenta de que el qaghan no pensaba mencionar su visita a los romanos. A pesar del alivio que sintió, le encolerizó, le decepcionó incluso, que el qaghan no le considerara lo bastante importante como para castigarle.

XIII

Cuando todo el mundo hubo comido y se hubieron llevado los platos, trajeron al enano. Incluso entre los hunos era pequeño y malforme, bailaba y hablaba como un galimatías y hacía tales muecas que todos se reían, incluso los romanos, medio tendidos elegantemente sobre sus asientos, colocados a la derecha del qaghan. Éste era el único que no reía. Dietric le observaban con el rabllo del ojo mientras el enano daba saltos mortales y ponía muecas grotescas; el romano Maximino reía y se inclinaba hacia su compañero para compartir la risa, pero el qaghan observaba al enano casi con desagrado.

Dietric había oído -todos lo habían oído- que, a pesar de la presencia de los romanos en el palacio y de este gran festín, el qaghan se había negado a hablar sobre los asuntos que los romanos habían venido a discutir a Hungvar. A Dietric eso le pareció bien: enseñaba a los romanos que no se podía jugar con Atila. Estaba de pie al lado de su padre, sirviéndole de copero, y mirando a través de la sala podía ver entero el rostro de Atila; y empezó a darse cuenta de que un hombre así podía ser más noble que los romanos, quienes creían que su emperador era un dios.

Al banquete habían asistido todos los hombres de importancia que vivían hasta a dos o tres días a caballo de Hungvar. El amplio salón estaba lleno de mesas y bancos; los hombres sentados en ellos se apretujaban hombro con hombro, a pesar de que el espacio era tan grande. De las planchas de madera de las paredes colgaban alfombras y tapices provenientes de todo el mundo. El suelo estaba cubierto de esterillas hechas con juncos entrecruzados; Ardarico le había dicho que el qaghan prefería que no se estropearan sus alfombras con tanta gente caminando sobre ellas.

Las vigas del techo se habían ennegrecido por el hollín que soltaban las antorchas, y el estruendo de la conversación parecía una cascada. Todos los hombres que se sentaban en las mesas eran de alta cuna, todos iban vestidos según su propio entendimiento de lo que era la elegancia; habían venido los tres reyes de los ostrogodos, vistiendo telas griegas y egipcias, y hasta el propio Ardarico se había puesto paño tejido con bordes de piel. Pero Edeco, Scotta y los

demás hunos, que tenían prioridad sobre los otros, vestían piel y cuero recamado con joyas, plumas y guijarros en la cabeza, y llevaban el rostro pintado con símbolos. Cuando entró Edeco, Constancio, que servía al qaghan como heraldo, lo anunció como Maestro del Caballo. Dietric se divirtió sabiendo que era una puya lanzada a los romanos.

El enano bailaba torpemente sobre la mesa, en dirección al qaghan, mientras los hombres que estaban cerca de él trataban de asirle un pie y hacerle resbalar; algunos le atacaban con los cuchillos, pero el enano, diestramente, los eludía, levantando por encima de la cabeza sus brazos robustos y con los cortos ropajes moviéndose sobre los muslos. Uno de los hombres se abalanzó con un cuchillo, el enano lo evitó ágilmente echándose hacia un lado, tiró una jarra de cerveza y empapó al que la tenía. Se produjo un estruendo de risas. El qaghan, que estaba en la cabecera de la sala, frunció el ceño. Llevaba la túnica de seda azul que se ponía siempre en esas ocasiones y tenía la cabeza, voluminosa y redondeada, caída entre los hombros. Los brazos estaban extendidos sobre los del sillón, los puños cerrados. A su lado, los romanos parecían frágiles y femeninos con sus túnicas recamadas, sus rostros de huesos finos y su piel clara y suave.

-Lléname la copa, Dietric -le dijo Ardarico en tono bajo.

Dietric retrocedió dos pasos, se dio la vuelta y recorrió la sala rápidamente hacia las mesas en donde estaban las jarras de servir. La guardia huno se encontraba a lo largo de las paredes, Tacs entre ella, y al pasar Dietric el huno le sonrió y levantó una mano a modo de saludo.

-Ya te dije que estaría bien -le dijo Tacs al pasar.

Dietric le hizo señas de que esperara y se inclinó en la mesa. Se habían llevado la jarra del vino que estaba bebiendo Ardarico y permaneció apoyado en la mesa, esperándola. Tacs se acercó a él.

-¿Te dijo lo que sucedió? Yo estaba...

Edeco le gritó a través de la sala, y Tacs se volvió a mirar. Dietric se apartó de su alcance. Con un torrente de insultos en huno, Edeco le ordenó que volviera a su lugar y no lo abandonara de nuevo. Tacs miró a su alrededor, sorprendido de tan inesperada disciplina, y volvió a colocarse junto a la pared. Las risas se extendieron por la sala, y ahora reía incluso el qaghan. El muchacho rubio que se había llevado la jarra la trajo de nuevo; se trataba del copero de uno de los jefes alanos, sentado en el otro extremo. Dietric cogió la jarra para llevársela a su padre.

El enano había subido al estrado. Se puso de rodillas ante el qaghan y tocó la mesa con la frente. A ambos lados estaban sentados los hijos de Atila. Entre ellos, Dengazich no dejaba de sonreír ni de mover la cabeza. Ellac se sentaba como un fardo, llevándose continuamente comida a la boca. El enano balbuceaba un galimatías, se inclinaba y se golpeaba la cabeza contra la mesa, y, sin embargo, había poca humildad en él, sólo insolencia. Atila no sonreía nunca. Al cabo de un rato habló con Constancio, sentado en un taburete tras él, y el romano sacó una bolsa de entre las ropas, la abrió y puso una moneda de oro en la mesa, delante del enano.

Éste la cogió enseguida, dándose la vuelta echó a correr por encima de la mesa hacia la puerta, gritando y saltando en el aire y arrojando con los pies los platos y copas de vino sobre el regazo de los invitados. El romano Maximino, sacudido por la risa, tocó con la mano el brazo del otro romano. La puerta se cerró con un golpe seco detrás del enano y los dos romanos se reclinaron hacia atrás, sonriendo. Un momento después se presentó un monje en el estrado.

Ardarico se había dado la vuelta para explicar a su vecino burgundio que el qaghan no se reía del enano porque éste había pertenecido en otro tiempo a su hermano Bleda. Dietric sirvió vino en la copa de Ardarico. Al ir a cogerla, Ardarico vio al monje y se derramó vino en la mano.

Dietric sacó una servilleta de su camisa y la entregó a Ardarico. El monje hablaba en latín, de cara al qaghan, con los brazos levantados.

-¿Qué está diciendo? -preguntó Dietric.

Ardarico mantenía los labios apretados. Escuchó un poco más al monje y con voz dura contestó:

-Está recordando a los romanos la promesa de que podría predicar aquí para la conversión de los hunos. Es un estúpido. Ya ves que lo único que ha conseguido es encolerizar al qaghan.

Dietric llevó de nuevo la jarra a la mesa de servir, casi corriendo en su prisa, pues la mesa estaba cerca del estrado. El monje hablaba, los romanos se agitaban inquietos y, tal como había dicho Ardarico, el qaghan se estaba enfadando. Habló con Constancio, y éste se levantó, pero antes de que Constancio pudiera hablar Edeco estaba en pie gritando unos nombres hunos.

Tres de los guardias se apartaron de un salto de la pared y se subieron a la mesa que había en medio para llegar junto al monje. Entre ellos estaba Yaya. Dietric apretó los puños, dejó la jarra y se volvió para mirar. Los tres hunos cogieron al monje y se lo llevaron sin miramientos. El monje lanzó un grito y después se debatió en silencio durante todo el recorrido por la sala, pero era como si no se moviera. Los hunos le ignoraron. Yaya retorció el brazo del monje. Se le cayó la capucha negra y la arrastró por el suelo. Los guardias que estaban de pie en la puerta la abrieron para dejarlos pasar y la cerraron tras ellos.

Maximino hablaba sonriente con el qaghan, pero sobre los pómulos su piel se había puesto blanca por la tensión. Se inclinó hacia el frente, añadiendo énfasis a lo que decía con unos golpecitos que se daba en la rodilla con el dedo índice.

Se aproximó a ellos el godo Vigilas, que actuaba como intérprete, pero antes de que pudiera terminar la traducción el qaghan dijo:

-No. Dile sólo que cuando él viene a mi palacio soy yo el que proporciona el entretenimiento.

Con un gesto de la mano apartó a ambos, a Maximino y al intérprete, y se volvió de nuevo hacia el frente. Maximino bajó los ojos y se sentó. Cuando Dietric volvió junto a Ardarico, su padre estaba riendo.

-Ya ves cómo los castiga -le estaba diciendo al burgundio-. Les aterra que utilice la menor excusa para destruirles por la conjura que habían tramado contra él. El qaghan es un hombre sutil.

Dietric se lamió los labios. El recuerdo del monje luchando en silencio mientras lo sujetaban los tres hunos permanecía en él y hacia que se sintiera incómodo. Al mirar a su alrededor, vio que a nadie más parecía importarle, aunque casi todos los que estaban allí eran cristianos. Un instante después comprendió que probablemente el monje era católico, y los germanos arrianos. Él también era arriano. Pero sabía que debería haber ayudado al monje, de alguna manera..., al fin y al cabo los dos eran cristianos, y los hunos eran paganos.

El estruendo de la conversación atronaba en sus oídos. Al otro lado de la sala, Tacs estaba sentado con la espalda en la pared con la lanza apoyada a su lado. Se abrió la puerta y Tacs miró a su alrededor. Dietric siguió su mirada. El que entraba era Yaya, sonriente, seguido por los otros dos guardias. Dietric apartó la mirada.

-Padre, déjame salir fuera.

Ardarico estaba apoyado sobre la mesa, escuchando la historia que le contaba uno de los ostrogodos. Miró por encima del hombre y frunció el ceño.

-Te advertí antes de que vinieras.

-Por favor -contestó Dietric. Pasaba el peso alternativamente de uno a otro pie, y con un gesto su padre le dio permiso para irse.

El burgundio les miraba con una amplia sonrisa. Llevaba el pelo rapado menos en una franja central, donde lo llevaba largo y hacia atrás, como una cola de caballo. Cuando Dietric se dirigió ya hacia la puerta le gritó:

-En mi casa les decimos que les dejamos que se lo hagan en las piernas, Ardarico.

Todo el mundo lo oyó y la risa se extendió por todas las mesas. A Dietric le ardían las orejas y las mejillas. Estiró las piernas tratando de parecer tranquilo.

En la puerta se volvió y vio que el qaghan le estaba observando, por lo que se inclinó rígidamente desde la cintura. Con una sonrisa, el qaghan asintió dándole permiso para que saliera.

La pequeña antecámara que había tras la puerta se encontraba tan apiñada como la sala que acababa de dejar. Los siervos y esclavos que esperaban a que los necesitaran estaban allí charlando, sentados o en pie en el centro de la habitación. En el suelo había fuentes medio llenas con los restos de la mesa, y perros y personas comían de ellas unos al lado de los otros. Los soldados de las guardias de los reyes y los jefes estaban junto a las paredes, bajo las antorchas, jugando a los dados y las varitas o durmiendo. El monje no estaba allí, y Dietric fue hacia la puerta.

Un guardia huno se la abrió y salió al aire libre, al pórtico.

Nada más dar tres pasos desde la puerta, la lluvia cayó en su rostro impulsada por el viento. En el pórtico no había nadie, y la oscuridad le impedía ver lo que había fuera de él. Paseó arriba y abajo por el pórtico, gozando de la soledad y la quietud. La lluvia martilleaba en el techo que tenía sobre su cabeza; se filtraba en gruesas gotas por varios sitios, formando charcos de agua en el suelo. De vez en cuando una ráfaga de viento hacia que entrara la lluvia y le mojara las mangas.

No se atrevía a regresar junto a Ardarico estando tan mojado y dejando marcas de barro en el salón del qaghan, ni a abandonar el pórtico para buscar al monje en la oscuridad. Trató de convencerse que de todas maneras nunca lo encontraría. Cuando volvió a entrar, tenía un gusto amargo en la boca. Pensó que si hubiera sido más rápido podría haber salvado al monje. Pensar que probablemente estaría tendido bajo la lluvia, golpeado, medio muerto y medio ahogado, le llenaba de vergüenza.

Más tarde se enteró de que alguien le había salvado y que vagaba por el campo predicando, pero aunque Dietric lo buscaba cada vez que salía de Hungvar, no encontró ningún signo de él.

-Mi qaghan, los romanos están aquí de nuevo -dijo Constancio.

Atila soltó un gruñido. Creía que ya se habían ido. Sin apartar la mirada de las varitas que había sobre la mesa dijo:

-Despídelos. Que vuelvan a su casa. Me aburren.

Ernach, el pequeño de sus hijos legítimos, le había tendido una trampa en la disposición de las varitas e hizo un ruido con la lengua al descubrirla. Ernach le sonreía con los brazos cruzados.

-Mi qaghan -replicó Constancio-, no son todos los romanos, sólo Prisco, el secretario; no creo que haya venido por un asunto oficial.

Atila levantó dos de las varitas, tomándolas al mismo tiempo en la mano. Frente a él, Ernach frunció el ceño y cambió la posición de los brazos, de forma que la barbilla descansaba en el puño derecho y el antebrazo izquierdo estaba sobre la mesa, las varitas estaban hechas de marfil tallado con los tótems del clan del qaghan, marcadas con oro; habían sido un regalo de Teodosio, el emperador fallecido. Las midió con los dedos, pensando su siguiente movimiento, pero recordó que Constancio estaba esperando y asintió.

-Que entre.

-Mi qaghan es prudente.

Atila dejó la primera de las varitas en su nuevo lugar, vigilando los ojos de Ernach; el muchacho se irguió, en posición alerta, dispuesto a aprovechar la ventaja que le estaba dando su padre. Al qaghan siempre le divertía que Ernach se tomara el juego tan en serio. Dejó caer la otra varita como si no viera otro lugar donde colocarla y apenas le importara. La mano pequeña de Ernach salió disparada y comenzó a mover varitas. En ese momento entró el romano, caminando con paso vivo, mientras los tacones de sus sandalias resbalaban en el suelo liso.

-Mi señor Atila...

-Si estás aquí en nombre de Maximino, te fatigas sin propósito. No trato con hombres que acostumbran a hacer sobornos.

Prisco tenía un cariz y pómulos sobresalientes, cabellos claros y escasos, piel suave; era de mediana edad. Atila le observó con el rabillo del ojo. Ernach seguía moviendo y reordenando todo el juego. Prisco se sonrojó ligeramente, pero no bajó los ojos en ningún momento, y dijo:

-Pero mi señor Atila, como todos sabemos, tú acostumbras a aceptarlos.

Por dos veces había utilizado el término latino dominus, lo que era una concesión. El qaghan soltó una breve carcajada.

-No es muy diplomático por tu parte mencionarlo. ¿Me traes un soborno?

-No. Mi misión de hoy no concierne a los asuntos que discutimos -que tratamos de discutir- contigo la semana pasada y la anterior. Cuando vinimos aquí, Atila, un monje formaba parte de nuestro grupo. Ahora que partimos hacia Nueva Roma no lo encontramos por ninguna parte.

Las manos de Ernach volaban por encima de las varitas, ordenándolas: sonreía con cara de triunfo. El qaghan dijo:

-Ese monje desapareció hace más de un mes y no os habiais quejado hasta ahora.

-No -Prisco se aclaró la garganta antes de proseguir-. Pensamos... teníamos miedo de poner en peligro la misión. Pero nunca pensaste tratar con nosotros, la misión fue un fracaso desde el principio.

-No por mi culpa.

-Ni por la mía, mi señor, te lo aseguro. Quizá nos equivocamos al no preguntar antes por el monje, ¿pero es eso razón para...?

-Actúas como si yo lo tuviera en alguna parte -respondió Atila. Se echó hacia atrás; de los diplomáticos romanos. Prisco era el único que le interesaba-. Como si yo pudiera chasquear los dedos y él apareciera saliendo de un armario.

-¿No lo tienes? -preguntó Prisco, inseguro.

Por un momento, Atila lo miró fijamente. De pronto estuvo seguro de que Prisco no quería ninguna otra cosa que no fuera la que había pedido. Bajando la vista al juego, movió con aire ausente en dirección a Ernach una de las varitas de marfil.

-No. No tengo a tu monje. Alguno de los alanos que estuvieron aquí aquella noche lo encontraron casi muerto bajo la lluvia y lo curaron. Son gentes piadosas, y aunque son arrianos y ese monje parece estar persuadido de que Cristo es eterno, se preocuparon por él.

Prisco guardó silencio un largo momento. Siempre les sorprendía que Atila entendiera las sutilezas de su religión. Finalmente, el secretario romano movió las manos y habló, como si con ese movimiento hubiera liberado la voz:

-No lo sabía. ¿Dónde está ahora?

-Con los alanos. Y me complace descubrir por tu pregunta que no me han traicionado, como han hecho otros jefes germanos. Vete, Prisco, estoy cansado de romanos.

Ernach movía de nuevo. El romano permanecía pensativo, siguiendo con los ojos un juego que el qaghan sabía que no entendía. Al principio Ernach movió con confianza y certidumbre, pero con cada varita se iba dando cuenta de que Atila lo tenía atrapado. El movimiento de las manos se fue haciendo más lento, hasta que dejó de moverlas y se echó hacia atrás, levantando la cabeza para mirar a su padre. El qaghan le sonrió.

-Me has vencido -dijo con amargura.

También el qaghan se echó hacia atrás, dejando las manos sobre su voluminoso estómago. Era otro día caluroso, inusualmente caluroso para aquella estación. El pequeño dolor punzante, que nunca le abandonaba, pinchaba insistentemente ahora en su vientre, por lo que cogió su copa de madera de hiedra. Prisco se había ido.

-Realizas movimientos demasiado elaborados. No dejes de decirte, hijo, que los mejores movimientos son los más simples. Volvamos a jugar.

XIV

El calor inusual de esa primavera dio paso a un verano abrasador. Bajo un cielo sin nubes y un sol metálico, las llanuras que rodeaban Hungría se cocían bajo el polvo; el viento constante lo levantaba, soplando las finas partículas y haciendo que se metieran por todas partes, por las paredes y en los baúles y armarios, en la comida y la bebida, en el pelo de la gente. Aunque había reprendido a su mujer para que tuviera un cuidado especial con la ropa, todo lo que se ponía Ardarico estaba lleno de arena. El polvo se le metía entre los dientes y en los ojos, y eso le ponía de mal humor y sarcástico.

El palacio del qaghan no era un abrigo contra el polvo, aunque los hunos parecían soportarlo mejor. Ardarico pasaba una gran parte del día con el qaghan, Edeco, Orestes y su hermano Onegesio, y con cualquiera que tuviera algún conocimiento de los temas que estaban tratando. El plan de Ardarico para tomar Roma iba tomando forma lentamente, bajo la presión de las distintas mentes que tomaban parte en él, como una espada toma forma en la herrería bajo los martillazos. Le gustaba ese trabajo, era el que hacía mejor, aunque le disgustaban los hunos con los que tenía que trabajar, y odiaba a Orestes y su hermano.

Dietric ocupaba constantemente su pensamiento. Nada de lo que intentaba impedía a su hijo correr al poblado de los hunos en cuanto tenía la menor oportunidad. Ardarico cargaba sus espaldas con responsabilidades adicionales, pero el joven trabajaba furiosamente, lo hacía todo y se iba a dar un paseo, a coger piojos y emborracharse, o hacer algo peor, con los hunos de la

guardia del qaghan. En dos ocasiones Ardarico estuvo a punto de mencionárselo al qaghan, pero pensó que Atila no le daría importancia, o, peor todavía, podía tomar como un insulto el hecho de que Ardarico no quisiera que su hijo fuera amigo de hunos.

Poco a poco, Ardarico se fue dando cuenta de que no podía hacer nada. Aunque le molestaba tanto como el polvo que encontraba en la ropa y la comida, incluso aunque podía ver, si examinaba a Dietric con tranquilidad, el muchacho no era peor por ello.

Desde que, hacía unos años, los hunos habían derrotado a los burgundios, obligándoles a pagar tributo, éstos se habían esforzado para conseguir una alianza con el qaghan que al menos los elevara por encima del nivel de unos esclavos sometidos al pago de tributos. Durante toda la primera parte del verano, Hungvar estuvo repleta de enviados burgundios, cada uno de los cuales ofrecía al qaghan un poco más que el anterior. Los seguidores de los diversos jefes rivales luchaban entre ellos, sobornaban a todo huno con el que hablaban, y todos y cada uno de los días llevaban sus ofertas a Ardarico, con la esperanza de obtener su apoyo: era evidente que el jefe con el que quisiera tratar el qaghan se convertiría en el rey de todos los demás.

El qaghan prestaba poca atención a las súplicas y ofertas de los burgundios, dejando esas negociaciones a Ardarico. Tenía toda la atención puesta en el plan contra Roma. Finalmente, poco después de la luna llena de mediados de verano, cuando el calor parecía en su peor momento, Atila llamó a Ardarico, escuchó su resumen de las ofertas y actividades de los burgundios y eligió al hombre que aceptaría. En prueba de su alianza, se casaría con la hija mayor soltera del burgundio, una joven llamada Ildico.

En el primer día de la alianza el qaghan se presentó delante de su palacio y anunció la inminente boda. Estaban allí todos los guardias de palacio, muchos jefes secundarios de los hunos y todos los jefes godos que se encontraban cerca de Hungvar; montado en su caballo blanco y rodeado de su séquito, Ardarico vio a Widimir el ostrogodo y a varios de sus parientes, a dos o tres jefes alanos, rugios y hérulos (Dos antiguos pueblos germánicos: los hérulos, originarios probablemente del sur de Escandinavia; la rama llamada oriental ocupó las costas del mar Negro y fue dominada por los ostrogodos y los hunos).

Muchos fueron mercenarios de los ejércitos romanos y bajo las órdenes de Odoacro pusieron fin al Imperio de Occidente en el 476. Los rugios, otro pueblo germánico, pasaron hacia el año 350 desde Pomerania al Danubio medio, donde fueron sometidos por los hunos. En el año 487 Odoacro destruyó su reino y pasaron a Italia con el ejército de Teodorico. (N. del T)), e incluso un franco. Con el verano cerca de su punto culminante, todas las tribus estaban en movimiento. Llevaban las ropas más suntuosas y permanecían sentados en sus alargados caballos germanos bajo la luz y el viento caluroso esperando la aparición del qaghan. En las ventanas de la Plaza de las Mujeres, las otras esposas de Atila y sus siervas estaban sentadas abanicándose, comiendo naranjas y observándolo todo. Cuando se abrió por fin la puerta del palacio y salió una docena de guardias en doble fila, se elevó un susurro entre la multitud.

Luego salió al pórtico el propio qaghan, y el susurro se convirtió en griterío.

La multitud situada ante el palacio se abalanzó hacia el frente. El caballo de Ardarico se movió inquieto y casi se puso de manos por el ruido. Dietric, que estaba en pie, a su lado, se tuvo que apartar. Su rostro brillaba por el sudor y la excitación; el verano que había pasado con los hunos le había bronceado y su piel era tan oscura como un roble; sobre la piel morena, los pelos escasos de su barba reciente brillaban como si fueran de oro.

El qaghan levantó ambas manos y se adelantó hasta el borde del pórtico, bajo la luz del sol. A la derecha de la multitud, los hunos empezaron a cantar "Atila, Atila, Atila". Ondeaban los brazos por encima de la cabeza, como ramas de árboles. Ardarico miró a Widimir el ostrogodo y vio que estaba sentado inmóvil en la silla, sin aclamar al qaghan ni mover los brazos, aunque lo hicieran todos los hombres que estaban a su alrededor.

Pensó que, lo mismo que a él, aquello le importaba muy poco; apenas conocía a Widimir, pero de pronto sintió una afinidad con él.

El qaghan habló en huno, anunciando que se casaría con Ildico, la hija del jefe burgundio Gundar, realizando una alianza permanente entre sus pueblos. Dietric le tradujo a Ardarico esas palabras. Con la mano derecha Atila gesticulaba en dirección a la puerta del palacio, se abrió ésta y, acompañada por varias ancianas, apareció la novia. Su padre, que estaba en el grupo del qaghan, la miró con una sonrisa, orgullosamente. Era alta, como la mayoría de los burgundios, y su pelo, claro como el hielo, le colgaba hasta los talones en una gruesa trenza; la trenza estaba

cruzada por bandas de seda roja. Era más joven que Dietric, no lo bastante mayor para casarse, pero miraba con audacia a su alrededor, como si fuera a convertirse realmente en la Kathun de los hunos. Ardarico vio que su hermoso pecho sobresalía bajo la tela de su túnica. Las mujeres le hicieron adelantarse y Atila la tomó por la mano derecha. Todos los hunos, y muchos de los germanos, la aclamaron por su nombre.

La muchacha era tan alta como el qaghan, y al verlos juntos, a la hermosa niña y al huno que parecía un sapo enorme y achaparrado, Ardarico emitió un involuntario sonido gutural. No podía aclamarla. Dietric estaba colgado de uno de los estribos y gritaba con la misma alegría que cualquier huno. Ardarico volvió a mirar a Widimir y vio que seguía inmóvil y silencioso, con el rostro cuidadosamente desprovisto de expresión, y sintió que el lazo que había entre ellos se hacía cada vez más fuerte en su mente.

Arriba, el cielo estaba blanco de tantas estrellas como había. Soplaba un viento suave que traía el aroma dulce de la hierba y los árboles que había junto al río.

Atila se quitó el grueso manto que tenía sobre los hombros; hacía demasiado calor para llevar algo tan pesado. Abajo, en la llanura, las antorchas brillaban en un círculo rojo, moviéndose bajo el viento y chisporroteando en la negrura de la noche.

Con sus asistentes formando un apretado grupo a su alrededor, Atila cabalgaba lentamente hacia el círculo de antorchas, sin poder dejar de sonreír. Era una joven hermosa, ilusionada y complaciente -muchos de ellos no eran tan complacientes, lo que lo echaba a perder todo-, pero lo que ella representaba tenía más importancia. Los burgundios tenían el territorio situado entre el Ródano y el Rin y los Alpes, y ahora que lo controlaba sabía que en su momento tendría a Italia.

Cuando tuviera Italia todo estaría bien. Habría comida suficiente y los límites serían defendibles, y los súbditos fáciles de manejar; los xiung recuperarían seguramente allí su número y fuerza. El viento suave que le soplaba en el rostro olía a la estepa, las diminutas flores y hierbas aplastadas bajo los cascos perfumaban su noche de bodas.

Ahora podía oír los lamentos de las flautas; oler el aceite que ardía en las antorchas. Fuera del círculo de luz estaban reunidos los que servirían de testigos al matrimonio: los jefes de todas las otras tribus sometidas, los hombres a quienes había convertido en reyes para que fueran siervos más felices. La luz de las antorchas reflejaba el oro de sus ornamentos; el brillo de todos los ojos se volvió hacia él.

Puso el caballo a paso lento para alargar la ceremonia y hacerla más solemne.

A su lado Ernach, sosteniendo el estandarte del qaghan, le hablaba con suavidad a su nervioso caballo. Ya en otra ocasión Atila cabalgó así hacia un círculo de antorchas, pero los testigos eran todos xiung, y no iba hacia la novia, sino hacia la tumba. Mientras se acercaba al cadáver de su hermano se preguntaba si podría justificar el asesinato; cómo explicar lo que había hecho a los hombres que esperaban para juzgarle.

Pero cuando llegó al círculo de antorchas y se enfrentó a ellos, todos hombres mayores que él, que seguía siendo un joven, la incertidumbre desapareció en su interior, se mantuvo firme como el hierro y les dijo que había asesinado a su hermano Bleda y que ahora sería su único jefe. Bleda había puesto a romanos y germanos por delante de su propio pueblo. Bleda quería liberar a los emperadores de su tributo anual.

Ahora estaba tan cerca de las antorchas que podía ver a Ildico y sus siervas esperándole. Ella entraría en el círculo después de él, reconociendo su inferioridad. Si sólo hubiera sido un jefe o un rey, habrían entrado al mismo tiempo, pues ella era la hija de un jefe. Pero la noche en la que se enfrentó a sus mayores sobre el cadáver de su hermano se detuvo un tiempo para explicar lo que sentía hacia su pueblo, recordó algunas historias que le habían contado sus abuelos y se nombró a sí mismo el qaghan de todos los xiung. Aunque su clan fuera el mayor, había una docena más de ellos; los mayores se agitaron, más coléricos por su presunción que por el asesinato de Bleda. Pero temían desafiarle. Como nadie dijo que aquello era una blasfemia, se convirtió en verdad: era el qaghan.

Al llegar junto al círculo de luz tiró de las riendas y miró a su alrededor. Todos le estaban observando. Desde sus primeros años había sentido ojos que le vigilaban, cada hora. Con calma miró a uno y otro lado, a los lombardos, turingios, rugios, ostrogodos, gépidos, hérulos, alanos y escirios, suevos y quadis, (Ya he situado en otras notas a gépidos, rugios y hérulos. La posición histórica de las otras tribus más importantes, especialmente en su relación con los hunos, es la siguiente:

Los lombardos son un pueblo de origen germánico que, vencidos en el año 5 antes de nuestra Era por Tiberio a orillas del Elba, se desplazaron hacia el sur, de donde salieron en diversas ocasiones convirtiéndose en un pueblo seminómada.

Los turingios fueron un pueblo germánico que habitaba en lo que ahora es el sudoeste de la hasta hace poco República Democrática Alemana, entre el Harz y el Main, y que fue tributario de los hunos.

Los ostrogodos, asentados entre el Dniéster y el Don, formaban la rama oriental del pueblo godo, y con la irrupción de los hunos en el 375 cayeron bajo su dominio. Con la muerte de Atila recuperaron la independencia y protagonizaron diversos hechos. Con Teodorico al frente tomaron Italia en el 493. Muerto Teodorico, el emperador Justiniano los derrotó, y los que quedaron pasaron a formar parte de los ejércitos bizantinos.

Los alanos eran un antiguo pueblo de origen iranio situado al sur de los Urales. en las márgenes del Caspio y el Aral. En el siglo I de nuestra Era asaltaron el imperio parto; rechazados por los sasánidas, irrumpieron en el este europeo, siendo destruido su reino por la llegada de los hunos. Tras diversas vicisitudes, en la segunda mitad del siglo V y principios del VI fueron parcialmente destruidos y parcialmente asimilados por la población de la Galia.

Los suevos eran un pueblo germano cuyo hábitat primitivo debía estar al lado del de los vándalos, en Pomerania o Posnanía, y con ellos acabó emigrando en su mayor parte hasta la península Ibérica.

En el 248 estaban en la llanura panónica, desde donde, empujados por los hunos, remontaron la orilla izquierda del Danubio. A finales del siglo VI desaparecieron casi completamente del mapa hispano, fundiéndose progresivamente con sus vencedores y con los hispanorromanos. (N. del T) todos ellos reyes, pero obedientes a sus deseos. Sonriendo, desmontó y, con sus hijos como ayudantes, entró a pie en el círculo de la luz rojiza y dorada de las antorchas.

A lo largo de las dos orillas del río ardían grandes hogueras, de una altura que doblaba la de un hombre, para celebrar la boda de Atila. Tacs, que estaba de vigilancia en la puerta de la empalizada, recordó la primera vez que el qaghan le ordenó que encendiera semejantes fuegos; durante mucho tiempo los xiung habían creído que las hogueras formaban parte de la ceremonia matrimonial germana, y el qaghan lo hizo como deferencia al gusto germano. Más tarde se enteraron de que todos los germanos pensaban que las hogueras eran un rito huno.

Medio borracho, Tacs se apoyó en el poste de la puerta, escuchando los sonidos de la noche veraniega. En la Plaza de las Mujeres, Kreka Khatun y las otras esposas de Atila lo celebraban a su manera. Por las ventanas salía la música de las flautas y tambores; y según Yaya, que había ido antes a espiarlas, decía que estaban bailando. El palacio estaba completamente desierto, salvo por los centinelas de las puertas y uno o dos esclavos que quedaban en el interior.

-Tacs -gritó Dietric desde el exterior-. ¿Estás ahí?

-Ayya. Entra -contestó abriendo-. ¿La traes? ¡Ah!

Dietric entró con un caballo cargado con dos grandes cántaros de cerveza.

-Mi padre debía sospechar, porque la cabaña de la cerveza estaba cerrada.

¿Han empezado?

Tacs negó con un gesto, cogió la cuerda del caballo y los dos se pusieron en marcha.

-No lo creo. Y si lo han hecho, volveremos a empezar todos de nuevo. No vamos a ser los únicos sobrios.

Pasaron bajo las ventanas de Kreka Khatun, de camino a la hoguera que tenían los guardias en las parte trasera de la empalizada; a través de las ventanas podían verse las figuras móviles de las mujeres, pero Tacs apartó la mirada porque era tabú contemplar a las mujeres bailando.

-Dietric, debes vigilarnos a Monidiak y a mí... no dejes que nos emborrachemos demasiado.

-¿Es eso posible? -pregunté Dietric sonriendo. Doblaron la esquina de la Plaza de las Mujeres y cruzaron el campo hasta la hoguera que habían hecho los otros.

-Eso espero -contesté Tacs echándose a reír. Él y yo tenemos que vigilar la cámara del qaghan, y no sería apropiado que estuviéramos borrachos.

XV

Constancio se levantó de nuevo, llevando la tela blanca de la túnica recogida en los puños cerrados.

-Debéis despertarle. Están todos esperando.

-Que esperen -replicó Monidiak. Había dejado la lanza apoyada en la pared, al lado de la puerta; con los brazos cruzados sobre el pecho, se recostaba en la pared al lado de la lanza. Tacs, sentado en el suelo al otro lado de la puerta, levantó la cabeza para mirar al romano, y luego a Edeco, esforzándose, evidentemente, para saber lo que tenía que hacer. Edeco tenía el ceño tan fruncido que las cejas se aproximaban a la nariz, y la boca se le abría y cerraba; sus ojos se volvían constantemente hacia la puerta del qaghan.

Constancio lanzó una mirada colérica a Monidiak y volvió a sentarse. En la estrecha antecámara sólo había un banco, sobre el que se apretujaban Constancio y Edeco, como si fueran dos amantes.

-¿Qué opinas? -preguntó Edeco.

-¿Yo? -preguntó a su vez Tacs, sorprendido-. Nada. Es una joven muy guapa.

-Pues a mi me gustan con un poco más de grasa para rodar encima -intervino Monidiak con una sonrisa.

-Tú tienes toda la grasa que necesitas entre oreja y oreja, primo.

Monidiak echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada. Edeco movió hacia abajo una comisura de los labios, como si hubiera pensado algo desagradable, y volvió la mirada hacia Constancio.

-Creo que tienes razón. Deberíamos entrar. Nunca duerme hasta tan tarde, y siempre contesta si alguien llama.

Constancio se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la puerta. Tacs se puso en pie. Probablemente el qaghan se enfadaría y saldría. Edeco volvió a llamar a la puerta con el puño. Todos estaban en pie, con los ojos fijos en la puerta, reteniendo la respiración, escuchando. No hubo respuesta. Edeco cogió el picaporte de hierro y tiró de él, pero la puerta estaba cerrada; se echó hacia atrás y dio una patada en ella.

Llevando a Constancio pegado a sus espaldas. Edeco entró diciendo:

-Perdónanos, Atila.

Tacs volvió a agacharse junto a la puerta, con la lanza entre las rodillas. Con tono alegre, Monidiak dijo:

-Espero que no les haga daño.

-¡Tacs! -gritó Edeco desde dentro-. Ven aquí. Monidiak cierra la puerta de fuera y guárdala.

Tacs se puso de pie de un salto; el tono de la voz de Edeco hizo que se le erizara el vello de la columna. Pensó que el qaghan estaba muerto. Velozmente cruzó la puerta y entró en la cámara, cerrando la puerta tras él con un fuerte golpe. Vio que el rostro de Edeco estaba blanco verdoso tras el bronceado, y a Constancio arrodillado en el suelo con las manos entrelazadas. Un instante después vio la sangre.

La joven estaba acurrucada en una esquina de la cama del qaghan. Las cortinas estaban muy cerradas y sólo se veía al qaghan en la sombra, con la boca abierta y el rostro cubierto de sangre. Bajo la cama, la sangre, medio seca, formaba un charco; los cobertores estaban empapados.

Edeco le estaba hablando, pero Tacs no podía oírle. No podía apartar la vista del qaghan. Edeco le cogió por los hombros y lo sacudió hasta que le dolió la cabeza. Tacs soltó un ligero gemido, y cuando Edeco le soltó levantó la mirada hacia él.

-Edeco, ¿qué nos pasará ahora?

-Tranquilízate. Ya pensaremos en eso más tarde. Quédate aquí de guardia con el cuerpo del qaghan. ¿Puedes hacerlo? Si tú no puedes, Monidiak...

-Lo puedo hacer, déjame.

-No lo abandones. Constancio, ven conmigo.

El romano sollozaba. Sus manos temblorosas, cubiertas de anillos, colgaban en el aire delante de él, y hablaba a Atila, muerto, en latín, en tono suplicante.

Tacs se puso en pie con la lanza junto a la cama. El sonido entrecortado y extranjero de la oración de Constancio le produjo un hormigueo en la piel. Miró a la joven.

-¿Lo mató ella?

-No -contestó Edeco con voz quebrada-. Ella no hizo nada. Veamos cómo está.

Se agachó y con un brazo la levantó por la cintura. El cuerpo de ella cayó sobre su costado. Abrió los ojos, pero no parecía haber ningún sentido en ellos. Edeco pasó un brazo de la joven sobre su propio hombro. Dejó caer la cabeza contra el pecho y cerró lentamente los ojos.

-Ven conmigo, Constancio -dijo Edeco, empujando al romano, gordo pero pequeño, hacia la puerta-. Abre esa puerta, Monidiak.

Abrió la puerta y salieron los tres, la cabeza de Edeco en medio, entre la de la joven por un lado y la calva pecosa del romano por la otra. Cuando se marcharon, Monidiak miró dentro de la cámara. Al ver al qaghan, su rostro se puso blanco, como la leche. Sus ojos se encontraron con los de Tacs, pero ninguno de ellos era capaz de hablar. Monidiak salió y cerró la puerta.

Tacs se sentó en el suelo, al lado de la cabeza del qaghan. El olor a sangre seca le llenó la nariz. Al principio no podía mirar al muerto, pero poco a poco volvió los ojos hacia él y vio cómo estaba, con las rodillas recogidas sobre el pecho y el cuerpo doblado hacia el frente por el dolor. La sangre había salido por la boca y la nariz, había manchado el pecho y solidificado el bigote. El corazón de Tacs se llenó de piedad y empezó a llorar. Recordó cada palabra que el qaghan le había dicho. No podía soportar que Atila hubiera muerto con tanto dolor, tan sólo con una niña al lado que estaba demasiado asustada para llamar pidiendo ayuda.

Apoyando la cabeza en la cama al lado de la del qaghan, se echó a llorar y pensó que ya nunca podría volver a ser feliz.

Unos momentos más tarde escuchó pasos fuera de la puerta y se puso en pie de un salto, aferrando la lanza. Entraron más de una docena de personas en la cámara y se quedaron mirando al hombre que había sobre la cama. Nervioso, Tacs pasó la lanza de la mano derecha a la izquierda.

-Ella debió envenenarlo -dijo Ellac. Lo dijo dos veces seguidas, con una voz carente de expresión. Tras él, Ernach rompió a llorar.

-No -contestó Dengazich. Se acercó a Ellac y le puso una mano en el hombro-.

El qaghan estaba enfermo. Una vez que estaba conmigo le dio un fuerte dolor en el estómago.

Se acercó a la cama despreocupándose de Tacs, como para ir a tocar el cuerpo, pero Tacs se interpuso entre él y el qaghan.

-Déjame -le dijo Dengazich con impaciencia-. Era mi padre.

Tacs no podía hablar, pero cuando un momento después Dengazich se movió hacia un lado y trató de pasar de nuevo, Tacs volvió a ponerse en medio; Dengazich se encogió de hombros y volvió con los demás.

Todos los niños pequeños lloraban. Los mayores les cogieron de la mano y les sacaron fuera. Sólo se quedaron Ellac y Dengazich. Los ojos del primero brillaban cuando dijo:

-Si me apoyas como qaghan, serás mi segundo y nadie salvo yo estará por delante de ti.

Dengazich se echó a reír.

Se abrió la puerta y entró Edeco acompañado de Scottas, Orestes y dos jefes xiung. Se quedaron de pie detrás de los dos hijos de Atila, contemplaron el cuerpo y hablaron en murmullos. Salieron Orestes y Scottas y entraron una docena de jefes y subjefes xiung, en grupos de dos y de tres que miraban el muerto y volvían a salir, sin decir nada.

Kreka Khatun, llevando a su lado a Ernach, apareció en el umbral, echó una mirada a Atila y se fue tapándose los ojos con la mano. Ernach se quedó, mirando fijamente el rostro de Ellac con sus ojos enrojecidos. Tacs se sentó en el suelo manteniendo erguida la lanza. Edeco se quedó en la cámara apoyándose en la pared al lado de Tacs, y murmurando entre ellos; Ellac y Dengazich permanecían en pie, uno al lado del otro. Tacs podía oírles; por la expresión del rostro de Ernach,

era evidente que también él les oía. Ellac trataba de convencer a Dengazich para que le apoyara, pero este último se negaba. Dengazich no dejaba de mirar una y otra vez a Tacs, hasta que al final dio un empujón a Ellac y le dijo que se callara. Éste miró a Tacs y mantuvo los labios cerrados. sin que los demás se dieran cuenta, Ernach cruzó la puerta y desapareció.

Entonces entró Ardarico; iba solo y era el primero de los germanos que acudía.

Al ver muerto al qaghan palideció. Abrió la boca pero no dijo nada; al cabo de un momento agitó la cabeza. Volviéndose hacia Edeco dijo:

-Sabes que esto me hace sufrir tanto como a ti.

-Lo sé -contestó Edeco.

Ardarico volvió a agitar la cabeza y se marchó. Tacs preguntó:

-¿Por qué dijo eso?

Edeco miró hacia otra parte.

Los tres reyes ostrogodos cruzaron uno tras otro la puerta, con las mandíbulas apretadas y el rostro tenso. Mientras estaban allí, se marcharon Ellac y Dengazich.

Los tres hablaron en voz baja entre ellos, en su propio dialecto; Tacs apenas podía entenderles, aunque sabía que de lo que estaban hablando era de la sangre. Antes de que se fueran éstos, llegaron los chamanes.

Eran cinco y entre ellos iba el Flautista, aunque no era el jefe; éste era Megiddo, anciano, encorvado y mudo. Llevaba una túnica hecha con plumas de cuervo, pues era del clan Shai, que tenía al cuervo como uno de sus tótems. Mientras los otros chamanes le observaban, Megiddo se inclinó y olió el rostro del qaghan, extendiendo sus delgadas manos para tocar el cuerpo. Los chamanes se movían alrededor de Tacs, que estaba en el suelo, sin hablarle ni mirarle. Cada uno de ellos tenía un olor diferente, aunque todos olían también a la misma hierba machacada. Después de que todos hubieron mirado el cuerpo, se quedaron en pie formando un pequeño círculo y hablaron con las manos, el único lenguaje que entendía Megiddo. Lo que tenían que decir lo dijeron rápidamente y se fueron todos, salvo el Flautista.

-Edeco -dijo el Flautista-, el qaghan tenía una enfermedad para la que le había dado algunos encantamientos, y creemos que murió de esa enfermedad. No hay, por tanto, razón para la venganza.

Edeco miró a los ostrogodos, que observaban desde la parte trasera de la cámara. Tenía los ojos fijos en el cuerpo del qaghan.

-¿Cuál es esa enfermedad que hace sangrar tanto a un hombre? -preguntó.

-¿Quién sabe? -contestó el Flautista dejando caer la cabeza a un lado, con lo que su mirada se deslizó hacia los ostrogodos-. Hay en ella una especie de verdad, pues él fue la causa de que mucha sangre se derramara -dando un paso hacia atrás, miró a Tacs y dijo en voz baja-: Tranquilízate, ranita. Todos los hombres mueren.

Y después de decir eso, se echó sobre un hombro la capa de piel de serpiente y se marchó.

-Bebió tanta sangre que eso le mato -murmuró uno de los ostrogodos, y los otros dos asintieron y se apiñaron-. Si hubiera conocido a Jesucristo...

Se marcharon rápidamente después del Flautista.

Por encima del hombro, Tacs miró al qaghan. Se sentía como un hombre cuyo padre ha muerto.

Donde había estado el círculo de antorchas para la boda del qaghan, estaban levantando ahora una plataforma de madera tan alta como la cabeza de un hombre montado. Ardarico había dicho que aquel lugar era sagrado para los hunos, pero cuando Dietric le presiono para que le dijera más, no sabía qué otra cosa añadir.

-Van allí a practicar sus ritos -contestó Ardarico-. Cuando Bleda... murió, llevaron allí su cuerpo para... para lo que les hacen a los hunos muertos. Allí proclamo el qaghan su misión.

Ahora la rizada hierba del verano estaba pisoteada y manchada con el hollín de la ceremonia nupcial. Dietric dio un paso hacia el círculo, pero, antes de que siguiera avanzando, Ardarico le ordenó que volviera atrás.

-Ya te lo había dicho -comento Ardarico cuando Dietric volvió a estar a su lado-. Déjalos solos. Esta vez vas a obedecerme. Si no lo haces, te ataré y te encerraré en el dormitorio alto.

-¿Por qué? -quiso saber Dietric, pero Ardarico ya se había dado la vuelta para proseguir su conversación con el ostrogodo Widimir. Habían acudido a ver cómo iban los trabajos de la pira del qaghan, pero ahora no le prestaban atención.

Dietrio se sentía irritado. Al principio, cuando se entero de la muerte de Atila, se había asustado, como un niño que en la oscuridad siente miedo de algo que no tiene nombre, pero ahora se sentía eufórico. Toda su vida Atila había mandado sobre ellos. Bajo el qaghan todo estaba ordenado con precisión, no había sitio para la sorpresa. Ahora habría cambios, cosas nuevas, nuevos hombres que adquirirían importancia. Ardarico y Widimir hablaban sobre eso: de Ellac y Dengazich, los únicos hijos del qaghan lo bastante mayores para asumir el qaghanato. Dietric pensó que apoyaba a Dengazich, que era en parte godo. Se preguntó si el nuevo qaghan les conduciría contra Roma; esta vez sería lo bastante mayor para luchar. Su caballo agacho la cabeza y comenzó a morder la hierba tersa.

La llanura, dorada al sol de finales de verano, se extendía a su alrededor en colinas suaves que llegaban hasta el horizonte. Desde abajo de la pira estaban subiendo una nueva carga de madera. La pira, a medio terminar, estaba llena de hombres que trabajaban sobre ella. El caballo de Dietric dio otro paso hacia el frente, comiendo hierba, y el muchacho sintió deseos de ponerlo al galope y correr hacia allí, pero había sentido en la voz de Ardarico un tono nuevo de advertencia que temía ignorar.

No había visto a Tacs desde la noche anterior a la muerte del qaghan, pero había encontrado a Monidiak junto al río, y éste le dijo que Tacs había sido encargado de guardar el cuerpo del qaghan.

-Él y Yaya. Es un honor, pero yo no lo querría para mí.

-¿Por qué no? -preguntó Dietric.

Las delgadas cejas de Monidiak se elevaron.

-¿Tan cerca de un muerto durante dos días seguidos? Además, el espíritu del qaghan es más fuerte que el de un hombre ordinario.

Dietric se había imaginado el alma del qaghan saliendo por la boca del cadáver y sujetando a Tacs por la garganta. Bajó los hombros, incómodo ante esa visión.

El alma del qaghan estaba en el infierno, de eso no había duda... había desafiado a Cristo. Bajaban otra carreta de madera hacia la pira: alrededor galopaban unos hunos. El alma del qaghan estaría sin duda en el infierno.

-Dietric -gritó Ardarico.

-¿Sí, padre?

Tacs olía los perfumes, especias y hierbas amontonados en la carreta que iba tras él. Estaba agotado; apenas había dormido en los dos días que habían pasado desde la muerte del qaghan. La capa que llevaba sobre los hombros le resultaba pesada y los ojos le ardían, le parecía que tuviera arenilla en ellos. La oscuridad que le rodeaba estaba llena de jinetes, apretados entre ellos, moviéndose y botando en un río de cuerpos. Frente a él, Ellac cabalgaba bajo el estandarte de cola de caballo del qaghan. A su lado, Ernach llevaba la espada del dios de la guerra que el qaghan había encontrado en esa misma llanura. Dengazich cabalgaba entre los otros hijo del qaghan, sin llevar nada.

-Ya veremos cómo arde el fuego con este viento -comento Edeco. Su voz era áspera y débil. Desde la muerte del qaghan se había pasado todo el tiempo hablando y dando órdenes, y casi había perdido la voz.

Delante de los hijos del qaghan iban hombres con antorchas, y otros cabalgaban en dos largas filas a los lados de la caravana funeraria, iluminándola. Había otra antorcha en cada esquina de la carreta que transportaba el cadáver. El aire olía a fuego. Bajo esa luz, los rostros parecían huecos y salvajes. Las colas de caballo que colgaban del estandarte captaban la luz en vetas. Tacs recogió saliva en la boca y escupió hacia un lado. Ellac podía llevar el estandarte de colas de caballo, pero no sería el qaghan. Ningún qaghan auténtico habría dejado a Edeco hacer todo el trabajo. Ninguno de los hijos del qaghan había mostrado reverencia suficiente para sentarse al lado del cuerpo. Ahora simulaban llorar su muerte. Tacs decidió que no seguiría a ninguno de ellos.

En la oscuridad, los germanos cabalgaban en masa siguiendo un curso paralelo al de la carreta, pero no tenían sitio en la caravana funeraria. Llorar la muerte del qaghan xiung les correspondía a los xiung. Tacs se preguntó por Dietric. Monidiak le dijo que lo había visto y que a

Dietric le complacía el honor que le habían concedido a Tacs. Inexplicablemente, los ojos se le llenaron de lágrimas. En los últimos dos días eso le había sucedido con frecuencia.

Ante ellos, sobre la amplia llanura, estaba el terreno ahuecado en donde habían enterrado a Rua y a Beguz, y a Tinnuma, los grandes jefes que habían dirigido a los xiung a través de los pantanos después de lo del ciervo blanco. Allí habían conducido para su último sueño a todos los jefes xiung desde hacia cuatro generaciones, aunque hubieran muerto en el otro extremo del mundo. El qaghan no se sentiría solo. La pira, que todavía no había sido encendida, no era más que un punto negro en la llanura.

Delante de Tacs, entre el grupo de los hijos del qaghan, Dengazich comenzó a cantar. Tacs se mordió los labios. A las pocas palabras recordó la canción, a pesar de que hacía muchos años que no la oía. Era la vieja canción del hijo por el padre muerto.

Por todas partes los hombres empezaron a cantarla; Tacs la había olvidado casi, pero las viejas palabras volvieron a él y le llenaron de recuerdos y sueños desbocados. A su lado, Edeco dijo en voz baja:

-Dengazich ha pasado un día entero con el chamán, aprendiéndola. Al qaghan gustado -y poco a poco, cuidando su voz enferma, se unió al canto.

Tacs se lamió los labios y las palabras acudieron a su boca y las cantó, aunque su voz estuviera rota y oscilara, y las lágrimas cayeran por sus mejillas. Sintió al mismo tiempo una pena insoportable y una extraña alegría.

Sin dejar ya de cantar, la procesión siguió cabalgando lentamente hacia la pira.

Los jinetes se extendieron rodeándola, manteniendo los caballos apretados uno al lado del otro. Sus voces se elevaban en la oscuridad como el redoble de un tambor.

Ellac, Dengazich y el resto de los hijos del qaghan desmontaron al lado de la carreta y cogieron el cuerpo de su padre. Lo subieron a la pira y lo dejaron boca arriba encima de la plataforma de madera. Subieron las urnas de perfumes y los sacos de especias y hierbas y los colocaron alrededor del cuerpo, vertiendo las urnas para que los ricos aceites aromáticos se derramaran y empaparan la madera. De uno en uno, los jóvenes bajaron de la pira, montaron el caballo y retrocedieron para colocarse donde estaban todos. El último en hacerlo fue Ellac. Fue andando hasta donde estaba Edeco y sin decir una palabra tomó la antorcha que tenía éste y fue encendiendo todas las que rodeaban la pira.

Donde antes había habido oscuridad ahora era todo luz. Tacs pudo ver el rostro del qaghan, amarillo bajo la luz, con los ojos y la boca firmemente cerrados, y el cuerpo lavado. El corazón le tembló en el pecho. El hedor a quemado le picaba en la nariz y le hacía daño en la garganta. El poney negro gemía y se apretaba contra el caballo de Edeco, y este último, un castaño grande, se dio la vuelta y empezó a trotar. Los caballos que les rodeaban comenzaron también a moverse y el poney negro, sacando el morro hacia fuera, estiro las patas.

Cantando todos, los jinetes galoparon en círculo alrededor de la pira; los caballos fueron alargando la zancada, hasta que muchos de ellos acabaron corriendo a ciegas. Casi todos cantaban la canción por el padre muerto, pero algunos cantaban otra, y conforme los primeros fueron aprendiendo las palabras, la canción se extendió entre todos: era la canción de la muerte del qaghan.

Tacs cabalgó en círculo hasta que sintió que el poney iba cada vez más lento, aburrido. Lo sacó fuera del círculo de caballos galopantes y con las riendas lo puso al paso en dirección al campamento xiung. Seguirían galopando toda la noche, y el día siguiente, y también la noche que seguiría a ese día; cuando un hombre se cansaba se iba a dormir y otro ocupaba su puesto. Tacs apenas podía mantener los ojos abiertos. Dejó que el poney le llevara a su propio paso hasta el campamento, se quedó dormido y no despertó hasta que el caballo se detuvo delante del aul de Yaya y Ummake salió y le tocó en el brazo.

Al amanecer seguían galopando alrededor de la pira, en la llanura. Dietric les oía mientras regresaba al poblado de los gépidos. Cuando se levantó poco después de salir el sol, y mientras de pie, bajo el aire frío y gris, se ponía la ropa, el escucharles le produjo un estremecimiento. Fue a la ventana y la abrió. Desde allí no podía ver nada, aunque sacó la cabeza y trató de mirar por encima de los tejados de las casas vecinas. Pero sabía lo que estaban haciendo.

Todos los demás se habían levantado ya. Fue el último en bajar del dormitorio.

En la sala de abajo, las esclavas de la casa estaban ocupadas haciendo el desayuno.

Dietric se puso la capa -estaban a finales del verano y el frío de la noche se prolongaba hasta las primeras horas de la mañana- y se hizo sitio entre los hombres agrupados junto a su padre, frente al fuego. Una esclava le trajo un cuenco de caldo y un poco de pan. Ardarico todavía estaba comiendo. Al ver a Dietric le hizo una seña con el codo en dirección hacia donde estaban los hunos.

-¿Qué piensas de ellos ahora, eh? Gritando y aullando como animales. ¿Es una forma digna de llorar la muerte de un hombre como el qaghan? Bah.

Dietric se sentó y se dedicó a masticar su pan.

-Están todos borrachos -dijo otro hombre-. O locos.

-Dietric podría decirte lo que son -comento Ardarico maliciosamente. Comía con rapidez, limpiándose los dedos en los muslos. Sentándose, colocó las manos sobre las rodillas abiertas-. ¿Qué es lo que beben, Dietric?

-Sangre de niños germanos.

Ardarico se echó a reír, pero los hombres que le rodeaban se volvieron y miraron horrorizados a Dietric. Ardarico puso el cuenco en el suelo y llamó a los perros para que lo lamieran y limpiaran. Con los perros alrededor de sus pantorrillas, gruñendo y haciendo sonar el cuenco, dijo:

-Vamos a irnos. Ayer hablé con los ancianos y los sacerdotes. Hoy lo recogeremos todo y esta noche nos iremos. Debe ser un secreto. Sólo Dios sabe lo que nos harían si se enteran de que nos vamos.

A Dietric le pareció que los sentidos le desaparecían de la cabeza. Se quedó mirando a su padre con expresión de embobado. Los otros hombres expresaron su acuerdo, con sensación de alivio. Dietric bajó los ojos hacia el cuenco de caldo que tenía a medio terminar entre las rodillas. Supo que nunca volvería a ver a Tacs.

-¿De dónde ha salido? -preguntó Monidiak, al tiempo que se sentaba a la izquierda de Tacs. Este sacudió la cabeza. Había bebido tanto que no podía centrar los ojos y veía al monje que estaba en mitad del aul sólo como una sombra que se movía entre el fuego y él. Cada vez que respiraba olía a Hermano Blanco. Tenía el estómago revuelto y por un momento estuvo a punto de vomitar. Ummake se sentó a su lado y comenzó a cantarle con su voz hermosa y baja. Aunque era la

esposa de Yaya, Tacs sintió hacia ella un impulso amoroso. El aire espeso y caliente del aul, teñido de naranja por el fuego, era difícil de respirar.

Monidiak estaba observando al monje, cuyos brazos se elevaban y caían como el golpeteo de las alas de una grulla, al compás de una canción que procedía de algún lugar cercano. Dándole a Tacs un codazo en las costillas, Monidiak, dijo:

-Este es el que el qaghan expulsó de la sala, la noche que estuvieron aquí los romanos. Es un chamán de los cristianos. ¿Qué es lo que dice?

-¿Cómo?

-Que qué es lo que dice.

Tacs se quedó pensativo, tratando de sacar algún sentido a aquello, y lentamente levantó la jarra para beber de ella. El vino estaba muy mezclado con Hermano Blanco. Su textura aceitosa hacía que se le revolviera el estómago. Lentamente, se fue dando cuenta de que la extraña canción que hacía al monje mover los brazos era la voz de un monje cantando en latín. Deseo poder ver el rostro del monje; un hombre no podía juzgar las palabras de otro y lo único que podía ver Tacs era las manchas de rojo, marrón, dorado y marrón oscuro que se movían al compás con las oscilaciones del monje y su canción.

-Habla de los espíritus -le dijo Tacs a Monidiak-. El antepasado de los cristianos. Algo sobre Cristo también -añadió levantando la jarra; la muñeca no pudo aguantar el peso y se derramó vino encima. Monidiak miraba al monje con intensidad.

-A lo mejor fue éste el chamán que hizo el embrujo al qaghan, por haberle arrojado con la lluvia.

Tacs dejó la jarra en el suelo, de costado, y la vio rodar por el suelo. Ummake la cogió, se levantó sin decir nada y se la llevó.

-Los chamanes dijeron que no hubo brujería -comenté Tacs. Cerró los ojos, pero todavía era peor. No sabía si estaba de pie o tumbado y se le levantó el estómago; volvió a abrir los ojos.

-Eso es lo que dicen. ¿Pero cómo va a morir un hombre de esa manera si no es por brujería?

-¿Qué?

Monidiak sacudió la cabeza.

-Te lo diré por la mañana -replicó sentándose con las piernas recogidas; empezó a dar palmadas siguiendo el ritmo de la voz del monje.

Ummake regresó sonriente y se sentó; traía otra jarra.

-Ya está llena otra vez.

En la calurosa oscuridad, sus ojos eran fríos y hermosos. Tacs se quedó mirándolos, sin decir nada. Ummake mantenía la mirada baja y apartada, y con un movimiento de la cabeza le indicó que no la mirara. Era la esposa de Yaya. Tacs cogió la jarra con una mano y bebió. La oscuridad se hizo más profunda a su alrededor.

De vez en cuando le llegaban las palabras del monje, pero no tenía significado para ellas. Una y otra vez el monje decía la palabra latina que parecía significar "tabú", pero no era lo mismo, los tabús no tenían sentido, no venían de los antepasados del hombre ni de su modo de vida. Algunos otros hombres se habían unido a Monidiak acompañándole en las palmadas, y el sonido aplastaba los oídos de Tacs. El monje dijo una palabra que debía significar la limpieza del que había infringido un tabú. Tacs empezó a temblar. Se avergonzaba de estar borracho cuando el cadáver del qaghan se encontraba en el exterior. Se incorporó y camino inclinado hacia la puerta.

Fuera del aul el aire seguía siendo caluroso y racheado. En el aul que había junto al de Yaya, una mujer gemía un canto sin tono e inquieto: la canción del muerto. Más lejos había otros que gemían, por todo el campamento. Desde lejos llegaba el sonido de los gritos y cantos de los que lloraban la muerte junto a la pira. Tacs camino entre los dos auls, se sintió enfermo y vomitó; se quedó un momento a cuatro patas, con la cabeza colgando. Se sintió avergonzado e infeliz y se levantó.

La vista se le había aclarado. Al estar en pie podía ver a través de los auls la llanura, y más lejos la pira. Habían encendido hogueras en la llanura. Alrededor de la gran pira ardiente los jinetes galopaban en la oscuridad. Un viento caliente rozó la piel de Tacs. Deseoso de ir a llorar la muerte del qaghan fue a buscar el poney negro. Pensó cómo el qaghan les había conducido, enseñado y vigilado, y sintió que el pecho se le estrechaba por la pena y la pérdida. Caminó hasta la cerca de cuerdas del corral y se sujetó a ella, esforzándose para recuperar la respiración.

-Tacs.

Frunció los labios y silbo para llamar al poney.

-Tacs -repitió Yaya tambaleándose para acercarse a él; le pasó un brazo por los hombros-. ¿Adónde vas? Ven dentro a emborracharte conmigo.

En medio de los caballos se movió algo, se apartaron los lomos que tenía ante él y apareció el poney negro. Tacs le acarició las crines. Yaya tiro de él, apartándole.

-Ven a beber, ranita. Ven dentro conmigo. Tienes una gran magia para escapar de los enemigos, y tus enemigos y los míos son los mismos, ¿no soy el hermano de Marag?

-Yaya. Amigo -exclamo Tacs apoyándose en su brazo-. Amo a Ummake. Debes cuidar siempre de ella.

-Si, desde luego -contestó Yaya riéndose entre dientes.

El poney llegó hasta ellos -se había salido por debajo de la cerca- y se echó hacia atrás al oler el vino. Tacs dio un traspies y se agarró con los dos brazos al cuello del animal. Yaya se acercó con un brazo extendido; el poney echó las orejas hacia atrás y movió las patas delanteras, relinchando.

-Voy a llorar al qaghan -dijo Tacs apretando la cara contra las crines del poney.

Yaya se acercó más y el animal retrocedió violentamente, arrastrando con él a Tacs. Éste se dio cuenta por el olor de que el caballo no huía del vino, sino del olor a sangre. Las manos, el pecho y el pelo de Yaya estaban cubiertos de sangre, húmeda todavía, que brillaba con la luz del aul más próximo.

-Hay otras maneras de lamentarse -dijo Yaya.

-¿Qué ha pasado?

Yaya abrió tanto los brazos que casi se cae.

-Ni siquiera luchan, son como peces en una presa, lo único que haces es cortarles un poco.

Tacs se subió al poney. Lo que había dicho Yaya no tenía sentido para él.

-Voy a llorar al qaghan.

-Sólo unos germanos -dijo Yaya marchándose dando tumbos entre los auls.

Tacs se le quedó mirando. Yaya llegó a la puerta de su aul y se agachó para abrirla, dejando salir la luz y el sonido. Con la presión de sus piernas. Tacs puso en movimiento al poney, haciéndole avanzar entre los auls hasta que encontró uno que tenía colgado en el exterior un pellejo de agua con la que refrescarse. Después de beber, vertió agua en las manos y se las frotó. Desde allí no podía ver la llanura y las hogueras; a su alrededor, bajo la luz de la luna, los redondos auls se levantaban como colmenas de abejas, y de ellas salía el lamento de las mujeres, parecido a un zumbido de abejas. El agua de sus manos brillaba. Se acordó del brillo de la sangre de Yaya y le recorrió una punzada de miedo. Miró rápidamente por encima del hombro y apretó los lomos del poney para que se pusiera al trote, dirigiéndose hacia la pira funeraria y el círculo de caballos al galope.

XVI

Por la mañana Yaya había muerto. Monidiak lo encontró junto al corral de caballos, con heridas en la espalda y el pecho. Le llevaron al aul de los muertos, para que Ummake lo preparara para el entierro. No habían robado ninguno de los caballos y a Yaya no le faltaba nada.

-Tenía muchos enemigos -comentó Monidiak-, pero no es probable que un hombre se aproveche de la incineración del qaghan.

Tacs vio a Ummake inclinada sobre el cuerpo de Yaya; lloraba en silencio y movía suavemente las manos sobre los brazos y las piernas de él, acariciándole.

Tacs miró hacia otro lado y no dijo nada. Aunque el sol brillaba y el viento era cálido, sentía frío, pues iba vestido sólo con la camisa.

Después de que Ummake le hubiera dicho que no necesitaba nada de él, cogió el poney y, rodeando la empalizada del qaghan, se dirigió hacia el poblado gépido.

Por el camino pasó junto a la pira. El qaghan se había quemado totalmente y habían dejado que se apagara el fuego. Los huesos se habían recogido e introducido en una caja de oro. En la llanura sólo quedaba un montón de ceniza, con un palo de antorcha en cada esquina, como estandartes. Alrededor de la pira la llanura estaba pisoteada en un círculo tan grande como el que formaban doce caballos puestos uno al lado del otro.

Más allá de la empalizada oyó y vio la actividad furiosa que estaban realizando.

Lo ponían todo sobre mulas y en carretas, para llevárselo. ¿Adónde? Ellac, Dengazich y los otros se ocuparían de eso. Cabalgó por la pequeña pendiente hasta el río y luego a lo largo de su orilla, a través del pantano desecado, hacia el campamento gépido. El suelo se elevaba en una pequeña colina, en cuya cumbre detuvo el poney para mirar el campamento.

Era más pequeño. Al principio no lo creía, pero tuvo que aceptar lo que le decían los ojos. Había menos casas, sobre todo en el otro extremo. Se preguntaba si sería allí donde Yaya había encontrado a sus germanos, como peces en una red que sólo necesitaba cortarse. Pero lo cierto era que los gépidos se iban. Durante la noche debían haber desmontado algunas casas para llevárselas. En las calles del campamento había menos gente, y Tacs no vio mujeres ni niños.

Se quedó un rato observando a los gépidos; había dado por supuesto que no seguirían a Ellac, pero que se fueran tan rápidamente le inquietaba. Por dos veces decidió ir a buscar a Dietric, y las dos cambió de opinión. Finalmente, dio la vuelta al poney y regresó al campamento xiung.

El Flautista estaba sentado fuera de su aul, bebiendo de un cuenco pintado con serpientes por dentro y por fuera. Sus esposas estaban atareadas a su alrededor, dentro y fuera del aul. Tacs dejó el caballo a cierta distancia para que no levantara polvo alrededor del chamán. Cuando las

esposas le vieron venir, se metieron en el aul, pero el Flautista permaneció sentado, bebiendo de su cuenco. Tacs se sentó a su lado y esperó a que el otro hablara primero.

El Flautista no decía nada, por lo que finalmente Tacs se aclaró la garganta y le dijo:

-Hace un buen día.

El Flautista dejó el cuenco. Tacs vio que sólo contenía caldo. El chamán cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Tacs.

-Eres el tercero que viene hoy a verme, y los tres habéis empezado diciendo que hacía un buen día. ¿Cómo puede ser bueno el día que ve entrar en la tierra los huesos de Atila? ¿Por qué no empiezas diciendo algo que no pueda determinar por mí mismo?

-¿Quién más estuvo aquí?

-No debería decírtelo; pero lo haré, porque me inquieta. Primero fue Edeco, tu señor, el jefe de la guardia, que venía a preguntarme qué magia era más fuerte, si la de Ellac o la de Dengazich. Después vino Dengazich, para preguntarme si debía seguir a Ellac o hacer lo que él consideraba lo apropiado. Y ahora tú. Espero que tengas una pregunta mejor.

-¿Por qué te hicieron esas preguntas? -quiso saber Tacs, sorprendido.

-Precisamente porque eso me preocupa. ¿Qué es lo que quieres?

Tacs se humedeció los labios.

-¿Sabes que ha muerto Yaya?

-No. ¿Yaya el de los shai xiung o el de Mishnigi?

-Mi amigo Yaya, el que estaba conmigo en la guardia del qaghan. El de Mishnigi.

-¡Ah! No lo sabía.

-Fue asesinado. Lo encontramos esta mañana cerca de los caballos, pero no le habían robado nada, y no habían desaparecido caballos. Tenía muchas heridas, pero algunas de ellas ni siquiera sangraron.

El Flautista silbó entre dientes. Enfocó los ojos en Tacs.

-Ah.

-Y los gépidos se están yendo por la noche, en grupos pequeños, con casas y todo. Creo que las mujeres y los niños ya se han ido.

-Ya. Háblame de otra cosa... de Yaya.

Tacs agachó los hombros.

-Anoche lo vi por última vez, y dijo algo...

Le contó al Flautista todo lo que le había dicho Yaya y lo que él, Tacs, había visto..., la sangre que lo cubría.

El Flautista asentó la cabeza entre los hombros. Siguió silbando entre dientes, con los ojos perdidos en la distancia. Las mujeres habían salido de la cabaña y se dedicaban a atender el fuego y el recipiente con carne que colgaba sobre él.

El Flautista movió los ojos hacia un lado y luego al frente, para mirar a Tacs.

-Eso sí es realmente trabajo de chamán, y no lo que me preguntaron Edeco y Dengazich. Fuiste listo al venir a decírmelo. Escúchame ahora. Hoy enterraremos los restos del qaghan. Esta noche, cuando haya oscurecido, vendrás a encontrarme aquí, trayendo un caballo para mi, e iremos juntos hacia el sur. No te preocupes de ellas -añadió haciendo un gesto hacia sus esposas-. Pueden volver con sus familias, que las cuidarán mejor que yo. Creo que éste será el último trabajo de chamán que haré.

-¿Qué está pasando?

-Lo que cabía esperar, nada más. El qaghan una vez... -el Flautista se tiró del lado inferior-. Hay un cálculo para todo, y una economía en el mundo, por lo que a menudo todos los cálculos se producen al mismo tiempo. Ven aquí esta noche.

Se levantó, entró en el aul y cerró la puerta. Tacs se quedó un rato más, simulando atarse los cordones de las botas, pero el chamán no volvió a salir. Finalmente volvió junto al poney y montó en él. Ummake necesitaría ayuda con Yaya, pues Monidiak estaba en la empalizada con Edeco, pero Tacs no regresó inmediatamente al aul de los muertos; salió del campamento en dirección al río, por si podía ver a Dietric.

Los niños xiung jugaban en la zona pantanosa seca que bordeaba el río. Sus risas y gritos cruzaban la llanura. Tacs cabalgó hasta el punto más alto de ese lado del río y forzó la vista en dirección al campamento gépido. El viento de finales de verano levantaba el polvo del pantano y lo soplaba, formando como un velo entre él y el campamento gépido. Todo estaba pardo y seco,

hasta el borde de sauces que había a lo largo del río. Se quedó un rato arriba de la colina, pero no esperaba ya ver a Dietric; tan sólo observaba con asombro a los gépidos. Finalmente regresó junto a los suyos.

Cuando llegó al aul de Yaya encontró allí a Monidiak, comiendo. Tacs entró y se sentó junto al fuego. El aul estaba mal ventilado y el aire, inmovilizado, olía mal. Yaya estaba en el aul de los muertos, pero Ummake había regresado y estaba metiendo sus pertenencias en sacos. Lloraba constantemente, sonándose cada momento para que su nariz dejara de gotear. Tacs se sirvió un cuenco de las gachas que había en el fuego y comió, metiéndose en la boca con el índice y el corazón la sopa espesa de cereales.

-¿No quieres saber lo que está haciendo Edeco? -preguntó Monidiak.

Tacs gruñó. Dejó el cuenco vacío y se limpió las manos en las mangas.

-¿Qué está haciendo?

-Está hablando con Scottas, Orestes, su hermano Onegesio, Constancio, Ferga y Millisis, con todos los importantes. Ellac intenta que le proclamen qaghan, pero no lo harán -la voz de Edeco sonaba triunfal-. Ellac no será qaghan, ni Dengazich. Todo ha cambiado. Todo es nuevo.

Tacs pensó en los gépidos que se iban de Hungvar. En el aul caliente y mal ventilado tenía la piel cubierta de una desagradable capa de sudor.

-¿Y qué hay de los germanos?

-Ah. Ahora no importan. Cuando hayamos arreglado nuestros asuntos los traeremos otra vez.

Los jefes germanos de todas las tribus sometidas al qaghan habían estado en Hungvar para la boda y el funeral. Ahora se habían ido, esparciéndose por el mundo.

Tacs añadió:

-Nunca haremos que regresen. No habrá un nuevo qaghan.

-No. No lo necesitamos. Un consejo de jefes xiung...

-Nada será como fue -replicó Tacs sacudiendo la cabeza-. ¿Qué está haciendo aquí? -preguntó señalando hacia el monje, que dormía junto a la pared.

-Ha sido amable conmigo -contestó Ummake-. Déjalo tranquilo -añadió haciendo ruido con la nariz y sonándose.

-¿Habla xiung?

Ummake se dio la vuelta con las manos llenas de cereal, y las abrió, dejándolo caer en una jarra de piedra.

Tacs se levantó y se acercó al monje, le sacudió hasta que abrió los ojos y se sentó. Como un niño al despertar, el monje levantó la cabeza y miró a su alrededor, lleno de confianza. Fijó la vista en el rostro de Tacs y sonrió.

-Vete -le dijo Tacs en latín-. Vete. Aquí sólo encontrarás problemas.

El monje se sentó en cuclillas, sacudiéndose las mangas de su tosca túnica negra.

Se frotó la cabeza con las palmas de las manos. Bajo la luz del agujero de arriba y de la del fuego, su rostro delgado se veía lleno de huecos y crestas. Sus ojos eran claros como el agua; y brillantes.

-¿Me has oído? -le pregunto Tacs con impaciencia.

-Tienes prisa. Pero me habían dicho que los hunos carecen de sentido del tiempo -contestó el monje, sentándose con las piernas cruzadas-. Hablas un latín excelente. ¿Dónde lo aprendiste?

Tacs se golpeó las rodillas con las manos, colérico.

-Debes irte. La perversidad caerá sobre ti si te quedas aquí.

-No. La perversidad sólo caerá sobre mí si me voy. Cristo Jesús es mi armadura contra el pecado.

-Tacs -le grito Ummake con voz dura-. Ya te he dicho que ha sido muy amable conmigo. Déjale tranquilo.

-Yaya no hubiera querido que estuviera aquí.

Tacs miró al monje como si pudiera levantarlo con el extremo de su mirada y arrojarlo fuera del ahi. Ummake le lanzó una copa.

-Yaya está muerto.

Su rostro estaba cubierto de moco y lágrimas; se lo frotó con la manga. Miró al monje y se alteró su rostro, adoptando una expresión de amabilidad.

-Ven, amigo -le dijo extendiendo una mano.

-Amigo -dijo el monje en huno, sonriendo; así que, después de todo, sabía algo de esa lengua. Fue hacia ella cruzando el aul, inclinado.

-Ummake. ¿Por qué...? -preguntó Tacs, pero no terminó la pregunta y se quedó observándola, indefenso; ella partió un trozo de pan y se lo entregó al monje, le palmeó la mano y le sonrió, como si fuera su perro favorito.

Con el pan en la mano, el monje se volvió directamente hacia Tacs.

-Tradúceme, por favor. Por favor -repitió al ver que Tacs vacilaba.

-Ummake -dijo Tacs volviéndose hacia ellos-. ¿Qué estás haciendo?

-Dedicaros a vuestras cosas -respondió Ummake-. Me dejasteis sola con Yaya. Todos estaban borrachos, o dormidos, o trabajando en algo. El me ayudó a llevar a Yaya al aul de los muertos. Me ayudó a lavarlo y vestirlo. Me consolé.

-Es un romano -replicó Tacs.

El monje no dejaba de tirarle de la manga. Tacs acabó por mirarle.

-¿Qué quieres?

-Quiero darle las gracias. Y hablarle del consuelo y el amor del Señor Jesucristo.

Por un momento Tacs se quedó sin palabras. Finalmente estalló:

-Su esposo ha muerto, y tú quieres hablarle de cosas romanas..., de cosas germanas...

-Ahora es cuando lo necesita -replicó el monje.

Ummake estaba cerrando con barro las jarras de comida. Se había enrollado hasta las axilas las amplias mangas de la camisa. Tacs observó un momento sus fuertes brazos y manos, sus ojos que miraban hacia abajo, a lo que estaba haciendo.

El pelo, sucio y enmarañado, le caía por encima de los hombros. Las lágrimas le caían en las manos.

-Quiere hablarte del demonio Cristo -explicó Tacs-. Dice que te consolará.

Ummake sacudió la cabeza.

-Tendré todo mi consuelo muy pronto. Diselo -sus manos siguieron tapando con barro los cuellos de las jarras. Con la vista fija en su trabajo-. Pídele que se quede conmigo.

-Dice que no te escuchará -explicó Tacs al monje-. Que te quedes si lo deseas.

Le dio la espalda. Si el monje conseguía que se sintiera mejor, quizá fuera bueno que se quedara. Recordó lo que había dicho el Flautista y cruzó el aul para buscar sus arcos y ropas de repuesto. Monidiak fue tras él.

-Tenemos que sacar a Yaya a la llanura hoy. Me voy a ir, y sin mi no podréis.

-Bueno. Busca a Bryak. -Tacs rechazó la túnica desgastada sobre la que había estado durmiendo y estudió su equipo. Necesitaba flechas. De pronto oyó lo que había dicho Monidiak y se volvió hacia atrás para mirarle-. ¿Adónde te vas?

-Con Ellac. Quiere subir por los lagos para reunir a la gente que hay allí. Los chamanes están citando a todos los xiung en el río Nedao, en el cruce del uro, para elegir un nuevo jefe. Nos reuniremos a principios de la luna del ciervo combatiente.

-¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Ah -contestó Monidiak dándole un ligero golpe en el brazo-. De todas formas nos reuniremos todos junto al Nedao. Ya veremos lo que sucede allí. Sabía que tú no seguirías a Ellac. ¿Te vas con Dengazich? Es demasiado joven.

-¿Están peleando?

-Todavía no. Pero Dengazich está hablando de Bleda, y del hermano mayor rechazado en favor del menor.

Tacs pensó que todos se estaban yendo. En unos días Hungvar quedaría desierta.

-Los gépidos se van.

-No tiene importancia. Aquel a quien nombremos qaghan hará que vuelvan.

-No tendremos un nuevo qaghan.

-Eso no importa. De todas formas, los germanos no se atreverán nunca a hacernos frente.

Tacs cogió uno de sus carcaj.

-La última noche vi a Yaya y me dijo que había estado matando germanos.

Fueron ellos los que le mataron. Por venganza. Tan cuidado. ¿No te sobran flechas?

-Coge las de Yaya.

El corazón le dio un salto. El pensamiento de coger las flechas de un muerto le inquietó. Pero al ver sus carcaj se dio cuenta de que le quedaban muy pocas.

-Ummake -dijo.

La joven estaba doblando un colchón de dormir; el monje estaba sentado a su lado, mirando al vacío. Al oír la voz de Tacs levantó la cabeza.

-Necesito flechas -dijo, avergonzado de pedir las.

-Tómalas.

Tacs fue hasta el arca de madera que había junto a la otra pared y cogió los arcos y flechas de Yaya. Ummake le había hecho flechas muchas veces, aunque todo el mundo dijera que el que una mujer las fabricara debilitaba a las flechas.

Había tres carcaj llenos. Tacs cogió dos y dejó el tercero para que Ummake lo pusiera junto a Yaya.

A media tarde, cuando ya habían empaquetado todo lo que había en el aul, llegó Bryak y transportaron el cuerpo de Yaya desde el aul de los muertos a la llanura.

Tacs y Monidiak transportaron entre ellos el cuerpo a un caballo mientras Yaya cabalgaba delante con los arcos y lanza de Yaya. Ummake seguía el cuerpo, con el monje a su lado. Tacs conducía sus tres caballos y Ummake llevaba de una cuerda la yegua.

Se alejaron de Hungvar en dirección hacia el norte. La larga sequía veraniega había coloreado la estepa de marrón grisáceo. El cielo estaba tan azul que dolía mirarlo. No mucho antes del anochecer llegaron junto a un torrente donde un árbol alto ofrecía mucha madera. Ummake se sentó en la sombra, mientras Tacs y Monidiak recogían leña y Bryak clavaba cuatro palos en el suelo, en las cuatro esquinas de la colchoneta sobre la que yacía el cadáver. Entre los tres ataron palos para formar una plataforma y pusieron en ella a Yaya con los arcos y la lanza. Después de colocar diversos objetos y alimentos bajo la plataforma, Ummake cogió las bridas y sillas de los caballos y los ahuyentó. La yegua estaba pastando ya cerca del torrente, y los tres caballos sin silla trotaron para unirse a ella.

Ummake volvió a sentarse bajo el árbol. De un envoltorio sacó la corona de madera y cintas que había llevado el día de la boda y se la colocó cuidadosamente en la cabeza. Luego sacó recipientes de pintura y se pintó el rostro en señal de duelo. Apretando todos los objetos, volvió a sentarse con las manos abiertas en el regazo, permaneciendo inmóvil.

Monidiak rodeó la plataforma simulando que observaba si era segura. Bryak estaba en pie, mirando fijamente el horizonte septentrional. Finalmente se dirigieron a los caballos. Monidiak se dio la vuelta para mirar a Ummake; Bryak montó y cabalgó hacia Tacs, que estaba de pie al lado de la plataforma.

-Irás al Nedao, ¿no? -preguntó Bryak.

-No lo sé -contesté Tacs. Tenía un nudo en la garganta. Extendiendo la mano, cogió la de Bryak. Monidiak se acercó con el caballo y cada uno de ellos abrazó a Tacs.

-Vendrás -dijo Monidiak.

-Quizá... O podría ir a Nueva Roma.

-O convertirte en un gorrión y echar a volar -replicó Monidiak riendo-. Te esperaremos -añadió echando las riendas por encima de su yegua parda y subiéndose a su lomo-. Cuidate.

Bryak y él se alejaron, despidiéndose con el brazo. Tacs, lentamente, se dio la vuelta hacia Ummake. El monje seguía sentado allí, mirando al vacío; lo hacía con frecuencia, con las manos entrelazadas y moviendo los labios. Tacs se sentó en cuclillas al lado de Ummake.

-Adiós -dijo inclinándose y estrechándola en sus brazos. Ella le abrazó, rozando la mejilla del joven con la suya; Tacs notó que era cálida y suave.

-Espera -dijo ella cuando Tacs se levantó.

Tacs se detuvo y miró furiosamente al monje, pues sabía que iba a hablarle a él.

-Debes llevártelo contigo.

-Estás loca, Ummake. Puede caminar. Tiene piernas.

-Es un hombre de ciudad. Un romano. Moriría.

-Tú -dijo Tacs mirando al monje-. Ven conmigo.

-Ah -contestó el monje levantando la cabeza-. ¿Ahora? -se puso en pie y camino hacia los caballos de Tacs. Éste le siguió, y cuando el monje se detuvo miró hacia atrás, lo cogió por el brazo y le empujó-. ¿Pero y ella? -preguntó, y frunciendo inmediatamente el ceño. Tacs le empujó hacia la yegua alazana.

-Vamos.

Al principio pensó que el monje se negaría, pero el romano sólo vaciló un momento. Cogiéndose de las crines de la yegua se subió encima torpemente. Tacs sacudió la cabeza para que el monje supiera que lo desaprobaba y saltó sobre el poney negro.

Partieron hacia Hungvar. El monje seguía girando la cabeza para mirar hacia atrás. Tacs sólo la volvió una vez. Vio a Ummake sentada bajo el árbol, mirando en la distancia de la misma manera que lo hacía el sacerdote, y las ropas de Yaya que aleteaban por el viento sobre la plataforma.

-Me hubiera gustado hablarle de Jesús -dijo el monje. Evitó los ojos de Tacs y miró hacia el frente, hacia Hungvar,

XVII

Tacs regresó al galope al campamento xiung, arrastrando sus caballos detrás tan rápido como pudo, deseando casi que cuando llegara al borde del campamento y mirara hacia atrás el monje se hubiera ido. Pero no fue así, aunque el pelo revuelto se le metía en los ojos y tenía la tosca túnica negra toda revuelta alrededor del cuerpo. Tacs cabalgó hasta el terraplén que recorría el borde sudoriental del campamento y tiró de las riendas.

-Devuélveme mi caballo. Aquí está el campamento.

El monje echó una mirada al atareado campamento y dijo:

-Por favor, no me dejes solo aquí. No hablo huno... sólo unas cuantas palabras.

-Los gépidos tienen un campamento allí -dijo Tacs haciendo un gesto hacia el norte-, en la colina que está detrás del río. Puedes llegar andando.

-Por favor -repitió el monje. Tomó una inspiración para afirmar la voz-.

Tengo miedo. Por favor, no me dejes solo.

Intrigado, Tacs estudió su rostro; había algo en la voz del monje que le hacía pensar que no estaba luchando tanto con el miedo como con el orgullo.

-¿Por qué quieres ir conmigo?

-Toda mi vida he querido llevar la palabra de Dios al pueblo huno. Y ahora que estoy entre los hunos tengo miedo; pero, si me vengo abajo ahora, nunca lo conseguiré.

Tacs no podía entender eso. Miró a su alrededor, al campamento huno que tenían ante ellos, extendiéndose en la pendiente debajo de la empalizada. En ese lado del campamento se estaban llevando los auls y sólo quedaban los esqueletos aquí y allá, ramas peladas y curvas como costillas que se unían al palo central. Los niños, los perros y las cabras estaban reunidos en grupos cerca de los restos, esperando a que se ocuparan de ellos.

-¿Lo que quieres decir es que deseas vivir con el pueblo huno?

-Así es.

-¿Por qué?

-Los germanos ya conocen a Cristo.

-Si -respondió Tacs echándose a reír-. Bueno, supongo que puedes venir.

Pero no sé dónde vamos..., yo me voy con el Flautista, que es un chamán muy sabio e importante.

Se puso en marcha a lo largo del borde del campamento. El monje le siguió, manteniendo el caballo apartado de los dos caballos que Tacs conducía con la cuerda. Tras él, correteaban jugando el potrillo de la alazana y la potrilla de la yegua negra.

El aire del campamento xiung olía ya a rancio, como si llevara mucho tiempo desierto. Tacs cabalgó hacia el aul del Flautista, serpenteando entre los hunos que estaban haciendo el equipaje. Una caravana de seis carretas se alejaba lentamente de ellos; sobre dos de las carretas habían

montado un aul, y dentro de uno de ellos había sentado un anciano que miraba hacia el exterior desde la puerta.

Las esposas del Flautista estaban quitando las pieles de las paredes del aul, y enrollándolas. Habían desaparecido todos los muebles y todos los sacos, francos de cristal y otros objetos del Flautista. En medio del desnudo aul estaba el Flautista, sentado sobre los talones y tocando la flauta.

Tacs desmontó y amarró los caballos a la estructura del aul. Al poney negro lo dejó suelto para que se moviera como quisiera. El monje se detuvo, con incertidumbre, con las riendas en la mano, hasta que Tacs le señaló con un gesto la estructura del aul.

-Atala. Es muy tranquila, ¿ves a su potro? -palmeó al potro, que llegó trotando y metió el morro bajo el costado de la yegua. Cuando el monje la hubo atado, Tacs le empujó por entre el hueco que quedaba entre dos nervaduras del aul.

-¿Quién es? -preguntó el Flautista levantando la vista-. Siéntate. Llegaste antes de lo que te dije. No importa.

Estaba sentado sobre la última de sus hermosas alfombras y se hizo a un lado para dejarles sitio. Tacs dio un tirón al monje para que se sentara junto a él. El monje lo hizo con las piernas cruzadas, como un mendigo en una ciudad.

-Quiere saber quién eres -le dijo Tacs al monje señalando al Flautista.

El monje asintió. Su cabeza y rostro parecían formados como una máscara de madera, todo planos aplastados.

-Por favor, dile que soy Aurelio, un siervo del Señor Jesucristo, ciudadano de la ciudad de Roma y últimamente habitante de Nueva Roma, donde mi padre era funcionario y mi madre la hija de un senador.

Después de que Tacs tradujera todo eso, el Flautista sonrió y dijo:

-Tiene unas maneras honradas. Dile que estaba esperando un signo de la dirección que debía seguir y creo que es un mensaje para mí. Iré a Nueva Roma.

-Pero... -empezó a decir Tacs levantando la cabeza sobresaltado.

-Me llevarás, y cuando esté allí podrás hacer lo que quieras. Díselo.

-Pero él quiere quedarse con los xiung.

-Lo que él desea a mi no me importa nada -contestó encogiéndose de hombros.

Tacs le tradujo al monje todo lo que había dicho el Flautista. El monje levantó los ojos hacia él, sonriendo.

-Mi querido amigo, sabes que mi deseo es vivir entre tu pueblo. No quiero volver con los míos. Dile que puedo ser un mensaje para él, pero que ahora que ha recibido su signo debo encontrar una manera de quedarme con vuestro pueblo.

No me necesita ya.

Cuando el Flautista oyó eso contestó:

-Dile que puede volver con los xiung más tarde, pero que ahora es imposible.

Los clanes se están esparciendo hasta la estación de caza. Los grupos más grandes serán de dos o tres familias. No se reunirán hasta finales de otoño, para elegir nuevos jefes y celebrar una gran cacería, ¿quién iba a llevarse a un hombre que no les puede ayudar a cazar, guardar los rebaños o mantener el campamento, pero que come igual que cualquiera de ellos? Díselo y lo entenderá. Su rostro es inteligente.

El Flautista volvió a coger la flauta, que había quedado colgando junto a su esternón, y sacó unas notas de ella. Tacs hizo una mueca. Lo que había dicho el chamán era fácil en xiung, pero en latín requería más palabras y muchas explicaciones. Cuando terminó, el monje miró al Flautista con cara de resignación.

-Entiendo. Que se haga la voluntad de Dios.

-Lo entiende -tradujo Tacs.

-Esperaba que lo hiciera -añadió el Flautista.

Cuando Aurelio menciona por primera vez su deseo de predicar el Evangelio a los hunos, sus superiores le acusaron de pecado de orgullo. La penitencia que le impusieron sólo sirvió para fijar más profundamente en su alma el sentido de su misión. Había luchado durante años para llegar a Hungvar. Finalmente, unos enviados diplomáticos aceptaron llevarle. Cuando llegó a Hungvar, fue arrojado poco ceremoniosamente a la lluvia, en un espectáculo humillante y degradante presenciado por docenas de bárbaros, y necesito la mayor parte del verano para

separarse de los piadosos alanos que le habían rescatado: como no tenían sacerdote, habían decidido quedarse con él. aunque ellos fueran arrianos y él creyera en la doctrina ortodoxa. Por fin pudo regresar a Hungvar, llegando en mitad del funeral.

Los gritos, los fuegos y la gente que cabalgaba frenéticamente en todas las direcciones deberían haberle aterrado, pero en cambio le llenaron de una euforia apasionada y carente de miedo. Se metió en la primera cabaña ocupada que encontró y empezó a predicar.

Evidentemente, los hunos apenas sabían lo que estaba sucediendo ante ellos, pero el entendimiento vendría cuando le hubieran aceptado a él y a la palabra de Dios que de él salía. Predicaba más para sí mismo que para los que le oían. En parte, su vocación para convertirse en monje se debía al hecho de que pensar en Cristo le hacía siempre feliz.

A la mañana siguiente, cuando el último de los hunos se hubo dormido o se fue de la cabaña, salió al aire libre a respirar y orientarse. Disfrutó de la vista; le recordaba una escuela llena de niños desaseados. Mientras estaba en pie junto a la puerta de la cabaña, admirando lo que veía, regresaron algunos hunos llevando a un hombre muerto. Le ignoraron; como si hubiera sido invisible. Entre ellos había uno que sollozaba y apartaba las manos que pretendían darle consuelo. Aurelio se dio cuenta de que se trataba de una mujer; la esposa del muerto.

Les siguió un poco por el campamento, fascinado por la pena ahogada e inconsolable de la mujer. Los hombres dejaron el cadáver en una cabaña grande y vacía, en donde la mujer, sin dejar de llorar, empezó a enderezar el cuerpo. Aurelio la ayudó.

Al principio actuaba como si él no estuviera allí, pero su resistencia se disolvió gradualmente y acabó hablándole en un torrente de palabras, aunque sabía que él no entendía el huno. Juntos lavaron las heridas del hombre y le pusieron ropa nueva; ella hablaba durante todo el tiempo.

El hombre había muerto acuchillado. Al principio, Aurelio era incapaz de mirar lo que estaba haciendo. La mujer, que le dijo se llamaba Ammarka, manejaba el cuerpo como si se tratara sólo de carne. Pero de pronto, lavando la sangre que tenía pegada al cuerpo, apoyó la mejilla en el pecho del cadáver y se puso a gemir, con lo que Aurelio se dio cuenta de que lo manejaba con tanta destreza porque lo conocía muy bien. En ese momento el cuerpo, acuchillado y sucio, tomó otro aspecto para él.

Y ahora cabalgaba de nuevo hacia el sur; no iba a ser ya el apóstol de los hunos.

El caballo andaba a buen paso. No era capaz de sujetarse con las rodillas, por lo que a cada paso estaba a punto de caerse. Cabalgaban en la noche iluminada por la luna, llena de llamadas de búhos, con el río a la izquierda y la ancha llanura extendiéndose pálida y fría hacia el horizonte meridional. Delante de él cabalgaban los dos hunos, parlotando como mujeres. Delante de ellos iban los dos caballos sueltos y los potros.

La alazana se detuvo para alimentar al potrillo; ya lo había hecho otra vez. Aurelio temía presionarla y que el potrillo se muriera de hambre. Sabía que los hunos valoraban los caballos por encima de todo lo demás. Cuando los hunos se dieron cuenta, tiraron de las riendas y se quedaron sentados en los caballos, esperando. El más anciano, que era alto y delgado, cogió la flauta y empezó a tocar. Los caballos bajaron la cabeza y se pusieron a pastar.

Aurelio cambiaba su peso de un lado a otro para estirar sus músculos acalambrosos. La yegua se puso en marcha de nuevo, apartando las mamas de la boca del potrillo. El otro se había tumbado; la madre le empujaba con el hocico, pero se negaba a levantarse.

-Esperad -dijo Aurelio a los hunos, que parecían dispuestos a continuar. Señaló al potro acostado-. Debemos descansar.

-Apenas hemos salido de Hungvar -contestó el más joven, con tono muy paciente.

-Lo sé -replicó Aurelio asintiendo-. Pero si queréis que vaya con vosotros, tendréis que comprender que no soy un xiung.

El más viejo se echó a reír por la forma en que Aurelio utilizó ese nombre.

Él y el más joven estuvieron hablando un rato. Al dejar de hablar, el de más edad sacó la flauta y miró a su alrededor. Dejó la flauta, asintió, señaló hacia el río y dijo algo.

-Acamparemos allí, junto al río -le dijo el joven a Aurelio. Volvía a estar enfadado; le quitó de las manos al monje la cuerda de la alazana y se fue al galope.

Aurelio se sujetó a las crines y trató de aferrarse al caballo con las piernas, tal como le habían dicho que hiciera. Pero tenía las rodillas y los muslos doloridos de tanto cabalgar, y a mitad de camino hacia el río cayó al suelo.

El más joven simuló no verlo y siguió corriendo hacia el río. Aurelio se levantó.

El otro huno trotó hacia él, riendo, y dijo algo en huno que incluía la palabra "xiung".

Agachándose, golpeó a Aurelio en el pecho, con buen humor, y se fue cabalgando.

Al monje no le quedaba más remedio que caminar. Le dolían las piernas desde los tobillos a la cadera, y también la espalda. Cuando alcanzó a los hunos al lado del río, habían encendido un fuego. Se tumbó dentro del círculo de calor que proporcionaba la hoguera, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y se durmió.

El sol de media mañana calentaba mucho incluso bajo la media sombra de los árboles de la orilla del río. Tacs bebió agua de la calabaza que le pasó el Flautista y se agachó para recoger otro puñado de bayas. Sus dedos, cubiertos de arañazos de los espinos, estaban manchados de rojo oscuro por el jugo de las bayas; el sabor agrio de la fruta sin madurar se le quedó en la parte trasera de la lengua. Muy adelantado, se encontraba el Flautista tocando la flauta, y el monje estaría probablemente con él. Tacs bebió más agua. Apartando el poney de los arbustos de las bayas, retrocedió a buen paso hacia los caballos que pastaban y los hizo avanzar por la orilla del río.

Quemada por el sol, la llanura se extendía en una neblina de polvo. Por una vez el viento se había calmado. Los dos potros jugaban a pelear uno con otro; el polvo y el polen se adherían a sus largas pestañas y a las cerdas de sus jóvenes crines. Hacia adelante, todavía invisible, relinchó la alazana, y el potrillo le respondió y galopó hacia ella. Tacs silbó. Un momento después el Flautista le contestó con otro silbido.

Habían decidido seguir el río mientras pudieran, porque junto a él siempre encontrarían algo de comer, y podían pescar si necesitaban carne. El Flautista había traído carne y pescados secos y un saco de cereal, pero prefería reservarlos para el viaje hacia el sur. Al principio Tacs trató de convencerle para que dejaran atrás al monje y viajaran más rápido, pero el Flautista se negó. Dijo que el monje le gustaba, y que, de todas formas, tenían que moverse lentamente por los dos potrillos. Tacs dirigió a los caballos sueltos hacia una pequeña cañada, rodeando un bosquecillo.

El Flautista soltó la flauta y saludó con el brazo. El monje, que estaba a su lado, miró a Tacs por encima del hombro; tenía el rostro, delgado y blanco, untado de jugo de bayas como el de un niño. Tacs se aproximó a ellos al trote. Tiró de las riendas al llegar a su lado, la alazana llamó a su potrillo y le dejó alimentarse.

-A ver si entiendes lo que está tratando de decirme -le pidió el Flautista señalando hacia el monje con la barbilla-. Lleva toda la mañana intentándolo en diversas lenguas, como si quisiera preguntar algo importante.

Tacs bebió otro sorbo de agua y pasó la calabaza al monje.

-¿Quieres decir algo?

El monje sacudió la cabeza. En lugar de beber de la calabaza, derramó agua en las manos y se las frotó. El jugo de bayas no desaparecía ni siquiera cuando se frotó los dedos en las mangas. Finalmente abandonó.

-Quería preguntarle que quién cree él que ha hecho todo esto -dijo moviendo el brazo en un círculo que abarcaba el río, los árboles, los arbustos de las bayas, todo.

Tacs se le quedó mirando fijamente, preguntándose si le habría entendido. Finalmente apartó los ojos del monje y miró a su alrededor para ver por qué razón pensaba el monje que todo aquello había sido hecho. Le asombraba que los romanos tuvieran tanto arte como para pensar que un río entero con sus orillas pudiera ser construido, y con tanta perfección en sus detalles.

-¿Y bien? -preguntó el Flautista.

-Está loco -respondió Tacs encogiéndose de hombros.

-Tú dime lo que él te ha dicho y yo decidiré lo que significa.

-Quiere saber quién ha hecho todo esto. El río y los árboles.

El flautista miró sorprendido al monje. Tacs vio, gratificado, cómo el chamán miraba todo lo que le rodeaba, tal como había hecho él mismo. Finalmente, los ojos del Flautista volvieron al rostro delgado y blanco del monje.

-Pregúntale que qué es lo que quiere decir.

El monje miró primero a uno y luego a otro, y entró sus ojos apareció un ligero fruncimiento. Se aclaró la garganta y se explicó:

-Lo que quiero decir es si él cree que Dios creó el mundo con todo lo que hay en él o si piensa que lo hizo el diablo.

-Ah, ya entiendo -repuso Tacs dando un bufido y volviéndose hacia el Flautista para explicarlo-. Está tratando de enseñarnos cosas sobre su antepasado y el demonio Cristo. Pregunta si creemos que su antepasado hizo todo lo que hay en el mundo.

El flautista asintió y se disipó la expresión de sorpresa que tenía.

-Ya veo. Excelente. Ahora podremos intercambiar muchos pensamientos y aprenderé respuestas que siempre me habían asombrado. Pero hemos de seguir... el potro ha terminado. Vamos.

Se pusieron en marcha, esta vez los tres en fondo. Mientras les traducía, Tacs buscaba entre los árboles y espesos matorrales de la orilla del río más bayas, frutales y piezas pequeñas de caza. Los caballos pastaban sin dejar de moverse y los potros jugaban y se tumbaban de vez en cuando a descansar.

-Desde luego que no creemos que tu antepasado lo hiciera todo en el mundo -comentó el Flautista-. Tenemos nuestros antepasados, algunos de ellos muy poderosos, a quienes debemos honor y oraciones, pero sería una arrogancia decir que incluso el más grande de nuestros antepasados pudiera realmente... - movió la mano en el aire, buscando las palabras exactas, pero abandonó-. Ellos nos protegen en tanto que los honremos, y nos enseñan magia y la manera de enfrentarnos a los demonios, pero desde luego nunca hemos hecho un árbol, o... -miró al monje y se inclinó para ver a Tacs-. ¿Entiende lo que digo?

-Entiendo -contestó el monje-. O eso supongo. Pero ésa es exactamente la razón de que haya venido a vivir entre vosotros. Lo que describes es una conciencia imperfecta de la realidad, el resultado de la ignorancia y la oscuridad en las que caímos todos los hombres cuando Dios expulsó a nuestros primeros padres del Jardín del Paraíso.

El Flautista escuchó eso en silencio. Durante un rato, mientras atravesaban un grupo de árboles altos, no dijo nada como respuesta. Tacs, que tenía algunos problemas con la traducción, estaba utilizando la palabra "rey-demonio" para el término "Dios". Desmontó y se puso a buscar entre unas setas que brotaban alrededor de la base de un enorme roble.

-No las toques -dijo el Flautista-. Son venenosas. Vuelve aquí.

Tacs regresó corriendo junto al poney negro, que iba ahora entre la alazana y el castrado bayo que montaba el Flautista.

-Más adelante hay un vado y un camino que lleva hacia el sur -comentó Tacs.

El Flautista rechazó ese comentario con un gesto de impaciencia.

-Dile que me doy cuenta de que tendremos que aclararnos el uno al otro las cosas simples antes de que podamos abordar las cuestiones más grandes que él quiere plantear.

Tacs no veía valor alguno ni siquiera en las cosas simples. El monje estaba lleno de ociosidad romana, jugando con ideas que a primera vista parecían absolutamente claras. Le tradujo lo que había dicho el Flautista.

Por una vez, el monje no se precipitó a dar una respuesta. El ligero fruncimiento permanecía entre sus cejas; sus ojos claros miraban sin parpadear al Flautista, con intensidad.

Más adelante, la sombra profunda de los árboles se rompía por el brillo del atardecer en los arbustos verdes. Por la forma en que crecían allí los matorrales, Tacs se dio cuenta de que había un sendero hasta el río. Apretó los costados del poney para que se adelantara y olió el aire buscando el aroma de la fruta.

-Dime, ¿creéis los xiung que...?

Sin hacerle caso, Tacs detuvo el poney.

-Flautista, mira... ¿Qué es eso de allí? ¿Lo ves? -señalaba hacia adelante, hacia el árbol solitario que había al borde del sendero, y dio una patada al animal para que fuera más deprisa. Al principio había pensado que se trataba de una especie de musgo sobre el árbol, pero ahora sabía que no era eso. Galopó hasta el árbol y extendió la mano para tocar el pelo que colgaba del tronco; no se decidió a hacerlo

y echó hacia atrás la mano, dejándola junto al pecho. Los otros dos llegaron a su lado.

-¿Qué es esto? -gritó el monje- ¡Jesús nos salve!

Tacs adelantó su caballo, torciendo el cuello para mirar los otros árboles que había junto al vado. La boca se le había secado y el corazón le latía dolorosamente en el costado. En tres de los

otros árboles pudo ver trozos de cabellos como el primero, colgando de los troncos; vino una racha de viento y levantó los cabellos.

Al darse la vuelta, vio al Flautista que había cogido el pelo del árbol que tenía más cerca. Tacs sofocó un grito. La repulsión le impulsó a volverse hacia un lado.

El monje permanecía sentado en la yegua, rígido y silencioso, mientras el Flautista daba vueltas una y otra vez al trozo de pelo que tenía en sus manos. Estaba enmarañado y cubierto de sangre; el trozo de cuero cabelludo se había encogido hasta el tamaño de la palma de una mano de hombre.

-Ostrogodos -dijo el Flautista-. Arrancan el cuero cabelludo. ¿Hay muchos?

Tacs superó su aturdimiento. Se metió en medio del sendero y contó los cabellos que colgaban de los árboles. Ahora veía más; de un árbol colgaban tres, dos de ellos más pequeños, por lo que pensó que serían de niños. Regresó al trote junto a los otros, cruzándose con los potros que corrían hacia el río dándose coces y mordiéndose.

-Hay siete -informó-. Todos de xiung.

El Flautista suspiró. Puso el cuero cabelludo en la palma de la mano y lo acarició suavemente con los dedos.

-Entonces cógelos. Los enterraremos -añadió mirando al monje, que se santiguó y empezó a murmurar en voz baja.

Pusieron todos los cueros cabelludos juntos en un agujero profundo bajo los robles. Cuando encontraron una pluma de cuervo unida todavía a los cabellos de un cuero cabelludo, pensaron que se trataba de un xiung shai, y el Flautista se esforzó para recordar lo que pudiera de los ritos funerarios de los shaigi. Hicieron lo que pudieron, llenando el agujero con piedras y trozos de corteza. Tocarlos llenaba a Tacs de pena y terror, pero el Flautista los acarició de uno en uno y los fue poniendo amorosamente en el suelo, todos en la misma dirección para que viajaran juntos. El monje ayudó en lo que pudo, y cuando ya no pudo hacer nada se sentó mirando al vacío y hablando consigo mismo.

Era ya media tarde cuando terminaron. Cabalgaron hacia el sur desde el río por el camino que habían encontrado. El monje y el Flautista hablaron, pero sólo de cosas inmediatas, y cabalgaron más velozmente, manteniendo a los potros cerca de sus madres. Los ojos de Tacs barrían constantemente la llanura. Se sentía igual que cuando encontró muerto a Yaya.

-¿Por qué habrá hecho alguien eso? -preguntó el monje de pronto-. Quitar el pelo de las cabezas de los cadáveres..., y también de unos niños pequeños.

Guiado por la costumbre, Tacs tradujo la pregunta en lugar de responderla. Fue el Flautista el que contestó:

-Por muchas razones. Los ostrogodos creen que cuando el cuerpo de un hombre está muerto su espíritu va a otra tierra y vive allí con la misma forma que tenía cuando murió, y un hombre sin pelo sería ridículo y carecería de honor.

-¿Qué le sucede a un xiung cuando muere?

Habían dejado muy atrás el río. El Flautista se volvió para mirar hacia él. Por la forma en que se movía, Tacs se dio cuenta de que también estaba ansioso.

-Cuando morimos y nuestro cuerpo es atendido adecuadamente, ahí acaba todo -explicó el Flautista-. Tal como debe ser. Si un hombre viviera después de su muerte sería indecoroso. Desde luego, los espíritus de las personas habitan en los totems y los lugares sagrados. Pero si se cuelga de un árbol una parte del cuerpo de un hombre, sin los rituales apropiados, su espíritu andará errante como el de un ostrogodo estúpido, causando problemas a todo el mundo -añadió escupiendo al suelo.

-Pero si un hombre conoce a Jesucristo -replicó el monje-, cuando muere, su alma encuentra la paz y la alegría en el cielo, con Dios.

Delante de ellos, más allá del horizonte cercano de la siguiente colina, se elevaba en el aire una columna de humo. Tacs se mordió el labio. Los otros dos no lo vieron y siguieron discutiendo.

-¿Por qué va a morir un hombre si, después de que ha muerto, su espíritu sigue igual que antes? -preguntó el Flautista.

El monje esperó a que Tacs hubiera traducido la mitad de la frase para responder:

-Jesucristo nos ha rescatado de la muerte.

El Flautista se burló de él.

-No quiero que me rescaten. Si no hubiera muertó, la vida no tendría valor.

Escúchame... Y... ¿Qué es eso?

-Humo -respondió Tacs.

El chamán tiró de las riendas. Barrió con la mirada la llanura vacía que les rodeaba. Dijo algo en voz muy baja que Tacs no pudo oír. Con el cabo de las riendas golpeó al caballo poniéndolo al galope. Le siguieron a toda prisa hacia el humo.

Al principio los potros mantuvieron esa marcha, pero al llegar a la pendiente pronunciada se fueron quedando retrasados. La yegua negra se detuvo a esperar a su cría. El potro de la alazana relinchó asustado y la yegua relinchó como respuesta y se volvió hacia él; el monje no pudo detenerla. Tacs le dejó y galopó tras el Flautista, sacando el arco de la caja.

Alguien gritaba. Llegó a la cresta de la colina y vio abajo una carreta ardiendo.

Sólo había una, pobre y vieja. El buey estaba muerto, todavía con las correas puestas. El grito salía de la carreta. El Flautista estaba ya a medio camino de la pendiente. Tacs apretó los costados del poney para ir atrás él. Podía ver los cuerpos esparcidos por el suelo al lado de la carreta ardiendo, con sus objetos tirados a su alrededor.

A Tacs se le erizó el cabello. Los gritos subieron de volumen, agudizados por el dolor; le dieron ganas a Tacs de gritar como respuesta.

El Flautista saltó del caballo y corrió hacia la carreta. Los gritos cesaron de pronto. Al llegar, Tacs vio a un hombre atado a la rueda. Tenía el pelo quemado, le habían arrancado los ojos, la carne de la cabeza estaba tirante y rezumaba sangre y grasa. El Flautista lo mató con el cuchillo.

-Germanos otra vez -dijo el Flautista. Metió el cuchillo en la vaina y se arrodilló al lado de otro cuerpo.

Tacs respiró profundamente. Tenía la nariz y la garganta llenas con el hedor a carne de hombre semicocida. Cabalgando en círculo alrededor de la carreta quemada, cruzó el rastro que habían dejado los germanos al irse. Las huellas de una docena o más de caballos se dirigían hacia el sur por la hierba seca. Si cabalgaba tras ellos acabaría avistándolos. Sus piernas se tensaron sobre los costados del poney y tiró de la tapadera de un carcaj de flechas, pero el Flautista le gritó que volviera.

-Debes ayudarme. Tenemos que... -su voz se detuvo; estaba mirando hacia otro lado. Tacs siguió su mirada. Una joven yacía sobre el polvo al otro lado de la carreta, cerca del buey muerto. Sus cabellos germanos de color claro estaban esparcidos sobre el suelo. Estaba cubierta de sangre, y a su lado había otro charco de sangre. El Flautista caminó hacia ella y Tacs le siguió. Se detuvo al ver que la mujer había estado embarazada y le habían abierto el vientre para sacar y ahogar al niño.

-Era su esposa -dijo volviendo hacia Tacs.

En ese momento venía el monje hacia ellos, corriendo pendiente abajo. Sin aliento, avanzó tambaleándose los últimos pasos y se detuvo, respirando con dificultad e hinchando el pecho. Para no caerse, se agarró a las crines del poney de Tacs.

Miró lentamente a los muertos... los dos ancianos tumbados en el suelo a este lado de la carreta, el hombre quemado, la esposa goda y su hijo. Puso una mano en la rodilla de Tacs y la palmeó. Las lágrimas caían de sus ojos.

-Dimelo otra vez -se detuvo para recuperar el aliento-. Dime de nuevo que morir es una gracia.

XVIII

Al anochecer estaban todavía enterrando los cuerpos; al lado de los cinco cuerpos que Aurelio había visto al principio había otros dos, que encontraron dentro de la carreta quemada. El monje había tratado al principio de ayudarles en su horrible trabajo. Poco a poco se dio cuenta de

lo inútil que les era. Cuando resultó evidente que al anochecer seguirían allí, recogió leña para una hoguera, y mientras el sol se ocultaba tras las nubes bajas del horizonte, preparó la hoguera y encendió el fuego.

Los dos hunos apenas le prestaron atención. Durante toda la tarde, mientras preparaban los cuerpos y construían plataformas de palos para ellos, discutieron uno con otro. Por sus gestos y por las escasas palabras en huno que conocía, el monje sospechó que el más joven, llamado Tox, quería dar caza a los germanos que habían perpetrado esa carnicería. El de más edad, el chamán, parecía más consumido por la pena que dispuesto a la venganza. Durante la tarde lloró varias veces.

El monje no podía averiguar por qué habían enterrado los cueros cabelludos y en cambio elevaban esos cuerpos sobre plataformas... o por qué, puestos a ello, habían enterrado en el suelo a su señor Atila y habían dejado bajo el cielo al esposo muerto de Ammarka. Durante toda la tarde, siempre que quería rezar, su mente volvía a las cosas que el chamán le había dicho por medio de Tox. Le asustaba no encontrar nada en lo que su punto de vista afectara al punto de vista de los hunos.

Era como si esperando ver un pequeño río hubiera llegado en cambio a un risco desde el que se dominaba el océano ilimitado. En sus vidas no había espacio para Cristo. Su ignorancia parecía carecer de límites.

En la oscuridad, Tox le llamó, y estuvo de pie junto a ellos mientras levantaban los cadáveres y amontonaban lo que quedaba de las posesiones de la familia alrededor de la plataforma. Resultaba evidente que necesitaban de un número mínimo de personas para enterrar a sus muertos, y que no importaba que los testigos fueran o no hunos. Después los tres volvieron caminando hacia el fuego que había encendido el monje y se sentaron a su alrededor. El chamán apoyó la frente en las rodillas, que mantenía levantadas, y guardó silencio.

Tox echó más leña al fuego, y velozmente empezó a abrir paquetes y a disponer lo necesario para cocinar junto al fuego. El monje miró a su alrededor. Tras haber pasado toda la vida en ciudades, no podía adaptarse a estar sentado al aire libre.

Echó de menos la sensación de unas paredes y un techo próximo. Pero lo más importante era que la oscuridad y el vacío que había tras él le producían un hormigueo en la nuca y hacían que tensara los oídos ante los sonidos de la noche. Pensó que seguramente ese fuego podría ser visto en la llanura desde muy lejos. Los germanos, que habían dejado a un hombre vivo atado para que el fuego lo consumiera poco a poco, podían estar observándolos en ese mismo instante.

Traté de rezar, pero tampoco esa vez pudo. La visión de la mujer muerta, del bulto sangriento a su lado, permanecía horripilante ante sus ojos. Se quedó mirando fijamente al fuego, tratando de vaciar la mente. El peso de los muertos presionaba en su imaginación.

Al otro lado el chamán levantó la cabeza y habló con Tox, que le respondió con una palabra. El chamán volvió la vista hacia Aurelio. En ese momento Aurelio estaba tan sobrecargado por la desesperación que no pudo reunir la energía suficiente para mirar cortésmente hacia otro lado. El y el chamán se miraron directamente a los ojos.

Casi enseguida Aurelio empezó a sentirse mejor, y el chamán sonrió. Habló con Tox, que estaba vertiendo agua en un recipiente de hierro. Por la mirada de Tox, el monje supo que no aprobaba la pregunta:

-Te pregunta que por qué eres... que por qué te hiciste monje.

-Ah.

Aurelio se acercó más al fuego. El hambre le producía calambres en el estómago. Sosteniendo las manos al calor de las llamas, pensó en cómo había reconocido por primera vez su vocación.

-Me siento muy cerca de Cristo. Quiero que otras personas sientan lo mismo que yo cuando pienso en él, y quiero que otras personas encuentren la salvación.

Mientras traducía, ayudándose de dos palos largos Tox sacaba del fuego piedras calientes y las dejaba caer en el recipiente de hierro. Enseguida subían nubes de vapor. El chamán encorvó sus delgados hombros. Tox se levantó y se perdió en la oscuridad; el chamán habló directamente con Aurelio, y, como si lo hiciera un fantasma, las traducción surgía de la oscuridad, a sus espaldas; después apareció Tox con una capa que brillaba a la luz del fuego. El chamán se la puso y Aurelio se dio cuenta de que estaba hecha de piel de serpiente.

-Pero vosotros los monjes... según me han dicho... ¿no sois curanderos?

-Cristo lo era -contestó Aurelio-. Nosotros curamos almas.

Tox les dio a cada uno un cuenco de sopa de cereal humeante. El chamán metió dentro un dedo huesudo, la probó y la dejó a un lado para que enfriara.

-Dejadme decir una bendición. Para todos nosotros.

-Haz lo que quieras -contestó Tox. Se sirvió un cuenco. Aurelio se dio cuenta de que no iba a traducirle: era una afirmación de su poder. El monje miró al chamán.

El Flautista habló a Tox con voz suave; Tox le respondió con hosquedad, y la voz del chamán se volvió paternal, como si le estuviera reprendiendo. Malhumorado como un niño, Tox se volvió hacia el monje y le dijo:

-Dice que puedes pronunciar la bendición y que yo se la traduciré.

-Gracias -contestó el monje con voz cortés. Se aclaró la garganta y rezó el Padrenuestro, deteniéndose a cada frase para que la tradujera Tox. Se preguntaba si sería la primera vez que se decía en huno; sonaba como un encantamiento pagano. Al terminarla, las gachas habían enfriado lo suficiente como para comerlas.

El chamán no dijo nada. Comió la sopa lentamente, limpiándose los labios de vez en cuando. Ocasionalmente miraba a Aurelio, lleno de curiosidad. Al principio la arrogancia audaz y condescendiente del chamán había inquietado al monje, produciéndole resentimiento, pero ahora se había acostumbrado a ella; incluso la respetaba. Dejó a un lado el cuenco y preguntó:

-¿Y cómo te hiciste chamán?

Evidentemente había utilizado la palabra germana, y obviamente el hombre que estaba enfrente la había reconocido. Antes de que Tox terminara de traducir, estaba ya respondiendo. Su voz se volvió de pronto ligera, casi jocosa.

-Estaba convencido de que todos los chamanes era unos farsantes. Pensaba que sólo simulaban ser sabios y poderosos para que los demás tuviesen miedo de ellos y les respetaran. Veía lo ricos que eran todos, y cómo les trataba la gente. Por eso me dediqué a frecuentar su compañía para descubrir cómo hacían sus engaños. Finalmente, me dejaron que me convirtiera en alumno de ellos. Por eso ahora soy chamán.

Mientras traducía, Tox no dejaba de mirar el rostro del chamán; al terminar, le hizo una pregunta, y el otro se echó a reír, asintió y le dijo que guardara silencio.

-Entonces -quiso saber Aurelio-. ¿Sois impostores?

El chamán volvió las palmas de las manos hacia arriba.

-No sabría decirlo. Eso es lo gracioso. Quizá soy un impostor, pero no estoy seguro.

-Vamos, debes saber si lo eres.

-Creo que lo soy. Hay un truco que hago con un trocito de cuerda. Simulo que saco al demonio de una persona enferma; escondo el cordel en la boca, lo cubro con saliva y sangre y hago que parezca que lo succiono sacándolo del enfermo.

Extasiado, el monje lo estudió un momento. El chamán sonrió.

-¿Entiendes la broma?

-No. Sin embargo, estoy fascinado por...

-La broma está en que cuando hago el truco, los enfermos suelen curarse.

Aurelio no podía creer eso, pero antes de que tuviera la oportunidad de dudar, Tox hablaba con el chamán. Mientras lo hacían, Aurelio se sirvió más sopa. Volvió a él la sensación de estar implacablemente expuesto en la vasta llanura. Comió rápidamente; las gachas casi no tenían sabor, y aunque le llenaban el estómago no satisfacían su lengua.

Tox se encolerizó en mitad de una frase y se quedó mirando al fuego con cara de malhumor. El chamán le habló y se negó a contestar. El chamán habló de nuevo, y esta vez su voz tenía un tono de desprecio; además dio a Tox un empujón en el hombro.

Como un perro mordido, Tacs se apartó del contacto del otro. Aurelio se puso en pie de un salto. Los dos hunos estaban frente a frente, con los ojos negros bajo la luz del fuego. El cuerpo de Tox estaba rígido por la cólera. Cuando el chamán le habló, Tox soltó una cascada de palabras.

Cuando llevaba un rato vociferando, el chamán le cortó y le dio una orden, gesticulando. Tox le miró. El chamán repitió las palabras e hizo el mismo gesto, con más fuerza; murmurando, Tox se dio la vuelta y empezó a limpiar el equipo de cocina.

Aurelio dejó caer pesadamente el cuerpo. Era alarmante ver el poder que tenía el chamán sobre Tox. Y, sin embargo, el pequeño huno no parecía resentido por ello, ni irritado. Volvía a ser feliz en su trabajo, raspando con los dedos el recipiente de hierro y lamiéndolo para limpiarlo.

-Amigo mío -exclamó el chamán-. Siento decirte esto. Tendremos que cabalgar esta noche. Sé que estás cansado pero no podemos quedarnos aquí. Además debemos alejarnos de los germanos. Cabalgaremos lentamente para que así puedas descansar; quizá.

-Entiendo. Trataré de mantener el paso.

A medianoche, el potro de la yegua negra se negó a seguir avanzando. Tacs desmontó y trató de ponerlo en pie, pero la yegua negra se metió entre ellos y casi le muerde. El potro era ya tan alto como Tacs; se levantó sobre sus largas patas y metió el morro bajo el costado de la madre para alimentarse.

El Flautista se detuvo un momento a observarles. Después levantó la mirada y barrió el horizonte con los ojos. Detrás de él el monje estaba sentado sobre el caballo, hundido en la silla.

-No podemos pararnos aquí -dijo el Flautista-. Todavía estamos muy cerca del río.

-Seguid vosotros -contestó Tacs-. Os alcanzaré por la mañana -pero lo que estaba pensando era que si se quedaba solo podría perseguir a los germanos.

-No -replicó el Flautista, como si hubiera oído los pensamientos de Tacs-.

Podemos dejar los caballos. La yegua puede cuidarse y la cría es lo bastante mayor para destetarse.

-Es mi mejor yegua -repuso Tacs-. Deja que me quede aquí a cuidarla. Os cogeré cuando el potrillo haya descansado.

-No es ése mi deseo.

Tacs se miró las manos, furioso. A su alrededor todo parecían cadenas. Pensó en abandonar al Flautista y el monje a su suerte. Sin él estarían casi indefensos, incapaces incluso de hablar entre ellos. Un instante después se imaginó a sí mismo, solo en la llanura.

-Al fin y al cabo es una yegua vieja, y el potrillo no es muy bueno -volviéndose hacia el poney negro se subió a su lomo-. Vámonos.

Reemprendieron la marcha hacia el sur. El potrillo de la alazana era algo mayor y mantenía el paso sin dificultad. Bajo la luz de la luna los caballos parecían perder su color: todos parecían negros. El chamán cogió la flauta y probó algunas notas en ella, persiguiendo una canción.

Arriba la luna seguía su camino en el cielo. No había nubes y el viento había remitido. La llanura se extendía hasta el horizonte en todas las direcciones, sin rasgos, confundiendo la mirada. El monje y el Flautista hablaron en dos ocasiones, preguntando y respondiendo sus incomprensibles cuestiones; Tacs les traducía casi sin prestarles atención. Tenía los músculos acalambrados y le dolían las articulaciones de las piernas. En una ocasión en que los otros guardaron un largo silencio, se durmió.

La luna se puso y aumentó la oscuridad. Una bandada de aves revoloteó por encima lanzando gritos agudos. En el horizonte aparecieron vetas blanqueadas. Notó en las mejillas que el aire se hacía más cálido, y tiró de las riendas, casi sin pensarlo, para quedarse mirando el cielo oriental.

También se detuvieron los otros dos. Hundido sobre la alazana, el monje se había dormido. La túnica colgaba suelta de él, como una piel a medio mudar. El Flautista desmontó para pasear, estirando las piernas como una grulla; a cada paso le sonaban las rodillas. Tacs permaneció unos momentos observándole, incapaz de encontrar nada del amor que le tenía usualmente. Cuando volvió a mirar el horizonte, el sol se estaba levantando.

Sobre el blanco cielo se produjo de repente un destello verde. Debajo, la luz se hizo demasiado brillante para mirarla. Tacs se llevó la mano a los ojos, para darles sombra. Se levantó un viento del Oeste que hizo crujir la hierba y se precipitó hacia el sol. Éste se levantaba en el cielo, brillante e implacable. Alrededor de ellos despertó la llanura, llena de aves y pequeños animales.

-Podemos detenemos si queréis -comentó el Flautista. Tocé la rodilla de Tacs-. Búscanos un lugar para acampar.

Tacs se humedeció los labios. El amanecer le había puesto eufórico. Buscó en la llanura una barranca u hoyo que pudiera indicar la presencia de una corriente de agua. Su mirada se detuvo en el monje, totalmente dormido sobre la yegua; el potrillo había encontrado algo que comer y la yegua también dormitaba, con el labio inferior caído.

-¿Por qué no esperamos aquí? -dijo Tacs-. Al menos hasta que él despierte.

-Muy bien -repuso el Flautista, sentándose donde estaba y empezando a tocar la flauta. Tacs desmontó y se puso a buscar leña para un fuego en el que poder tostar cereales y comer.

Al mediodía la yegua negra les había cogido, siguiendo el rastro que habían dejado; tras ella iba el potrillo. Tacs se puso tan contento de verla que le dio un puñado de trigo seco. El Flautista había decidido que se quedarían allí mismo hasta el anochecer. El monje dormía en el suelo envuelto en sus mantas; Tacs se había dado cuenta de que prefería tener algo sólido detrás, por lo que puso junto a la espalda del monje su silla y los sacos. Le sorprendía que el monje fuera capaz de dormir tan profundamente, pues el chamán tocaba la flauta, los caballos se movían por allí y el viento hacía sonar la hierba.

A media tarde Tacs estaba dormido, pero despertaba cada poco para mirar a su alrededor. Al atardecer se levantó y comprobó el nivel de los pellejos de agua.

Aunque era salobre y tenía un sabor a sucio, había suficiente para dos días más; estaba seguro de que para entonces habrían encontrado una fuente o un torrente.

Cargó con los sacos al castrado bayo, ensilló su poney negro y fue a despertar al monje.

El Flautista estaba sentado en el suelo, desmenuzando hojas de hierba con los dientes. Mientras Tacs les ponía las bridas a los caballos, el chamán y el monje, sentados juntos, trataban de hablar con las manos. Pero, evidentemente, no podían decirse nada el uno al otro. Finalmente, el Flautista llamó a Tacs.

-Pregúntale que por qué cree que todos los hombres tienen el mismo antepasado, cuando hay tantos tipos diferentes de hombres.

Tacs trajo los caballos y, después de traducir la pregunta, les dijo:

-Tenemos que irnos. Creo que mañana avistaremos las montañas.

Los dos sacerdotes se levantaron y fueron a coger sus caballos. Tacs unió las manos para ayudar al monje a subir a la yegua. El monje cogió las riendas.

-No digo que Dios el Padre sea realmente mi antepasado y el vuestro... No en el sentido en que vuestro padre es vuestro antepasado. Lo que digo es que Dios es nuestro padre espiritual, que nos ha creado a todos de la nada, tal como él creó el mundo.

El Flautista montó el bayo sentándose sobre los sacos. Se volvió hacia Tacs, que estaba dando la vuelta para ir a coger el poney negro y le dijo:

-Has traducido mal.

-No -respondió secamente Tacs. Ya se le había ocurrido antes que el monje creía que su antepasado y el demonio-rey eran el mismo, pero eso sólo era un signo de la ignorancia romana.

-Dile que toda mi vida he estudiado a los demonios y los espíritus, con hombres que los estudiaron toda su vida con otros que a su vez lo habían hecho así, hasta llegar al principio de toda magia, y que nadie me ha hablado nunca de un solo señor-demonio que haya hecho todo lo que es.

Siguieron cabalgando mientras el monje pensaba una respuesta, con la cabeza agachada. Finalmente, dijo:

-Empiezo a entender. Quizá podáis decirme lo que significa Dios. Tú mismo -añadió dirigiéndose a Tacs.

-¿Yo? -preguntó Tacs sobresaltándose. Frunció el ceño y miró hacia el frente, tratando de encontrar las palabras-. Ah, bueno... una gran cosa... mágica, que puede hacer conmigo lo que quiera.

-¿Un ser bueno... un ser amoroso?

-No te entiendo -repuso Tacs sacudiendo la cabeza.

El monje no dijo nada, pero permaneció mirándole fijamente a los ojos. Sintióse confuso, Tacs miró al Flautista; no podía concebir a un demonio como un ser bueno o amoroso. El Flautista se impacientaba.

-Cuéntame lo que te ha dicho.

Cuando Tacs se lo explicó, al chamán se le puso una expresión afable.

-Entonces no es de un demonio de lo que ha estado hablando. Ahora empiezo a entenderlo. Dile que ha sugerido una idea interesante y que me dé tiempo para pensarla.

Tacs ni siquiera imaginaba cuál podría ser esa idea. Siguió cabalgando en silencio; el monje apenas habló con Tacs. Se elevó una luna menguante, aplanada por un lado. Cuando se

colocó en el cielo a una altura de dos cabezas, Tacs desmontó y dio a todos los caballos un poco de agua. Tocó la bolsa de la yegua negra y la notó casi vacía, pues se encogía al tacto.

Al regresar junto al poney, el viento le trajo olor a humo. Se le erizó el pelo de la nuca. Se volvió hacia el chamán y vio que éste miraba hacia el sur, con la espalda rígida y las ventanas de la nariz hinchadas. Un momento más tarde el monje preguntó:

-¿No huele a humo?

-Puede estar a kilómetros de distancia -contestó el Flautista soltando un gruñido.

Tacs volvió a montar en el poney y partieron a trote rápido en dirección al humo.

Poco a poco el olor se fue haciendo más intenso, aunque ocasionalmente cambiaba el viento y desaparecía el olor. Cuando la luna estuvo cerca de la cumbre del cielo, llegaron junto a un barranco profundo. Tacs les condujo bordeándolo.

El barranco no tenía ni cuatro metros de anchura, pero las paredes estaban cortadas a pico.

-¡Mirad!

Delante de ellos un brillo rojizo daba color a los bordes superiores del barranco. Tacs avanzó con el poney y los otros le siguieron en fila de a uno; las yeguas llamaron a sus potrillos. En una zona la pared del barranco se había caído, formando una suave pendiente; Tacs dirigió al animal hacia allí, y el pequeño caballo enderezó las orejas, soltó un bufido y se deslizó hacia abajo sobre sus corvejones.

Llegó abajo entre una lluvia de guijarros y polvo. Arriba el Flautista y el monje trataban de obligar a sus monturas a que descendieran por la pendiente. Tacs galopó por el fondo del barranco hacia el fuego. El humo caliente le picaba en los ojos; como podía oír el crepitar de las llamas, le sorprendió no escuchar ningún grito.

Una cascada seca le dificultaba el paso y la rodeó, encaminándose hacia un ancho prado.

Tiró de las riendas. En mitad del ensanchamiento del barranco ardía un fuego tan grande como una casa. Las llamas se extendían todavía por un extremo, pero en su mayor parte estaba formado sólo por ascuas ardientes. Tacs se dirigió hacia allí precipitadamente. Pudo ver restos de carretas medio consumidas por las llamas. Y al otro lado del fuego estaban los cuerpos.

Eran muchos, quizá veinte, todos ostrogodos tumbados en varias filas con la garganta cortada. El corazón le latía con fuerza. Lo habían hecho xiungs. Ahora el fuego le parecía como un faro puesto allí para atraerle desde la llanura para que presenciara esa venganza. Complacido, contó los germanos muertos. Con los niños eran dieciocho; los xiung habían cortado la garganta incluso a los perros.

El Flautista y el monje se acercaron y le llamaron. A gritos, Tacs le dijo al Flautista que se acercara a ver. Aunque quería que el chamán se sorprendiera, no pudo ocultar un tono de placer en su voz.

El chamán rodeó el fuego y detuvo el caballo. Las sombras ocultaban su cara, pero, por la posición del cuerpo, Tacs se dio cuenta de que no estaba contento.

-¿Qué es lo que está mal? -pregunté Tacs.

El Flautista no dijo nada. Tiró de las riendas del caballo para ver las filas de muertos; miró a cada uno de ellos como si hubieran sido amigos íntimos. Asombrado, Tacs le contemplaba con fijeza. El monje rodeó el fuego. Al ver a los germanos muertos gimió como un perro. Tacs sabía que el monje era el causante de que el Flautista hubiera tenido esa actitud con los godos. Pero antes incluso de que pudiera enfadarse, un crujido de ramas a su espalda le obligó a darse la vuelta, manteniendo el equilibrio.

El sonido desapareció enseguida, pero el poney se quedó mirando fijamente, con las orejas erguidas, hacia la oscuridad que había más allá del fuego. Tacs tensó las piernas y el caballo avanzó sobre las puntas de los cascos, con las ventanas del hocico abiertas. El monje le llamó, pero Tacs no hizo caso. El poney odiaba a los germanos, y, por tanto, era un germano el que se escondía en los matorrales junto a la pared del barranco.

Situándose fuera de la luz, retuvo al poney mientras ajustaba la vista, y en el silencio oyó moverse de nuevo al germano. El animal bufó. Tacs soltó las riendas y el caballo se metió entre los arbustos; de la espesura salió corriendo un godo, agachado, huyendo hacia la parte más oscura del barranco.

Tacs lanzó un grito. El poney se lanzó hacia el godo y Tacs le retuvo un poco para subirse a él. El godo lanzó un grito..., era una mujer. Corrió buscando el abrigo de los matorrales de la orilla

del barranco, pero el poney la alcanzaba y trató de subir la pared vertical, cayendo al suelo acompañada de un lluvia de piedras y polvo. Tacs cabalgó hacia ella y la cogió por el pelo. Dejó las riendas sobre el cuello del caballo, se dio la vuelta y al galope regresó hacia el fuego. Con cada paso del caballo ella lanzaba un grito. Se acordó del xiung atado a la carreta ardiendo y los gritos de la germana le llenaron de placer. Al llegar a la luz del fuego tiró a la mujer al suelo y saltó del caballo para matarla.

Como un animal, el monje saltó sobre ella. Ella se puso en pie y trató de huir de nuevo, pero él la sujetó con una mano y se sentó encima a horcajadas, mirando a Tacs.

-No. En el nombre de Jesucristo.

La joven goda yacía entre sus pies, llorando. Movía las piernas de un lado a otro. Tacs buscó al Flautista; el chamán apareció, caminó calmadamente hacia el monje y le puso una mano en el brazo. No dijo nada. El monje le miró a los ojos y al instante se apartó. El Flautista se arrodilló junto a la joven y la puso boca arriba. Tacs se sentó sobre los talones, cerca de los últimos restos de fuego.

-Ya no te entiendo -le dijo Tacs-. ¿Qué te ha hecho ese monje idiota?

Al principio sólo lloraba, pero cuando abrió los ojos y vio al chamán encima de ella se levantó violentamente del suelo, atacándole y tratando de escapar al mismo tiempo. El Flautista le cogió las dos muñecas con la mano izquierda y la mantuvo inmóvil casi sin esfuerzo. Con los brazos trabados por la sujeción del chamán, quedó colgada en el aire, mirándole; se le estremecía el cuerpo con cada respiración.

La luz del fuego le daba en la cara y brillaba en sus ojos claros y redondos.

-Dile que no le vamos a hacer daño -ordenó el Flautista a Tacs hablándole por encima del hombro.

-¿Por qué va a vivir? -pregunté Tacs. El monje estaba en pie, mirando a uno y a otro con el rostro arrugado.

-Haz lo que te he dicho, ranita -replicó el Flautista.

Tacs dejó caer la barbilla sobre el pecho. Sintió la presión de todo lo que había sucedido desde la muerte del qaghan. Después de tanto hablar en latín, le resultaba difícil encontrar las palabras germanas. Le contó a la chica lo que había dicho el Flautista y, sin esperar a ver si ella respondía, rodeó el fuego para colocarse a sotavento, cogió los sacos de los caballos, se tumbó al calor y se durmió.

XIX

Por la mañana, Aurelio y la goda rezaron juntos las oraciones. El monje lo hacía con voz alta y firme, para mostrarle al chamán huno lo complacido que estaba de tener otro cristiano con el que rezar, aunque sabía que la chica, que se llamaba Greita, sólo rezaba porque le obligaban a ello.

La chica, desde luego, no hablaba latín. Tenía que comunicarse con ella por medio de Tox. Empezaba a ver la ironía del hecho de tener que filtrar toda idea a través del huno.

Cuando terminaron los rezos, le dijo por medio de gestos que se quedara donde estaba. Tox había cocinado un caldo con carne seca, hierbas y agua; ella se puso inmediatamente a comer. El monje cruzó el barranco para llegar donde estaba el chamán, sentado a la sombra de la pared tocando la flauta. Sentándose a su lado, Aurelio trató con paciencia de expresarse con gestos de las manos y con las escasas palabras que sabía en huno.

Lo hacía siempre que podía, para romper el poder de Tox sobre ellos, pero, naturalmente, nunca funcionaba. Las ideas que quería transmitir eran demasiado generales y abstractas. Le fue bastante fácil decirle al chamán que la chica se llamaba Greita y que él, Aurelio, se sentía

responsable de ella, pero no logró que el Flautista entendiera que deseaba devolverla inmediatamente a los de su propio pueblo.

Durante todo ese tiempo, Tox se movió por el barranco, inquieto como un animal, recogiendo leña, ensanchando el espacio de su campamento y quitando la maleza del pequeño torrente que había en el extremo más alejado del prado. El poney negro le seguía siempre. El monje pensó que Tox había observado que querían hablar, pero esperaba que le llamaran. El chamán le miró cortésmente mientras Aurelio hacía gestos en el aire, trazaba dibujos en el polvo con un palo y señalaba a varios objetos que estaban al alcance de su vista. En una o dos ocasiones, con los ojos entrecerrados, el chamán preguntó algo en su propia lengua y trató a su vez de explicarse con signos, pero finalmente se encogió de hombros, sonrió e hizo señas a Aurelio de que se detuviera. Levantando la voz, llamó a Tox.

Tox dijo algo con voz malhumorada. De pronto, Aurelio se dio cuenta de que estaba ofendido por sus intentos de comunicarse sin él. El chamán se rió de él y dijo algo, que hizo a Tox mirar al monje.

-Quiere saber lo que deseas ahora.

-Trataba de decirle que hay que devolver a la chica a su pueblo lo antes posible.

La cara de Tox se oscureció. Estaba de mal humor.

-Pero todos los de su pueblo están... -se interrumpió en mitad de un gesto hacia los restos quemados de las carretas y con voz inexpresiva se lo tradujo al chamán.

-Todo su pueblo está muerto ahora -contestó el chamán; Tox lo tradujo con un claro tono de satisfacción en la voz.

-Me refiero a su tribu; su clan..., el grupo más numeroso de su gente. Otros godos o germanos, gente que hable su lengua, que... -mientras Tox traducía, la voz de Aurelio se fue apagando. Mantenía la vista fija en la chica, temeroso de que ella tratara de escapar y Tox aprovechara la oportunidad para matarla.

-Lo mejor que podemos hacer es dejarla aquí -respondió el chamán, añadiendo, cuando Aurelio empezó a protestar:- Esta fuente debe ser muy conocida...

todas las caravanas que van hacia el sur se deben parar aquí a coger agua, y ella se puede ir con los primeros godos que pasen.

-No querrás que quede expuesta otra vez a que la maten los hunos.

-¿Y cómo si no vamos a devolverla a los suyos?

Aurelio no había pensado en ese problema. Se daba cuenta ahora de que podía ser una dificultad. Frunció el ceño al sentirse sorprendido.

-Bueno..., si encontramos un campamento godo y la dejamos a cierta distancia para que se acerque caminando...

-Sin que ellos nos encuentren a nosotros, pues si nos cogen seguramente nos matarán.

-Quizá no todos los pueblos del mundo se odien unos a otros.

Los hunos se miraron el uno al otro. Tox dijo:

-Los germanos y los xiung se han odiado siempre. Pero antes el qaghan estaba vivo -miró a la chica por encima del monje-. Puedes llevársela tú a los germanos.

Habló por encima del hombro con el chamán, quien con la mano hizo un gesto evasivo. Tox se volvió para mirar a Aurelio. Luchó para que no se le notara el placer que le producía aquello:

-Claro que entonces tendrías que quedarte con ellos, con los germanos.

Aurelio se echó a reír y Tox apretó los dientes y bajó la mirada. Sujetándose las manos, le dio la espalda al monje y habló con el chamán. Éste empezó a asentir, fijando la mirada primero en la chica y luego en Aurelio. Finalmente dijo algo señalando hacia el monje con la barbilla. Tox se volvió hacia él.

-Sé dónde acamparán probablemente ahora algunos gépidos. El hijo del rey de los gépidos es... fue... un... mí amigo. Debe estar a dos o tres días a caballo, pero podemos llevarla hasta allí para que la devuelvan con los suyos.

-Excelente -dijo Aurelio-. Te lo agradezco.

Esa noche la pasaron cabalgando. El día que habían estado en el barranco había aminorado la rigidez de los huesos del monje y endurecido sus músculos. Empezaba a sentirse cómodo en la ancha alazana negra. Bajo la luna descendente la llanura le resultaba ahora familiar,

pues podía reconocer algunas de las cosas que veía y oía: el grito de un búho, la señal en la superficie que marcaba la presencia de una corriente de agua.

La chica cabalgaba sobre el caballo que había utilizado anteriormente el chamán; éste había cogido la yegua negra. Habló con el monje por medio de Tox y relató la historia de la creación. Ya se había dado cuenta de que la inteligencia primitiva de los bárbaros admiraba las historias del Antiguo Testamento más que las enseñanzas sutiles de la vida de Cristo; y a ese respecto los hunos no eran diferentes. El chamán le escuchó con paciencia, planteándole como de costumbre sus extrañas preguntas. Le divertía la idea del Padre creando la serpiente y el Árbol del Conocimiento antes de crear a Adán. Aunque Aurelio sospechaba cuál era la razón de su diversión, le desconcertaba pensar en ello y prefirió apartarlo de su mente.

El día siguiente lo pasaron en la llanura abierta; el monje durmió profundamente hasta media tarde y, hasta que se pusieron de nuevo en marcha, pasó el tiempo rezando con la chica. Ella decía las oraciones en su propia lengua, pero él había aprendido germano suficiente como para seguirla. Terminadas las oraciones, se sentó a meditar en silencio, pensando en la pasión de Cristo. Le molestaba que la chica no meditara; aunque estaba sentada y quieta a su lado, con la mirada seguía a dos hunos.

Cabalaron, y la llanura se convirtió en colinas bajas y onduladas cubiertas de árboles y matorral bajo. Sobre los cuernos de la luna se deslizaban las nubes.

Por la configuración de las estrellas, el monje sospechó que se dirigían hacia el sudoeste. El viento producía gemidos en los árboles que les rodeaban y el aire tenía un extraño olor dulzón.

A lo largo de la noche las nubes se fueron espesando y poco antes del amanecer empezó a llover. Al principio las gotas eran pequeñas y escasas. Tox tiró de las riendas y miró rápidamente a su alrededor; a paso rápido los condujo a través del prado en el que estaban hasta unos árboles. Aurelio se sujetaba a la yegua con ambas

manos, agachado; las ramas de los árboles le golpeaban en la espalda, el rostro y los hombros. Se dio cuenta de que se caía.

Se detuvieron de pronto, con los caballos juntos. Tox les había conducido a un lugar en el que la ladera de una colina les abrigaba del viento. Allí montaron el campamento. La lluvia aumentó, convirtiéndose en un aguacero. El viento era frío y cambiante, alejándose a veces de ellos para volver luego a echarles directamente en la cara la molesta lluvia helada. Tox había encendido un fuego casi antes de que los otros quitaran los equipos y sacos de los caballos.

Habían acampado en un bosquecillo; Tox formó una especie de tienda alrededor del fuego utilizando como apoyo el tronco de dos árboles. Aurelio, arrastrándose, se introdujo en el espacio que rodeaba el fuego, en el que estaba sentado ya el chamán, estirando los brazos y el cuerpo hacia el calor de las llamas. Cuando apareció la chica, que había ido a dar un paseo para satisfacer sus necesidades, Aurelio la llamó y la atrajo a su lado, al calor del fuego. El pelo mojado le colgaba por encima de las mejillas; tenía la capa empapada. Se apretó contra él, como un cachorro buscando abrigo.

Cautelosamente levantó el rostro hacia el chamán, sentado al otro lado del fuego. El huno la miró con fijeza. Tenía encendidas las delgadas ventanas de la nariz. De pronto, el huno miró hacia otra parte y la chica soltó un bufido, seguido de una sarta de palabras en su propia lengua que Aurelio decidió, a disgusto, que se trataba de maldiciones. El chamán se esforzó por mirarla como si lo hiciera desde una gran altura.

Por un momento Aurelio creyó ver una especie de burla de sí mismo en el desdén que mostraba el chamán por la chica. Pero un instante más tarde el chamán miraba al fuego, con cara aburrida. La chica tenía las manos metidas en la capa.

Aurelio sacó las suyas, extendiéndolas hacia el fuego. Probablemente cenarían otra vez caldo de carne; el estómago le pedía algo más sustancioso, pero a pesar de eso, y de la lluvia, se sentía de buen humor. Cuando llegó Tox con un saco cargado al hombro, el monje se levantó para ayudarle.

En cuanto estuvo fuera de su camino, la chica se precipitó hacia adelante. Sacó las manos velozmente de la capa; en una de ellas llevaba un cuchillo cuya hoja brilló con un tono dorado ante el fuego. Se lanzó contra el chamán con la punta dorada. Este gruñó. Sorprendido, Aurelio observó sus ojos negros ensanchándose sobre la cabeza de la chica. Se apartó y la chica pasó a su lado. Antes de que pudiera salir de la tienda, Tox la sujetaba por el pelo.

La golpeó en la espalda y la sujetó con los pies, envolviéndose el pelo de ella alrededor de su muñeca. Miró al chamán. El monje bajó la vista. El chamán estaba enroscado junto al fuego. La sangre caía en el polvo por debajo y formaba un reguero hacia el fuego, siseando al contactar con él.

Aurelio se arrastró hacia él. Dificultosamente trató de enderezar el cuerpo anguloso del Flautista, que estaba encorvado. Había algo en la sensación que producían sus miembros y en la textura de la piel que le indicaba que el chamán estaba muerto. Con la punta de los dedos sintió la muerte en él. Se inclinó hacia delante, sobre los brazos estirados, esperando que el chamán volviera a la vida.

Volvió en sí al pensar en la chica. Enderezándose, la buscó presuroso con la mirada. Tox no la había dañado; sujetándola todavía por el pelo, estaba de rodillas al lado del cuerpo del chamán.

-Lo siento -dijo Aurelio. Tenía los ojos llenos de lágrimas-. Lo siento.

Tox sacudió la cabeza. Levantó los dedos y se pasó las uñas por las mejillas, arañándose la piel por donde tenía las profundas cicatrices rituales. No emitió ningún sonido; sus ojos estaban vacíos. De las mejillas le brotaron filas de cuentas de pequeñas gotas de sangre. Dejó caer las manos sobre el regazo, cerró los ojos y gimió.

Al cabo de un momento, Aurelio rodeó el fuego, cogió a la chica y la sentó a su lado. Si escapaba sabía que Tox la mataría. Si se quedaba con él quizá la mantuviera con vida. Él mismo se sentía vacío de todo, incluso de fatiga. Con los brazos de ella agarrados firmemente al suyo, permaneció sentado escuchando la lluvia; ni siquiera intentó rezar.

XX

Ardarico salió al salón común de su nuevo palacio, llevando tras él a Tentio, y se sorprendió al ver que estaba casi oscuro. Las mujeres de la casa llevaban hasta la mesa bandejas y fuentes de comida; casi todos los hombres se habían reunido allí, esperando que les dieran de comer. El aire tenía un delicioso olor a caldo.

Ardarico se detuvo para que Tentio le alcanzara.

De una esquina que había al lado del hogar salió un monje que le bloqueó el paso.

-Mi señor rey -le dijo-. Hoy algunos de tus hombres han apresado a un compañero mio. Ordénales, por favor, que lo liberen.

Ardarico se detuvo y contempló al monje con curiosidad. Bajo el rostro bronceado del monje vio rastros de quemaduras del sol, como si sólo recientemente hubiera salido bajo la luz. La mirada intensa del monje le irritaba; indicando con un gesto al romano que se dirigiera a la mesa, escudriñó el rostro del monje, que se encontraba de pie, con los brazos cruzados y los ojos levantados y fijos en los de Ardarico.

-El hombre que quieres que liberen es un huno -dijo Ardarico-. Los hunos no son hombres, sino animales. No son cristianos, y no entiendo que un hombre de Cristo considere que uno de ellos es su compañero.

La puerta se abrió y entró Dietric. Miró rápidamente los alrededores de la sala, se fijó en el romano y, al ver a Ardarico, se encaminó rápidamente hacia él. Cogiendo a su padre por el brazo, le apartó dos pasos.

-Padre. Es Tacs a quien han apresado.

-Tacs -repitió Ardarico sorprendido. Los ojos de Dietric estaban a una mano de distancia de los suyos. Por encima del hombro de su hijo, vio al monje, que le miraba también fijamente, como un huno-. ¿Y que quieres que haga yo?

-Le han desjarretado -dijo Dietric.

Exasperado, Ardarico se adelantó, apartando a su hijo de un empujón. El monje le alcanzó de nuevo, abrió la boca para hablar y de ella salieron varias quejas. A Ardarico la sangre le

tamborileaba con fuerza en los oídos. Tacs no había sido nunca su amigo; en toda esa tribu su único amigo había sido el qaghan, y ahora los romanos estaban diciendo..., pensó en apresar también al monje, pero en cuanto tuvo esa idea supo que no se atrevería; no siendo monje y romano. Se sintió como si todo le obstruyera, como si su voluntad frustrada presionara hacia arriba en su garganta.

-Vete -ordenó al monje con un gesto-. Allí está mi hijo. Él se ocupará de que te atiendan apropiadamente. Dietric, llévatelo y trátale como se merece, como romano y monje. Pero llévatelo.

Rápidamente cruzó el vestíbulo hacia las mesas, donde los emisarios romanos estaban comiendo sentados entre sus siervos, y el resto de los hombres esperaba a Ardarico para empezar a hacerlo. El monje fue tras él y llegó a cogerle por el brazo.

-Tienes que liberar a ese hombre.

Ardarico le lanzó una mirada salvaje y se soltó. Dietric se acercó para llevarse al hombre cogido por la manga hacia el otro extremo. Ardarico rodeó las mesas para ir a ocupar su sitio; Thyrgyrth estaba sentado a su lado, y Ardarico le preguntó en voz muy baja:

-Dijiste que estaban solos; ¿no estaba ese monje con ellos?

-No, no -contestó el aludido-. Te juro que estaban sólo el huno y la chica.

No había nadie más.

Ardarico murmuró un juramento. Con movimientos rápidos y bruscos de su cuchillo cortó trozos de carne y se los llevó a la boca. En el otro extremo de la mesa, el romano le sonreía y asentía. Ardarico apartó la mirada de Tentio y sus servidores. Los mensajes romanos, que tanto placer le habían producido antes, le hacían ahora desconfiar. Recordó que habían ofrecido dinero a Edeco para que matara a Atila. Ahora le parecía que había pasado mucho tiempo desde aquello, y, sin embargo, no había transcurrido ni un año. Sería un estúpido si aceptaba la palabra de los romanos.

Dietric se había llevado al monje y lo había sentado a su lado, frente a los romanos; le servía con sus propias manos, visiblemente, para que todo el mundo viera que le honraba. Desde que se habían ido de Hungvar, Dietric actuaba misteriosamente. Ardarico dejó el cuchillo y se puso en pie. Al ver que se levantaba, hizo lo propio la mitad de la mesa. Con un gesto ordenó que se sentaran y caminó hacia la puerta delantera. Al pasar junto a Dietric y el monje apartó la mirada para no verlos.

Hacia dos días que estaba lloviendo y el patio exterior del palacio estaba lleno de barro. Ahora la lluvia había cesado y estaban encendidas las antorchas de ambos lados de la puerta interior y detrás de la exterior. La luz se reflejaba en los charcos de agua. Arriba no había luna ni estrellas, sólo una oscuridad impenetrable. Ardarico caminó por un lado del patio, por donde el suelo era firme. Con cada paso los pies se le deslizaban hacia fuera, hacia el barro. Cogió la antorcha que había fuera de la puerta del establo, abrió el cerrojo y entro.

Desde luego que si hubiera apesado el caballo del huno hubiera sabido inmediatamente de quién se trataba. El más listo de los dos había escapado, pensó echándose a reír. El oscuro establo olía a abono y caballos húmedos, iba a encender la antorcha que había traído, pero la ventana de la parte trasera del establo se encontraba abierta y utilizó la luz para abrirse camino más allá de los caballos atados, hasta donde se guardaba el heno.

El huno yacía allí sobre un montón de paja, con las manos atadas, y él mismo atado a una argolla de hierro puesta en la pared. Era Tacs. Ardarico dejó que el aliento se le escapara en forma de suspiro. Recordó que Tacs había sido el único amigo de Dietric. Una sangre seca tan espesa como barro cubría la parte inferior de sus piernas, pero sangre nueva seguía filtrándose y empapando el heno.

El aire que entraba por la ventana estaba helado. Ardarico se inclinó dificultosamente por encima del huno para cerrarla, y el heno crujió. Agachándose, vio fijos en él los ojos del huno. Se echo hacia atrás y el brillo de los ojos del herido le siguió.

Ardarico cerró la ventana de un golpe y se dirigió a paso rápido hacia la puerta.

Con una mano en el pestillo, se quedó en pie, inmóvil, escuchando. Los caballos se movían y masticaban el heno, tapando cualquier sonido que pudiera hacer Tacs.

Pero sintió como si siguiera viendo la mirada del huno fija en él. Abrió la puerta y salió.

En el patio había varios gépidos dedicados a extender paja sobre el barro. Como le miraron, se sintió obligado a caminar lentamente, de manera natural. Soy un rey, pensó. Soy su rey. Pero las piernas le llevaron más y más rápido hacia la luz y el calor de su salón.

Tentio le esperaba al lado de la puerta. Al entrar, Ardarico se dio cuenta de que llevaba todavía la antorcha apagada y la dejó apoyada en el marco de la puerta.

El romano le cogió por el brazo.

-Hazme saber lo que te preocupa, mi señor -le dijo, mientras que con un movimiento del dedo pedía cerveza para los dos; llevó a Ardarico hasta el fuego, y cuando una joven trajo la jarra la cogió él mismo y llenó hasta el borde la copa del rey gépido.

-No es nada importante -contestó Ardarico. Tomó un trago largo de cerveza y se limpió la espuma del bigote-. Háblame tú más bien sobre la forma en que puedo servir a mi señor el emperador.

Durante toda la noche, mientras esperaba la oportunidad de hablar a solas con el enviado romano, Aurelio imaginó la fogosa conversación que sostendría con él: el enviado de infinito cinismo, el monje, inspirado por Cristo, despreciando furiosamente la diplomacia mundana. Mentalmente se imaginó en Tentio un carácter complicado, como si fuera el personaje de una obra.

Por fin, a una hora tardía de la noche, encontró a Tentio solo en una esquina del hogar, bebiendo cerveza germana. El monje arrastró una silla y se sentó a su lado.

-Saludos, camarada ciudadano -dijo Tentio, inclinándose hacia adelante en su asiento, casi en posición ansiosa. Ante esa cordialidad, Aurelio perdió su porte.

Los germanos se habían acostado ya o se disponían a hacerlo, e ignoraban a los dos romanos. Aurelio miró la habitación. Las paredes de madera exudaban brea y olían a bosque; el calor del fuego se mezclaba con la corriente que entraba por entre las tablas del suelo.

-¿Cómo te ha ido entre nuestros amigos los bárbaros?

-Bien. Excelentemente.

-Sí -comentó Tentio rascándose la nariz-. Parecen ser cristianos, a pesar de la obstinada insistencia en la herejía arriana.

-No he estado entre cristianos. He pasado los últimos meses entre los hunos.

-¿Es cierto eso? -los ojos de Tentio se ensancharon-. Un campo nuevo en el que sembrar. ¿Convertiste a alguno?

-No.

Tentio hizo un gesto de simpatía. Los dos quedaron en silencio, cada uno mirando hacia otro lado. De pronto, Aurelio levantó la cabeza, decidido a enfrentarse al emisario.

-¿Eres cristiano?

-Por supuesto.

-¿Cómo puedes entonces hacer eso?

-¿Que es lo que estoy haciendo?

-¿Niegas que estás influyendo en el rey gépido para que ataque a los hunos?

-Claro que no lo niego -contestó Tentio con una sonrisa-. Los hunos no son cristianos; son una amenaza para el imperio cristiano; hay que pararlos de alguna manera. ¿Te parecen reprobables mis actos?

-El asesinato está en contra de la ley de Dios.

Incluso para si mismo, lo que acababa de decir le parecía pomposo, hasta estridente. El romano cerró los ojos.

-Así es -contesto-. Pero en estos tiempos incluso el comer plantea problemas filosóficos. Mi objetivo es servir al emperador. Es bueno para Roma acabar con los hunos. Dejo la filosofía a los que se han preparado en esa disciplina.

Aurelio tomó aire en los pulmones y lo dejó salir lentamente. Donde había esperado oposición, sólo encontró falta de interés. Al beber la cerveza, Tentio ponía una mueca con cada sorbo, por lo que Aurelio le dijo:

-¿No te gusta la cerveza? Deben tener vino.

-Me dijeron que tenía que admirar sus costumbres -contestó Tentio.

Volvió a cerrar los ojos. A Aurelio se le ocurrió preguntarle por la razón de que hubiera que servir al emperador, pero las posibles respuestas le deprimieron.

Recordó al Flautista y por un momento aumentó en él la sensación de pérdida.

Desde luego no había nada que decir. Se envolvió las pantorrillas con la falda de la túnica, para evitar las corrientes, y, lo mismo que Tentio, se acurrucó en la silla esperando a que le llevaran a un lugar donde dormir.

Por la mañana, Tacs había desaparecido. La cuerda con la que lo habían atado estaba cortada por la mitad sobre la paja sucia, y cuando Ardarico ordenó que buscaran al monje, sus hombres le dijeron que también se había ido. Nadie les había visto. Dietric estuvo en pie a la izquierda de Ardarico, con la mirada fija en el rostro de su padre, mientras éste hizo todas las preguntas. No mostró el menor interés ni siquiera cuando Ardarico habló con los tres hombres que habían estado de guardia toda la noche en la puerta.

Ninguno de los guardianes había visto al huno, al monje ni a nadie más; ninguno de ellos admitiría haber abandonado su puesto. Ardarico los despidió colérico y se sentó en su sillón, hecho copiando el que el qaghan tenía en Hungvar. A su alrededor, los ruidos habituales de la mañana llenaban la sala; los de los siervos que iban y venían y los de las mujeres que trabajaban en el telar y charlaban. Dietric seguía mirándole.

-Eres poco respetuoso. ¿Quién te enseñó a mirar fijamente como un huno vulgar?

-Excúsame -respondió Dietric mirando hacia otro lado.

-Uno de ellos debió dejar la puerta en algún momento. ¿Cómo si no iba a sacarlo el monje? ¿Y cómo, además, pudo cargar con Tacs? Es un hombre pequeño; no demasiado fuerte... ¿lo consideras lo bastante fuerte como para llevar en brazos a un hombre al que han desjarretado?

-No -contestó Dietric-. Pero es que no lo hizo él. Yo lo hice.

Ardarico lanzó un juramento.

Abalanzándose sobre su hijo lo sujetó del brazo y tiró de él para ponérselo a la cara.

-¿Que es lo que quieres decir? ¿Que lo hiciste tú? ¿Que tú lo sacaste?

Era un alivio poder descargar el mal humor con justicia. Golpeó a Dietric en la cara.

-Lleve a Tacs hasta el río -contestó Dietric, actuando como si Ardarico no le hubiera pegado-. El monje no habría podido. Allí tenían los caballos y ya no me necesitaban.

Ardarico volvió a pegarle. El calor de la rabia le ardía en el rostro. La palma de su mano cayó sobre las mejillas del hijo con la fuerza de un habla al cortar la madera. Dietric apartó la cabeza para que le diera sólo de refilón, pero aun así debió dolerle, pues en la mano de Ardarico quedó una marca brillante, aunque Dietric no pareció sentirlo. Miraba sin parpadear a los ojos de su padre. Ardarico le golpeó por tercera vez.

-Eres un estúpido. Un loco -tiró del brazo hacia él-. Vete. Piensa en tus pecados hasta que vengas a pedirme perdón.

Dietric no dijo nada. Permaneció un momento de pie, a la izquierda de la línea de visión de Ardarico. Ignorándole, Ardarico fijó la mirada en un punto de la habitación. Un momento más tarde Dietric cruzó la sala en dirección a la puerta.

Por encima de la cabeza de Tacs. las ramas blancas de los abedules se elevaban hasta el cielo ardiente. Las piernas le dolían con un palpito que se repetía puntualmente. Cada vez que recordaba la forma en que le habían capturado, los ojos se le llenaban de lágrimas por la rabia. Había reconocido a dos de ellos.., amigos de Dietric. Giró la cabeza sobre el suelo y apretó los dientes.

El monje volvía. Podía sentir sus pasos en la mejilla, a través del suelo. Levantó la cabeza. Resultaba curioso ver al monje vestido como un xiung, con la segunda capa de Tacs, una camisa y pantalones abombados de xiung. El paño marrón que el monje sostenía extendido en las manos formaba parte evidentemente de su sotana. El monje se arrodillo, quitó cuidadosamente el vendaje de las piernas de Tacs y puso uno nuevo en las pantorrillas, donde le dolía.

-Deberías haberte quedado con ellos -dijo Tacs.

-No seas estúpido. ¿Quién te habría atendido?

Tacs no había pensado en eso. Se movió para poder ver lo que el monje estaba haciendo: doblar las vendas usadas, sacadas también de la sotana marrón. Tacs emitió un sonido gutural.

-El Flautista lo habría hecho mejor que tú.

-Lo sé -contestó el monje pasándose una mano por su estrecho rostro-. Ojalá estuviera aquí con nosotros. Seguro que sabría mucho mejor que yo lo que hay que hacer.

-El Flautista lo sabía todo.

-Desde luego sabía mucho.

La mañana en que Tacs y la chica fueron capturados habían dejado al chamán bajo el cielo. Al menos la chica se había ido.

-¿Tenemos agua? -preguntó Tacs.

El monje se puso en pie, desapareciendo del campo de visión de Tacs. El huno se dio la vuelta y vio que estaban acampados en un pequeño trozo de sombra, con una cuesta empinada a ambos lados en la que crecían abedules y fresnos. Era evidente que se encontraban cerca del río. Él estaba tumbado sobre unas ramas cubiertas con lo que quedaba de la sotana del monje. En la otra orilla, a algo más de tres metros de distancia, el monje había dejado los sacos y un bulto que Tacs no había visto antes. Le llevó a Tacs una calabaza con agua y se sentó a su lado; en la otra mano sostenía una hogaza de pan germano.

-Tu amigo también nos dio comida.

-¡Mi amigo! -exclamó Tacs incorporándose sobre un codo.

-El hijo del rey. El que nos trajo hasta aquí.

Tacs sacudió la cabeza. El agua fría bajó por su garganta. Lo único que recordaba era que estaba enfermo y enfebrado en el inmundo establo germano, como un esclavo.

-¿Dietric nos trajo aquí? ¿Dónde está?

-Imagino que regresó a su casa.

-¿Va a volver?

-No lo creo. Dijo que nos fuéramos en cuanto pudieras viajar, pues si decidían buscarnos aquí nos encontrarían fácilmente.

-¿Te dijo él quién era? ¿Era joven..., más joven que yo? ¿Con el pelo y los ojos claros..., de buen aspecto? Lo digo a la manera germana.

-Tan sólo dijo que era tu amigo. Es tu amigo -repuso el monje cortando un trozo de pan y dándoselo a Tacs-. Debía ser Dietric, claro.

Tacs dejó el pan y se levantó todavía más. El monje se aproximó a él, pero no intentó detenerlo. Con los dedos, el huno se tocó los vendajes de los talones.

Le dolían mucho los pies; no podía moverlos, y cuando lo intento, el dolor se disparó hacia arriba, por la parte posterior de las piernas.

-A caballo puedo montar. Deberías volver con Ardarico... Dietric cuidaría de ti -a lo mejor, el monje habló con Dietric al despedirse y Tacs podría encontrarlo en algún sitio. Pero el monje sacudía la cabeza.

-Escúchame, amigo. Antes preferiría ir al infierno que volver a ese lugar de nuevo. No trates de discutir conmigo. Si quieres irte... y veo que puedes hacerlo...

me tendrá que dejar aquí. Puedo seguir mi camino, ya lo hice antes.

-Eso fue en verano -replicó Tacs cogiéndole del brazo-. Mira los árboles.

Nevará pronto. No conoces el invierno de aquí. Si no te vas con los gépidos, ven conmigo.

-Te lo agradezco, pero no puedo hacerlo.

Tacs murmuró algo guturalmente, observando al monje por el rabillo del ojo.

Comió un bocado de pan. Deseaba ver a Dietric... le resultaba enloquecedor saber que había estado allí, que él mismo le había traído, sin haberlo visto. Terminó el pan y se limpió las migas que le habían quedado en las rodillas.

-Como quieras. Pronto oscurecerá y me iré. Creo que tendrías que venir conmigo. En todo caso, te dare un caballo. Llévate todo lo que quieras. Yo puedo cazar en la llanura, así que llévate la comida. ¿Has visto mi poney negro?

-Sí... estaba pastando con las yeguas, pero no dejó que me acercara a él.

Tacs asintió.

-Sabía que regresaría.

No tenía sentido ir directamente al río Nedao; todavía no habría nadie allí. Se echó hacia atrás y se quedó mirando el cielo a través de los abedules, pensando adónde ir y en lo que tendría que cazar hasta que llegara la luna del ciervo combatiente.

XXI

-¡Tacs! ¡Tacs!

Tacs tiró de las riendas y miró a su espalda. En la vasta extensión de campo habitado no pudo ver a nadie que conociera. Los perros gruñían y ladraban junto a los cascotes del poney, que soltaba ceces bufando. Tacs se inclinó para golpear a los perros con el arco. Al erguirse, vio a Monidiak, que venía hacia él por entre la maraña de auls, estructuras para secar la carne, zonas para la colada y hogueras de campamento.

Dejando el arco, Tacs extendió los brazos y lanzó un grito. Monidiak hizo saltar a su caballo por encima de un montón de basura y desde la silla se lanzó a los brazos de su amigo. Cayeron juntos al suelo, hacia atrás, sobre un niño muy pequeño que se echó a llorar; la madre salió del aul con un látigo y empezó a azotarles, sin dejar de soltar maldiciones.

-Monidiak -gritó Tacs estrechando a su amigo. El látigo de piel de buey que manejaba la mujer cayó sobre sus hombros y la punta tocó su mejilla como un carbón ardiente-. Ay. Salgamos de aquí. ¡Monidiak, Monidiak!

Cubriéndose la cabeza con los brazos, Monidiak se levantó de un salto y salió del campamento de la mujer. Tacs se arrastró tras él sobre las manos y rodillas.

Así resultaba menos visible, y mientras la mujer, restallando el látigo sobre su cabeza, perseguía a Monidiak, Tacs llegó hasta el poney, se sujetó con las manos a sus largas crines y le ordenó que le arrastrara hasta un lugar seguro. Monidiak reía y suplicaba piedad. Detrás de la mujer, el niño había encontrado una piedra bonita e intentaba comerla.

-¡Monidiak! -gritó Tacs, subiéndose a lomos del poney. Monidiak esquivó el último latigazo, hizo un gesto de burla a la mujer y corrió por el campamento siguiendo a su caballo. Tacs fue tras él. Cuando cogió las riendas, Monidiak se volvió hacia él y le sonrió.

-Sabía que vendrías. ¿Qué hiciste con el Flautista? ¿Está contigo? ¿Dónde estáis acampados?

-Sólo he venido yo. El Flautista ha muerto.

Los ojos de Monidiak, al ensancharse y redondearse, parecieron los de un germano. Desapareció la sonrisa de su rostro.

-¿Ha muerto el Flautista? ¿Qué sucedió?

-Es complicado. Lo mató una goda. ¿Dónde estás acampado?

-Ven conmigo -le dijo subiéndose de un salto al caballo y poniéndose en marcha-. Los godos nos deben otra.

-Sí. Están matando a todos los xiung que encuentran. Desde que salí de Hungvar he visto tantos muertos como en la guerra.

-Desde que se había separado del monje había visto otros signos de masacres.

Tuvo que quedarse atrás para seguir a Monidiak; el campamento xiung estaba tan abarrotado que sólo quedaba espacio suficiente para que pasara un caballo.

-Eso he oído. En el norte apenas vimos muertos. Bryak también está aquí.

Los dos hemos oído suficientes historias de matanzas como para imaginar que la tuya es complicada.

Le condujo casi hasta la orilla del río. Tacs había dejado los otros caballos casi a un día de distancia, en la llanura, pensando traerlos cuando hubiera encontrado un buen lugar donde acampar. Allí no había sitio para caballos de más. La orilla del río estaba cubierta de campamentos hasta el último centímetro.

Monidiak y Bryak no tenían aul y habían puesto un colgadizo desde tres árboles. Bryak estaba allí, alimentando un fuego con palitos y estiércol de caballo. Cuando les oyó acercarse, levantó la cabeza.

-Mira a quien he... -empezó a decir Monidiak. Bryak se puso en pie de un salto.

-¡Tacs! -gritó abalanzándose hacia él. Tacs se deslizó del poney para abrazarle.

-Ah -exclamó Monidiak-. Al menos ahora somos suficientes para enterrar a alguien. Protejámonos del viento.

Tacs dio a Bryak otro abrazo. Desde hacía más de un mes, que dejó al monje, había estado solo; ahora se le espesaba la garganta y empezaron a brotarle lágrimas al contactar con sus amigos. Estaba apoyado en Bryak y le dijo:

-Ayúdame... ya no puedo andar.

Arrodillándose junto al fuego. Monidiak lo examinó detenidamente. Tacs apoyó su peso en los hombros de Bryak y dejó que éste le arrastrara hasta el fuego.

-Germanos -dijo Monidiak volviéndose hacia atrás para coger una jarra.

-Gépidos.

Bryak y Monidiak se miraron el uno al otro. Tacs quitó el tapón que tenía puesto la jarra y olió el contenido.

-Bah. ¿Vino? Quiero Hermano Blanco.

-No tenemos, Tacs. No hay manera de conseguirlo -explicó Bryak palmeándose los muslos-. La gente tiene sólo el que necesita. Y de todas maneras no tenemos nada para cambiarlo.

-Traedme mi saco -dijo Tacs. Estiró las piernas hacia el frente, con dificultad, y tiró de ellas con las manos para cruzarlas por los tobillos. Monidiak lanzó un juramento.

-No es tan malo -explicó Tacs-. Puedo hacer lo mismo que cualquier otro, con tal de que pueda subirme a mi poney. Tendrías que yermear..., ahora puedo montar sin brida -añadió inclinándose hacia el calor del fuego-. Fue Ardarico.

-¿Mató él al Flautista? ¿Dónde estaba Dietric?

-¿Os acordáis de ese monje? -preguntó Tacs sacudiendo la cabeza para negar la pregunta anterior.

Bryak dejó el saco de Tacs en el suelo, a su lado, y este último sacó una de las calabazas que contenía.

-Toma. Lo encontré en estado silvestre e hice té.

Monidiak lanzó un aullido. Los dos se abalanzaron sobre él, abrazándole y golpeándole los hombros con los puños. Echándose hacia atrás, empezaron a pasarse la calabaza. Tacs les contó cómo había muerto el Flautista y cómo le habían hecho aquello en las piernas.

-Al principio no me importaba tanto, pero ahora cada vez que pienso en Ardarico quiero matarle.

-Ah -exclamó Bryak-. Es tan bueno como el mejor Hermano Blanco que he tomado nunca.

-Ojalá podamos matarle.

Tacs asintió.

-Deberíamos matarles a todos. He visto tantas cosas cuando venía hacia aquí...

-se interrumpió para beber; Bryak rebuscaba entre sus sacos.

-Otras tres calabazas enteras y una bolsa llena de hojas.

-Cállate -le dijo Monidiak-. En lo único en que piensas es en emborracharte. Tenemos que vengarnos.

-¿Del rey Ardarico? No seas estúpido. ¿Cómo se van a vengar de un rey tres hunos andrajosos?

-De todos los germanos que hay en el mundo.

-Eso es más posible -contestó Bryak recostándose-. Pásame la calabaza.

-¿Quiénes hay por aquí? -preguntó Tacs mirando a uno y a otro y dándose cuenta de que no se cansaba de ver sus rostros.

-Ellac -contestó Monidiak frotándose las manos-. Vine con él. Por eso tenemos un lugar tan bueno en el campamento. Dengazich y Ernach están acampados allí. Ahora son aliados. Pronto verás a Ernach. No te acordarás ya de cuando era un niño, sin cicatrices. Se parece mucho al qaghan. Aquí está Orestes, el romano que servía al qaghan. Pero dicen que puede irse; los hijos del qaghan le insultan y muchas personas dicen que un romano no tiene sitio en un kuriltai xiung. Edeco, Scottas, Millisis. El que no está es Meggido.

Tacs hizo un ruido con la garganta. Con el Flautista muerto sin sucesor, Meggido, el brujo-cuervo, era el amo único de la mayor parte de la magia de la tribu.

-¿Quién le mató? ¿Qué chamanes han venido?

-Ferga -contestó Bryak-. Y creo que Sallac.

-Meggido está vivo -replicó Monidiak-. Se encuentra arriba, junto a los lagos, con la mayoría de los ancianos. Ninguno de ellos ha venido aquí. Sólo han venido los hombres que se hicieron grandes por el qaghan... además de los guerreros.

Bryak se aclaró la garganta y se puso en pie.

-Traeré algo de comida -dijo antes de irse.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Tacs mirando a Monidiak-. ¿Por qué no están los chamanes y los ancianos? Deberían estar aquí. Cuando elijamos un nuevo qaghan...

-Dicen que no habrá nuevo qaghan. Vamos a comer algo. Estoy hambriento -añadió poniéndose en pie y marchándose.

Tacs le miró alarmado. Monidiak era primo de Edeco... a lo mejor éste había hablado con él. A veces Edeco era un hombre tortuoso que tenía miedo de cosas que no existían.

Pasaron todo el día sentados junto al fuego comiendo, emborrachándose y contándose mentiras sobre sus hazañas y aventuras. Tacs había pensado visitar a su hermano Ras, pero por lo que había dicho Monidiak se imaginaba que Ras no habría venido. Se acordaba de que ni siquiera antes de la muerte de Atila su hermano se mostraba muy entusiasta del qaghan.

Al anoecer se encontraban todos demasiado borrachos para mantenerse en pie. A su alrededor fue calmándose el estruendo y el alboroto del campamento.

Tras la puesta de sol sopló un viento racheado helador y la gente encendió grandes fuegos que iluminaban todo el campamento; reflejados como cobre en el río, los fuegos ardían en una franja estrecha de la orilla, hacia arriba y abajo. El alboroto y las idas y venidas de la gente no desaparecieron del todo. Las mujeres y los niños se habían metido en los auls, pero los hombres iban en grupos de fuego en fuego, charlando y bebiendo. Casi todos llevaban la pintura de una enemistad sangrienta; Tacs pidió dos tarros de pintura en otro campamento y, con sus amigos, se pintó también la cara.

Durante toda la noche otros xiung pasaron junto a ellos, a pie o a caballo, charlaron un momento y siguieron su camino. Casi todos eran aproximadamente de la edad de Tacs, un poco mayores o algo más jóvenes. Cada uno tenía su propia historia de una masacre perpetrada por germanos, o de germanos masacrados. Al cabo de un tiempo todas las historias sonaban igual, y Tacs, Monidiak y Bryak proferían las mismas expresiones de cólera, venganza y luto. Tacs estaba tan borracho que el campamento le parecía un fuego alargado, con sombras que se movían entre las llamas. Las palabras de los hombres que le hablaban se convirtieron en un goteo de ruido claro por encima del estruendo general. Confusamente vio a Ellac, rodeado de portadores de antorchas, paseando por el campamento con sus seguidores. Creyó ver a Edeco, y que hablaba con él. Cuando ya no pudo ver nada se arrastró hasta el abrigo del colgadizo, se enroscó al abrigo del viento y se quedó dormido, soñando con fuegos que lo consumían todo.

-Están acampados ahí arriba -dijo Ardarico-. En la orilla norte hacia arriba y abajo -añadió, mientras con la mano derecha hacía un gesto seco hacia el agua desde el borde del campamento. Dietric, sentado en el portón de la carreta de su padre, cruzó los brazos sobre el pecho. El pensar en la proximidad de los hunos tensó los músculos de su espalda. Se preguntó que dónde estaría Tacs; si es que no estaba muerto.

Ardarico caminaba lentamente en círculos alrededor de la carreta, mirando a sus guerreros. Había ordenado que acamparan en una curva del río en forma de herradura, deteniendo su carreta en una pequeña colina que había en el centro, desde donde lo divisaba todo. Hasta Dietric se sentía impresionado con su padre.

Quizá por causa de los romanos, o quizá sólo por Ardarico, todas las naciones germanas del este de las montañas había enviado guerreros, y Ardarico había logrado reunirlos en un lugar fácil de defender situado a dos días a caballo del punto de reunión de los hunos. A Dietric, al menos, le alegraba que el embajador romano se hubiera ido. Ardarico caminó hacia él y estiró el rostro, impasible.

-¿Puedo confiar en ti? -le preguntó Ardarico con agresividad. Apoyó el peso en un lado de la carreta, sobre las caderas.

-¿Para qué?

-Si te encuentras a ese huno de nariz de cerdo amigo tuyo, ¿te irás con él?

¿ -Puede ser -respondió Dietric, que no pudo evitar sonreír.

-¡Bah! -exclamó el padre golpeándole con fuerza en un costado. Pero habían dejado de discutir entre ellos de algunas cosas, y enseguida Ardarico siguió hablándole.

-Toma tantos guerreros como puedas encontrar que te sigan y ve a vigilar su campamento. Enviaré también a otros, no quiero mentirte.

Mirando a su padre a los ojos, Dietric trató de pensar una respuesta desagradable, pero cuando Ardarico ensanchó los ojos se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente por lo que le dio la espalda y se marchó. Tenía la sensación extraña de que le faltaba el aliento, como si hubiera estado corriendo. La tensión entre su padre y él le tenía nervioso. Caminó hasta el grupo más próximo de guerreros gépidos. Se volvieron hacia él y eligió a tres de ellos al azar, pues apenas si conocía sus nombres.

-Coged los caballos. Vamos a explorar el campamento xiung. Reuniros conmigo junto a la carreta de mi padre.

Se fueron enseguida a prepararse. Dietric caminó junto a los caballos atados al lado del río. Antes de abandonar la nueva empalizada de su padre había elegido a un primo joven de su línea materna para que le llevara las armas. El muchacho estaba sentado en la orilla del río, perdido en sus ensañaciones; Dietric le ordenó que fuera a buscar su caballo. Se sentó donde había estado el muchacho y se puso a cambiarse de botas.

Nunca había luchado en una guerra, y el buen sentido de Ardarico le hacía utilizarlo lo menos que pudiera. Dudaba de que Ardarico tuviera miedo realmente de que traicionara a su propio pueblo a los hunos. A veces sospechaba que su padre estaba tan cansado como él de los problemas que habían surgido entre ellos.

Cuanto más se fijaba en la manera en que Ardarico había ordenado el creciente grupo de guerreros germanos, más comprendía la razón de que los romanos se hubieran dedicado a lisonjear, halagar y sobornar a Ardarico para que se volviera contra los hunos. Lo que le enfadaba era el hecho de que su padre se hubiera convertido en un instrumento de los romanos. Se lo había dicho así una vez, mientras cruzaban un río, y Ardarico le derribó del caballo arrojándole al agua.

Su asistente le trajo el castrado castaño y se lo sujetó mientras Dietric montaba.

-Tráeme la capa. La de capucha de piel. Estare fuera toda la noche.

-Y la espada -añadió el muchacho.

-No. Sólo la capa. Llévala a la carreta de mi padre -ordenó Dietric haciendo que el caballo subiera la pendiente que le alejaba del río.

La curva en herradura estaba medio llena de campamentos germanos; Ardarico había dicho que cuando necesitaran más espacio tendrían hombres suficientes para hacer una sede de campamento abierto más segura. Mientras se dirigía hacia la carreta de Ardarico, Dietric miró hacia el sur, en la dirección de los hunos, aunque estaban demasiado alejados corriente abajo como para poder verlos, más allá de los árboles sin hojas. Al llegar junto al portón de la carreta tiró de las riendas, deteniéndose junto a Ardarico, que estaba haciendo marcas con carbón en uno de sus mapas. Dos hombres, uno por cada lado, le sostenían el mapa.

-¿Sólo tres hombres te han seguido? -preguntó Ardarico sin levantar la cabeza-. No llevas espada.

Dietric desmontó y ató las riendas en el portón. Al caminar hacia el otro lado de la carreta vio que los tres hombres le estaban esperando ya, y les pidió que se adelantaran. Todos iban cargados con sus armas. Uno de ellos llevaba incluso un martillo.

-Dejad aquí todo eso -les dijo-. Sólo serviría para hacernos más lentos. Si nos encontramos con hunos, tendremos que escapar.

-Le encantan los hunos -intervino Ardarico. Chasqueó los dedos, y los hombres que sujetaban el mapa le dieron la vuelta y lo pusieron de cara a Dietric. Sorprendidos, los tres hombres de Dietric abrieron los ojos desmesuradamente y se apartaron de inmediato. Ardarico señaló unos garabatos del mapa.

-Esto es el río y esto nuestro campamento. ¿Lo entiendes todo?

Dietric no podía descifrar ninguna de las líneas y marcas del mapa. Pero asintió, pues sabía que, si no lo hacía, Ardarico le gritaría.

-A un día a caballo hacia el sur, por la otra orilla, hay un árbol partido por el rayo; según los primeros exploradores a tres giros del río desde aquí. Más allá está el campamento huno. Acuérdate de todo lo que veas, especialmente la disposición de la tierra más allá y la anchura del

río por donde están ellos. Dicen que es más ancho allí que aquí. Observa bien la anchura y fíjate en dónde está el vado más cercano. La información nunca sobra.

Ardarico tocó el hombro de uno de los portadores del mapa y ambos se lo llevaron precipitadamente. El rey miró fijamente a Dietric y sus hombres.

-Ya sabéis lo que os harán los hunos si os cogen. Estas cosas -añadió tocando con un carbón la cabeza del martillo- no os servirían de nada. El tiene razón.

Dejadlas aquí. Si no habéis vuelto en tres días, reclamare vuestros caballos.

Con el carbón dibujó una cruz en la parte delantera de la camisa de Dietric y se marchó, dando voces. En ese momento llegó corriendo el asistente de Dietric, para traerle la capa. Los tres hombres miraron a su alrededor con inseguridad,

susurrándose unos a otros; finalmente, dejaron las armas debajo de la carreta de Ardarico. Dietric colocó la capa detrás de la silla de montar. De pronto se dio cuenta de que era la capa de huno que le había dado Tacs. Se quedó quieto, pasando la yema del dedo índice por los bordados de la manga, ya descoloridos; finalmente, desató las correas con que la había sujetado a la parte posterior de la silla.

-Esta capa no me servirá. Tráeme una de las de la carreta de mi padre.

El muchacho salió corriendo a hacer su encargo. Dietric se subió a la silla.

Era mediodía. Si iban a buena velocidad, llegarían al terreno de los hunos poco después de que se pusiera la luna. El muchacho regresó llevando una capa de piel de oveja; cuando la puso en su sitio y la ató, Dietric tiró de las riendas hacia un lado y arrojó la capa de huno al fuego más cercano.

Tacs se inclinó hacia adelante y sin decir nada cogió la jarra de manos de Monidiak. Pero Edeco le vio y miró en su dirección. Sonriendo, Tacs le hizo una seña.

Edeco apartó la mirada y la dirigió hacia Dengazich, quien estaba vociferando y moviendo los brazos por encima de la cabeza. Tacs bebió de la jarra, la cerró y la dejó en su regazo.

-Los germanos se están reuniendo a medio día a caballo desde aquí, río arriba, hacia el norte -dijo Dengazich-. Fui allí con mi hermano pequeño Ernach para ver lo que está pasando. Llegamos a un tiro de flecha del campamento germano.

Levantó los brazos por encima de la cabeza, y todos los hombres que le estaban viendo soltaron un gruñido. Tacs se inclinó hacia el frente y le susurró algo a Monidiak:

-Probablemente desde el otro lado del río. Vaya hazaña.

Monidiak se echó a reír, y Edeco les miró a ambos con dureza. Dengazich siguió hablando sobre lo viles que eran los germanos y sobre cómo él y su hermano pequeño les habían desafiado. Ernach estaba sentado al lado de Edeco, detrás de Dengazich; este último se sentaba sobre una piel de oso y llevaba puesto un manto hecho también con una piel del mismo animal. El qaghan había llevado una piel de oso. Ernach se estaba cortando las uñas. Parecía todavía más joven de lo que era.

-Ellac ni siquiera se ha acercado a ver a los germanos. ¿Cómo va a saber dónde están?

-Tú se lo acabas de decir -exclamó Bryak, y todos los que le rodeaban se echaron a reír. Fue una risa grande y estruendosa; nadie temía mucho a Dengazich.

Hasta él mismo se río.

-Bryak -dijo Edeco poniéndose en pie-. Vete de aquí.

Bryak iba a levantarse, pero Tacs y Monidiak le sujetaron por los hombros y le obligaron a quedarse. A su alrededor, los hombres empezaron a gritar:

-No... no... se queda.

Alguien gritó:

-¡Es mejor xiung que ese medio godol! -y provocó un aullido de acuerdo.

Monidiak se echó hacia atrás, apoyándose en un codo, y susurró en la oreja de Tacs:

-Ya ves el apoyo con que cuenta Dengazich. Es una pena que Ernach sea tan joven. Mira qué enfadado está Edeco.

En ese mismo momento Ernach levantó la cabeza para mirar a su hermanastro, resaltando sobre él.

-Me recuerda al qaghan -dijo Tacs-. Fíjate en su cabeza y sus hombros.

Edeco se puso en pie de nuevo y Monidiak se enderezó rápidamente. Dengazich describía el campamento germano. Se habían encerrado, como era de esperar, en una curva en forma de herradura que trazaba el río.

-Nadie se sorprenderá al enterarse de quién es el que dirige ese ejército de esclavos -decía Dengazich-. Bueno, quizá sorprenda a Ellac, que no piensa en esas cosas. Pero sólo los tontos se asombrarán al saber que es el rey Ardarico el que dirige ese ejército contra nosotros.

Tacs fue uno de los sorprendidos, y Monidiak se echó otra vez hacia atrás, acercándose a él.

-¡Ardarico! -exclamó Tacs estirando los brazos y sujetándose para ponerse en pie, Monidiak y Bryak se lo llevaron a rastras del grupo de oyentes, hacia la parte trasera del campamento de Dengazich. Al mirar hacia atrás por encima del hombro, se dio cuenta de que Edeco les estaba mirando y de que Dengazich había dejado de hablar y se paseaba arriba y abajo frente a su público.

-Podremos vengarnos -dijo Monidiak-. De todo. Incluso por Marag.

Tacs tuvo que esforzarse para recordar la causa de que Ardarico fuera el culpable de la muerte de Marag, acaecida hacía ya más de un año. Fueron adonde tenían los caballos, a la sombra de un árbol, y montaron en ellos. Bryak comenzó a mover en un círculo estrecho su alto caballo bayo.

-¿Adónde vamos?

-Le enseñaremos a Ardarico que no está a salvo de nosotros -contestó Monidiak echándose a reír-. ¿Recordáis cuándo atacamos sus propiedades?

-Vámonos a algún sitio a planearlo -replicó Tacs-. No simplemente a otro lugar del campamento -añadió tensando las piernas alrededor del poney-. Deja de gritar. ¿Es que quieres que venga alguien más?

Bajaron hacia el río por una corta pendiente. Bryak y Monidiak reían y sugerían dolorosas torturas para Ardarico si llegaban a cogerle. Tacs no se sentía feliz. No encontraba ninguna manera de vengarse de Ardarico sin que él mismo acabara muerto. No estaba seguro de qué era lo que quería hacer, pero sí de que no quería morir.

Al pensar en el escaso control que tenía de la situación se puso taciturno.

Incluso en la oscuridad, el campamento huno fue fácil de encontrar. No habían

hecho ningún esfuerzo para ocultarlo; Dietric creía además que ni siquiera habrían puesto centinelas. Toda la parte superior del río brillaba a lo largo de más de un kilómetro por la cantidad de fuegos que estaban encendidos. Llevando atrás a sus hombres, cabalgó por la Orilla opuesta al abrigo de la oscuridad, en silencio, tratando de verlo que estaba sucediendo alrededor de los fuegos. Tras él, los tres hombres lanzaban juramentos y hacían conjeturas acerca de lo que veían. Dietric tuvo que ordenarles que guardaran silencio.

-Nos dividiremos aquí -dijo-. Vosotros dos, Edric y Rotar, volved al vado que acabamos de pasar. Quedaos allí hasta mañana por la noche. Ocultos y con el camino a la vista Para que nadie os sorprenda. Contad el número de hunos que cruzan el vado. Yo... nosotros nos reuniremos con vosotros después de anochecer. Si a medianoche no hemos llegado, regresad sin nosotros. Edric, tú eres el jefe. Que no os cojan -se volvió hacia el tercer hombre-. Tú, Otho, ven conmigo.

Otho no tuvo oportunidad de protestar; Dietric puso inmediatamente el caballo

a galope medio, dirigiéndose hacia el sur para rodear el campamento huno. En la oscuridad podía escuchar cómo el caballo del otro avanzaba pesadamente. Dietric giró hacia el este para llegar al río más abajo del campamento.

Como si fuera un charco de luz, el campamento brilló a su izquierda hasta que llegó el amanecer y el sol naciente borró el color de las hogueras. En la mañana de color azul claro, Dietric condujo su caballo bajo un árbol y desmontó. Había cabalgado casi un día entero y tenía las piernas tan rígidas que apenas podía caminar. Oyó tras él la ligera explosión del aliento del grandón de Otho cuando se sentó.

La llanura ondulada llegaba hasta el distante río, cubierta en algunos puntos por pequeños grupos de árboles. Dietric no podía oír los sonidos del campamento, pero sólo porque el viento soplaba en la dirección contraria. En cambio podía verlo casi hasta el otro extremo; podía ver a los hunos cuando salían de su aul, estiraban

los brazos y bostezaban. Incluso reconoció a uno de ellos, que había ido a Sirmio con él y Tacs.

No dejaba de asombrarle que no hubieran puesto centinelas. Suponía que no se habían molestado en hacerlo porque estaban convencidos de que los germanos no se atreverían a atacarlos. La causa también podía ser, desde luego, que estuvieran demasiado desorganizados. Al observar el campamento, vio que lo habían montado al azar, que había muy poco espacio entre los auls y que en muchos de éstos sólo vivían hombres.

Además había menos hombres que en el poblado de Hungvar. Había esperado que, al reunirse la nación entera de los hunos, su número doblara al de los habitantes de Hungvar. A lo mejor todavía era pronto y el grueso de los hunos llegaría en unos días. Se tumbó boca abajo en el suelo y comenzó a memorizar el terreno que rodeaba el campamento.

-Mi señor -murmuró Otho. Dietric miró hacia atrás por encima del hombro y vio que el otro le tendía un pellejo de agua.

-¿Tienes sed?

-Ah, si -contestó rodando sobre el suelo hasta ponerse boca arriba. Se sentó y cogió el odre. Allí el terreno estaba algo inclinado, como si cayera sobre los árboles, y esperó que esa pendiente y los matorrales les ocultaran. Bebió del odre, levantando la cabeza después de cada trago para mirar a su alrededor.

-Bien. Lleva los caballos a la otra parte del bosque y átalos. Quédate allí.

-¿Nos vamos a quedar aquí algún tiempo, mi señor?

-Hasta que oscurezca. Pero mantente vigilante. No tienen ningún guardia, pero van y vienen en todas direcciones.

Un grupo de hunos acababa de salir a caballo del campamento, dirigiéndose río arriba. Forzó la vista para contarlos.

-Dime lo que debo hacer -le pidió Otho.

Dietric le devolvió el pellejo. Deseaba saber lo que estaba sucediendo en el campamento huno. Cuanto más pensaba en ello, menos creía que nombraran qaghan a otro. Sería un insulto a Atila.

-Excúsame, señor.

-Ya te he dicho lo que tenías que hacer -le replicó, viendo que otro grupo de hunos cabalgaba hacia el campamento llevando ante ellos media docena de ovejas.

-¿Crees que podremos vencerles?

-¿Cómo? -preguntó Dietric sorprendido cuando el gépido le sacó de sus pensamientos-. ¿Vencer a quiénes? ¿A los hunos? No lo sé. No puedo contarlos muy bien, pero creo que no son muchos los que hay aquí. Si podemos sorprenderlos así quizá les vencamos. Mi padre... -se detuvo para observar el campamento-.

Mi padre decidirá lo que hay que hacer. Es un general capacitado, hasta el qaghan seguía sus consejos.

-Pero él no los conoce tan bien como tú -replicó Otho.

-Si -contestó Dietric precipitadamente-. Ahora tenemos que irnos de aquí.

Acababa de ver al poney negro que salía del campamento, a campo abierto; si cambiaba el viento y el animal captaba el olor a germanos, atraería a los hunos sobre ellos. Cogió a Otho por el brazo y lo arrastró hacia los caballos.

XXII

Dengazich y Ernach se habían negado incluso a quedarse al kuriltai de Ellac, por lo que se marcharon del campamento. Nada más enterarse, Monidiak soltó un bufido, entrelazó las manos y exclamó:

-Ahora veremos cómo piensa.

Después se sentó junto al fuego, escarbando malhumorado con un palo entre los carbones encendidos. Había sido Edeco el que había traído las noticias; desmontó del caballo y siguió a Monidiak hasta el fuego. Tacs, sorprendido, levantó la cabeza para mirarle. Edeco se levantó golpeándose un muslo con el puño.

Tenía el ceño fruncido, como de costumbre, pero ahora parecía gravemente preocupado.

-¿Qué es lo que va mal? -preguntó Tacs sentándose en cuclillas. Edeco se quitó los guantes para calentarse las manos. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro con joyas azules. Tacs se preguntó si se la habría dado el emperador.

-Podemos irnos todos -dijo Edeco, aunque hablaba más para su primo que para Tacs-. Ya no va a suceder nada. Aquí no quedan hombres importantes.

-Tú lo eres -replicó Monidiak.

-¿Dónde está tu hermano? -preguntó Edeco mirando fijamente a Tacs.

-Ras no es importante -contestó el otro, acercándose más al fuego. Estaba oscureciendo; las ardientes ascuas rojas de innumerables fuegos iluminaban el cielo.

-No, por si solo no. Pero él y todos los otros que son como él sí son importantes en un momento como éste; especialmente si no acuden a la cita.

-Toma -le dijo Monidiak pasándole una calabaza de Hermano Blanco-. Te dará sensatez.

-Se dedican a llevar una vida sin importancia y aburrida, todos ellos -dijo Edeco tragándose el té sin detenerse a saborearlo y poniendo una mueca de sorpresa-. Creía que era vino.

-Somos demasiado pobres para beber vino -dijo Monidiak.

-Y demasiado listos -añadió Bryak.

-Quizá las dos cosas -sentenció Edeco tras beber otro trago.

-Lo que has querido decir es que no habrá qaghan -comentó Tacs. Ya había pensado antes en ello, pero no se lo habían dicho hasta ese momento.

-Ninguno de ellos puede conseguir apoyo suficiente. Ya les oíste antes, cuando aplaudieron a Dengazich -dijo pasando desganadamente la calabaza a Bryak, que bebió y se relamió los labios.

-Tampoco se lo merece ninguno de ellos -replicó Monidiak-. ¿Y qué vamos a hacer ahora, primo?

-Esa es la razón de que esté aquí, primo -contestó Edeco recostándose y apoyándose en un codo.

-¿Sí?

-Ninguno de vosotros está casado. Ninguno tiene familia. Venid conmigo, luchad por mi y os haré ricos.

A Tacs no se le ocurrió ninguna respuesta. Se humedeció los labios. Bryak dijo:

-¿Dónde irás?

-A Italia, quizá. O a España. Tracia. Algún sitio donde podamos luchar.

-¿Y por qué vamos a luchar? -preguntó Tacs.

-Por lo que sea -contestó encogiéndose de hombros y metiendo los pies debajo del cuerpo-. Decidme lo que decidís. Pienso reunir muchos hombres... quizás quinientos -añadió poniéndose en pie. Se fue llevando de las bridas el caballo.

Mientras hablaban con Edeco había caído la noche. Más allá de la luz de su fuego, en el abarrotado campamento ardían otras hogueras lanzando chispas hacia el cielo. Monidiak sacó las liebres que había cazado por la mañana, cogió el cuchillo y empezó a desollarlas. Bryak miraba fijamente el fuego, apoyando la barbilla en una rodilla.

-¿Y bien? -preguntó Tacs.

Monidiak levantó un hombro. Con una mano saco las tripas de una liebre.

-¿Se te ocurre alguna otra cosa? Sabes que realmente no podemos vengarnos de Ardarico.

Tacs no dijo nada.

-Edeco se ocupará de que no muramos de hambre, ya vemos que él tiene todo lo que quiere.

-Prometió hacernos ricos -intervino Bryak.

-Casi tan ricos como será él -añadió Monidiak-. Cómo lo decía. Iré con él.

Tacs cogió la calabaza y bebió de ella. Le deprimía pensar que no podía hacer otra cosa que no fuera seguir a Edeco. Le daba la impresión de que con la muerte del qaghan había desaparecido todo lo que tenía valor. Pensó en el monje romano, que erraba solo por la llanura. Por vez primera entendió que el monje prefiriera ir solo por el campo en lugar de estar en un campamento lleno de otros hombres.

Contempló a Monidiak troceando la liebre y echando los trozos en un recipiente.

Poniendo el pellejo con la piel hacia abajo, Monidiak lo raspó para quitar la grasa y arrojar ésta en el recipiente, junto con la carne.

En la oscuridad, al borde del fuego, un perro respiraba ruidosamente; cuando Tacs miró en esa dirección vio un grupo de cuatro o cinco perros con las lenguas fuera y los ojos fijos en los órganos de la liebre. Monidiak estaba asando el corazón. Estirando el brazo, Tacs cogió el resto de los despojos y los arrojó a los perros.

-Ahí había buena carne -gritó Monidiak.

En la oscuridad se escucharon los gruñidos y bocados al aire de los perros.

Tacs dijo:

-Ya sabes lo que sucederá si te comes el hígado y el corazón de un conejo.

-Eso es sólo una historia. Los lobos y gatos salvajes los comen todos los días y no se vuelven cobardes -contestó Monidiak sacando del fuego el corazón asado y moviéndolo en el aire para que enfriara.

-Dijo que a Italia -comentó Bryak como si viniera de otra parte-. A lo mejor, al final podemos tomar Roma.

-Los ostrogodos están aquí -dijo Dietric. Se puso las manos como pantalla contra el sol y miró a su alrededor en el campamento de Ardarico. Desde que se había ido, el ejército reunido había crecido tanto que los guerreros no cabían ya en la curva del río y tenían que situarse en el extremo más alejado, lo que resultaba peligroso. Adonde miraba veía hombres hablando o cocinando en los fuegos; habían aplastado los arbustos y quitado las ramas a los árboles para construirse cabañas y encender fuegos.

-Llegaron ayer -contestó Ardarico asintiendo-. Tendremos que encontrar un lugar nuevo en donde acampar. ¿Hasta dónde podemos acercarnos a los hunos?

-No te molestes en moverte -contestó Dietric-. Ya deben saber que estás aquí y en cuanto puedan te atacarán.

-Deja que tome yo esas decisiones.

Dietric se sentó sobre los talones. Miró pendiente abajo hacia los hombres que estaban acampados al otro lado del río.

-Deberías traerlos a este lado. ¿Tienes centinelas allí?

-¿Crees que soy estúpido?

-No. En absoluto -Dietric pensó en la lucha y sus músculos se tensaron. Se sintió vulnerable, que todo su cuerpo era blando ante la espada. Rápidamente se

obligó a pensar en el campamento huno.

-No parecen estar organizados. No tienen centinelas. Ni creo tampoco que manden exploradores. Estuve observando su campamento desde varios puntos diferentes, durante todo el día. En una ocasión estuve tan cerca que les oí hablar...

oí discutir a dos hombres y entendí lo que decían, una vez... -se interrumpió para mirar a Ardarico a la cara-. Una vez vi a muchos hombres reunidos escuchando a Dengazich. Dijo algo, que yo no pude oír, y todos aplaudieron. Todos.

-¿Aman a Dengazich?

-No -contestó Dietric-. Hacen ruido con las palmas de las manos para demostrar desprecio.

-¿De verdad? -preguntó Ardarico enarcando las cejas-. ¿A Dengazich?

-Por lo que decía. Pero es lo mismo. Y sólo hay unos mil auls en todo el campamento. ¿No debería haber más?

-¿Auls? Ah, si cabañas. Debiste contar mal.

-No. Hay menos de mil. Lo que significa que como máximo tienen unos miles de guerreros. Y mientras estuve allí vi que se iban carretas. Si esperamos lo suficiente ya no habrá hunos.

Ardarico frotó las palmas de las manos para limpiarlas de polvo.

-Pero piensas que nos atacarán en cuanto sepan dónde estamos -dijo; echándose hacia atrás en la carreta, sacó otro de sus mapas. Puso un pie en un radio de rueda de la carreta más próxima y apoyó el mapa en la rodilla.

-Si no lo hacen, les superaremos demasiado en número.

-Si tus cálculos son correctos, hay ya dos germanos por cada xiung.

Dietric no dijo nada. Ardarico miraba fijamente su mapa. Girando la cabeza, Dietric miró el campamento. Los guerreros germanos se movían en él a oleadas, laboriosos, ordenando el campamento en filas. Bajo la brillante luz del sol, sus barbas y cabellos amarillos parecían rojizos. En algunos puntos estaban descargando alguna carreta. En medio del campamento el río se enroscaba en una curva cerrada.

-¿Piensas que han elegido un nuevo qaghan? -preguntó Ardarico.

-No lo sé -contestó Dietric sacudiendo la cabeza.

Se volvió hacia su padre. Ardarico le miraba con sagacidad. Como deferencia hacia él, Dietric bajó los ojos.

-¿Echas de menos realmente a tus amigos hunos? -preguntó Ardarico.

Dietric se levantó y se fue sin contestar.

Los hunos se enteraron al amanecer de que los germanos avanzaban hacia ellos.

De fuego en fuego el rumor se extendió entre los escasos hombres que no se habían dormido, y despertaron a todos los hombres que pudieron. Nadie se ponía de acuerdo en quién les mandaba, pero todos querían atacar a los germanos. Algunos cogieron los caballos y salieron al campo nada más enterarse de la noticia. Otros esperaron lo suficiente para reunirse en un grupo de veinte o treinta. Casi todos salieron de debajo de las mantas, se pusieron la ropa, comieron, orinaron, prepararon el equipo de guerra y fueron a despertar a sus amigos con la idea de salir del campamento hacia el mediodía. Al fin y al cabo, los germanos no iban a desaparecer.

Tacs ya se había levantado cuando llegó la noticia. Despertó a Monidiak y le envió a buscar a los caballos. Moviéndose con las manos y los pies, puso a cocer un recipiente con carne, agua y cereales sobre los carbones del fuego de la noche anterior.

A su alrededor pasaban constantemente hombres al galope en todas las direcciones. Los cascos de los caballos levantaban en el aire un polvo tan espeso como el humo. Gritando el nombre de Ellac, tres jinetes pasaron trotando entre la neblina del río; de vez en cuando pasaba algún otro guerrero dispuesto a reunirse bajo el estandarte de Ellac. Pero la mayoría ni siquiera levantó la cabeza al sonido de ese nombre. Bryak despertó, se frotó los ojos con los puños, caminó dando traspiés hasta el fuego y se dejó caer a su lado.

-Qué noche de sueño.

-Vienen los germanos -dijo Tacs. Bajó la cabeza casi hasta tocar las cenizas y sopló los carbones que había bajo la cazuela.

-Pues son unos valientes -contestó estirándose para alcanzar la calabaza de Hermano Blanco. Estaba vacía y la dejó caer, gimió y se estiró. Lentamente observó lo que le rodeaba.

-¿Dónde está Monidiak?

-Por allí -contestó Tacs cortando el pan y haciendo un gesto con el cuchillo.

A través de la basura acumulada en el suelo del campamento, Monidiak caminaba hacia ellos llevando los caballos; sobre el poney negro había un montón de heno tan alto como el propio caballo. Bryak se puso enérgicamente en pie para ir a ayudarlo.

Dieron de comer a los caballos, comieron ellos mismos y después, mientras Bryak limpiaba la cazuela, Tacs y Monidiak se sentaron a observar a los otros xiung que salían del campamento. Muchos de los que lo hacían saludaban con los brazos, cantaban y se gritaban bromas unos a otros. Tacs desenganchó de uno de los palos que sujetaba el colgadizo las cajas con el arco y las flechas. Habían fabricado un poco de pintura, y cuando regresó Bryak se sentaron en un pequeño círculo y se pintaron la cara unos a otros con totems y con el signo de guerra.

-Tengo malas sensaciones sobre esta batalla -dijo Monidiak-. Todos se sienten demasiado felices de luchar hoy.

Tacs silbó al poney negro. Éste se aproximó dando la vuelta por detrás del colgadizo con briznas de heno sobresaliéndole por los lados de la boca. Tacs consiguió que bajara la cabeza para cogerle las bridas. Cogiéndose con la mano izquierda a las largas crines negras, logró ponerse en pie y colocarle la silla al poney.

-No seas estúpido -le dijo a Monidiak-. Vas a traernos mala suerte. Acuérdate de cuando fuimos a Italia. Todos estábamos muy animados.

-Pero no conquistamos Italia.

-Tampoco la perdimos -replicó Tacs encogiéndose de hombros-. ¿Nos han vencido alguna vez?

-En la Galia.

Tacs emitió un sonido tosco con los labios.

-El qaghan siempre dijo que fue una victoria, pero fuimos vencidos y él lo sabía; Edeco me lo contó una vez.

-¿Qué es lo que sabe Edeco de eso?

Bryak regresó llevando el caldero por el asa.

-¿Qué hago con esto?

-Déjalo -contestó Monidiak. El caldero era suyo. Se puso en pie y miró alrededor del colgadizo buscando su caballo.

-¿Vamos a volver aquí? -le gritó Bryak, pero tuvo que volverse hacia Tacs para obtener una respuesta.

Tacs apretó las correas de la silla. Había atado el arco y las cajas de las flechas a la silla, poniendo la capa detrás.

-Lo que necesitamos se lo podremos coger a los germanos -dijo subiéndose sobre el poney y enderezándose sobre la silla.

-Espéranos -dijo Monidiak cuando volvió llevando el caballo. Bryak dejó el caldero y se fue corriendo en la dirección en la que venía Monidiak. Tacs dejó las riendas sobre el cuello del animal y permaneció sentado viendo cómo sus amigos ensillaban los caballos. La herida del talon derecho estaba ulcerándose de nuevo; se resistía a la curación, cuando se cerraba volvía a abrirse al menor golpe o estiramiento. Ahora le picaba y le ardía hasta la mitad de la pierna. Se sentía asustado y deseó poder pedirle al Flautista que le curara. Aunque había visto morir a cientos de hombres, no lograba hacerse a la idea de que el Flautista estuviera realmente muerto; era como si el chamán estuviera escondido en alguna parte, fuera de su alcance. Por primera vez en su vida, la batalla que se iba a librar le asustaba.

En ese momento oyó gritar a alguien y vio a un jinete que galopaba por la orilla del río, sorteando los fuegos y gritando:

-Venid todos... hay lucha en el río y nos obligan a retroceder... venid todos.

Tacs sujetó las riendas y el poney negro levantó la cabeza y dio dos pasos hacia un lado, nervioso. Monidiak se subió a su silla de un salto.

-Esperadme -gritó Bryak. Ajustó las cinchas y corrió hasta el colgadizo a coger su arco.

-Tráeme la lanza -gritó Tacs. Si la lucha era en el río, el arco no le serviría de mucho. Tiró de las riendas del poney para ir a coger la lanza que le entregaba Bryak.

-¡Edeco! -gritó Monidiak poniendo en marcha su caballo. Tacs y Bryak le siguieron, y el primero vio a Edeco en mitad del campamento a la cabeza de unos cien guerreros. A cada paso de su caballo se le unían docenas más. Corriendo por la orilla oeste del río, otros hombres se llamaban unos a otros, hacían sonar sus escudos de piel de buey y reían. Tacs cogió el escudo que colgaba de la silla y se lo puso en el hombro izquierdo. Bryak, que cabalgaba a su lado, tenía el rostro enrojecido y reía.

Cabalgaban ahora en medio de una oleada de jinetes, todos los cuales hablaban y gritaban. Algunos hombres cantaban con voz áspera por la excitación. A cada paso el estribo de madera de Bryak golpeaba la pierna izquierda de Tacs. A su derecha cabalgaba un hombre que no cesaba de proferir maldiciones en tono monótono.

Tacs volvió la vista al frente. Antes siempre le había encantado la perspectiva de la lucha, la acción, lo repentino, la tensión. Se hizo una mueca a sí mismo por tener miedo, pero el temor le paralizaba. A su alrededor sonaban las voces de sus amigos, pero a él le resultaba imposible hablar.

En un largo desfile de guerreros, bajaron por la orilla del río manteniendo los caballos a trote rápido. En el claro cielo otoñal se elevaba un sol ardiente; los hombres que llevaban las capas se las quitaron y las colocaron detrás de las sillas. Un pellejo de agua fue pasando hacia atrás por entre la multitud; Tacs tomó un trago largo y se lo pasó a Bryak. Entrecerró los ojos para ver mejor, pues el polvo que levantaban al pasar quedaba suspendido en el aire formando una especie de velo. Bryak no dejaba de murmurar para sí mismo.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Tacs.

-¿Por qué no se nos ocurrió traer un poco de Hermano Blanco?

Tacs rebuscó detrás, entre la capa, y sacó la última calabaza llena. Bryak la cogió con un grito de incredulidad y alegría. Quitó la tapadera, se la llevó a los labios y bebió un trago muy largo. Tacs se rió de él, pero cuando cogió la calabaza bebió tanto como su amigo.

En un instante el te le calentó y le animó el espíritu. La boca se le había secado.

El polvo le picaba en los ojos. El miedo desapareció y antes de que la calabaza volviera de nuevo a él estaba cantando una canción de caza con Monidiak. Se fueron pasando la calabaza entre los tres amigos y dos o tres hombres más hasta que no quedó nada. Tacs colgó de la silla la calabaza vacía. Poco después cogieron velocidad y el poney se puso a paso largo.

Un poco más adelante había un griterío. El ruido fue pasando por las filas hacia atrás.

-El río..., el río...

Tacs sujetó la lanza con firmeza. No creía que pudiera utilizar el arco. El poney inició un galope tendido. Hombro con hombro, los caballos grandes que le rodeaban subieron una pequeña pendiente, pisoteando los matorrales y tropezando con los árboles. El polvo lo cubría todo. Tacs sólo podía ver los cuerpos de los hombres y caballos que le rodeaban inmediatamente. Delante de él saltaba la cabeza oscura de Monidiak con su pluma roja. De pronto la tierra desapareció; comenzó a oscilar los brazos mientras el poney se deslizaba por una orilla larga y empinada y caía en medio metro de agua fría.

A su alrededor había un estruendo como de tambores. Choques metálicos. El sonido repentino le hizo daño en los oídos. A su izquierda alguien gritaba en germano. Las flechas caían en el agua al lado de las patas del poney. Tacs sujetó las riendas y miró a su alrededor. El grupo compacto de hombres se abrió; Bryak estaba a dos caballos de distancia, mirando a su alrededor y tan confuso como Tacs.

Ahora el sonido de la lucha venía de tres lados y más xiung iban cayendo al agua, deslizándose por la orilla.

-¡Bryak! -gritó Tacs haciéndole señas y moviéndose hacia él. El poney echó las orejas hacia atrás y al principio se negó a moverse; Tacs le golpeó con el extremo inferior de la lanza hasta que le obligó a saltar hacia adelante. Perdió pie y cayó de lado en el río. Con la mano libre Tacs se agarró a sus crines. La corriente arrastró al animal hasta que se enderezó, nadó y subió a una orilla de gravilla que había en el otro lado. Tacs estaba empapado; con el aire frío jadeó y empezó a temblar incontrolablemente. Impulsando al poney con la lanza, le obligó a dirigirse a la otra orilla.

El caballo resbalaba y daba traspies en la gravilla. Por delante los árboles y espesos zarzales cubrían la orilla. Detrás de las ramas espinosas, Tacs vio gente que se movía: eran germanos de trenzas amarillas que llevaban cruces colgadas del cuello. Tacs gritó el nombre de Bryak y subió por la orilla. El poney adelantó el morro y se metió en los espinos sin lograr abrirse camino. Miles de pequeñas espinas se le clavaban a Tacs en el cuerpo. Los germanos se dieron la vuelta para hacerle frente. Metió la lanza en el pecho de uno y golpeó a otro en la cara.

Los demás huyeron de él, gritando. El Hermano Blanco le latía en la sangre.

No tenía tiempo para el miedo; en lo único que podía pensar era en cómo luchar y perseguir a la media docena de germanos que huían de él. Traspasó con la lanza a dos de ellos y lanzó el poney sobre otro. Los demás giraron; más germanos venían hacia él con lanzas y martillos. Sus bocas rojas, rodeadas de barbas y bigotes amarillos, se abrían como la de un pez fuera del agua. Lo único que podía oír era el estruendo tremendo y carente de rasgos de la batalla. Lanzó un grito y galopó por la orilla hacia el vado.

Allí habían cogido a los germanos cruzando el río, pero de alguna manera fueron los germanos los que acabaron atrapando el xiung. Tacs nunca había entendido de tácticas. Por delante, entre él y el río lleno de cuerpos, se levantaba una pared de espaldas germanas. Ni

siquiera estaban luchando; no tenían xiung ante ellos. Estaban inclinados sobre las espadas y miraban. Tacs movió la lanza a la altura del hombro y cargó entre ellos. La lanza golpeó las cabezas y hombros de los germanos. Se volvieron para hacerle frente y Tacs clavó la lanza entre los ojos del que tenía enfrente. Estaba tan cerca que oyó su grito de dolor. El cuerpo dejó al caer una abertura hacia el río, en el que se agitaba una espuma teñida de sangre, y Tacs agachó la cabeza y dirigió el poney hacia allí.

Notó un estremecimiento sordo en la pierna derecha; sacó el cuchillo y comenzó a moverlo hacia el germano que le sujetaba. Este se apartó, dejándole paso, y el poney saltó al río. Cayó sobre los hombres que estaban luchando; Tacs se movió sobre las rápidas aguas marrones y los cuerpos saltaban y gritaban bajo los cascos del animal. De un pequeño salto se echó hacia atrás en la silla. Algo le golpeó con dureza en la mano derecha. El agua le salpicó en la cara; sabía a sangre. Bajo él, el poney se ponía de manos y coceaba, se impulsaba sobre las patas traseras, se ponía de manos otra vez y finalmente empezó a galopar. Le rodeaban cortinas de agua. Escuchó los gritos de los hunos. El caballo giró y se quedó quieto; estaban de nuevo en medio de los hunos, al abrigo y a salvo.

Los xiung gritaban alegremente. Se esforzaban por entrar todos al tiempo en el estrecho vado. En la otra orilla los germanos, en ordenadas filas, destrozaban la vanguardia huno. Eran demasiados para usar los arcos, y por lo visto la mitad de los hunos no había traído lanza. Los caballos pateaban, embestían y aplastaban entre ellos las piernas de los jinetes. No podían avanzar hacia los germanos ni podían retroceder ante ellos. Tacs no podía creer que hubiera vuelto fácilmente en la otra dirección, pues los germanos parecían formar una pared sólida. Tirando con la rienda derecha del cuello del poney, logró abrirse paso hasta la línea de lucha.

La pelea le impulsaba hacia el frente. Sobre los caballos negros y los hombros tensos de los xiung que tenía delante empezó a ver rostros germanos. Cada uno de ellos le recordaba a Dietric. Se preguntó lo que haría si veía a Dietric ante él...

si le atacaría de alguna manera. Dietric era su amigo. Dietric le había salvado de Ardarico. El poney dio un traspies y cayó de rodillas, lanzando a Tacs sobre su cuello; por un momento se quedó viendo la espuma embarrada del río. El animal volvió a levantarse con un bufido. Tacs sujetó la lanza, tomó una inspiración profunda y se abrió paso entre dos hombres hasta la primera fila.

Hasta que estuvo allí no vio ninguna señal de Bryak ni Monidiak. Estaban delante de él, forzados como él hacia los germanos, pero retenidos y mirando salvajemente a su alrededor. Tacs se imaginó a los germanos que tenían delante como un estómago que ellos, los xiung, estaban alimentando. Un grito le desgarró la garganta; sorprendentemente Bryak le oyó y se inclinó para tirar a Monidiak de la manga. Tacs les saludó con el brazo y ambos se abrieron camino hacia él.

Tacs dirigió el poney al río y entró en el agua. De nuevo el caballo entró en aguas profundas y la corriente se lo llevó, luchando para mantenerse erguido. Tacs se agarraba a él con ambas manos. Vio dónde salía de la corriente la orilla de gravilla y dirigió el poney hacia allí. El animal nadaba con fuerza, arrojando agua por la nariz. Tacs miró por encima del hombro y vio que Monidiak le seguía y que Bryak iba detrás. Se dio la vuelta. El caballo se puso en pie con las patas extendidas sobre la orilla de gravilla, con el agua hasta las rodillas, y se sacudió violentamente. Tacs casi se cae. Con un bufido con el que echó agua por las ventanas de la nariz, inició un trote por la orilla de gravilla hacia el lado germano del río.

Estaban agrupados en la orilla del río por la que Tacs había salido antes; giró a la izquierda e hizo ascender al poney los dos metros de barro congelado para llegar a los espinos y zarzas del río. Tiró de las riendas para dejar que el animal recuperara el aliento. Monidiak llegó tras él. La orilla cedió bajo Bryak y tuvo que bajar unos metros y subir corriendo para unirse a ellos.

Los germanos estaban delante, subiendo corriente arriba hacia el vado, pero miraron hacia atrás por encima del hombro y les vieron. Tacs preparó la lanza y cargó. Antes de llegar a chocar con los germanos vio que otros hunos cruzaban el río para seguirle. Levantó la voz en un grito que era mitad de alegría mitad de guerra. Los rostros germanos se disolvieron ante él en una masa borrosa de carne blanca que desgarrar con la lanza. Lanzó el poney hacia ellos.

Como el río, los germanos chapoteaban a su alrededor con las cabezas metidas entre los hombros. Incluso a pie eran gigantescos. Atacó con la lanza y la utilizó como un mazo delgado y largo. La respiración se le quedó atascada en la garganta.

Las manos de los germanos trataban de asirle, sus espadas cortaban el aire a su alrededor. Se dio cuenta de que algo le había golpeado por atrás. De pronto estaba rodeado de xiung que se abrían paso hacia él oscilando sus armas entre los germanos. Estos desfallecieron. Aplanaron sus ojos claros de Tacs. El huno dejó caer el brazo a un lado y nadie le atacó. Cuando miró a su alrededor no vio ningún rostro más claro que el suyo.

Veinte o veinticinco xiung le habían seguido cruzando el río. Apañados luchaban por avanzar, tratando de romper la masa de germanos para unirse con los otros xiung que había en el centro de la batalla. En medio de ellos, Tacs se echó hacia atrás para descansar unos momentos. Después, forzando el caballo hacia el frente, lo introdujo en la primera fila. Un germano fue por él levantando el mazo bajo la luz del sol, pero Tacs le dio en el brazo con la lanza y luego se la hundió en el pecho. La línea de xiung que le rodeaba avanzó unos metros. Dos germanos se lanzaron contra Tacs; a uno lo mató y el otro quedó tan malherido que se arrastró hacia las líneas germanas. Pero tenía más enemigos delante. Para alcanzarlos tuvo que inclinarse hacia el frente, por encima de la cabeza del poney. Con sus largos escudos apartaban la lanza. Sus pesadas espaldas giraron en el aire encima de Tacs.

Les hirió en los brazos con la hoja de la lanza y sus espadas cayeron.

Poco a poco se dio cuenta de que ya no estaba avanzando. No podía ver a los xiung en mitad del río; apenas si podía ver el río por la cantidad de germanos que lo separaban de él. El número de éstos aumentó y tuvo que retroceder un paso con el caballo.

Se dio la vuelta para regresar junto al grupo de hunos. Ahora luchaban por tres lados: los germanos les estaban rodeando. Tacs llamó la atención de Monidiak y le hizo una señal; su amigo se acercó.

-Salgamos de aquí -le dijo sujetando firmemente la lanza y dirigiéndose hacia el río; llevaba el escudo alto sobre el hombro para protegerse el costado izquierdo.

Monidiak y Bryak cabalgaron tras él. Por la orilla del río trotaron sobre el follaje que estaba pisoteado por los cascos de los caballos. Al ver que se iban, los otros xiung les siguieron. La presión de sus caballos por detrás obligó a Tacs y sus amigos a correr a paso largo. De esa manera llegaron al río.

De pronto, los germanos aparecieron delante de ellos, saliendo de los lados para cerrar el vacío. Tacs retuvo la respiración y metió la lanza bajo el brazo. Los germanos se les enfrentaban formando una especie de muralla de árboles dorados.

El poney se lanzó contra ellos y la muralla se vino abajo, pero detrás no estaba el río, sino más germanos. Lanzando un grito, Monidiak cayó hacia él en una explosión sanguínea. Tacs tenía la boca llena de sangre; le goteaba hasta los ojos y le cegaba. Tomó otra inspiración y se lanzó sobre el enemigo repartiendo golpes de lanza por todos los lados. El río estaba delante, en alguna parte. Vio que brotaba la sangre de un corte en el cuello del caballo. El cuerpo del animal temblaba entre sus rodillas. Delante de él, entre la neblina de rostros germanos, apareció el de Dietric. Por un momento pensó en ir hacia él y ayudarlo, pero estaba demasiado alejado y salvar a Dietric no parecía ya tener importancia. El río estaba por fin delante de él. Pateó al poney en las costillas y el animal se deslizó por la orilla y se quedó en pie en el agua fría, a salvo otra vez.

El río estaba cubierto de cadáveres. Por encima de Tacs los árboles de la orilla daban sombra al agua, y los cadáveres entraban y salían de las sombras salpicadas de manchas. Eran cadáveres de xiung. Más xiung vivos todavía, cayeron en el río alrededor de Tacs: eran los hombres que le habían seguido. Allí estaba

Bryak, con los ojos como agujeros quemados en el rostro y abriendo la boca para respirar.

En grupo, cabalgaron de nuevo hacia la batalla, pero antes de llegar vieron que las orillas del río estaban llenas de germanos que les miraban, desde los dos lados.

Llegaron al punto en el que la corriente era fuerte y todos a una decidieron abandonar y escapar. Giraron los caballos para cargar sobre la orilla más próxima, por el lado germano del río.

Tacs, que se encontraba en la mitad del grupo, vio a Bryak cargar sobre un grupo sólido de germanos; Bryak cayó hacia atrás en el camino de Tacs y la mitad de los que estaban en la orilla cayeron sobre él. El poney se apartó para no pisarle.

A Tacs le dolía el cuello de mirar hacia arriba, a los rostros de los germanos. Pero ya no podía verlos bien; tenía los ojos llenos de polvo. Con cada respiración le ardía la garganta. Se dispuso a atacar otra vez. El caballo se abrió camino orilla arriba y se lanzó hacia los germanos.

Sus manos y brazos le acuchillaban. No veía armas, sólo rostros, una carne blanca ajena a él, y ojos azules. El poney resbaló; dejó caer la lanza, se echó hacia adelante y se agarró con los dos brazos al cuello del animal. Se deslizaron mucho tiempo juntos por el río, pero esta vez no estaba frío, sino caliente por la sangre de su pueblo.

Dietric terminó su oración, se santiguó y se puso en pie. No podía creer que Dios le hubiera permitido seguir vivo. A su alrededor se amontonaban los muertos y los heridos, y aquí y allá había trozos de hombres, ropas, armas rotas. Salvo los más grandes, los árboles y arbustos de un kilómetro a lo largo del río estaban aplastados sobre el polvo. Camino hacia el río; notaba la garganta llena de polvo.

Al ver el vado se detuvo, aturdido. Ardarico cabalgó hasta él con su semental blanco. Ardarico no había luchado. Desde la cresta que había tras ellos, guiado por los vigías que tenía en los árboles, había dirigido el combate enviando hombres a uno u otro lado conforme cambiaba la forma del enemigo. Ahora Ardarico miró a su hijo y después al vado.

-Tenías razón. Sólo eran mil en total. O menos.

Dietric puso una mano en la silla de Ardarico para sostenerse. Los cuerpos que había en el vado formaban una especie de presa, pero mientras observaba, el agua fue subiendo hasta desbordar por encima de los cadáveres. La otra orilla estaba oculta por los cuerpos de los xiung y sus caballos. En ésta había casi el mismo número de muertos, la mitad de ellos germanos.

-Si hubieran venido sobre nosotros todos al mismo tiempo nos habrían vencido -dijo Dietric.

Fin